

Cornelius Castoriadis

LA EXPERIENCIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Vol. 2

Proletariado y organización

Con todos sus artículos publicados en la revista
SOCIALISMO O BARBARIE

Historia de las luchas biseculares contra la organización capitalista de la empresa y de la sociedad, la historia del movimiento obrero es también la de su burocratización: sindicatos y partidos, convertidos en engranajes de la sociedad establecida, o en núcleos de una nueva capa dominante; formas de lucha, objetivos e ideas integralmente arrastrados en la misma decadencia. Ni accidente, ni fatalidad, esa burocratización expresa la reproducción, en el interior del movimiento obrero, de la relación social fundamental del capitalismo —en todas sus versiones: de empresa privada y de Estado— y la remanencia de su principio: la división entre dirigentes y ejecutantes (cuadros/militantes, partido/clase, teoría/aplicación).

De esta relación se sigue siendo igualmente prisionero tanto cuando se suprime, en la idea, el problema de la organización, queriendo ignorarla, como cuando se identifica organización y burocracia. Pues, ser revolucionario significa rechazar la idea de que hay un maleficio en la sociedad y la organización como tales; rechazar la falsa alternativa de los Molochs burocráticos impersonales y de las verdaderas relaciones humanas reducidas a unos cuantos individuos; creer que está al alcance de los hombres el crear, tanto a la escala de una organización como a la de la sociedad, instituciones que no sean las de su alienación.

Con este segundo volumen de **La experiencia del movimiento obrero** y los dos volúmenes de **La sociedad burocrática**, finalizamos la publicación de los trabajos y estudios realizados por el gran pensador griego, **Cornelius Castoriadis**, en la revista "Socialismo o Barbarie".

En la cubierta: ilustración extraída del libro *El hombre y la tierra* de Eliseo Reclús, Editorial Maucci.



A
acracia



*Corneliuš Castoriadis

LA EXPERIENCIA
DEL MOVIMIENTO
OBRERO 2

Proletariado y organización

Tusquets Editores
Barcelona

Título original: *L'expérience du mouvement ouvrier 2: Proletariat et organisation*

Índice

1.ª edición: octubre 1979

© Union Générale d'Éditions y Cornelius Castoriadis, 1974

Traducción de *Reemprender la revolución*: Enrique Escobar
Traducción de los demás textos: Fernando González Corugedo
y Francisco Monge

P. 7	Nota preliminar a la edición francesa
9	Sobre el contenido del socialismo, III (1958)
69	Balance (1958)
89	Nota sobre Lukács y Rosa Luxemburg (1958)
93	Proletariado y organización, I (1959)
141	Proletariado y organización, II (1959)
185	Lo importante (1959)
189	El significado de las huelgas belgas (1961)
195	Para una nueva orientación (1962)
199	Sobre la orientación de la propaganda (1962)
215	Sobre la orientación de las actividades (1963)
227	Reemprender la revolución (1963)
271	La huelga de los mineros (1963)
277	Epílogo a «Reemprender la revolución»
287	El papel de la ideología bolchevique en el nacimiento de la burocracia (1964)
311	La suspensión de la publicación «Socialisme ou Barbarie» (1967)
317	La jerarquía de los salarios y de las rentas (1974)

Reservados todos los derechos de esta edición a favor
de Tusquets Editores, Barcelona 1979
Tusquets Editores, Iradier, 24, Barcelona - 17

ISBN 84-7223-729-X
ISBN 84-7223-993-4 (de los dos volúmenes)
Depósito Legal: B. 32617 - 1979

Gráficas Diamante, Zamora, 83, Barcelona - 18

Nota preliminar a la edición francesa

Al igual que los dos volúmenes anteriores (*La sociedad burocrática* 1 y 2), publicados en esta misma colección, los textos de Cornelius Castoriadis están aquí reproducidos sin modificación alguna, salvo alguna corrección de erratas, algunos *lapsus calami* del autor y la puesta al día, en algún caso de las referencias. Las notas señaladas por letras han sido añadidas para esta edición.

Para una visión de conjunto de las ideas y de su evolución, se ruega al lector se remita a la «Introducción» de *La sociedad burocrática* 1 (Col. Acracia n.º 8). Se designa aquí este volumen por Vol. I.1.; se designa el tomo II de *La sociedad burocrática* (col. Acracia n.º 10) por Vol. I.2.

A los textos citados con mayor frecuencia corresponden las siguientes abreviaturas:

CFP: «La concentración de las fuerzas productivas» (marzo de 1948; Vol. I.1., págs. 329-343.)

FCP: «Fenomenología de la conciencia proletaria» (marzo de 1948; Vol. I.1., págs. 115-130 de la edición francesa 10/18). (Traducción española *in La experiencia del movimiento obrero* 1, págs. 89-102.)

SB: «Socialismo o barbarie» («S. ou B.», 1. marzo de 1949; Vol. I.1, págs. 89-143.)

RPR: «Las relaciones de producción en Rusia» («S. ou B.» 2, mayo de 1949; Vol. I.1., págs. 145-241.)

DC I y II: «Sur la dynamique du capitalisme» («S. ou B.» 12 y 13, agosto de 1953 y enero de 1954.)

SIPP: «Situation de l'impérialisme et perspectives du prolétariat» («S. ou B.» 14, abril de 1954. *In Capitalisme moderne et révolution* 10/18, 1979, págs. 379-440.)

CS I, CS II y CS III: «Sur le contenu du socialisme» («S. ou B.» 17, julio de 1955, 22, julio de 1957, y

23, enero de 1958). (Traducción española de CS III en este volumen págs. 9-67.)

RPB: «La revolución proletaria contra la burocracia» («S. ou B.» 20, diciembre de 1956; Vol. I.2, págs. 213-272.)

PO I y II: «Proletariado y organización» («S. ou B.» 27 y 28, abril y julio de 1959). (Traducción española en este volumen, págs. 93-183.)

MRCM I, II y III: «Le mouvement révolutionnaire sous le capitalisme moderne» («S. ou B.» 31, 32 y 33, diciembre 1960, abril y diciembre de 1961). (In *Capitalisme moderne et révolution*, 10/18, 1979, págs. 47-203.)

RR: «Recommencer la révolution» («S. ou B.» 35, enero de 1964). (Traducción española en este volumen, págs. 227-269.)

RIB: «Le rôle de l'idéologie bolchévique dans la naissance de la bureaucratie» («S. ou B.» 35, enero de 1964.) (Traducción española en este volumen, págs. 287-309.)

MTR I a V: «Marxisme et théorie révolutionnaire» («S. ou B.» 36 a 40, abril 1964 a junio de 1965.)

IG: «Introducción» al Vol. I.1 (págs. 17-19.)

HMO: «La cuestión de la historia del movimiento obrero» (*La experiencia del movimiento obrero*, Vol. 1, págs. 9-87.)

Sobre el contenido del socialismo, III: La lucha de los obreros contra la organización de la empresa capitalista *

Hemos tratado ya de demostrar¹ que el socialismo no es otra cosa que la organización consciente de la vida humana en todos los terrenos, hecha por los hombres mismos; que significa, pues, la gestión de la producción por los productores, tanto a escala de empresa como a la de la economía; que implica la supresión de todo aparato de dirección separado de la sociedad; que ha de producir una modificación profunda de la tecnología y del contenido mismo del trabajo como actividad primordial de los hombres y, conjuntamente, una alteración profunda de todos los valores hacia los que se orienta, implícita o explícitamente, la sociedad capitalista.

Tal elaboración permite, en primer lugar, poner al descubierto las mystificaciones que desde hace largos años se han ido formando en torno a la noción de socialismo. Permite ante todo comprender lo que *no es* el socialismo. Proyectadas contra esa pantalla, Rusia, China y las «democracias populares» muestran su verdadero rostro de sociedades de clase y de explotación. Que en ellas sean los burócratas los que han ocupado el lugar de los patronos privados es algo que, referido a esta discusión concreta, resulta absolutamente indiferente.

Pero permite mucho más. Sólo a partir de esta noción de socialismo se puede entender y analizar la crisis de la sociedad contemporánea. Yendo más allá de las esferas superficiales del mercado, del consumo y de la «política», podemos ver que esa crisis está directamente enlazada con el rasgo más profundo del capitalismo: la alienación del hombre en su actividad fundamental, en la actividad productiva. En la medida en que esa alienación

* «S. ou B.», n.º 23 (enero de 1958).

1. En CS II.

crea un conflicto permanente a todos los niveles y en todos los sectores de la vida social, hay crisis de la sociedad de explotación. Conflicto que se expresa bajo dos formas: como *lucha* de los trabajadores contra la alienación y sus condiciones, y como *ausencia* de los hombres de la sociedad: pasividad, desánimo, retiro, aislamiento. En ambos casos, a partir de un punto dado, el conflicto lleva a la crisis declarada de la sociedad establecida: si la lucha de los hombres contra la alienación alcanza una determinada intensidad, es la revolución. Pero si su ausencia de la sociedad sobrepasa un límite dado, el sistema se derrumba, como nos muestra claramente la evolución de la economía y de la sociedad en Polonia durante 1955 y 1956². La vida cotidiana de las sociedades modernas se desarrolla oscilando entre esos dos límites, sin poder funcionar más que a pesar de sus propias normas, y siempre y cuando haya lucha contra la alienación y esa lucha no sobrepase un cierto nivel; basándose pues en una irracionalidad fundamental.

Partimos, pues, volviendo al análisis de la crisis del capitalismo, de una noción explícita del contenido del socialismo. Noción que es el centro privilegiado, el punto focal que nos permite organizar todas las perspectivas y volver a verlo todo con una nueva mirada. Sin ella todo se convierte en caos, constatación fragmentaria, relativismo ingenuo, sociología empírica. Pero esa noción no es un *a-priorismo*. La lucha del proletariado contra la alienación y sus condiciones sólo puede tener lugar y desarrollarse mediante formas y contenidos socialistas, ya sean relaciones reales entre los hombres, ya reivindicaciones aspiraciones y programas. Por consiguiente, la noción positiva del socialismo no es sino el producto histórico del desarrollo precedente, y en primer lugar, de la *actividad*, las luchas y el modo de vida del proletariado en la sociedad moderna. Es la sistematización provisional de los puntos de vista ofrecidos por la historia del proletariado, tanto de sus gestos más cotidianos como de sus más grandiosas acciones. En un taller, los obreros se las apañan

2. V. RPR, pp. 239-248

entre ellos para poder eludir las normas y sacar el mayor beneficio al mismo tiempo. En Budapest se batén contra los tanques rusos, se organizan en Consejos y exigen la gestión de las fábricas. En los Estados Unidos, exigen que se paren las cadenas de producción dos veces al día durante un cuarto de hora para tomar café. En las fábricas Biéguet de París, se ponen en huelga la primavera pasada para reclamar la supresión de la mayor parte de las categorías en que los divide la dirección. Hace más de un siglo, se hacían matar gritando: «Vivir trabajando o morir combatiendo». En las fábricas «socialistas» de la burocracia rusa imponen la nivelación de salarios, de la que se quejan amargamente en sus discursos Krushchev y su camarilla. Todas estas manifestaciones, la mitad de los actos cotidianos, por decirlo en pocas palabras, de cientos de millones de trabajadores en todas las empresas del mundo, expresan, en grados de desarrollo variables y más o menos claramente la misma lucha por la instauración de nuevas relaciones entre los hombres y con el trabajo, y solamente pueden entenderse en función de la perspectiva socialista.

Es preciso entender bien la unidad dialética que constituyen estos diversos momentos: análisis y crítica del capitalismo, definición positiva del contenido del socialismo, interpretación de la historia del proletariado. No hay crítica, ni incluso análisis de la crisis del capitalismo que sea posible fuera de una perspectiva socialista. Una crítica así no podría apoyarse en nada, a no ser en una ética que veinticinco siglos de filosofía no han logrado establecer, ni siquiera definir. Toda crítica presupone que hay otra cosa que es preferible —siendo posible— a lo que critica. Toda crítica del capitalismo presupone, por tanto, el socialismo. E, inversamente, esta noción del socialismo no puede ser sólo el revés positivo de esa crítica; el círculo correría entonces el riesgo de ser perfectamente utópico. El contenido positivo del socialismo no puede derivarse más que de la historia real, de la vida de la clase que tiende a realizarla. Ése es su origen último. Pero esto no quiere decir que la concepción del socialismo sea tampoco el *reflejo* pasivo e integral de la historia del proletariado. Se asienta también en una *elección* que no es sino la expresión de una actitud política revolucionaria. No es una elección arbitraria, porque no tiene alter-

nativa racional. El otro término sería simplemente la conclusión de que la historia no es más que una «fábula contada por un idiota, llena de ruido y de furia y que no significa nada», y que no puede sino seguir siéndolo. Sólo en función de una política revolucionaria, para esa política, puede ser fuente y origen la historia del proletariado. Para cualquier otra actitud, esa historia no es más que fuente de estadísticas y monografías, de cualquier cosa y en definitiva, de nada. En resumen, ni crítica del capitalismo, ni definición positiva del socialismo, ni interpretación de la historia del proletariado, ni política revolucionaria son posibles sin una teoría, fuera de ella. Los elementos socialistas que produce constantemente el proletariado han de ser extrapolados y generalizados para el proyecto total que es el socialismo y sin el cual carecen de sentido; análisis y crítica de la sociedad de clases deben sistematizarse, para no verse privadas de alcance y de verdad. Uno y otra son imposibles sin un trabajo teórico en sentido propio, sin un esfuerzo de racionalización de lo simplemente dado. Esta racionalización comporta riesgos y contradicciones. En cuanto teoría, se ve obligada a partir de las estructuras lógicas y epistemológicas de la cultura actual, que no son en modo alguno formas neutras, independientes de su contenido, sino que expresan de manera antagónica y contradictoria actitudes, comportamientos, visiones del sujeto y del objeto, que tienen sus equivalencias dialécticas en las relaciones sociales del capitalismo. La teoría revolucionaria corre pues el riesgo constante de caer bajo la influencia de la ideología dominante, bajo formas a la vez mucho más sutiles y profundas, mucho más ocultas y peligrosas, que la influencia ideológica «directa» denunciada tradicionalmente en el oportunismo, por ejemplo. El marxismo no ha escapado a esa suerte, hemos dado ya³ y seguiremos dando buenos ejemplos. Sólo volviendo constantemente a las fuentes, confrontando los *resultados* de la teoría con el contenido real de la vida y de la historia del proletariado,

3. Sobre el problema de la remuneración del trabajo en una sociedad socialista: ver CS I; sobre la naturaleza misma del trabajo y de la «reducción de la jornada laboral» como solución al problema de la alienación: CS II.

podremos revolucionar nuestros *métodos* de pensamiento mismos, heredados de la sociedad de clases, y construir mediante alteraciones sucesivas una teoría socialista. Sólo podemos avanzar asimilando todos esos puntos de vista, su unidad profunda.

Comenzamos el análisis de la crisis del capitalismo por el análisis de las contradicciones de la empresa capitalista. Los conceptos y métodos así adquiridos en el terreno primordial, el de la producción, nos permitirán generalizar, a continuación, nuestro examen, y someterle las diferentes esferas sociales y, finalmente, el todo social en cuanto tal.

Las contradicciones de la organización capitalista de la empresa

En la visión tradicional, todavía hoy ampliamente extendida, las contradicciones y la irracionalidad del capitalismo existen y se manifiestan activamente a nivel de la economía global, pero no afectan a la empresa capitalista más que de rebote. Si hacemos abstracción de las servidumbres que le impone su integración en un mercado irracional y anárquico, la empresa es el reino indiviso de la eficacia y la racionalización capitalistas. La competencia obliga al capitalismo, bajo pena de muerte, a perseguir el máximo resultado con el mínimo de medios; ¿y acaso no es ése el fin mismo de la economía, la definición de su racionalidad? Y para lograrlo, pone en grado creciente a «la ciencia al servicio de la producción», racionaliza el proceso de trabajo por medio de esas encarnaciones de la razón operante que son ingenieros y técnicos. Será absurdo que esas empresas fabriquen armamento, será absurdo que las crisis periódicas las hagan trabajar por debajo de su capacidad, pero nada puede objetarse a su organización. La racionalidad de esa organización es la base sobre la que se edificará la sociedad socialista, cuando haya sido eliminada la anarquía del mercado y se asignen a la producción unos fines distintos: la satisfacción de las necesidades y no el máximo beneficio.

Lenin adopta sin reserva alguna esta tesis, y para el propio Marx, la cosa no es, en el fondo, muy distinta. Es cierto que para él la empresa no es pura racionalización; más exactamente, su racionalización contiene una contra-

dicción profunda. Se realiza mediante el sometimiento del trabajo vivo al trabajo muerto, significa que los productos de la actividad del hombre dominan al hombre, implica por tanto una opresión y una mutilación que crecen sin cesar. Pero se trata de una contradicción «filosófica», si se puede decir, abstracta, en dos sentidos. Primeramente, afecta la suerte del hombre en la producción, pero no la producción misma. La mutilación permanente del productor, su transformación en «fragmento de hombre» no esforza a la racionalización capitalista. No es sino un reverso subjetivo. La racionalización es exactamente simétrica de la deshumanización. Una y otra avanzan gracias a un mismo paso. Racionalizar la producción significa ignorar e incluso aplastar deliberadamente las costumbres, los deseos, las necesidades, las tendencias de los hombres, en tanto que todas ellas se oponen a la lógica de la eficacia productiva, someter sin piedad cada uno de los aspectos del trabajo a los imperativos del resultado máximo con el mínimo de medios. Necesariamente, pues, el hombre se convierte en medio de ese fin que es la producción. De donde se deriva que esa contradicción sigue siendo «filosófica» y abstracta en un segundo sentido: diciéndolo en pocas palabras, porque no puede hacerse nada. Situación que es el resultado inexorable de una fase del desarrollo técnico e incluso, en definitiva, de la naturaleza misma de la economía, del «reino de la necesidad». Es la alienación en sentido hegeliano: el hombre tiene que perderse primero para poder encontrarse, y encontrarse, tras la travesía del purgatorio, en otro plano. La reducción de la jornada de trabajo, que permitirá la organización socialista de la sociedad, y la supresión del despilfarro del mercado capitalista, harán al hombre libre, *fuera* de la producción⁴.

De hecho, como veremos, esta contradicción filosófica es la contradicción *real* del capitalismo, y la fuente de su crisis, en el sentido más pedestre y material del término. Tanto en sus aspectos microscópicos como en los gigantescos, toda la crisis del capitalismo expresa directamente un hecho: que la situación y el estatuto del hombre como productor bajo el capitalismo son contradictorios y en definitiva absurdos. La racionalización capitalista de las relaciones de producción no es racionalización sino en apa-

4. V. la crítica de esta concepción en CS II.

riencia. Enorme pirámide de medios que ha de encontrar su sentido en su fin último; y no obstante, éste, el aumento de la producción por sí misma, convertida en fin en sí y separada de todo el resto, es absolutamente irracional. La producción es un medio del hombre, no el hombre un medio de la producción. Esta irracionalidad de su fin último determina de principio a final el proceso todo de producción capitalista; lo que pudiera contener de racional en sus medios, se convierte también en irracional, al ponerse al servicio de un fin irracional. Y además, de esos medios, el principal es el hombre. Hacer del hombre exclusivamente un medio de producción significa transformar el sujeto en objeto, significa tratarlo como cosa en el ámbito de la producción. De ahí se desprende una segunda irracionalidad, otra contradicción concreta, en la medida en que esa transformación de los hombres en cosas, esa reificación, entra en conflicto con el desarrollo mismo de la producción que es por otra parte la esencia del capitalismo y que no puede producirse sin un desarrollo de los hombres.

Pero, lo que se nos aparece así como una contradicción *objetiva e impersonal*, no cobra su sentido histórico sino mediante su transformación en *conflicto humano y social*. Lo que transforma esto que podría no ser más que una oposición de conceptos en una crisis que desgarra toda la organización de la sociedad, es la lucha permanente de los productores contra su reificación. No hay crisis del capitalismo que resulte de unas «leyes objetivas» ni de unas contradicciones dialécticas. La hay tan sólo en la medida en que haya una rebelión de los hombres contra las leyes establecidas. Rebelión que, inversamente, comienza como rebelión contra las condiciones concretas de la producción; el origen y, a la vez, el modelo de la crisis general del sistema hay que buscarlos, pues, a ese nivel.

La hora de trabajo

La contradicción del capitalismo aparece desde el principio en el elemento más simple de la relación entre el capital y el obrero: la hora de trabajo.

El obrero, mediante el contrato de trabajo, vende su

fuerza de trabajo a la empresa. Pero, ¿qué es esa fuerza de trabajo? ¿Qué vende el obrero? ¿Su tiempo? ¿Y qué es ese «tiempo»? Está claro que el obrero no vende su mera presencia. En la época en que los obreros luchaban para reducir la jornada laboral que era de doce o de catorce horas, preguntaba Marx: ¿qué es una jornada de trabajo? Lo que significaba: ¿cuántas horas hay en una jornada de trabajo? Pero hay una cuestión todavía mucho más profunda: ¿qué es una *hora* de trabajo?, dicho de otro modo: ¿cuánto trabajo hay en una hora? El contrato laboral puede definir la duración diaria del trabajo y el salario a la hora, es decir, lo que el capitalista debe al obrero por una hora de trabajo. Pero, ¿cuánto trabajo debe el obrero al capitalista en una hora? Es algo imposible de decir. Y sobre esa arena se edifican las relaciones de producción capitalistas.

En otros tiempos, el modo y ritmo del trabajo se fijaban de forma casi inmutable por las condiciones naturales y las técnicas heredadas, el hábito y la costumbre. Hoy, las condiciones naturales y la técnica se alteran constantemente con objeto de acelerar la producción. Pero, para el obrero, el trabajo ha perdido todo interés que no sea el de hacerle ganar su pan. Y se resiste, pues, ineluctablemente, a esa aceleración. El contenido de una hora de trabajo, el trabajo efectivo que ha de realizar el obrero durante una hora se convierte así en motivo de un conflicto permanente.

Y además, en el universo capitalista no hay criterio racional alguno que permita la solución de ese conflicto. Que el obrero «se pasee» o que muera de agotamiento sobre su máquina, no es ni «lógico» ni «ilógico». Solamente la relación de fuerzas entre obreros y capital puede decidir, en unas condiciones dadas, el ritmo de trabajo. Toda solución aplicada no representa de hecho, pues, más que un compromiso, una tregua basada en la relación de fuerzas que se dé en ese momento. La tregua es, en su misma esencia, provisional. La relación de fuerzas cambia. Y aunque no cambie, se modifica la situación técnica. El compromiso tan difícilmente concertado a partir de una maquinaria dada, un determinado tipo de fabricación, etc., se derrumba; en la nueva situación, las viejas normas carecen de sentido. Y rebrota el conflicto.

Sin embargo, tanto para superar ese conflicto como

para poder planificar la producción de la empresa, el capitalismo está obligado a buscar una base «objetiva», «racional», que permita definir las normas de producción. El elemento esencial de tal planificación son los tiempos de trabajo consagrados a cada operación. Mientras la producción no esté absolutamente automatizada, esos tiempos llevan siempre, en último término, a «tiempos humanos», es decir, a los rendimientos efectivamente obtenidos en los casos en que el trabajo viviente tiene intervención. Verdad que se enmascara frente a la mirada de los ingenieros de producción en la medida en que, al no estar completamente integrada la fábrica, el «desgaste de material», por ejemplo, les puede parecer un elemento autónomo e irreducible de los costes. Cosa que no es sino mera ilusión óptica producida por el hecho de que en la estructura actual, el ingeniero está obligado a tomar la parte por el todo. El coste del desgaste de material no es más que el trabajo de los obreros que lo fabrican o lo reparan. No hay, por ejemplo, cálculo de «velocidad óptima» de operación de una máquina que compense el costo del trabajo del obrero que la maneja con el costo del «desgaste de material», a no ser que se tenga en cuenta el rendimiento efectivo de los mecánicos. Volveremos sobre esta cuestión más adelante, porque es una cuestión decisiva en cuanto atañe a la «racionalidad» de la producción capitalista. Baste con subrayar ahora, primero que esa incapacidad de considerar el conjunto del proceso productivo, más allá de las fronteras accidentales de cada empresa específica, destruye de raíz cualquier pretensión de «racionalidad» de la organización capitalista, que está obligada a considerar como datos irreductibles lo que en realidad es parte del problema a resolver; y segundo, que incluso a escala de empresa individual, el conocimiento de los rendimientos efectivos de los diferentes tipos de trabajo sigue siendo, fatalmente, imperfecto, como veremos más adelante, para la dirección capitalista, y esa imperfección hace imposible una planificación racional de la producción.

El taylorismo, y todos los métodos de «organización científica del trabajo» que derivan de él directa o indirectamente, pretenden precisamente suministrar esa «base objetiva». Postulan que no hay más que «un solo método bueno» (*the one best way*) para cada operación, y se

dedicán a establecer ese «método bueno» único y convertirlo en criterio del rendimiento que ha de dar el obrero. Este «sólo método bueno» se descubriría descomponiendo cada operación en una sucesión de movimientos, cuya duración habría de medirse, y se escogerían los más «económicos» entre los realizados por distintos obreros. La suma de estos «tiempos elementales»⁵ definiría la duración normal de la operación total. Podría decirse entonces cuál es el trabajo efectivo que contiene una hora de reloj en cada operación, y superar así el conflicto sobre rendimientos. En una situación ideal, esto permitiría incluso eliminar la vigilancia, puesto que lo que con ella se pretende es asegurarse de que los obreros realicen la mayor cantidad posible de trabajo: los obreros, pagados proporcionalmente a su rendimiento con respecto a la norma, se vigilarían a sí mismos. Así se eliminaría también, en definitiva, una parte de los conflictos relativos al salario, porque el salario efectivo dependería, en adelante, del obrero mismo.

En la realidad, el método fracasa. El taylorismo y la «organización científica del trabajo» han resuelto algunos problemas⁶, han creado muchos otros y, en conjunto, no han permitido al capitalismo superar su crisis cotidiana en la producción. El fracaso de la racionalización «científica» obliga constantemente al capitalismo a volver al empirismo de la pura y simple coerción y, por ende, a agravar el conflicto inherente a su modo de producción, a aumentar su anarquía, a multiplicar su despilfarro.

5. Añadiendo otros diversos factores, como los porcentajes concedidos para «contrarrestar imprevistos», que de hecho no pueden ser juzgados más que de manera empírica y arbitraria y, por tanto, destruyen la pretendida «racionalidad» del resto.

6. Tratamos aquí de la «Organización científica del trabajo» en cuanto se aplica a problemas de rendimiento humano. Como ingenieros de producción, los tayloristas cumplieron tal vez un papel positivo en muchísimos otros campos que conciernen la racionalización material de la producción, y también, en ciertos casos, la racionalización de los gestos humanos, mediante la difusión de métodos más económicos reconocidos entre los obreros.

La crítica teórica del taylorismo

Hay, pues, para empezar, una insuperable distancia entre los postulados de la concepción teórica y las características esenciales de la situación real a la que esa concepción quiere imponerse. El «sólo método bueno» no tiene relación con la realidad concreta de la producción. Su definición presupone condiciones ideales, extremadamente lejanas a las condiciones a las que de hecho se enfrenta el obrero: calidad de las herramientas y de las materias primas, flujo ininterrumpido de aprovisionamiento, etc.; en suma, eliminación completa de todos los «accidentes» que interrumpen frecuentemente el curso de la producción o que hacen surgir problemas imprevistos⁷.

Pero sobre todo hay vicios inmanentes a la concepción teórica misma. Desde el punto de vista psicológico, el trabajo es un esfuerzo multiplicado por una duración. La duración puede medirse; el esfuerzo, no (implica una componente muscular, otra de atención, otra intelectual, etc.). Los «estudios de tiempos» no pueden tener en cuenta más que la duración, y para el resto, han de atenerse a «decisiones o interpretaciones personales del agente encargado de la medida o los cálculos empíricos; lo que quita todo valor científico a los resultados»⁸. Pero el trabajo es algo más que una función psicológica; es una actividad total de la persona que lo realiza. La idea de que exista un «sólo método bueno» para cada opera-

7. Por ejemplo: en una empresa se produce una huelga a partir de la reducción en un 20 % de los tiempos previstos en el taller de montaje. Los delegados obreros han adelantado, entre otros, el hecho de que «el aprovisionamiento de piezas se hace desordenadamente, mientras que antes las piezas venían ordenadas y colocadas en una carretilla; así, se producen paros frecuentes por falta de aprovisionamiento de los puestos de montaje, cosa que perjudica a los obreros que cobran a destajo» (J.-R. Jouffret, «Deux cas de mauvaise utilisation des études de temps...» en *Les relations humaines dans l'industrie*, publicado por A.E.P., París, 1956, p. 214). Situaciones así se producen constantemente.

8. Jouffret, *loc. cit.*, p. 212. Los tiempos medidos se corregen mediante «juicios de cadencia» y «coeficientes de descanso» que sólo pueden basarse en estimaciones de los cronometradores.

ción ignora el hecho fundamental de que cada individuo puede tener y tiene, al trabajar, *su* manera de adaptarse a la tarea y de adaptar ésta a sí mismo. Lo que a un organizador científico del trabajo puede parecer un movimiento absurdo que supone un desperdicio de tiempo, tiene su lógica en la constitución psicosomática personal del obrero concreto, lógica que le lleva a seguir su *propio* «buen método» en una operación dada. El obrero tiende a resolver los problemas que le plantea su trabajo de una manera que corresponde a su manera de ser en general. Sus gestos no son un juego de construcción, en el que puede quitarse una pieza cualquiera y sustituirla por otra «mejor» dejando las demás en el mismo lugar. Un gesto aparentemente «más racional» y «más económico» puede serle a un obrero concreto más difícil que la manera de hacerlo que se ha inventado él mismo y que, por lo tanto, expresa su adaptación orgánica a ese cuerpo a cuerpo con la máquina y la materia que constituye el proceso de trabajo. Un gesto dado se realiza más rápidamente *porque* aquel otro se efectúa en cambio más despacio; la pura y simple suma de los tiempos mínimos de diferentes obreros es un absurdo patente, pero no lo es menos la aplicación de una «estimación de cadencia» uniforme a todas las fases sucesivas de una operación realizada por el mismo obrero. El conjunto de movimientos de un obrero no es una ropa que pueda sustituirse por otra. Un ser humano no puede pasarse los dos tercios de su vida despierta, realizando gestos que le son ajenos, que no corresponden a nada que haya dentro de él. Colocar sobre el obrero esos gestos «racionales» no es simplemente inhumano; es imposible en la práctica, e imposible de realizar por completo. Además, no existe un «solo método bueno» ni para los gestos que los obreros se fabrican por sí mismos, ni para cada obrero tomado individualmente; la experiencia demuestra que el mismo obrero utiliza alternativamente diversas maneras de realizar la misma labor, aunque no sea más que para interrumpir la monotonía del trabajo⁹.

9. Éste es uno de los «hallazgos» de las famosas experiencias de la fábrica de Hawthorne, llevadas a cabo en Estados Unidos en 1924, bajo la supervisión de Elton Mayo. «...Se ha descubierto que cuanto más inteligente era la obrera,

Critica de la crítica teórica

La idea de que el trabajo es sólo una sucesión de movimientos elementales de duración mensurables, que esa duración es su único aspecto significativo, no tiene sentido a menos que se acepte este postulado: que el obrero de la fábrica capitalista debe de ser transformado íntegramente en un apéndice de la máquina. Como en una máquina, se determinan sus movimientos «racionales» y los que no lo son, se conservan los primeros y se eliminan los segundos. Como en una máquina, el tiempo total de la operación no es sino la suma de los «tiempos elementales» de los movimientos en los que se puede, en mecánica, descomponer esa operación. El obrero, como la máquina, no tiene ni debe tener rasgos personales; más exactamente, como en la máquina, sus «rasgos personales» se consideran accidentes irracionales a eliminar¹⁰.

La crítica teórica del taylorismo, especialmente la que llevan a cabo los sociólogos industriales modernos¹¹, con-

mayor era el número de variaciones (de los movimientos).» J. A. C. Brown, *The Social Psychology of Industry*, Londres, 1956, p. 72.

10. La mensurabilidad «científico-objetiva» del tiempo de trabajo que pretende el taylorismo «penetra hasta el alma del obrero, cuyas propiedades psicológicas están separadas de la personalidad total y objetivadas frente a él para ser integradas en unos sistemas racionales especiales y sometidas a cálculo... A consecuencia de la racionalización del proceso de trabajo, las propiedades y rasgos específicos humanos del obrero no aparecen más que como simples fuentes de error». G. Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, Berlín, 1923, pp. 99-100.

11. V. el resumen de esa crítica en J. A. C. Brown, *loc. cit.*, caps. I y III. Alain Touraine escribe a propósito del taylorismo (*L'évolution du travail ouvrier aux usines Renault*, París, 1955, p. 115): «Desde Taylor, los técnicos del personal se han esforzado en suprimir el “pasear” (de los obreros) pero los métodos pseudo-científicos y puramente coactivos de Taylor son hoy condenados; la importancia de las relaciones humanas, de las comunicaciones, de la organización informal, es decir, de la integración social (*social adjustement*) del obrero en la empresa, se ha convertido en el tema principal del *Personnel Management* norteamericano». Pero de qué sirve condenar a Taylor cuando sabemos que la gran mayoría de

siste esencialmente en mostrar lo absurdo de esa vía, que el hombre no es una máquina, que Taylor era un mecanicista, etc. Pero eso es solamente media verdad. La verdad completa es que la realidad de la producción moderna, en la que viven centenares de millones de individuos en las empresas de todo el mundo, es precisamente ese «absurdo». Visto desde este ángulo, Taylor no inventó nada; se limitó a sistematizar y llevar hasta sus consecuencias lógicas lo que ha sido en todos los tiempos la lógica de la organización capitalista, es decir, la lógica capitalista de la organización. Lo sorprendente no es que unas ideas «mecanicistas» y absurdas hayan podido germinar en la cabeza de los ideólogos o de los organizadores de la industria. Son ideas que no hacen otra cosa que expresar la realidad propia del capitalismo. Lo sorprendente es que el capitalismo *casi* ha logrado transformar al hombre en la producción en apéndice de la máquina, que la realidad de la producción moderna no es sino esa empresa renovada cada día, cada instante. Empresa que no fracasa sino en la exacta medida en que los hombres, en la producción, se nieguen a ser tratados como máquinas. Cualquier crítica del carácter inhumano de la producción capitalista que no tome como punto de partida la crítica práctica de esa inhumanidad que ejercen los obreros en la producción luchando cotidianamente contra los métodos capitalistas no es, en definitiva, más que literatura moralizante.

La crítica práctica de los obreros

La raíz del fracaso de los métodos de «organización científica del trabajo» es la resistencia encarnizada que les oponen desde un principio los obreros. Y, naturalmente, la primera manifestación de tal resistencia es la lucha permanente de los obreros contra los cronometradores

las empresas francesas aplican métodos de remuneración del trabajo a destajo, basados en estudios de los tiempos (J.-R. Jouffret, *loc. cit.*, p. 211). De hecho, como veremos, la dirección ha respondido al fracaso del taylorismo con más y no menos coacción. Ya volveremos más adelante sobre las «relaciones humanas».

dores. No hay fábrica en la que los obreros no organicen de inmediato una asociación espontánea de cara a esa lucha. Los hechos que la explicitan son poco conocidos por razones evidentes; pero su alcance y su universalidad se ven más claramente en cuanto habla un autor que conoce la realidad de la fábrica desde el interior¹².

El primer resultado de esa resistencia es, evidentemente, que cualquier apariencia de justificación «objetiva» de los tiempos elementales queda destruida. El conflicto entre obreros y dirección se transporta al plano de la determinación de esos tiempos. Determinación que presupone un cierto grado de colaboración de los obreros. Los obreros se niegan. La dirección hubiera podido renunciar si las técnicas fueran estables; con el tiempo, hubieran podido ir cristalizándose poco a poco unas normas que representasen el máximo rendimiento que se puede extraer de un obrero en unas condiciones dadas. Pero las técnicas cambian constantemente; es preciso vol-

12. El primero en constatar la evidencia de esa lucha fue evidentemente el propio Taylor. Hablando de los primeros años de su carrera, cuando él mismo iba por las fábricas aplicando sus métodos, escribía: «...entonces estaba mucho más viejo que ahora, a causa de las preocupaciones y del carácter sórdido y despreciable de todo el asunto. Para un hombre es horrible una vida en la que no se puede mirar a un obrero cualquiera a los ojos sin ver en ellos hostilidad, en la que se tiene la sensación de que todos los hombres que te rodean son enemigos potenciales». (Citado por J. A. C. Brown, *loc. cit.*, p. 14.) Sobre la actitud de los obreros ante los cronometradores véase: G. Vivier, «La vie en usine», «S. ou B.», n.º 12, pp. 38 y 40; D. Mothé, «L'usine et la gestion ouvrière», *ibid.*, n.º 22, pp. 90-92 (reproducido parcialmente en *Journal d'un ouvrier*, Minuit, París, 1959); Paul Romano, «L'ouvrier américain», *ibid.*, n.º 2, pp. 84-85: «Cuando aparecen los cronometradores, el obrero encuentra un montón de excusas para detener su máquina». El descenso sistemático del ritmo de trabajo delante de los cronometradores es una regla universal. Durante los estudios de tiempos, los obreros desarrollan velocidades de corte y alimentación inferiores a las que utilizarán después; «adornan el trabajo con una serie de gestos... que serán suprimidos inmediatamente después de la salida del cronometrador» (D. Roy, «Efficiency and "The Fix"», *American Journal of Sociology*, noviembre de 1954, pp. 255-266).

ver a determinar las normas, y se produce nuevamente el conflicto.

Un autor bienpensante escribe a propósito de una empresa en la que hay una «Oficina de Métodos» para «poner al día» los tiempos determinados a los obreros:

«El trabajo de puesta al día es considerable; en efecto:

a) la evolución de las técnicas es rápida: mejoramiento de los métodos y mejoramiento de la maquinaria construida;

b) El número de operaciones es muy elevado.

Las revisiones de los tiempos determinados son muy numerosas y debieran ser normalmente aceptadas por los obreros. La experiencia demuestra que esto no es así, y que se producen conflictos numerosos, que podrían acarrear huelgas localizadas, precisamente por estas revisiones»¹³.

Como las normas no pueden consagrarse, ni tan siquiera establecerse sin una cierta aceptación de los obreros, y como esta aceptación falla, la primera respuesta de los explotadores es establecerlas con la colaboración de una minoría a la que corrompen. Es la significación última del estajanovismo: establecer una norma monstruosamente exageradas a partir del rendimiento de ciertos individuos a los que se concede una situación privilegiada, y a los que se sitúa en condiciones que no guardan relación con las condiciones habituales de la producción real¹⁴. De ese modo se pretende un doble resultado: crear una capa privilegiada en el seno del proletariado que sirva a la vez de apoyo directo de los explotadores

13. J.-R. Jouffret, *loc. cit.*, pp. 212-213. La idea de que los obreros «debieran aceptar normalmente» las revisiones de tiempos propuestas es tanto más sorprendente por cuanto el autor mismo muestra más adelante que la revisión que había provocado el conflicto descrito llegaba a arrebatar a los obreros al menos un 10 % de su tiempo, y que concluye su estudio diciendo que en la empresa en cuestión «la falta de confianza de los obreros en los trabajos de la Oficina de Métodos demostró tener fundamento en una gran medida, tras el estudio contradictorio que siguió al conflicto».

14. V. «Stakhanovisme et mouchardage dans les usines tchécoslovaques» en el n.º 3 de «S. ou B.», pp. 82 a 87, y la nota de Ph. Guillaume: «La déstakhanovisation en Pologne», *ibid.*, n.º 19, pp. 144-145.

y de disolvente de la solidaridad obrera, precisamente en este terreno de la resistencia al rendimiento; utilizar las normas así establecidas, si no tal cual, al menos para comprimir los tiempos determinados para la masa de los obreros productivos. Pero el estajanovismo no es un invento de Stalin; su verdadero padre fue Taylor, también. En su primera «experiencia», en la Bethlehem Steel Company, determinó, tras un estudio «científico» de los movimientos, una norma cuatro veces superior a la media del rendimiento logrado hasta entonces, y durante tres años «probó» con un obrero holandés especialmente elegido que era una norma que «podía realizarse». Sin embargo, al querer extender el sistema a los otros setenta y cinco obreros del equipo, y después de haberles enseñado el método «racional» de trabajo, se pudo constatar que no había más que un obrero de cada ocho que pudiera mantener la norma.

A partir de entonces, el problema vuelve a plantearse, porque las normas establecidas a partir del rendimiento de unos cuantos «supermanes» o de algunos estajanovistas, no pueden hacerse extensivas al resto de los obreros. El abandono final del estajanovismo por la burocracia rusa es la más evidente declaración del fracaso de ese método.

En realidad, la verdadera respuesta de la dirección —que al mismo tiempo liquida todas las pretensiones científicas del taylorismo y cierra la discusión en ese aspecto— es tirar por la borda todo el aparato «racionalizador» de la organización científica del trabajo, para volver a la imposición arbitraria de las normas, sancionada mediante la coerción. Centenares, millares de artículos y libros sobre la organización científica del trabajo, sobre el «estudio de los tiempos», etc., aparecen cada año; cientos, miles de individuos son *formados* para aplicar esos métodos. Puede afirmarse, esquematizando, pero sin dejar de ser fieles a la esencia de los hechos, que todo ello es una gigantesca mascaraada que nada tiene que ver con la determinación de las normas tal y como se lleva a cabo en la realidad industrial. La base objetiva de las normas es esencialmente el fraude, el espionaje y la coacción. Los obreros que consideran a los «cronos» como policías no se refieren solamente al *contenido*, sino también a los *métodos* de su «trabajo». En las fábricas

de Renault, la determinación de las normas se hace con frecuencia de la siguiente manera: un nuevo cronometrador, desconocido de los obreros, es enviado a pasear por las naves y talleres y anotar, pasando desapercibido, los tiempos de las diversas operaciones (el valor de unos «tiempos» así tomados es fácil de imaginar). Gracias a esos «tiempos», el cronometrador hace un cálculo —la nueva «norma»— que va luego a discutir con el jefe del taller considerado. La norma final es el resultado de esa discusión. Una o dos semanas más tarde se produce una ceremonia ritual en el taller: el cronometrador llega para cronometrar a los obreros, pone en marcha su aparato, se afana, pronuncia palabras cabalísticas y, después, se retira. Finalmente, el resultado que ya había sido decidido de antemano, es proclamado¹⁵.

En otra fábrica, «en septiembre de 1954, la Oficina de Métodos cronometró todas las operaciones efectuadas en el taller de montaje; el cronometrador, interrogado por el jefe de taller y por un delegado, respondió que efectuaba una revisión de los modos operativos en función de las gamas... El 29 de diciembre de 1954, se comunicaban a los delegados del taller unos nuevos valores que representaban una disminución media de los tiempos determinados del orden del 20 %... Los obreros interesados paran su trabajo; los argumentos que presentan sus delegados son los siguientes:

1. Los delegados y los obreros interesados fueron informados de manera errónea respecto de la finalidad del cronometraje...»¹⁶.

Si los órganos de la dirección se ven obligados a esconderse como ladrones en sus propios talleres, podemos considerar definitivamente que toda discusión sobre la «racionalización» del rendimiento y de las normas no es más que charlatanería mistificadora. Las normas no expresan, de hecho, en tal situación, más que un *Diktat* de la dirección, *Diktat* cuya aplicación dependerá de la capacidad de resistencia de los trabajadores.

La intervención de los sindicatos no cambia casi nada de la situación. La línea que siguen los sindicatos con-

15. Testimonio recogido por nosotros entre los trabajadores de la fábrica.

16. J.-R. Jouffret, *loc. cit.*, p. 213.

siste, en teoría, en «oponerse a toda modificación de las normas y cadencias de producción, a menos que esas modificaciones estén justificadas por mejoras de utilaje o cambios en los métodos de fabricación». En la realidad, el utilaje y los métodos de fabricación son modificados constantemente por la dirección, precisamente con el fin de acelerar las cadencias. Vemos pues que la actitud de los sindicatos consiste en oponerse a las modificaciones de las normas en todos los casos... salvo precisamente en los casos de verdadera importancia. ¿Cómo, por otra parte, puede juzgarse si una determinada modificación de la maquinaria o de los métodos «justifica» o no un cambio en las normas? La dirección se apoya siempre en esta imposibilidad para acortar los plazos, con el pretexto de unas modificaciones que son, de hecho, ficticias. Un obrero norteamericano lo expresa así: «Son capaces de destripar una máquina para cambiarle cualquier cosa con tal de poder bajar los tiempos»¹⁷.»

17. D. Roy, «Quota Restriction and Goldbricking in a Machine Shop», «American Journal of Sociology», marzo de 1952, pp. 427-442. Hay que subrayar que todo el análisis de la «experiencia de Hawthorne» hecho por la escuela de Elton Mayo, se basa en el postulado de que los obreros de los talleres estudiados no tenían ninguna «razón racional» para limitar su rendimiento, y que había por tanto que encontrar motivos «no-lógicos». D. Roy señala a este respecto: «John Mills, en otro tiempo ingeniero investigador en el campo de la telefonía y empleado durante cinco años en un trabajo relacionado con las cuestiones del personal en la Bell Telephone Company, ha indicado recientemente que en la situación del taller de *bank-wiring* podía haber factores que el grupo de Mayo no fuera capaz de detectar: «La remuneración se supone que está en razón directa de la producción. Pues bien, recuerdo la primera vez que pude superar tal ficción. Estaba de visita en la Western Electric Company, que tenía la reputación de no reducir nunca una tasa de trabajo a destajo. Y en efecto, nunca lo hacía; si se descubría que un procedimiento de fabricación daba más sueldo del que parecía justo para la categoría de los trabajadores que lo realizaban —si, en otras palabras, quienes habían determinado los tiempos habían juzgado mal— esa parte del trabajo se enviaba nuevamente a los ingenieros para ser 'dibujada' de otra manera (*redesigned*) y fijar una nueva tasa para la pieza. Los obreros, en otros términos, eran pagados como una clase, a la que correspondía ganar más o me-

Una vez impuesta la norma, los problemas están muy lejos de haberse resuelto. La dirección ha asegurado la cantidad de rendimiento de los obreros, pero no la calidad. Excepto en trabajos muy simples, ésta es una cuestión decisiva. Apretado por unas normas difíciles de cumplir, el obrero tendrá tendencia, naturalmente, a compensarse bajando la calidad de su trabajo. El control de calidad de las piezas fabricadas se convierte así en fuente de nuevos conflictos¹⁸. Y por otra parte, la fabricación se efectúa con una usura mayor o menor de la maquinaria, y generalmente es más fácil aumentar el rendimiento provocando una usura anormalmente grande del utilaje. La única salida de la dirección estriba en esta-

nos tanto por semana con su máximo esfuerzo y, claro está, tanto menos si su esfuerzo era menos eficaz» (*The Engineer in Society*, New York, 1945, p. 93). Añadamos que el grupo de investigadores de Mayo vivió literalmente dentro del taller en cuestión durante cinco años y que su pretensión era estudiar la realidad sin esquema teórico establecido de antemano, sin «ideas preconcebidas». Esto fue lo que les permitió encontrar en la realidad sus ideas inconscientes (por ejemplo, que la dirección es siempre lógica, y que si los obreros se oponen a ella sólo pueden ser por motivos «no-lógicos») e ignorar hechos tan palmarios como los mencionados por Mills en el texto anterior.

18. Sobre los conflictos relativos al control, véase el texto de D. Mothé, «L'usine et la gestion ouvrière», en el n.º 22 de «S. ou B.», especialmente la p. 103. «Para llegar a «ganarse la vida» (es decir, para no pasarse en los tiempos) tiene que disfrazar una pieza, suprimir una operación. Es lo que se llama usualmente en la fábrica «sabotaje»» (G. Vivier, *loc. cit.*, «S. ou B.», n.º 14, p. 57). Ese disfraz o maquillaje es el *streamlining* de las fábricas norteamericanas; cf. D. Roy, en su artículo de 1954 ya citado, p. 257. Sobre las contradicciones, el empiricismo y la hipertrofia de los servicios de control de las piezas, véase A. Touraine, *loc. cit.*, pp. 169-170. Touraine llega a la conclusión de que al final «la pesadez del control plantea el problema de la vuelta al auto-control», el control de la calidad de las piezas por los propios obreros especializados que las fabrican. Que un cambio tan minúsculo en apariencia sea imposible sin una alteración total de la estructura de la fábrica, de los salarios, de las relaciones del obrero con su trabajo, es cosa nada difícil de ver.

blecer nuevos controles, y por tanto nuevos conflictos¹⁹.

Finalmente, el problema del *rendimiento efectivo* continúa enteramente sin resolver; veremos más adelante cómo los obreros acaban por vaciar de contenido el sistema de normas, e incluso volverlo en contra de la dirección.

La realidad colectiva de la producción y la organización individualizada de la empresa capitalista

La contradicción del capitalismo aparece al principio bajo una forma abstracta en el elemento molecular de la producción: la hora de trabajo del obrero individual. El *contenido* de la hora de trabajo tiene significados directamente contrarios para el capital y para el obrero; para aquél, ese significado es el rendimiento máximo, para éste, el rendimiento que corresponde al esfuerzo que él considera justo.

Pero, en la producción moderna, el obrero individual es una abstracción. La producción capitalista es una producción colectiva en un grado desconocido por todas las otras formas históricas de producción. Los trabajos de cada uno dependen de los trabajos de los demás, no sólo en la sociedad, sino en la fábrica, en el taller. Esta dependencia cobra formas cada vez más directas, al mismo tiempo que su campo se amplía constantemente y cubre todos los aspectos de las operaciones productivas. No se trata solamente de que un obrero no pueda efectuar ya una determinada operación sobre tal pieza si no se le suministran piezas brutas al ritmo deseado; también hace falta que se le suministren herramientas, fuerza motriz, «servicios» (reglajes, mantenimiento, etc.). Más todavía, todos los aspectos de la operación que efectúa tienen una interdependencia directa con todos los aspectos de las operaciones que la han precedido y de las que la continuarán. Finalmente, en la cadena de fabricación y, más aún, en la cadena de montaje, los ritmos de los gestos individuales no son más que la materialización de un ritmo total ya preexistente, que los ordena y les da sentido. El verdadero sujeto de la producción mo-

19. Cf. D. Roy, *ibid.*

derna no es el individuo sino, en diversos escalonamientos, una *colectividad* de obreros.

Ahora bien, esta realidad colectiva de la producción moderna es, a la vez, desarrollada hasta el extremo y negada con vehemencia, en su organización, por el capitalismo. Al mismo tiempo que absorbe a los individuos en empresas de tamaño siempre creciente, dedicándolos a trabajos cuya interdependencia se hace más estrecha cada día, el capitalismo pretende no tener relaciones ni querer tener relaciones más que con el obrero individual. Pero no estamos ante una contradicción de ideas, por más que exista y se manifieste de mil maneras. Estamos ante una contradicción real. El capitalismo trata de retransformar permanentemente a los productores en un arenal de individuos sin lazo orgánico alguno entre ellos, arena que la dirección acumula en los lugares convenientes del Moloche mecánico, siguiendo la «lógica» que le marca. La «racionalización» capitalista comienza por ser, y lo sigue siendo hasta el final, una reglamentación minuciosa de la relación entre el obrero individual y la máquina o el segmento del mecanismo total sobre el que trabaja. Lo que, como hemos visto, deriva de la esencia misma de la producción capitalista. En ella, el trabajo queda reducido a una serie de gestos desprovistos de sentido, a un ritmo tremendo, y durante la cual la explotación y alienación del obrero tienden a aumentar sin pausa. Este trabajo es para los obreros un trabajo forzado, al que oponen una resistencia individual y colectiva. Para contrarrestar esa resistencia, el capitalismo no dispone más que de la coacción económica y mecánica. El pago en función del rendimiento realizado pretende dar al obrero motivos que puedan hacerle aceptar tan inhumana situación. Es una forma de pago que no tiene sentido más que referido al obrero individual, cuyos gestos han sido descompuestos y cronometrados, cuyo trabajo ha sido definido, medido, controlado, etc.

Pero el método entra en violento conflicto con la realidad de la producción colectivizada y socializada. El capitalismo destruye las agrupaciones sociales que existían ya antes que él, corporaciones o pueblos, disuelve los lazos orgánicos entre el individuo y su grupo, transforma a los productores en una masa anónima de proletarios. Pero esos proletarios agrupados en empresas no

pueden vivir y coexistir más que socializándose de nuevo, a otro nivel y en las nuevas condiciones creadas por la situación capitalista en la que están situados y que transforman al socializarse. El capitalismo trata constantemente de reducirlos, en la fábrica, a moléculas mecánicas y económicas, de aislarlos, de hacerlos gravitar en torno al mecanismo total, postulando que no obedecen sino a esa ley de Newton del universo capitalista que es la motivación económica. Y, vez tras vez, esas tentativas se rompen frente al proceso perpetuamente renovado de socialización de los individuos en la producción, proceso en el que el mismo capitalismo se ve constantemente obligado a apoyarse.

El primer aspecto que toma la socialización de los obreros es la formación espontánea de unidades colectivas elementales dentro del marco impuesto por el capitalismo. Estos *grupos elementales*²⁰ constituyen las unidades sociales fundamentales de la empresa. El capitalismo aglomera individuos dentro de un equipo o taller, pretendiendo mantenerlos aislados unos de otros y enlazarlos exclusivamente por medio de sus reglamentos de producción. De hecho, tan pronto como los obreros se reúnen en torno a un trabajo, se establecen relaciones sociales entre ellos, se desarrolla una actitud colectiva frente al trabajo, a los vigilantes, a la dirección, a los otros grupos de obreros. El primer contenido de esta socialización a nivel de grupo elemental es que los obreros que lo componen tienden a organizar espontáneamente su cooperación y a resolver los problemas que les plantea el trabajo en común y sus relaciones con el resto de la fábrica y la dirección. Al igual que un individuo colocado ante una labor se organiza mitad consciente y mitad inconscientemente para llevarla a cabo, un grupo de obreros colocado ante una tarea tenderá, a otro nivel, a organizarse, mitad conscientemente, mitad inconscientemente, para realizarla, para reglamentar las relaciones entre los trabajos individuales de sus miembros y hacer un todo que corresponda al fin propuesto. A esta organización corresponden los grupos elementales.

20. Los que los sociólogos anglosajones denominan «grupos informales» o «grupos primarios».

Los grupos elementales de obreros comprenden un grupo variable, pero generalmente pequeño, de personas. Se basan en el contacto directo permanente de sus miembros y en la interdependencia de sus trabajos. Los obreros de un taller pueden formar uno o varios grupos elementales de acuerdo con las dimensiones del taller, la naturaleza y la unidad de los trabajos que en él se lleven a cabo, y también en función de otros factores de atracción y de repulsión (personales, ideológicos, etcétera). Los grupos elementales coinciden con frecuencia, pero no necesariamente, con los «equipos» de la organización oficial del taller²¹. Son los núcleos vivos de la actividad productiva, del mismo modo que los grupos elementales de otro tipo son los núcleos vivos de todas las actividades sociales en sus diferentes niveles. Dentro de ellos se manifiesta ya la actitud de gestión de los obreros, su tendencia a organizarse por sí mismos para resolver los problemas que les plantea su trabajo y sus relaciones con el resto de la sociedad.

Los grupos elementales y la sociología industrial

El hecho de que en realidad la producción moderna se asiente, en una gran parte, sobre la asociación espontánea de los obreros en grupos elementales, o más exactamente sobre la autotransformación de las agrupaciones fortuitas de individuos en colectividades orgánicas, ha sido puesto al descubierto por la sociología académica burguesa²². La contribución de la sociología industrial moderna al reconocimiento de la importancia fundamental de ese fenómeno y, paralelamente, a la crítica de la

21. Más adelante veremos que la divergencia entre la organización espontánea de los obreros y la organización oficial de la fábrica es, desde un cierto punto de vista, la expresión condensada de todos los conflictos y todas las contradicciones de la empresa capitalista.

22. El estudio de los grupos elementales se remonta a Charles H. Cooley (*Human Nature and the Social Order*, 1902). Su aplicación a la sociología industrial está ligada a los trabajos de Elton Mayo y su escuela. Véase en particular Elton Mayo, *The Social Problems of an Industrial Civilization*, Boston, 1945.

organización capitalista de las relaciones humanas en la producción a partir de ese punto de vista, es decisiva, sin lugar a dudas. Pero es una contribución que tiene ya un vicio de base en la óptica de conjunto de sus autores, al igual que la crítica de la empresa capitalista que de ahí deriva conduce únicamente a un reformismo utópico e impotente.

La perspectiva desde la que los sociólogos industriales ven los grupos elementales es la mayor parte de las veces una perspectiva «psicologista». Los obreros, como todos los seres humanos, tienden a socializarse, a entrar en relaciones recíprocas, a formar «bandas». Su motivación en el trabajo se constituye a partir de su pertenencia a una «banda» y no por consideraciones económicas. La «moral de trabajo» depende de ese sentimiento de pertenencia, de los lazos que unen al individuo con su grupo. El error fundamental de la organización capitalista de la producción es ignorar esos fenómenos. Es un error de la dirección, desde su propio punto de vista, el cambiar arbitrariamente a los obreros, incluir un nuevo recluta en un equipo dado sin preocuparse de las relaciones que podrían surgir entre él y los otros, y más generalmente, ignorar la realidad propia del grupo elemental. Esta negligencia lamentable hay que atribuirla a unas concepciones teóricas equivocadas —las que Mayo (*loc. cit.*, págs. 34-56) resume con el nombre de *Rabble Hypothesis* (postulado de la horda) y que nosotros preferimos designar, en la continuación de este texto, con el término de *postulado molecular*— que han predominado durante un determinado período. La crítica de esta concepción deberá llevar a los dirigentes de la producción a cambiar de actitud frente al problema de las relaciones humanas en la empresa, cosa que permitiría eliminar conflictos y gastos innecesarios.

El carácter paternalista e idealista a la vez de esas soluciones, su contenido fuertemente utópico, su trabajosa ingenuidad, son evidentes. Las relaciones entre la dirección y los obreros en la empresa capitalista no son determinados por las concepciones teóricas de la dirección. Esas concepciones no hacen más que expresar en abstracto las necesidades ineluctables ante las que se encuentra la dirección en cuanto *dirección exterior* y *dirección de explotación*. El «postulado molecular» es un

producto necesario del capitalismo, y sólo desaparecerá con él. Desde un punto de vista práctico, y en la anarquía que caracteriza tanto la empresa capitalista como sus relaciones con el mercado (o con el «plan»), la dirección tiene otras cosas que hacer que ocuparse de las inclinaciones personales recíprocas de sus empleados. Como mucho, puede crearse un nuevo servicio burocrático encargado de las «relaciones humanas», en el seno del aparato de dirección. Este servicio, si toma sus funciones con honradez y seriedad, entrará en conflicto permanente con las exigencias de los directivos «productivos», con lo que se verá reducido a un papel meramente decorativo; y si no, pondrá sus técnicas «sociológicas» y «psicoanalíticas» a disposición del sistema coercitivo de la fábrica²³.

Pero lo esencial es algo distinto. La asociación espontánea de los obreros en grupos elementales no expresa la tendencia de los individuos a formar agrupaciones en general. Es, a la vez, una agrupación de *producción* y una agrupación de *lucha*. Si los obreros forman obligatoriamente colectividades elementales que nunca serán mencionadas en el organigrama de empresa alguna, es porque tienen que resolver en común los problemas de organización de su trabajo, cuyos diversos aspectos se ordenan recíprocamente. Si los obreros se asocian espontáneamente, al nivel más elemental, para resistir, para defenderse, para luchar, es porque su situación dentro de la producción crea entre ellos una comunidad de intereses, de actitudes y de objetivos que se oponen irremediablemente a los de la dirección.

Invitar a la dirección a que reconozca los grupos elementales significa invitarla a suicidarse²⁴. Porque esos grupos se constituyen, ante todo, *contra* la dirección, no solamente porque luchan para hacer prevalecer unos intereses irremediablemente opuestos a los suyos, sino por-

23. Según señala Ph. Guillaume.

24. A no ser, una vez más, que eso signifique invitarla a utilizar los «conocimientos» relativos a esos grupos para introducirse en ellos y combatirlos mejor. La literatura y el cine norteamericanos contemporáneos ofrecen varios ejemplos de tal utilización: en la película *Blackboard Jungle* se disloca un grupo elemental desestimando a su «líder» ante sus miembros.

que el fundamento mismo de su existencia, su primer objetivo es la gestión de su propia actividad. El grupo tiende a organizar la actividad de sus miembros, a definir normas de esfuerzo y de comportamiento que significan implícitamente un rechazo radical de la existencia misma de una dirección separada. La incapacidad de reconocer claramente las consecuencias de tal hecho constituye la roca contra la que se estrella la sociología de los grupos elementales²⁵.

La organización informal de la empresa

Ese rechazo sobrepasa además muy ampliamente el marco del grupo elemental. Por un lado, los grupos tienden a ponerse en contacto entre ellos; por otro, y más generalmente, se establecen contactos y relaciones entre individuos y grupos a través de toda la empresa, *al lado de* y *frente a* la organización oficial. Podemos ver entonces, con la sociología industrial moderna, que la empresa tiene una doble estructura y lleva, por así decir, una doble vida. Por una parte está su *organización formal*, la que representan los organigramas, en la que los altos dirigentes siguen las líneas marcadas para repartir y definir el trabajo de cada uno, informarse, transmitir órdenes o imputar responsabilidades. Y a esta organización formal se opone en la realidad la *organización informal*, que efectúan y practican los individuos y grupos a todos los niveles de la pirámide jerárquica según las necesidades de su trabajo, los imperativos de la eficacia productiva, las necesidades de la lucha contra la explo-

25. Pensamos especialmente en Mayo, pero puede decirse otro tanto de *toda* la sociología industrial. Así, J. A. C. Brown, en su excelente síntesis de la sociología industrial ya citada, insiste fuertemente en las críticas formuladas a este respecto contra Mayo por varios autores, y subraya que los grupos elementales tienen su propia lógica, en nada inferior a la lógica de la dirección, aunque sea incapaz de salir de la contradicción que entonces constata. Como es natural, puesto que la única salida es la prolongación lógica de los grupos elementales en la idea de la gestión obrera, idea evidentemente «anticientífica» para un sociólogo.

tación²⁶. Correlativamente, hay además lo que se podría denominar proceso de producción formal y proceso de producción real. El primero comprende lo que *debiera* de suceder en la empresa según los planes, esquemas, reglamentos, métodos de transmisión, etc., establecidos por la dirección. El segundo es el que tiene lugar efectivamente, y con frecuencia tiene muy poco que ver con el primero.

El fracaso de la organización individualista del capitalismo va pues mucho más allá del grupo elemental. La cooperación tiende a efectuarse en contra de esa organización. Pero, lo que es más importante, esa oposición no es la oposición entre la «teoría» y la «práctica», entre unos «bonitos esquemas sobre un papel» y la «realidad». Tiene un contenido social y un contenido de lucha. La organización formal de la fábrica coincide de hecho con la organización del aparato burocrático de dirección. Sus nudos, sus articulaciones, son los de ese aparato. Porque, en el esquema oficial de la empresa, toda la empresa está «contenida» en su aparato de dirección; las personas no existen sino como las provincias del poder de los responsables. Empezando por la cumbre de la «dirección» propiamente dicha (presidente del consejo de administración en las empresas occidentales, director de la fábrica en Rusia), y pasando por las oficinas y servicios técnicos, el aparato burocrático de dirección conduce hasta los jefes de taller, los capataces y los jefes de equipo. Encuadra formalmente a la totalidad de los ejecutantes, que en el esquema oficial son solamente unos puntitos en torno a cada capataz o jefe de equipo. El aparato de dirección pretende ser la única organización de la empresa, la única fuente del orden y de todo orden. De hecho, crea tanto desorden como orden, y más conflictos de los que tiene capacidad para resolver. Frente a él, la organización informal de la empresa comprende de los grupos elementales de obreros, diversos modos de enlace transversal entre éstos, asociaciones análogas entre

26. V. la descripción extraordinariamente viva de esa organización informal en las fábricas Renault que hace D. Motié, «L'usine et la gestion ouvrière», «S. ou B.», n.º 22, en particular pp. 81 a 90, 101-102 y 106-110.

individuos del aparato de dirección, y muchos individuos aislados en los varios niveles que no tienen, en último extremo, más relaciones entre ellos que las que les supone el sistema oficial. Pero las dos organizaciones son incompletas. La organización formal está minada por abajo, nunca consigue encuadrar efectivamente a la inmensa masa de ejecutantes. La organización informal queda sin terminar por arriba; fuera de los grupos elementales de ejecutantes, no comprende en realidad a los individuos que pertenecen formalmente al aparato de dirección más que a partir del momento en que la extensión enorme de éste, la división profunda del trabajo y la colectivización que la acompaña y, finalmente, la transformación del trabajo de los escalones inferiores del aparato de dirección en un trabajo de ejecutantes de otro tipo, crean una categoría de ejecutantes dentro del propio aparato directivo, en la lucha contra la cumbre²⁷.

La organización formal no es pues una fachada; coincide, en su realidad, con las capas dirigentes. La organización informal no es una excrecencia que aparece en los vacíos de la organización formal; tiende a representar otro modo de funcionamiento de la empresa, centrado en la situación real de los ejecutantes. El sentido, la dinámica, la perspectiva de las dos organizaciones son completamente opuestos, opuestos en un terreno social que coincide finalmente con el de la lucha entre dirigentes y ejecutantes.

Porque no cabe duda que hay una lucha permanente entre ambos modos de organización, que se identifican con los polos sociales de la empresa, y que —cosa que los sociólogos industriales olvidan con demasiada frecuencia— tienden a criticar el esquema formal, por absurdo. La situación es aquí análoga a la que hemos examinado a propósito del taylorismo, y las insuficiencias de una crítica puramente teórica son también las mismas. El aparato de dirección lucha constantemente para imponer su esquema de organización; lo absurdo de éste no es un absurdo teórico, sino la realidad del capitalismo. Lo sor-

27. También existe, naturalmente, una organización informal en los escalones superiores del aparato de dirección, pero, como veremos más adelante, obedece a una lógica distinta que la organización informal de los ejecutantes.

prendente no es el absurdo teórico del esquema, sino el hecho de que el capitalismo *casi* logre transformar a los hombres en puntos de un organigrama. Si fracasa, es solamente en la medida exacta en que los hombres luchan contra esa transformación.

La lucha comienza a nivel de grupo elemental, pero se extiende a través de toda la empresa por las necesidades mismas de la producción y de la defensa contra la dirección, y abarca finalmente a toda la masa de ejecutantes. Esta extensión se cimenta en varios momentos sucesivos. La posición de cada grupo elemental es esencialmente idéntica a la de los otros; cada uno de ellos está fatalmente abocado a cooperar con el resto de la empresa²⁸; finalmente, tienden todos a fusionarse en una *clase*, la clase de los ejecutantes, definida por una comunidad de situación, de función, de intereses, de actitud, de mentalidad. Ahora bien, esta perspectiva de la clase es rechazada por la sociología industrial en el fondo, aunque la acepte de palabra. Habla de los grupos elementales como de un fenómeno universal pero, aunque los compare, se niega a unificarlos. Hace, sin embargo, algo más que unirlos, puesto que ve en ellos tanto la materia como el principio de la organización informal de la empresa; pero mantiene separados esos dos momentos, la identidad de los grupos elementales a través de la empresa y su cooperación, y no se pregunta por qué se produce el paso de uno a otro. Es así incapaz de ver la polarización de la empresa en dirigentes y ejecutantes, y la lucha en que se enfrentan, y tanto más cuanto incluye en la organización informal unos fenómenos de significación radicalmente distinta, como la tendencia a la organización propia de los ejecutantes y la formación de camarillas y clanes en el seno de la burocracia dirigente. Este rechazo a situar efectivamente los problemas de la empresa en una perspectiva de *clases* —clases cuyo proceso vivo de formación es el análisis de la empresa el que mejor lo deja ver— la hace perderse en la abstracción teórica y, al mismo tiempo, en unas «soluciones

28. V. la descripción de esta cooperación en el texto ya citado de D. Mothé, así como en los largos extractos de D. Roy que damos más adelante.

prácticas» cuyo utopismo descansa precisamente en la suspensión imaginaria de la realidad de las clases.

Es necesario añadir que el marxismo ha caído también en una abstracción casi simétrica de la precedente, en la medida en que se ha limitado a introducir de inmediato el concepto de clase y a oponer directamente proletariado y capitalismo, olvidándose de las articulaciones esenciales de la empresa y de los grupos humanos en ella. Esto le ha impedido la visión del proceso vivo de formación, de autocreación de la clase proletaria como resultado de la lucha permanente en el seno de la producción; de enlazar ese proceso con los problemas de la organización del proletariado en la sociedad capitalista; y, finalmente, en la medida en que el contenido primero de esa lucha es la tendencia de los trabajadores a dirigir su propio trabajo, a situar a la gestión obrera como el elemento central del programa socialista y a extraer de ello todas las implicaciones. Al concepto abstracto de proletariado corresponde el concepto abstracto de socialismo como nacionalización y planificación, cuyo único contenido concreto es finalmente la dictadura totalitaria de los representantes de la abstracción, del partido burocrático.

Las contradicciones propias del aparato burocrático de dirección

La organización capitalista de la producción está obligada a proseguir hasta el infinito el fraccionamiento de las labores productivas y la atomización de los productores, si quiere lograr sus fines. El proceso se salda, en cuanto a los resultados pretendidos —someter completamente a los hombres—, con un semi-fracaso, y lleva a un enorme despilfarro. Pero, al mismo tiempo, hace surgir con extrema agudeza un segundo problema: el problema de la recomposición en un todo de las operaciones productivas. Los trabajos individuales, supuestamente definidos, medidos, controlados, etc., deben ser nuevamente integrados en un conjunto, fuera del cual no tienen sentido. Ahora bien, esta reintegración no puede hacerse en la fábrica capitalista más que en la misma instancia y siguiendo los mismos métodos que la descom-

posición que la «precedió»: mediante un aparato de dirección separado de los productores, que tiende a someterlos a las exigencias del capital y los trata, en ese sentido, como cosas, como fragmentos del universo mecánico comparables a los otros. Lógica y técnicamente, la reintegración no es sino la otra cara de la descomposición, ninguna de ellas puede efectuarse ni tener sentido sin la otra. Económica y socialmente, la realización de los fines perseguidos en la descomposición es imposible si tales fines no dominan también el proceso de reintegración: el terreno ganado a los productores en la fase de descomposición no podría serles devueltos durante la fase de reintegración sin poner nuevamente en cuestión la estructura misma de las relaciones de explotación²⁹.

En consecuencia, el aparato de dirección intentará resolver el problema de la reintegración de los trabajos *por sí mismo*, negando, por tanto, *en el fondo* el carácter colectivo de la producción que se había visto obligado a admitir en la forma. Para el aparato de dirección, la colectividad de los obreros no es una colectividad, sino una colección. Su trabajo no es un proceso social en el que cada parte es constantemente interdependiente de las otras y del todo, y en el que cada momento contiene perpetuamente el germen de la novedad; es una *suma* de partes que alguien exterior a ella puede descomponer y recomponer a voluntad, como un rompecabezas, y que no puede cambiar en tanto en cuanto no se introduzca en ella otra cosa. Porque sólo en ese caso el puesto de control de la actividad colectiva podría impunemente trasladarse al exterior de dicha actividad. Sólo con esa condición podría volver a encontrarse formando un todo exactamente lo que se puso en las partes, sin pérdidas ni excrecencias.

El aparato de dirección está, así, obligado a cargar él mismo con todo. Todos los actos productivos deben, en teoría, estar doblados idealmente y *a priori* dentro del aparato burocrático, todo lo que supone una *decisión* debe ser efectuada de antemano —o *a posteriori*— fuera de la operación productiva misma. La ejecución ha de con-

29. Evidentemente, no se trata de «fases» separadas en el tiempo, sino de aspectos simultáneos, de momentos lógicos del proceso de organización de la producción.

vertirse en ejecución pura y, simétricamente, la dirección debe convertirse en dirección absoluta y perfecta. Es cierto que una situación así no puede tener realidad jamás pero, sin embargo, la actividad «organizadora» del aparato de dirección está dominada por la consecución necesaria de esa quimera, lo que le sitúa ante contradicciones insolubles.

En primer lugar, el concepto mismo de una *dirección separada perfecta* es un concepto contradictorio. Una dirección separada perfecta solamente es posible si su polo complementario, una *ejecución separada perfecta* lo es también. Pero, una ejecución separada perfecta es un sinsentido. La ejecución, por cuanto es una actividad humana —por cuanto es una actividad que no puede ser confiada a un conjunto mecánico automático— comporta necesariamente un elemento de auto-dirección, no es ni puede ser nunca una pura y simple ejecución. El hombre no es ni puede ser un ejecutante separado perfecto; y la mera tentativa de convertirlo en ello crea una situación y unas reacciones que producen el resultado contrario. La situación, porque la supresión de las facultades y capacidades de auto-dirección, que son indispensables para el trabajo de «ejecución», le hacen precisamente un mal ejecutante. Reacciones, porque el hombre tiende siempre de una u otra manera a asumir la dirección de su propia actividad y se rebela contra la expropiación de esa dirección a la que está sometido. Durante las etapas históricas que precedieron al capitalismo, esa contradicción se mantiene como una contradicción abstracta y en potencia, esencialmente porque la forma y el contenido de las actividades productivas están fijadas de una vez por todas. Pero la perpetua modificación de la producción capitalista la obliga a acudir constantemente, para poder funcionar, a las facultades humanas de los ejecutantes. La contradicción se hace de este modo una contradicción activa y efectiva, dado que el funcionamiento del régimen la lleva a afirmar simultáneamente sus dos términos: el obrero debe limitarse a la pura y simple ejecución de las tareas que se le han prescrito, y el obrero debe realizar el resultado previsto sean cuales sean las condiciones y medios reales y su distancia de las condiciones y medios teóricos.

Esa distancia es inevitable. La dirección separada per-

fecta no se concibe sino como organismo que promulga un plan perfecto, que, evidentemente, no puede tener existencia. Un plan perfecto tal implicaría, por parte de la dirección, previsión absoluta e información exhaustiva, ambas imposibles en sí, y doblemente imposibles para una dirección separada, triplemente imposible para una dirección que es dirección de la explotación de los productores. Sin duda, la industria moderna tiende a «racionalizar» el conjunto de condiciones, medios y objetos de la producción, y esa racionalización se presenta como una eliminación del azar, de lo imprevisible, como la creación de condiciones estandarizadas para el conjunto del proceso productivo. En condiciones así, debiera de ser posible, tras un período de tanteamiento y de aproximaciones sucesivas, llegar a una fase de «descanso» en la que la producción podría por fin desarrollarse según el plan. Pero ello implicaría que, a partir de ese momento, condiciones, métodos, instrumentos, objetos de la producción quedasen fijados de modo inalterable. Pero la esencia misma de la industria moderna es la modificación permanente. A gran escala, tan pronto como una etapa técnica llega a cierta saturación, ya se anuncia a bombo y platillo una nueva etapa. A pequeña escala —pero igualmente importante en la realidad cotidiana de la fábrica—, la «saturación» no se produce nunca; se introducen constantemente «pequeñas» modificaciones en los materiales, en las máquinas, en los objetos fabricados, en la disposición de hombres y máquinas (modificaciones que expresan precisamente el proceso de «racionalización»). De esta forma, el plan tiene que ser incesantemente modificado y nunca tiene tiempo de adaptarse perfectamente al desarrollo de la producción.

Por otra parte, la «estandardización» sigue siendo una norma ideal que nunca llega a realizarse, de un lado por razones sociales y de otro por razones «naturales». Todo lo que se utiliza en una etapa cualquiera del proceso productivo es ya el resultado de un trabajo industrial precedente. Y ese resultado, ese producto —se trate de materia prima o de alguna pieza suelta— debe, en teoría, ajustarse a una definición rigurosa, a unas especificaciones precisas de tamaño, de forma, de calidad, etcétera, dentro de unos márgenes de tolerancia dados. Basta con que uno cualquiera de sus componentes materiales

o ideales no corresponda en la realidad a su definición teórica para que el plan no pueda ya seguir aplicándose tal cual; no es que esto vaya a significar el derrumamiento de la producción, ni siquiera que los daños sean necesariamente importantes, pero sí implica que solamente la intervención viva de los hombres puede suplir a una directriz caduca desde ese momento, y realizar sobre la marcha una adaptación de los medios disponibles, distintos a los medios teóricos, y del fin pretendido.

El hecho de que todos los componentes de un trabajo cualquiera sean el resultado de un trabajo anterior significa que desde el momento en que los resultados efectivos del trabajo en una etapa determinada se separan de los resultados teóricos, la separación repercute de uno u otro modo sobre las etapas ulteriores de fabricación. Ahora bien, ese tipo de separaciones son absolutamente ineludibles en la producción capitalista, no solamente porque al ejecutante *explotado* no le interesa el resultado de su trabajo y, por lo tanto, presenta con frecuencia resultados «maquillados» (desarrollando paralelamente toda una gama de medios de lucha contra el «control» de la fábrica), sino también porque el ejecutante *parcial* no sabe ni debe por definición saber lo que es importante y lo que no lo es dentro de lo que hace. El conjunto de especificaciones que le fijan sus directrices de producción le resultan como si todas ellas fueran de la misma importancia (con los márgenes de tolerancia admitidos). Pero de hecho no lo son, ni en términos absolutos ni desde el punto de vista de la posibilidad de recuperar fácilmente tal o cual separación de la norma en una etapa posterior de la producción. En la medida en que el ejecutante, agobiado por los plazos, no puede cumplir todas las normas a la vez, irá fallando en algunas de ellas, al azar. El servicio de planificación, por su parte, no puede establecer la jerarquía entre aquellas normas verdaderamente importantes y las que no lo son: por una parte porque él mismo no las conoce, ya que esa jerarquía resulta de la *práctica industrial* de las operaciones, de la que, por definición, está separado; por otra parte, su papel es presentar todas las directrices como si fueran igualmente y absolutamente importantes. Así, los métodos de dirección separada conducen a su

propio fracaso porque hacen imposible una ejecución inteligente de sus directrices³⁰.

Paralelamente, hay siempre un elemento de imprevisibilidad «natural», incluso en las condiciones de la gran industria moderna. Hasta los materiales fabricados en las mejores condiciones posibles presentan especificidades imprevistas que es preciso compensar de modo igualmente imprevisto durante su ejecución. Hasta las calculadoras electrónicas, fabricadas no ya en condiciones industriales sino en condiciones de laboratorio, se desmandan y enloquecen por razones desconocidas³¹. Lo que sucede es que la industria moderna significa, en cada una de sus etapas, una tensión extrema de la explotación de las posibilidades del conocimiento y de la materia, que tiende a trabajar siempre al límite de lo conocido y de lo factible. Y este continuo desplazamiento de sus fronteras significa que nunca puede instalarse en una región cuya exploración haya sido completada. Tan pronto como se abre un territorio, hay que explotarlo y hacerlo de inmediato en las condiciones de la producción en masa. Los medios crecen a velocidad vertiginosa, pero también lo hacen objetivos y exigencias. Los instrumentos se hacen cada vez más finos y precisos, pero las tolerancias, paralelamente, se van haciendo cada vez más estrechas. En otros tiempos, lo «imprevisto», lo «irracional», el «accidente», eran un defecto en el acero; hoy, pueden ser unas ínfimas irregularidades en la composición química de las moléculas. Lo que disminuye no es el grado de resistencia al hombre de la materia, sino que la línea sobre la que se hace efectiva esa resistencia se desplaza, de tal suerte que la separación entre la teoría y la realidad no puede colmarse siempre más que con la práctica, en tanto que intervención, racional y concreta a la vez, del hombre. Pero esa práctica misma se sitúa constantemente a un nivel más elevado, y supone la puesta en acción de capacidades más y más desarrolladas del indi-

30. V. a este respecto los largos desarrollos de D. Motthé en el artículo ya citado; también los de G. Vivier («S. ou B.», n.º 12, pp. 46-47; n.º 14, pp. 56-57), y de Paul Romano (*ibidem*, n.º 2, pp. 89-91).

31. Cf. Norbert Wiener, *Cybernetics*, New York y París, 1948, pp. 172-173.

viduo, absolutamente incompatibles con el papel de simple ejecutante.

Todas estas razones hacen que la realidad de la producción se separe siempre, de manera más o menos apreciable, del plan y las directrices de producción, y que esa separación sólo puede remediararse con la práctica, la inventiva, la creatividad de la masa de ejecutantes. Cada vez que se introduce un nuevo método de fabricación o se va a fabricar un nuevo modelo del producto, sobre los que oficinas e ingenieros de la fábrica han pasado muchas veces varios años en trabajos preparatorios y de «puesta a punto», pasarán semanas o meses hasta que la producción comience a desarrollarse de modo medianamente satisfactorio. Los usuarios de automóviles saben que cuando una fábrica «lanza» un modelo nuevo, los coches que salen durante los primeros meses tienen casi siempre defectos serios³². Y, sin embargo, el «prototipo» se había venido probando durante años, lo habían hecho

32. «Tras cada cambio de modelo, los capataces recorren la fábrica frenéticamente, intentando hacer que planes y máquinas funcionen normalmente como se había estudiado en las oficinas durante meses. En esos momentos, el capataz es el amo, pone a los obreros donde le parece, rompe grupos anteriores, afirma su autoridad. Es el momento de mayor desorganización en la fábrica. Precisamente por esa razón, pocos obreros de Detroit comprarán un coche nuevo inmediatamente después del cambio de modelo. Es una tontería que dejan para la gente que no trabaja en fábricas y que por lo tanto no sabe. Sólo cuando los obreros consiguen restablecer un cierto orden en la producción puede ésta desarrollarse sin trastornos. El capataz se ha encargado de un grupo de obreros y le han dicho lo que tiene que hacerles hacer. La organización que efectúa es siempre mala. La cadena va demasiado deprisa o hay un solo hombre donde debiera de haber dos. Los obreros se lo explican, pero él tiene órdenes y no puede hacer modificaciones de acuerdo con la opinión de los obreros. Los hombres están por tanto obligados a tomar por su cuenta la situación. Se desprecian del trabajo hasta el momento en que haya de pararse la cadena. Por fin, y después de que esa situación haya durado un cierto tiempo, la dirección ha aprendido, la producción se ajusta y los coches fabricados pueden comprarse con garantías» (*The American Civilisation*, texto a multicopista producido por el grupo norteamericano *Correspondence*, de Detroit, p. 47).

rodar por el Sahara y por Groenlandia, etc. Pero el plazo que transcurre entre el inicio de la nueva fabricación y la salida de ejemplares más o menos satisfactorios es el plazo necesario para que el conjunto de la masa de ejecutantes de la fábrica concrete las directrices iniciales de fabricación en la práctica de las condiciones reales de trabajo, para que se colmen las lagunas del plan de producción, para resolver los problemas que no se habían previsto, para adaptar la fabricación a su defensa contra la explotación (por ejemplo, «arreglárselas» con las cotas de piezas), etc. Se logra así, hasta que intervenga una nueva modificación, un estado de equilibrio entre el plan de producción, el estado real de la fábrica desde el punto de vista de las posibilidades de fabricación y la lucha de los obreros contra la explotación.

La dirección, naturalmente, es «consciente», en general, de esas distancias entre el plan de producción y la realidad de la fábrica y, en principio, es ella misma quien ha de suprimirlas. En la práctica esto es algo evidentemente irrealizable: si cada vez que algo «no va como debiera» fuera necesario pararlo todo y pedir instrucciones por vía jerárquica, la fábrica sólo podría llevar a cabo una pequeña parte de sus objetivos de producción. Digamos de paso que la tolerancia de hecho a la que la dirección se ve reducida ante las iniciativas indispensables de los ejecutantes, no hace más fácil el papel de éstos. El aparato de dirección está, al mismo tiempo, celoso de sus prerrogativas y temeroso ante sus responsabilidades; evitará siempre que le sea posible zanjar una cuestión a menos que se vea «cubierto», pero reprochará con dureza a sus inferiores que la hayan solucionado ellos mismos. Si la iniciativa tiene éxito, se limitará a gruñir un poco, y tratará por todos los medios de atribuirse el método; si fracasa, castigará³³. La actitud ideal para el ejecutante es tomar las iniciativas auténticamente eficaces, y apparentar que sigue en todo las directrices oficiales, cosa no siempre fácil. Así, la fábrica llega a constituir, en zonas, un mundo doble en el que los hombres simulan hacer una cosa determinada mientras están haciendo otra.

33. V. D. Mothé, *loc. cit.*, p. 88.

Tanto la previsión necesaria para la planificación como la readaptación permanente del plan a una realidad que evoluciona constantemente, plantean el problema de la *información* en torno al desarrollo de la producción. Es un problema que se convierte rápidamente en insoluble para un aparato burocrático de dirección. La fuente última de toda información son los ejecutantes, enzarzados constantemente en la batalla de la producción. Pero, claro, éstos no colaboran; no sólo no informan necesariamente a la dirección sobre la situación, sino que muy a menudo llegan a conspirar tácitamente para ocultársela. El aparato de dirección no puede responder a esto más que creando órganos especiales de información, que tropiezan rápidamente con la misma dificultad, dado que han de extraer su información original fuera de ellos mismos. La conspiración en torno a la información no se limita, por otra parte, a los ejecutantes; el aparato de dirección mismo participa en ella, y un aspecto esencial de la actividad de sus miembros consiste en enmascarar los resultados de su propia actividad o de la actividad del sector que tienen a su cargo. Su suerte, la suerte de su clan o de su servicio dependen de ello³⁴.

Pero la información no es simplemente la recolección de «hechos». Supone ya su *elección*, pero es también, y mucho más, su *elaboración*, la liberación de las relaciones y perspectivas que los enlazan. Esto es imposible fuera de un cuadro conceptual, de un conjunto de ideas organizadas, por tanto, de una teoría (incluso aunque sea una teoría inconsciente). Por consiguiente, toda información de la que puede disponer el aparato de dirección está viciada desde la raíz por su teoría de la sociedad, o de la realidad industrial. Es algo que se muestra claramente tan pronto como se considera el aparato burocrático que dirige la sociedad entera, el Estado o el partido burocrático. Dirigir la sociedad presupone conocerla, conocer la sociedad significa tener una concepción teórica adecuada de ella. Pero los dirigentes actuales no pueden tratar de captar la realidad social más que sometiéndola a unos esquemas absurdos. Al igual que sus ideólogos, lo mismo proyectan el funcionamiento de la sociedad so-

34. Vol. I.2., pp. 221-223 (Tusquets Editores).

bre el de un modelo mecánico, que, asqueados por el fracaso de tan absurda asimilación, se refugian en el irracionalismo, el papel de los accidentes, lo arbitrario. Volveremos a encontrarnos más adelante con estos problemas. Pero las mismas cuestiones y las mismas imposibilidades se presentan ante el aparato dirigente de la empresa. La realidad que dice conocer es la realidad de la producción. Realidad que es en primer y último lugar una realidad humana. Los hechos más importantes son los que conciernen a la situación, la actividad y la suerte de los hombres en la producción. Hechos que son evidentemente imposibles de conocer desde el exterior. Y de los que, por lo demás, la dirección se preocupa muy poco. Pero, en la medida en que está obligada a preocuparse, no puede hacerlo de otra manera que considerándolos como hechos exteriores, transformándolos en observables mecánicamente, en definitiva, destruyendo su naturaleza misma. Por consiguiente, para la dirección, el obrero o no existe o existe como un mero sistema de nervios y de músculos que tiene capacidad de efectuar una cantidad concreta de gestos, cantidad que puede aumentarse proporcionalmente al dinero que se le ofrezca. Esta visión rigurosamente imaginaria del obrero es la base del «conocimiento» de la realidad de la producción que posee la dirección. Así, en la propia visión del dirigente va incluida, por construcción, la negación de la realidad propia del objeto que pretende ver. Y no puede ser de otro modo. Porque el reconocimiento de esa realidad propia implicaría, inversamente, que el dirigente se niega a sí mismo como dirigente.

La situación no se modifica apenas cuando se abandonan los métodos antiguos y burdos y el esquema de las «moléculas irresistiblemente atraídas por el dinero», y se sustituyen por concepciones más modernas y descubrimientos de la sociología industrial. Sólo cambia la naturaleza de las «leyes» que se supone que rigen a los hombres y sus relaciones; la actitud fundamental sigue siendo la misma. Se abandona la suposición de que el obrero es capaz de asesinar a su camarada y matarse en el trabajo por unas monedas, y se pasa al supuesto contrario de que está esencialmente determinado por una «solidaridad de grupo». Pero en ambos casos se trata de un conocimiento de la dirección *sobre los obreros*, y ese

conocimiento ha de permitirle utilizarlos mejor en la producción. La solidaridad de grupo se ha convertido a su vez en el móvil externo que determina los actos del obrero; al conocer el móvil y actuar sobre él, puede manejarse al obrero para que haga lo que se quiere que haga. La situación de la dirección continúa siendo la del ingeniero encargado de organizar el montaje y funcionamiento de las piezas de mecánica humana que forman la empresa y cuyas leyes conoce. Que el autor de esas leyes no sea ya Bentham sino Freud o Elton Mayo no cambia un ápice la situación. Tampoco hace mucha falta añadir que nada cambia *tampoco* en la imposibilidad de conocer la realidad industrial. Colocadas bajo esta perspectiva y utilizadas con esos fines, psicología, psicoanálisis y sociología se vacían de contenido y quedan transformadas en sus contrarias³⁵. Si, por ejemplo, el grupo no es un móvil exterior para sus miembros, si es unidad de auto-determinación que se crea y recrea por sí misma, si entonces, y por eso mismo, acaba por oponerse antes o después a toda dirección que se le pretenda imponer desde fuera, son verdades que no tienen utilidad para la dirección porque la rechazan en su misma raíz. La dirección no puede tener más que la teoría de su práctica, es decir, de su existencia social.

Pero, independientemente de su lucha permanente contra los ejecutantes, otras contradicciones igualmente insolubles desgarran, por así decir, el aparato de dirección. Una serie de factores, que en último término derivan todos de la tendencia a confinar a los trabajadores en labores de ejecución cada vez más limitadas, empujan al aparato de dirección a una proliferación extraordinaria. El aparato de dirección toma sobre sí un número constantemente creciente de misiones y así, sólo puede existir como un organismo colectivo enorme. En una empresa importante, los individuos empleados en las oficinas forman por sí solos ya una empresa de enver-

35. Por ejemplo, cualquier psicoanálisis digno de tal nombre se basa en la idea de que la *libertad* del sujeto es a la vez el fin y el medio del proceso terapéutico, y toda la utilización del psicoanálisis por la sociología industrial se basa en la *manipulación* del sujeto, como medio y como fin último.

gadura³⁶. Y ese organismo colectivo sufre en sí mismo el proceso de división del trabajo, de dos maneras. Por un lado, el aparato de dirección se subdivide en «ramas especializadas», que son los diversos «servicios» de las oficinas de la empresa. Por otro lado, la división entre dirigentes y ejecutantes se establece de nuevo ineludiblemente, tanto dentro del aparato considerado globalmente como dentro de cada uno de sus «servicios». De donde se deriva que todos los conflictos anteriormente descritos vuelven a aparecer en el seno del aparato de dirección.

La organización del trabajo dentro del aparato de dirección no puede hacerse, evidentemente, más que con las mismas formas de «racionalización» que se aplicaban a la producción propiamente dicha: subdivisión y parcelación de cometidos, trasformación de los individuos en una masa de ejecutantes anónimos e intercambiables, etc. Produce las mismas consecuencias en todas partes. Para apagar la lucha de los obreros, la dirección termina así por introducir en su propio seno la lucha de clases. La inmensa mayoría de los empleados del aparato de dirección, dedicados a un trabajo fragmentario, privados de toda calificación importante, reducidos a sueldos semejantes a los de los obreros, privados estadísticamente de cualquier oportunidad sólida de ascenso, se distingue por lo tanto difícilmente de sus camaradas de los talleres; en el fondo, lo único que puede separarlos³⁷ son ilusiones, cada vez más minadas por la situa-

36. En las fábricas Renault, la proporción de «mensuales» ha pasado del 6'5 % en 1919 al 11'7 % en 1930, 17'8 % en 1937 y 20'2 % en enero de 1954, dentro del total de efectivos (A. Touraine, *L'évolution du travail ouvrier aux usines Renault*, París, 1955, pp. 164-165). Sobre el desarrollo de las oficinas en la industria norteamericana, v. C. Wright Mills, *White Collar*, New York, 1956, pp. 65 a 70.

37. El análisis de la actitud de esas capas ofrecido por C. Wright Mills en los últimos capítulos de su *White Collar* presenta ciertos defectos a este respecto: 1.º, mezclar las diferentes categorías de «proletarios de cuello duro», en los que sin embargo difieren sustancialmente situación y perspectivas; 2.º, no tener en cuenta la *dinámica* de su situación. En particular, las ilusiones relativas al «nivel social» (*status*) no pueden sobrevivir mucho tiempo a las condiciones reales de las que se habían venido alimentando. El fenómeno de la in-

ción real. Pero, independientemente de ese proceso de unificación de las capas ejecutantes de la empresa, la aparición de la masa de ejecutantes dentro del aparato de dirección tiene como resultado principal que *la dirección no dispone ya de sí misma*; incluso aunque no se solidaricen con los obreros, los empleados de las capas inferiores de la dirección tienen la misma actitud frente al trabajo que ellos.

Por otra parte, el inevitable fraccionamiento del aparato de dirección en una serie de servicios especializados crea fatalmente un problema de reunificación de actividades, métodos y puntos de vista de esos servicios. Cada uno de ellos tiende a afirmar su propio punto de vista en detrimento de los otros, porque es la única manera de afirmar su importancia y de extender su campo dentro del aparato. Por su lado, la cumbre del aparato de dirección, encargada de resolver tales conflictos, no dispone en general de criterio racional alguno para lograrlo. Para ello necesitaría, en efecto, poder tomar por su cuenta todos los puntos de vista en oposición, es decir, «doblar» de hecho a todos los servicios, costosos y constituidos con esfuerzo; y de hecho es la solución a la que recurren numerosos dirigentes, que se rodean de un equipo personal restringido, una especie de estado mayor privado y clandestino³⁸. La dirección está así obligada a

dustrialización del trabajo de las oficinas es, evidentemente, de una importancia decisiva a este respecto. Cf. el excelente análisis de R. Berthier, «Une expérience d'organisation ouvrière», en el n.º 20 de «S. ou B.», pp.6 y ss.

38. A escala muy diferente, el fenómeno de «doblar» de la estructura burocrática que cubre toda la sociedad con un organismo más restringido de dirección, el Partido, que pretende sin éxito ser la instancia reunificadora y por ello tiende a hacer superfluo todo el aparato burocrático del Estado, ha sido demostrado por Claude Lefort a partir de los textos del XX Congreso del P.C.U.S. Véase su artículo «Le totalitarisme sans Staline» en el n.º 19 de «S. ou B.» (recogido en *¿Qué es la burocracia?*, Ruedo Ibérico, París, pp. 98-168), especialmente pp. 45 y ss. Añadamos que al «doblar» la estructura de la burocracia del Estado, el Partido está obligado a reproducirla dentro de sí mismo, creando comisiones especializadas, etc. Es decir, que no puede estar ahí, ni remotamente, la solución del problema.

instaurar su propia organización informal, en oposición a la organización formal que ha instituido por el otro lado. Pero resulta evidente no sólo que son dos soluciones que se refutan la una a la otra (o bien el estado mayor clandestino es inútil, o bien demuestra la inutilidad de una buena parte de los servicios), sino también que su yuxtaposición no puede ser sino fuente de nuevos conflictos. Y, finalmente, la dirección suprema no dirige, en la práctica, nada, se limita a *arbitrar* puntos de vista opuestos de manera, por cierto, realmente arbitraria, dado que no sabe casi nada de los problemas de los que trata. Lógicamente, su único fundamento será ya que cualquier decisión, aunque sea arbitraria o absurda, vale más que la falta total de decisión³⁹.

La falta de criterios racionales que pudieran servir para resolver los conflictos entre puntos de vista opuestos que surgen inevitablemente dentro del aparato burocrático de dirección, se combina con otro fenómeno capital: la falta de criterios racionales en cuanto al lugar de los individuos en el seno de ese aparato. Son dos factores que aparecen entre los primeros rasgos característicos de todo aparato burocrático moderno: la lucha de todos contra todos por «ascender», la formación de camarillas y clanes que dominan en la sombra la vida «oficial» del aparato, y la transformación de las opciones objetivas en botín de la lucha entre camarillas y clanes.

Es preciso entender bien el sentido de este análisis de las contradicciones de la dirección burocrática. No estamos comparando aquí esa dirección con una dirección perfecta para de ese modo descubrir las deficiencias que presenta respecto de ese modelo imaginario. No existe una dirección perfecta, sea cual sea la estructura social (incluso aunque se trate de la colectividad organizada por los productores), y una comparación de esa especie estaría absolutamente desprovista de sentido. Cualquier dirección humana encontraría problemas bajo todos los

39. Sobre la necesaria nulidad de los dirigentes en el sistema actual, véase C. Wright Mills, *The Power Elite*, Nueva York, 1956, en especial pp. 138 a 148, en lo referente a los dirigentes de la industria, y pp. 205-224 en cuanto a los dirigentes militares, así como el capítulo final del libro.

aspectos que hemos evocado, y encontraría dificultades para solucionarlos. La discusión no estriba en la posibilidad de eliminar esos problemas. Lo que nos muestra es que la estructura y la naturaleza de la dirección actual, dirección burocrática exterior a las actividades que pretende dirigir, *causa problemas insolubles* o, en el mejor de los casos, problemas que no pueden resolverse sin pagar el precio de un enorme despilfarro y unas crisis permanentes.

La previsión perfecta no existirá nunca. Ni es necesario que exista para que la producción pueda organizarse racionalmente. Pero la estructura actual se basa implícitamente en el postulado de que existe una previsión así, y de que la dirección cuenta con ella. Como los productores están privados en teoría de la posibilidad de realizar «sobre el terreno» la readaptación permanente del plan a la realidad, hace falta que esa readaptación sea efectuada *a priori* y de una vez por todas por la dirección. De ahí que el «plan de producción» —de la empresa o de la economía entera— adquiera valor absoluto. El proceso de adaptación permanente entre previsión —sin la que no hay acción racional— y la realidad está dislocado a causa de la separación radical entre dirigentes y ejecutantes, y por tanto el equilibrio sólo puede restablecerse, a cada ruptura, a saltos, en función de intervenciones específicas, tardías y espasmódicas.

El problema de una información adecuada existirá siempre. Pero la estructura actual lo vuelve literalmente insoluble, porque su existencia misma lleva al conjunto de la sociedad a conspirar para ocultar la realidad. El problema de la adecuación de los individuos a las funciones que realizan seguirá existiendo durante mucho tiempo. Pero la estructura actual destruye toda posibilidad de solución racional, al disponer esas funciones a lo largo de una pirámide jerárquica y al unir no solamente la categoría económica sino también la situación total del individuo, e incluso su valor ante sus ojos, a su éxito en una lucha desesperada y absurda contra todos los demás. La sociedad humana estará siempre enfrentada a opciones que no son simples problemas de geometría que tienen una solución única al final de un planteamiento rigurosamente definido. Pero la estructura actual hace que esos problemas no estén explícitamente plan-

teados, o bien que sean resueltos en función de consideraciones ajenas a su contenido.

Ahora bien, a no ser que se produzca un cambio radical de la estructura actual, esa dirección separada es inevitable. Es necesario coordinar de una u otra manera las actividades de miles de individuos y grupos elementales. Es necesario que el punto de vista «universal» del funcionamiento de la empresa prevalezca sobre los puntos de vista «particulares» de los obreros o de sus grupos. Es necesario, en fin, que una capa *determinada* de dirigentes se ocupe de imponer ese punto de vista a la *totalidad* de los productores. Desde ese mismo momento, el conflicto es, pues, inevitable. En primer lugar, los imperativos que dimanan de ese punto de vista «universal» de la dirección toman, para cada grupo de obreros, la forma de una ley exterior que se les impone arbitrariamente, de la que ni siquiera conocen la justificación, y que, por esa misma razón, les parece completamente irracional. Y además, el punto de vista «universal» de la dirección es, de hecho, un punto de vista particular; es el punto de vista parcial, y de parte, de una capa *determinada*, que no tiene acceso más que a una parte de la realidad, que vive una vida aparte de la producción efectiva, que tiene intereses propios que hacer valer. Inversamente, el punto de vista «particular» de los grupos de productores es de hecho un punto de vista universal. El punto de vista de cada grupo elemental se encuentra en todos los demás. Las normas que emergen dentro de ellos, son idénticas. Los intereses que tratan de hacer prevalecer son los mismos. La dirección se esfuerza en *pensar en* la realidad efectiva de la producción. Los productores *son* esa realidad efectiva misma. Tomados como totalidad, abarcan la totalidad de aspectos de la actividad productiva de la empresa, *son*, de hecho, su totalidad.

¿Lo *son*? ¿Pueden, efectivamente, formar una unidad orgánica a través de talleres y oficinas? ¿No está cada uno de ellos limitado a un lugar definido del mecanismo total de la empresa, privado de una visión del resto, incapaz de articularse en una totalidad viva? El análisis puede identificar a unos y otros, puede incluso sumarlos, pero ¿pueden unificarse ellos mismos? Lo único que

puede darnos una respuesta a estas preguntas es el análisis de las luchas obreras.

La lucha obrera contra la alienación

La organización capitalista de la producción es profundamente contradictoria. La dirección capitalista pretende no tener que relacionarse más que con el obrero individual, en tanto que, de hecho, la producción es realizada por la colectividad de los obreros. Pretende reducir a los obreros a unas tareas limitadas y determinadas, pero al mismo tiempo está obligada a apoyarse en las capacidades universales que desarrollan a consecuencia y, a la vez, en oposición a la situación en la que se les coloca. Pretende también quitar a los trabajos todo elemento de dirección definiendo de antemano exhaustivamente las modalidades de ejecución; pero esa definición exhaustiva es siempre imposible, porque la producción sólo puede efectuarse en la medida en que el obrero organiza por sí mismo su trabajo y va más allá del papel del puro y simple ejecutante que tiene teóricamente encomendado.

Los conflictos que resultan de tal situación, conducen a una verdadera anarquía de la producción en cada empresa. Pero al mismo tiempo crean una situación y una actitud contradictorias en los propios obreros. Las condiciones en las que están situados los empujan a organizarse de la manera más eficaz para la producción, a mejora: las máquinas, a inventar nuevos procedimientos, etc. La organización capitalista les obliga a ello, porque cuando algo no marcha son los obreros los que pagan (y los que no pueden defenderse criticando la mala organización de la fábrica). Pero, por otra parte, el aparato de dirección combate la organización y la creatividad de los obreros tan pronto como se manifiestan; son, en todo caso, constantemente perturbadas y mutiladas por él; finalmente, en las condiciones actuales las mejoras de organización y métodos de producción van en beneficio, esencialmente, del capital, que se apodera frecuentemente de ellas para volverlas contra los obreros. Los obreros lo saben y, en consecuencia, tienden a frenar, consciente o inconscientemente, su participación en

la producción. Frenan su rendimiento; se callan sus ideas; aplican a sus máquinas personales mejoras que ocultan cuidadosamente a los capataces; se organizan entre ellos para realizar un trabajo sin dejar de mantener un respeto aparente por el método oficial de organización... y etcétera⁴⁰.

Esta actitud contradictoria de los obreros significa que el conflicto insuperable que atraviesa la sociedad capitalista se traslada al corazón del proletariado mismo, tanto en el comportamiento del obrero individual como en la actitud de la clase obrera. Sería completamente falso representar al proletariado como algo plenamente positivo, como una clase que lleva ya en ella la solución de todos los problemas, y que lo único que impide la realización de esas soluciones son una clase enemiga y una organización social exterior a él. Eso sería tanto una mistificación demagógica como una teoría pobre y superficial. El capitalismo no podría seguir existiendo si su crisis no repercutiera en el seno del proletariado mismo. La opresión, la explotación, la alienación creadas por el capitalismo se expresan en la clase obrera mediante contradicciones que hasta ahora no ha podido superar. Lo positivo de la clase obrera es que no se limita a sentirse desgarrada por tales contradicciones, sino que lucha constantemente para superarlas y que, a los más diversos niveles, el contenido de esa lucha es la organización autónoma de los obreros, la gestión obrera de la producción, la reorganización, finalmente, de la sociedad.

Los burócratas —y a veces también algunos militantes revolucionarios deformados por un «marxismo» de

40. V. los textos ya citados de Romano, Vivier, Mothé. Al mencionar el número relativamente muy pequeño de «sugerencias» obreras para el mejoramiento de la productividad, A. Touraine escribe: «¿Cómo se explica este fracaso relativo? En primer lugar, por el recuerdo del pasado. El obrero, acostumbrado a ver que sus sugerencias, sus iniciativas, se vuelven contra él y provocan la intervención de los cronometradores, abandona lentamente su antigua desconfianza» (*loc. cit.*, p. 121). «Abandona lentamente» es un eufemismo: las cifras citadas por Touraine se refieren al período 1945-1947. Lo sucedido desde entonces no ha incitado a los obreros a abandonar su desconfianza, sino todo lo contrario.

vía estrecha— no quieren ver en las luchas del proletariado más que una tendencia a mejorar su nivel de vida o, como mucho, una lucha «contra la explotación». Pero la lucha del proletariado no es, *no puede ser* simplemente una lucha «contra» la explotación; tiende *necesariamente* a ser una lucha por una nueva organización de las relaciones de producción; es decir, son dos aspectos de una misma cosa, puesto que la raíz de la explotación es la organización actual de las relaciones de producción. El obrero no puede ser explotado, es decir, no se le pueden expropiar los frutos de su trabajo sino en la medida en que se le expropia la dirección de ese trabajo y la lucha contra la explotación le sitúa rápidamente ante el problema de la gestión, a escala de su propio taller siempre, a escala de fábrica y de la sociedad entera, periódicamente.

Suelen tenerse los ojos fijos en los momentos «históricos» de la acción del proletariado —revolución o huelga general—, o al menos en lo que podría llamarse su organización y su acción *explícita* —sindicatos, partidos, huelgas importantes—. Pero esas acciones y esas organizaciones no pueden entenderse sino como momentos de un proceso de acción y organización permanente, que encuentra su origen en las profundidades de la vida cotidiana de la empresa y que no puede seguir vivo y adecuado a sus intenciones más que con la condición de volver constantemente a ella. A esa acción y a esa organización cotidianas habrá que reconocerles en adelante la importancia capital que tienen, y las englobaremos en el término de *lucha implícita*. Implícita en la existencia del proletariado, en la condición de proletario misma. La organización elemental o informal de los obreros es solamente un aspecto de esa lucha. La organización no es más que un momento lógico del proceso de lucha, lo mismo que la acción. La lucha comprende acción, organización, objetivos. Nuestro propósito es mucho más general que el análisis de la organización informal, engloba tanto las *acciones informales* como los *objetivos informales*. Esta lucha implícita no es, podríamos decir, más que el revés del trabajo cotidiano del proletariado. El trabajo en la empresa capitalista, naturalmente, no se realiza sin lucha. Y esta situación dimana directamente de una or-

ganización del trabajo basada en la oposición entre dirigentes y ejecutantes.

Así, la organización capitalista del trabajo tiende a asentarse sobre la definición de normas de trabajo. Los obreros luchan contra las normas. Es imposible no ver en esa lucha más que una «defensa contra la explotación». Hay en ella, de hecho, infinitamente más: el obrero, precisamente para defenderse de la explotación, está obligado a reivindicar el derecho a determinar por sí mismo su ritmo de trabajo, a negarse a ser tratado como una cosa.

Una vez definida la norma, los problemas están muy lejos de arreglarse. Tan sólo se ha delimitado en campo de batalla. En esta batalla, la batalla del rendimiento efectivo, los obreros se ven abocados a organizarse, a inventar medios de acción, a definir objetivos. Nada se les da por anticipado; han de crearlo todo, conquistarla con dura lucha.

La dinámica del encadenamiento de objetivos, organización y medios de acción, es clara. Los obreros pretenden el máximo salario a cambio de un trabajo «decente». Ese máximo no tiene sentido sino como un máximo colectivo —dicho de otro modo, toda tentativa de lograr un máximo individual se revela rápidamente como ilusoria y acaba por volverse contra su autor—. La realización de ese primer objetivo implica la persecución de la mayor libertad posible dentro del marco ofrecido por la empresa capitalista. Implica igualmente la búsqueda del máximo de eficacia real en la producción, condición indispensable de la economía del esfuerzo. De ese modo, los obreros se ven obligados a luchar contra el conjunto de los métodos de organización capitalista de la producción. Y se ven igualmente obligados a organizarse de modo «elemental» o «informal», bajo formas que el capitalismo disloca y que ellos recrean nuevamente en cada ocasión.

No decimos que los obreros consigan realizar siempre esos objetivos, ni siquiera la mayor parte de las veces. No pueden realizarlos sin hacer saltar en pedazos la organización capitalista de la empresa, cosa imposible sin hacer volar en pedazos al mismo tiempo la organización capitalista de la sociedad. El proceso tiene fases inevitables de retroceso y derrota. Pero mientras la or-

ganización capitalista siga ahí, la lucha seguirá renaciendo de sus cenizas y no tendrá más remedio, gracias tanto a su propia dinámica como a la dinámica objetiva de la sociedad capitalista, que extenderse y hacerse más profunda. Lo que hay que descubrir es, pues, el sentido de esa lucha. No decimos tampoco que sea un sentido simple, un estado de gracia que investiría automáticamente a la condición obrera, un apriorismo socialista innato en los proletarios. El proletariado no es socialista, se convierte en socialista, más exactamente, *se hace socialista*. Y mucho antes de que se presente como socialista organizándose en sindicatos y partidos de ese nombre, hace nacer los elementos embrionarios de una nueva forma de organización social, de un nuevo comportamiento y una nueva mentalidad humana en su vida y en su lucha cotidiana dentro de la empresa capitalista. Éste es el terreno del que vamos a partir para analizar la dinámica y el significado de las luchas obreras.

La lucha en torno al rendimiento

La tendencia de los obreros a reglamentar por sí mismos, en la mayor medida posible, su ritmo de trabajo —luchando contra las normas de la dirección y, luego, eludiendo por todos los medios disponibles esas normas—, aparece a los ojos de la dirección como una «restricción del rendimiento», una «restricción de la producción». Frente a esa restricción, la respuesta «racional» clásica de la dirección es el «salario por rendimiento» o «a destajo»⁴¹. El obrero se verá impulsado así, «por su propio interés», a aumentar al máximo su rendimiento. Al hacer eso, suministrará también de paso indicaciones sobre el rendimiento máximo que puede llegar a lograr, lo que permitirá revisar las normas de producción en sentido ascendente cuando llegue el momento.

41. Los tipos, fórmulas y denominaciones del salario según el rendimiento son innumerables. Pero para lo que aquí nos ocupa, importan tan sólo el contenido general de las fórmulas usadas: el salario del obrero está, dentro de unos amplios límites, en función de la cantidad de producción que realiza.

Los sociólogos industriales (principalmente la escuela de Elton Mayo) han criticado ese método por «mecanicista», dado que postula que el obrero es un «hombre económico» cuyo único móvil sería el de la máxima ganancia, cuando en realidad hay otros móviles que juegan un papel mucho más importante. Esta crítica parte de una idea cierta, para llegar a una conclusión falsa; se dirige al sistema capitalista en su conjunto, pero muy poco al problema que nos ocupa. Los obreros no son, ciertamente, meros «hombres económicos»; pero se comportan exactamente como «hombres económicos» *frente a la dirección*, a la que pagan en su misma moneda.

En primer lugar, los obreros, en general, no se dejan engañar con el cebo del rendimiento, porque la experiencia les enseña rápidamente que después de un breve período de primas elevadas se producirá una revisión draconiana de las normas⁴². Luego descubren también otros medios para conseguir incrementar su salario *sin aumento real o sin aumento aparente del rendimiento*.

En la producción en series pequeñas o medias con primas individuales, los medios utilizados por los obreros son prácticamente imposibles de contrarrestar. Tomando como ejemplo un taller descrito por un autor norteamericano⁴³, podemos formularlos de la manera siguiente:

1) Para evitar una revisión de las normas en caso de rendimientos elevados, los obreros no *presentan* nunca (lo que no quiere decir que no *alcancen* nunca) resultados que superen la norma en más de un 145 ó un 150 por ciento.

2) En los «chollos», que representan aproximadamente la mitad de los trabajos que se hacen en el taller, y que se definen por la posibilidad de lograr en ellos un rendimiento muy superior a la norma, cuando los

42. «—¿No sabes que si sacase un dólar y medio a la hora en esta bomba hoy, mañana por la mañana aparecería por aquí todo se maldito Departamento de Métodos? ¿Y que cronometrarían otra vez todo el trabajo tan rápido que te daría vueltas la cabeza? ¿Y que dejarían la prima en la mitad?», dijo a D. Roy uno de los obreros del taller en el que trabajaba.

43. D. Roy, en los artículos ya citados.

obreros no pueden «maquillar» el rendimiento efectivo para no sobrepasar el margen de superación de la norma previsto, se dedican a «pasear», en sentido propio o figurado. Esta actitud produce un gasto inútil que el autor, con ayuda de largos cálculos, muy prudentes por lo demás, ha estimado en aproximadamente un 40 % del tiempo de los obreros, estimación que considera «tirando para abajo».

3) En los «muertos», que representan la otra mitad de los trabajos del taller, y se definen por la imposibilidad de conseguir una prima sustancial sea cual sea el esfuerzo que se haga (la línea divisoria de las aguas parece situarse, en el caso analizado por Roy, sobre un 12 % de la norma), los obreros, en general, se despreocupan y se cubren con la norma base (el «mínimo garantizado», la tasa por hora que se les pagará, de acuerdo con el convenio colectivo, sea cual sea el rendimiento alcanzado). Hay, de todas formas, una excepción de importancia: si el «muerto» en cuestión representa un pedido importante o un tipo de trabajo que hay que hacer con frecuencia, se inicia una lucha sin piedad contra los cronos para conseguir una revisión de las normas⁴⁴. El gasto inútil en este caso resulta, según el autor, comparable al del caso anterior.

4) La existencia de esos dos tipos de trabajo (lo mismo que la de otros trabajos menores que se pagan por horas: reglaje de las máquinas antes de la producción, trabajos sobre los que todavía no se han fijado las normas, «repasado» de piezas defectuosas), da a los obreros grandes posibilidades de incrementar su salario sin que su rendimiento aparente sobrepase la tasa «normal». Así, si un obrero tiene un «chollo» de cuatro horas, durante las cuales podría conseguir un 200 % de la norma, y otras cuatro horas de «muerto» en el que

44. Roy describe ampliamente una lucha épica, en un caso similar, entre los cuatro mejores obreros del taller y los cronometradores, lucha que duró nueve meses y terminó con la victoria de los obreros. Ese resultado hace pensar —lo mismo que las indicaciones de D. Mothé, *loc. cit.*, pp. 91-92—, que la gran mayoría de los trabajos son, en un principio, duros, «muertos», y que lo que los transforma progresivamente en «peritas en dulce» es la lucha de los obreros contra el tiempo marcado.

sólo puede cumplir con la norma, tiene tres actitudes para elegir. Puede: *a)* seguir las reglas formales de la dirección, en cuyo caso logrará un salario de 12 horas ($4 \times 2 + 4 \times 1$) con la seguridad de que a los pocos días verá reducirse los plazos de realización del trabajo fácil. O puede: *b)* limitarse a un rendimiento del 150 % en la parte fácil y obtener así un salario de 10 horas ($4 \times 1,5 + 4 \times 1$). O bien puede: *c)* realizar el rendimiento del 200 % en el trabajo fácil y del 100 % en el otro, pero *presentar* el primer trabajo como realizado en 5 horas $1/3$, y el segundo en 2 h. $2/3$. De esta manera, la norma aparecerá realizada en un 150 % en ambos casos, el obrero obtendrá un salario de 12 horas, se habrá conseguido la producción máxima... y no habrá peligro de que se reduzcan los plazos establecidos⁴⁵.

El obrero puede obtener resultados análogos cambiando la repartición aparente de su tiempo en «chollos» y trabajos pagados por horas (con la diferencia de que en este caso incrementa su paga sin aumentar la producción).

5) La realización de estas posibilidades por los obreros implica una ruptura con la mayoría de las reglas de organización del trabajo establecidas por la dirección. De hecho, todo el sistema de «racionalización» capitalista del trabajo queda afectado; la dirección pierde la posibilidad de determinar la repartición del tiempo de los obreros en los diversos trabajos, y finalmente, toda su contabilidad y sus cálculos de rentabilidad quedan radicalmente inservibles. La dirección tiene, pues, necesariamente que reaccionar, y no puede hacerlo más que estableciendo «controles» adicionales. Si esos controles son «eficaces», conducirán a los obreros hacia la solución *b)* descrita más arriba, es decir, a la restricción de la producción y, por tanto, al gasto inútil. Pero suelen volverse ineficaces rápidamente. Si los controladores se quedan en sus oficinas, no pueden controlar nada en serio. Es lo que pasa

45. Esta tercera política, aplicada seguramente por los obreros en cuanto las condiciones estén dadas, corresponde exactamente al concepto de «maximalización de las ganancias en un largo período», descubierto recientemente por los economistas burgueses como el principio que debe guiar las decisiones de los empresarios capitalistas.

con los cronometradores, que son utilizados de hecho, según la expresión de Roy, como verdaderos «esbirros» de la dirección: implacables con los obreros que encuentran en falta y cuyo inmediato despido provocan, sólo aparecen muy de tarde en tarde por el taller. Si están siempre en él, son incapaces de resistir largo tiempo la continua presión de los obreros⁴⁶. Tal es el caso de los «controladores de tiempo», que se encargan de anotar los tiempos de comienzo y final de cada trabajo, con el fin de evitar, precisamente, el «maquillaje» del rendimiento efectivo. Muy pronto, acaban preguntando a los propios obreros: «—¿A qué hora quieres que te apunte?». En realidad, no sólo los obreros de la producción, sino todos los empleados de los «servicios» en contacto directo y permanente con ellos («controladores de tiempos», almacenistas de utilaje, transportistas interiores, técnicos de mantenimiento, inspectores y hasta incluso los capataces) cooperan constantemente, en grado mayor o menor, para esquivar el reglamento (para ellos, y objetivamente, absurdo) de la dirección y permitir a los obreros manejar por su cuenta. Esta independencia sería imposible sin esa cooperación constante, que engloba aquellas partes del aparato de dirección que están en contacto permanente con los productores.

Al no poder seguir fiándose de sus representantes humanos, la dirección está nuevamente obligada a recurrir a una reglamentación impersonal y abstracta. Introduce nuevos reglamentos para tratar de hacer «objetivamente imposible» la transgresión de sus principios. Pero la observancia efectiva de esos nuevos reglamentos depende necesariamente a su vez de un control humano: su eficacia presupone que el problema para el que se han establecido, está ya resuelto. Desde este punto de vista, los reglamentos suplementarios son inútiles, porque los obreros cooperan con las capas inferiores de los «servicios auxiliares» y los eludirán rápidamente. Pero hay más: la mayor parte del tiempo, esos reglamentos introducen un grado adicional de gasto inútil y de anarquía. Por ese motivo, obreros y empleados de los servicios se ven obligados a dedicar una parte de sus es-

46. Recordemos que la úlcera de estómago es la enfermedad profesional de los capataces.

fuerzos no solamente a esquivar el reglamento, sino también a compensar sus efectos irracionales.

De esta manera, en la fábrica descrita por D. Roy, la dirección nombra unos «controladores de tiempos» para evitar que los obreros «se las arreglen» de la manera descrita más arriba, repartiendo la distribución aparente de su tiempo en los diferentes trabajos a su conveniencia. En la realidad esos controladores se convierten en aliados de los obreros y se vuelven contra la dirección. Ésta, en un momento dado, decide reaccionar y dicta un «decreto» que haga «objetivamente imposible» la acción independiente de los obreros. El «decreto» en cuestión prohíbe que los obreros guarden las herramientas y demás medios auxiliares de producción junto a su máquina una vez concluido un trabajo dado, así como que obtengan herramientas «por anticipado» de los almacenes de utilaje (dos prácticas evidentemente necesarias para poder ocuparse de cualquier cosa distinta del trabajo que se supone que se está haciendo en el momento). Para asegurar el control, se hará uso de unos bonos de utilaje por triplicado. Al terminar cada equipo, tarjetas de fabricación y contadores han de volver a los almacenes, esté o no finalizado el trabajo, para ser entregados al equipo siguiente.

Los efectos del decreto —que por otra parte ya habían sido previstos por los obreros experimentados— no se hacen esperar: aumento considerable de trabajo en los almacenes, tanto a causa del incremento del papeleo como de la necesidad de colocar y volver a sacar cada vez el material solicitado (hasta entonces, obreros y controladores tomaban ellos mismos sus cosas del almacén); pérdida considerable de tiempo para los obreros por las colas que se forman en los almacenes. Y, sin embargo, el resultado pretendido por la dirección queda sin lograr: los volantes por triplicado se llenan e intercambian todas las veces que hagan falta, pero los almacenistas continúan entregando el utilaje por anticipado.

Ante tal situación, la dirección modifica cuatro meses más tarde su primer decreto, y dicta un segundo. Para evitar la formación de colas en el almacén, los equipos ya no estarán obligados a entregar las tarjetas y contadores más que al final del día, pero sólo se les en-

tregarán el utilaje previo volante de solicitud por duplicado que facilitarán los «controladores de tiempos». Simultáneamente, los inspectores firmarán también el tiempo de finalización de un trabajo antes de que pueda ser obtenida la nueva solicitud (cosa que se hace para permitir el control recíproco de los tiempos señalados por los «controladores de tiempos» y por los inspectores).

Pero, como el primero, el segundo decreto no tendrá otro resultado que incrementar el trabajo de papeleo de los almacenistas. En lo demás, los controladores que tienen permiso para entrar en el almacén suministran el utilaje necesario para que los obreros efectúen los trabajos todavía no ordenados. Los inspectores ceden rápidamente, y ratifican con su firma los tiempos a conveniencia de los obreros. El taller recobra su rutina, con unas pequeñas variaciones en las formalidades a realizar, con un notable aumento en la producción de papeles azules, blancos y rosas.

La dirección no se amilana. Lanza un tercer «decreto» que prohíbe terminantemente la entrada en el almacén de utilaje de toda persona distinta de los almacenistas y los jefes de departamento (*superintendentes*). La orden, firmada por Faulkner, el director de la fábrica, queda fijada sobre la puerta del almacén.

Hank, un obrero antiguo, predice que la nueva orden «no durará ni una semana», y un controlador explica por qué sus efectos repercutirán sobre todo sobre almacenistas y gente de mantenimiento:

«—Hasta ahora, los capataces y controladores hacían ellos la mayor parte del mantenimiento, y facilitaban el trabajo a los almacenistas, recogiendo ellos mismos las herramientas que necesitaban.»

El resultado del tercer decreto será nuevamente la formación de colas ante el almacén. Los capataces están furiosos, insultan a los almacenistas y les advierten de que cargarán en su cuenta cada minuto de retraso que sufran los obreros que tarden en conseguir que les entreguen sus herramientas. Los hombres que hacen cola ante la ventanilla del almacén gritan y se burlan de los almacenistas.

Hasta que Jonesy, el más concienzudo y eficaz de los almacenistas, declara «que está harto», y deja entrar

otra vez en el almacén a capataces y controladores. Las notas que esa misma noche tomó D. Roy merecen ser citadas textualmente:

«A los diez días exactos de la promulgación de la nueva orden, el sol vuelve a atravesar las negras nubes de la eficacia directiva. La predicción de Hank se había superado en cuatro días... Johny (mecánico) y algunos otros entran en el almacén casi con toda libertad... Al pedir a Walt (almacenista) unas «zapatas» para adaptar a otra pieza, me dijo: «ahí dentro hay montones, pero no sé cuál será la que te vendrá bien. Sería mejor que trajeras al mecánico para que te encuentre la que encaja». Y me añadió: «infrinjo un poco las reglas en esto, pero no demasiado; sólo lo justo para permitir que los chicos produzcan».

»La orden de Faulkner sigue allí clavada, a la altura de los ojos, en la puerta del almacén...

»En eso quedó la orden de Faulkner. Todo vuelve a funcionar por su cuenta, y los obreros y sus aliados de los servicios auxiliares trabajan otra vez como siempre...»

La dialéctica de la situación puede resumirse fácilmente en un cierto número de momentos de alcance universal. El elemento esencial de los costos de producción es el trabajo humano (que es, de todas formas, el único elemento sobre el que la dirección puede o cree poder actuar constantemente: los otros dependen de factores que escapan casi siempre a su control). La dirección trata de reducir los costos tratando de obtener el rendimiento máximo con el salario mínimo. Los obreros quieren obtener el salario máximo a cambio del rendimiento que ellos mismos consideran correcto. De ahí el conflicto fundamental sobre el contenido de la hora de trabajo. La dirección trata de superar el conflicto «racionalizando», definiendo estrictamente el esfuerzo que deben efectuar los obreros haciendo depender el salario de la producción obtenida. Esta «racionalización» sólo sirve para desarrollar el conflicto inicial y para hacerlo reproducirse en innumerables conflictos específicos: conflicto sobre la definición de normas; conflicto sobre la aplicación correcta de las normas; conflicto sobre la calidad y usura del utilaje; conflicto sobre la aplicación de los reglamentos que pretenden organizar el trabajo desde la perspectiva

de la dirección. El conflicto inicial, lejos de haberse superado, se amplía así al mismo tiempo que se hace más profundo, porque las sucesivas respuestas de la dirección obligan a los obreros a poner en cuestión todos los aspectos de la organización del trabajo. Al mismo tiempo, los gastos inútiles de la gestión capitalista se ven considerablemente incrementados: restricción voluntaria del rendimiento por parte de los obreros, tiempo perdido simplemente en luchar contra las normas y reglamentos, multiplicación de los servicios auxiliares y en particular de los servicios «de control» que a su vez tienen que ser constantemente controlados por otros, etcétera (a).

(a) Este texto —cuya primera parte, una especie de introducción programática, se publicó en julio de 1955 en el n.º 17 de «S. ou B.», y la segunda, dedicada a la discusión de los problemas de una sociedad socialista, en el n.º 22, en julio de 1957— continuaba con el análisis de las luchas políticas del proletariado, una crítica de la organización global de la sociedad capitalista y un análisis de la crisis de la cultura contemporánea. Los acontecimientos (mayo de 1968, la escisión del grupo «S. ou B.»), interrumpieron su elaboración y su publicación. Fragmentos del primer proyecto fueron utilizados en la redacción de *Proletariado y organización, I* (véase en este mismo volumen, pp. 93-139), de *Movimiento revolucionario bajo el capitalismo moderno* y de *Marxismo y teoría revolucionaria*.

Balance *

El 28 de setiembre, cinco de cada seis electores franceses iban a las urnas. Cuatro de cada cinco votantes aprobaban la nueva Constitución y otorgaban al gobierno todos los poderes durante cuatro meses. Dos semanas después, De Gaulle ordenaba al ejército que abandonase los Comités de Salud Pública, y así lo separaba de los ultras. De ese modo daba el primer paso desde su acceso al poder, seguido luego de varios otros, hacia la restauración de la autoridad de la burguesía francesa en Argel. Lo que hace cuatro meses considerábamos como la eventualidad, con mucho, más improbable, la transición en frío hacia un nuevo régimen, está realizándose.

¿Qué representa este régimen? El poder, más directo y desnudo que antes, de las capas más concentradas y más modernas de las finanzas y de la industria; el gobierno del país por los representantes más cualificados del gran capital, liberados para lo esencial del control parlamentario. ¿Qué orientación tiene? El poner en orden, desde la óptica y los intereses del gran empresariado, el funcionamiento del capitalismo francés. Al no poder ya hacer funcionar su máquina política mediante partidos divididos, desacreditados, descompuestos, el capitalismo francés los deja a un lado, convirtiendo de hecho al gobierno en independiente del Parlamento. Ante la imposibilidad de mantener por la fuerza en un estatus casi colonial al África negra que se despierta, suelta el lastre, hace de la necesidad virtud e intenta mantener a las poblaciones africanas en su campo de explotación asociándose a la burguesía negra y a una burocracia naciente a la que abre perspectivas de ascenso en la nueva «Comunidad». Comprendiendo que no puede liquidar

* «S. ou B.», n.º 26 (noviembre 1958).

sólo por medios militares la guerra de Argelia se aprovecha del desgaste del F.L.N. para dejar entrever la posibilidad de un compromiso.

Esto no quiere decir que todos los problemas que se plantean al empresariado francés estén resueltos, ni que las soluciones ya dadas no entrañen otros nuevos. Una cosa es dejar entrever que en Argelia las negociaciones no están excluidas y otra, llevarlas a cabo efectivamente. Más allá de los artificios jurídicos de la «Comunidad», las masas africanas un día u otro plantearán el problema real de su explotación. La propia Constitución gaullista no es más que un chapucero ajuste de cuentas que, como se ha dicho, organiza el conflicto de los poderes; la solución menos mala posible para la burguesía en el presente, puesto que es la única que permite restaurar la autoridad gubernamental, sólo podrá funcionar con la condición de que se prolongue la apatía política actual y de que el Parlamento y electores se resignen al papel totalmente secundario que se les asigna. Por último, en el plano económico, todo está por hacer y la eliminación de las capas atrasadas de la producción francesa hará verter más lágrimas de lo que lo ha hecho la reducción del personal político tradicional.

Pero en lo inmediato, y sin duda por mucho tiempo, el capitalismo francés sale victorioso de la profunda crisis que se estaba incubando desde el principio de la guerra de Argelia y que explotó violentamente el 13 de mayo. Por primera vez desde 1945, restablece la unidad y la disciplina en su campo; consigue darse una dirección política; consigue adelantarse a los acontecimientos, en vez de correr detrás de ellos sin esperanza. Sobre todo sale victorioso en el sentido de que ha logrado fabricarse una «república» oligárquica que le permite gobernar por la mediación de sus hombres de confianza, sin tener que contemporizar con cualquier oposición.

El capitalismo francés no ha obtenido esta victoria mediante la violencia; ha bastado la lejana amenaza de la violencia. No ha tenido que instaurar abiertamente una dictadura, porque de hecho todo el mundo ha aceptado la dictadura disfrazada con la máscara de la legalidad. No ha tenido que recurrir a la guerra civil, pues para hacer una guerra civil hay que ser dos, y el segundo personaje no se ha manifestado. La nueva Constitución

tiene de dictatorial el eliminar en realidad a la política de la escena pública y la convierte en cuestión privada y secreta del gobierno. Pero éste sólo aparentemente es un acto arbitrario: la población francesa, en su mayor parte, se ha retirado de la política, tácitamente desde hace años, explícitamente desde el 13 de mayo, ruidosamente por último desde el 28 de setiembre. La aprobación de la Constitución, el otorgamiento de todos los poderes a De Gaulle significaban precisamente: ya no queremos ocuparnos de eso, tenéis carta blanca.

No se trata sólo de la población francesa en general. Se trata también de los trabajadores que, en vez de luchar contra el nuevo régimen, lo han aprobado positivamente. Sin el voto emitido por su mayoría el 28 de setiembre, la transición en frío hacia la V República hubiese sido mucho más difícil, si no imposible. ¿Cómo explicar esta actitud y la confianza concedida a un general que, incluso si no apareciera como el fascista denunciado diariamente por *L'Humanité*, expresa claramente los intereses y la política del gran capital? ¿Cómo ha podido producirse semejante fenómeno, no en un país atrasado, no en 1851, sino en plena mitad del siglo xx, en un gran país industrial, en el que el proletariado tiene tras sí un largo pasado de luchas revolucionarias?

Hoy por hoy la primera tarea de los militantes obreros y socialistas radica en plantearse tan seria y profundamente como sea posible esta cuestión. La actitud manifestada por el voto de la mayoría de los trabajadores, incluso si sólo es pasajera, incluso si refleja elementos profundamente contradictorios, significa en suma una importante regresión. Resultaría criminal apartar la vista o bien escurrirse por la tangente tras una «explicación» apresurada y artificial. Los dirigentes del P.C. y de la U.G.S., que se contentan con ello y se apresuran a volver a los asuntos de cada día, tienen excelentes razones para hacerlo, pues de todas formas y cualquiera que sea su explicación, la votación del 28 de setiembre constituye su inapelable condena.

Las contradicciones, la anarquía y la crisis de las sociedades capitalistas modernas han alcanzado una intensidad excepcional en la Francia de la postguerra. Al mismo tiempo que conocía un amplio desarrollo económico, técnico y científico, el país estaba hundido en guerras co-

loniales interminables y absurdas, en un caos económico periódico, en la permanente anarquía política. Los gobiernos derribados cada tres meses, las leyes votadas y no aplicadas, la inflación casi nunca interrumpida, un sistema fiscal aplastante que afecta únicamente a los más débiles, la situación escandalosa del alojamiento doce años después del final de la guerra mientras que miles de millones eran engullidos en las expediciones coloniales; todo eso ha acabado desacreditando totalmente a las instituciones de la república parlamentaria burguesa, a los partidos que se consideraba que tenían que hacerlas funcionar, a las ideas que las inspiran y a la propia noción de política.

En verdad, esa república ya estaba en quiebra antes de la Segunda Guerra Mundial. Los partidos socialista y comunista en 1936 tuvieron que trabajar a fondo para mantener dentro de los marcos del régimen al movimiento de ocupación de las fábricas. En 1944-45, también tuvieron que emplear toda su influencia para restaurar ese régimen históricamente condenado, modificando sus formas en un sentido demagógico. Los trabajadores pudieron ser engañados entonces por las pocas «reformas» realizadas, por la idea de que era imposible una marcha atrás, por la esperanza de que la mayoría socialista-comunista daría un sentido diferente al régimen parlamentario, por la presencia de los comunistas en el gobierno. Desde 1947-48, sabían a qué atenerse. Algunos años después de su instalación, el desorden y la corrupción del régimen ya no provocaban la exasperación o la cólera, sino simplemente risas burlonas y el encogimiento de hombros; la vida de la IV República no se desarrollaba en contra de la voluntad de la población, sino en ausencia de esa población, que por las instituciones no sentía ya más que desprecio y asco.

Frente a esas instituciones completamente gastadas y desprestigiadas ¿qué había? ¿La izquierda, los partidos obreros? Pero esa «izquierda» y esos «partidos obreros» eran partes integrantes del régimen, la carne de su carne y la sangre de su sangre. No sólo nunca han presentado a los trabajadores, en actos o incluso en palabras, una perspectiva revolucionaria, sino que se han hundido hasta el cuello en el sistema, cuyo funcionamiento hubiese sido imposible e inconcebible sin su participación activa.

Y esa participación era activa tanto cuando estaban en el poder como en la «oposición». E incluso más, quizás, en este último caso. Pues esta oposición no sólo siempre ha permanecido en el terreno del régimen y nunca ha intentado alterar el orden establecido; sino que siempre ha formado el indispensable complemento del poder, ha sido la válvula de seguridad del sistema, el medio de canalizar y volver inofensivos los movimientos de la oposición popular, de abortar o conducir a miserables compromisos las luchas obreras.

La mitad de los diputados de la IV República, de los concejales municipales y de los alcaldes, un presidente de la República, varios presidentes del Consejo, decenas de ministros, gran cantidad de altos funcionarios y de dirigentes de empresas nacionalizadas, han sido proporcionados al régimen por el P.S. y el P.C. Y ello, para llevar a cabo la misma política que los radicales y los independientes. El inútil extenderse en el caso de la S.F.I.O. Después de haber tenido parte activa en la conducción de la guerra de Indochina, tras haber participado en todas las sucias maniobras parlamentarias, haberse opuesto a las reivindicaciones obreras para preocuparse del equilibrio del presupuesto y de la «estabilidad de los precios», el partido socialista ha podido añadir a su corona los más bellos florones al tomar la dirección de la guerra de Argelia que la derecha no se atrevía a asumir por sí sola, favoreciendo así la organización del fascismo en Argel y finalmente al prestar su apoyo a la operación De Gaulle —sin el cual tenía pocas posibilidades de llevarse a cabo con éxito.

Desde luego, el P.C. no ha tenido tantas responsabilidades directas en la política del régimen. Pero el funcionamiento de la IV República hubiese sido igualmente imposible sin él, pues era el único capaz de mantener durante doce años a la mayoría del proletariado francés en vías muertas. También es cierto que el P.C. no es un partido puro y simplemente instalado en el régimen burgués francés, como la S.F.I.O.; siempre tiene la perspectiva de la instauración en Francia de un régimen capitalista burocrático totalitario integrado en el bloque oriental. Pero al no tener este objetivo, en las actuales circunstancias internacionales, ninguna posibilidad de realizarse, el P.C. se ha reducido a intentar influir en la po-

lítica de la burguesía francesa en un sentido favorable a la política exterior rusa; terminado el período de «guerra fría» (1948-52), se afanó en proporcionar a la burguesía todas las pruebas posibles de su buena voluntad. Ese mismo partido que, en 1952, intentaba a porrazos hacer parar el trabajo a los obreros para que se manifestasen contra Ridgway, se opuso prácticamente a todas sus luchas desde el momento en que tenían como objetivo defender sus intereses. En 1953, cuatro millones de empleados del Estado estaban en huelga, el P.C. y la C.G.T. utilizaron su influencia y sus enormes medios materiales para prevenir la extensión de la lucha a la industria —y lo lograron. En el verano de 1955, el P.C. y la C.G.T. también desempeñaron el mismo papel con respecto a las huelgas de los metalúrgicos de Nantes y de Saint-Nazaire. En julio de 1957, la C.G.T. solidaria de F.O. y de la C.F.T.C. sabotea la huelga de los empleados de banca. Desde principios de 1956, el P.C. se abstiene de toda acción que pueda perturbar el trabajo de Mollet y de Lacoste en Argelia; concede a Mollet los poderes especiales en marzo de 1956, al igual que a Pflimlin en mayo de 1958. Cuando durante la primavera de 1956 movilizados y obreros se manifiestan, a veces con extrema violencia, contra la guerra de Argelia, otra vez es la táctica insidiosa del P.C. la que detiene el movimiento.

Estos sólo son algunos ejemplos, de los muchos que fácilmente podríamos dar, de la política de las organizaciones tradicionales. Pero aun más que en las grandes ocasiones políticas, en su existencia y su actividad cotidianas, sindicatos y partidos «obreros» han podido demostrar que nada esencial los separa del régimen al que, en su programa, pretenden oponerse. En sus hechos y gestos más corrientes, en toda clase de circunstancias triviales, millones de trabajadores han aprendido a ver en diputados, concejales municipales, dirigentes y delegados sindicales socialistas o comunistas, a unos representantes iguales que los otros, a excepción del vocabulario, de la sociedad establecida, preocupados sobre todo por limar las asperezas, evitar problemas y mantener a la gente tranquila —en una palabra, por mantener el orden en su sector.

Igualmente, por la estructura de estas organizaciones, por su actitud y sus métodos, los trabajadores han aprendido a identificarlas con las otras instituciones de la so-

ciedad capitalista. Esas organizaciones «obreras», esos sindicatos, esos partidos «de nuevo tipo» han funcionado exactamente igual que las organizaciones capitalistas, los partidos capitalistas, las empresas o el Parlamento burgués. Dirigentes inamovibles, que escogen por sí mismos a la gente que les rodea; la consagración ritual del poder por una falsa democracia, bajo la forma de congreso cuyo resultado ya está amañado de antemano; la base de la organización limitada al papel de ejecutantes de las consignas del buró político o del comité directivo. La reducción de la clase obrera a un objeto manipulado según la línea de la dirección de los partidos; una propaganda demagógica y burdamente embustería; una organización que guarda para sí el monopolio de las informaciones e intenta imponer constantemente su punto de vista a las masas, sin dejar nunca a éstas la posibilidad de decidir o incluso de expresarse.

Todo ello no significa que las masas comparaban la actitud de las organizaciones burocráticas con el modelo de una organización obrera revolucionaria y las condenaban a partir de esa comparación. Las masas conocen por experiencia a los sindicatos y partidos «obreros» en el sentido de que, cada vez más, los han identificado con el propio régimen y con todas sus otras instituciones en todos los aspectos: en cuanto a sus objetivos, en cuanto a su estructura, en cuanto a su actitud, en cuanto a sus métodos de acción. Y precisamente en la medida en que, en ausencia de una organización revolucionaria, no podía efectuarse ninguna comparación positiva, en la medida que no parecía presentarse ninguna otra perspectiva, en que todo lo que se proponía en el mercado político no presentaba más que variaciones de la misma corrupción esencial, las masas han aceptado el gaullismo.

Y ello aún menos significa que si, en tal o cual momento, el partido comunista hubiese tenido otra política, todo hubiese sido diferente. En primer lugar, el partido comunista de ningún modo podía hacer otra política que la que ha hecho: la política de una organización burocrática vinculada a Rusia, cuyo objetivo es instaurar en Francia una dictadura totalitaria y es incapaz de lograrlo actualmente, que encima teme cualquier movilización autónoma de las masas y sin embargo está obligada a atraerse a esas masas sin las cuales no es nada, y que

por tanto, finalmente, se ve reducida a andar con rodeos en todas las cuestiones esenciales. Las ideas sobre las que está construido, la mentalidad de sus cuadros, su estructura y sus métodos de acción, el tipo de relaciones que mantiene con los obreros, todo eso excluye totalmente el que alguna vez pueda cambiarla. Pero incluso si, milagrosamente, el partido comunista hubiese cambiado de política en un momento dado, ello no bastaría para borrar los resultados de toda su acción anterior. No hubiese suprimido la profunda escisión que él mismo ha creado en el seno del proletariado francés, ni hubiese impedido que continuase representando para numerosos obreros e intelectuales franceses la perspectiva de instauración en Francia de un régimen similar al ruso, que con razón aborrecen, sobre todo después de la revolución húngara. No hubiese anulado de golpe los productos de veinticinco años de propaganda patriotera, de actitudes reformistas, de ese trabajo permanente tendente a destruir en el proletariado todo germen de acción autónoma, de auto-organización, de iniciativa, de crítica, tendente a apegarlo a la «grandeza francesa», a hacerle olvidar lo que es el socialismo, a persuadirle de que nada puede por sí mismo y fuera del partido. Los diversos elementos de la evolución política francesa desde la guerra, la actitud del proletariado, la de las organizaciones «obreras» y la relación entre ambas forman un todo indisociable. Al haber concedido su confianza al partido comunista, al haberlo sostenido, nutrido, el proletariado ha sufrido de rechazo los resultados de la acción de ese partido, y no sólo superficialmente; hasta un cierto punto, han calado profundamente en él. En esa etapa, el resultado no podía ser otro que el deterioro de todas las ideas y de todas las voluntades, el oscurecimiento de toda perspectiva de acción autónoma, lo que ha conducido finalmente a la instauración del gaullismo.

Pues cuando llegó el 13 de mayo, la población trabajadora no sólo había perdido desde hacía tiempo toda ilusión respecto al régimen y a las organizaciones «obreras»; también había perdido, en lo esencial, toda fe en sus posibilidades de organización y de acción. No llegaba a considerar la perspectiva de un régimen fundamentalmente diferente, o bien retrocedía ante la enormidad de los problemas que semejante cambio habría planteado. La

actitud de las organizaciones ante los acontecimientos, la participación de los socialistas en la operación de Gaulle, los comunistas agarrados a los faldones de Pflimlin y luego manteniendo una tibia oposición a de Gaulle sin colocar en su lugar más que un retorno apenas disfrazado a las bellezas de la IV República, todo ello ha acentuado sin duda el desconcierto y el hastío de los trabajadores, pero no ha desempeñado un papel primordial. Lo esencial reside en otro lugar: en el trabajo de las organizaciones burocráticas durante decenios tendente a integrar ideológicamente a los trabajadores en la sociedad capitalista, consiguiéndolo en parte, al menos hasta el punto de borrar cualquier perspectiva de acción autónoma en el plano político.

Sin duda se puede decir, en abstracto, que incluso en esas condiciones el proletariado habría podido sacarlo todo de sí mismo e ir hacia delante. No lo ha hecho, y de nada sirve comentar eso, a no ser para los que siempre quieren encontrar en la inmadurez de las condiciones una justificación de su inacción.

Privada así de toda perspectiva de acción propia, ¿qué podía hacer la mayoría de los trabajadores si no votar «sí» el 28 de setiembre? Fuera del gaullismo, no le proponían nada, a no ser el retorno a la IV República, o en tal caso lo desconocido, el caos y la amenaza de una guerra civil que precisamente habría planteado los problemas que no quería y no podía plantearse. Frente a ello, de Gaulle representaba una posibilidad de cambio, incluso más: si nuestros asuntos de todos modos han de ser llevados por otros distintos a nosotros, más vale que lo sean por alguien eficaz y que al menos parece saber lo que quiere.

De ese modo, una etapa del movimiento obrero en Francia termina en la derrota, en el hastío y la apatía de los obreros, en el fracaso de las organizaciones burocráticas. Los revolucionarios han de observar esta situación sosegadamente y de frente, pero contemplando sobre todo el futuro y reflexionando sobre las condiciones y la orientación de mañana.

El estado actual de apatía de las masas no será eterno. No será preciso mucho tiempo para que las nubes de humo y polvo, las falsas pesadillas y las esperanzas insensatas se disipen, para que el nuevo régimen aparez-

ca en su dimensión real, para que los trabajadores encuentren de nuevo, absolutamente intacta, la dura realidad de la sociedad de clases, la dura necesidad de la lucha. Entonces también encontrarán de nuevo, sin duda, las lecciones del período que acaba de terminar.

Es poco probable, en efecto, que las organizaciones burocráticas puedan continuar desempeñando el mismo papel de freno de las luchas como en el pasado. Su desgaste, manifiesto desde hace tiempo, y en un punto álgido desde el 13 de mayo, sólo puede acelerarse bajo el nuevo régimen. En verdad, esas organizaciones de ahora en adelante carecen de sentido; en el nuevo período apenas se perciben las razones de ser del partido comunista, del partido socialista, de la U.G.S. o de Mendés-France. La política de «grandeza y renovación de Francia», de ordenación racional de las relaciones con África y las colonias, de poner orden en los negocios de la sociedad establecida, que ellos han pedido, de Gaulle la está realizando. ¿Qué es lo que separa a la oposición actual del gobierno? Casi únicamente el pedirle que vaya más de prisa en Argelia, o el poner en duda sus intenciones. En el terreno en el que, desde hace tiempo, se ha situado, el terreno de la mejora del capitalismo, esta oposición es y seguirá siendo realmente una oposición de Su Majestad. En esas condiciones, ¿podrá persuadir al país de que su suerte dependerá de la elección de 50 y no 40 diputados comunistas en un Parlamento rabadilla —algunos meses después de que 150 diputados comunistas en un Parlamento «soberano» han probado con estrépito su total inutilidad?

Esta situación colocará en un nuevo terreno las relaciones entre los obreros y las organizaciones burocráticas. Ya en 1953, en 1955, en 1957, la tensión entre los trabajadores y la burocracia sindical estaba cerca de un punto de ruptura. Nadie puede afirmar si esa ruptura estallará en el próximo período, pero una cosa es cierta: sólo con esa condición podrá haber una acción obrera. Si las organizaciones burocráticas todavía fuesen capaces de mantener su influencia sobre los trabajadores, habría que sacar la conclusión de que no se verán luchas importantes, cualesquiera que sean las condiciones objetivas. En el otoño de 1957, a pesar del considerable deterioro de sus condiciones de vida, la clase obrera no ha podido romper la

barrera de las organizaciones sindicales ni superar las dificultades que experimentaba ante la idea de una lucha generalizada que corría el riesgo de rebasar las reivindicaciones salariales; y la efervescencia en las fábricas ha acabado en nada. En el período actual, la influencia de las organizaciones burocráticas y las dificultades que experimentan los obreros para vislumbrar una perspectiva propia no actúan como un obstáculo con el que tropezaría su acción en una etapa de su desarrollo, y que impediría llegar más lejos; actúan al principio, y simplemente impiden que se desencadenen las luchas. Sólo si logran actuar de una forma autónoma podrán luchar los trabajadores, y luchar eficazmente, en defensa de su condición. En el caso contrario, todo lo más asistiremos a tentativas esporádicas, abortadas, quebrantadas, que no conducirán más que al desánimo y a la consolidación del poder absoluto del empresariado.

Pero el desarrollo de la capacidad de los trabajadores para actuar de forma autónoma, la creación de posibilidades de extensión y profundización de sus luchas, exigen de un modo imperioso la inmediata construcción de una organización obrera revolucionaria. Ésta es la lección crucial que se extrae de los catorce años de post-guerra en Francia. Intentos de acción autónoma de los trabajadores se han producido varias veces, en diversos momentos y en diferentes lugares. Con inmensas dificultades, la clase obrera, incluso durante el período que acaba de transcurrir, ha logrado extraer de sí misma los primeros elementos de una respuesta revolucionaria a la situación en todo tipo de problemas. Ha desencadenado luchas en contra de las organizaciones, como en 1953; ha vuelto a dar a las huelgas su verdadero carácter de combate, como en 1955 en Nantes; se ha levantado contra la guerra de Argelia, con las manifestaciones de la primavera de 1956. Estos intentos siempre se han quedado en conatos o han sido cortados de raíz. ¿Por qué? Porque, en vez de encontrar una organización revolucionaria que habría recogido su contenido, los habría dado a conocer al conjunto de la clase obrera del país, les habría proporcionado los medios de expresión necesarios, las indispensables relaciones con otras localidades y otras profesiones, han encontrado frente a ellos a la burocracia sindical y política que se ha dedicado intensamente en hacerlos abortar, en im-

pedir que se propagasen, en mantenerlos ocultos del resto de los trabajadores.

Los acontecimientos en Francia han demostrado de forma aplastante la necesidad de una organización revolucionaria, no para «dirigir» a los obreros, ni para sustituirlos, sino para propagar, amplificar y desarrollar los métodos y las formas de acción, los objetivos de lucha, la conciencia de clase que los propios obreros crean constantemente. Los acontecimientos de catorce años han probado que las dificultades, ya enormes, que experimenta el proletariado bajo el capitalismo para llegar a una clara conciencia de sus objetivos de clase y de los medios adecuados para realizarlos, se multiplican hasta el infinito por la acción de las organizaciones burocráticas. Han probado, igualmente, que esa acción no permanece exterior a la clase obrera, sino que tiende a penetrar profundamente en ella, a someterla a las ilusiones reformistas y patrioteras, y, lo que es más importante, a demoler constantemente en ella la idea de que es capaz de resolver sus problemas por su propia acción. Y eso se extiende a todos los niveles. La burocracia «obrera» se ha esforzado sistemáticamente en hacer olvidar a los obreros franceses que una huelga ha de ser dirigida por un comité de huelga elegido, revocable y responsable ante los huelguistas —y lo ha logrado. Se ha esforzado igualmente en hacerles olvidar lo que es una transformación revolucionaria de la sociedad, lo que significa el socialismo, en persuadirles de que son incapaces de administrar por sí mismos sus asuntos y la sociedad —e igualmente lo ha logrado.

Este último punto, que puede parecer distante y abstracto, en realidad es el más concreto y el más importante de todos. Desde el momento en que la crisis del régimen capitalista alcanza un cierto grado de intensidad, los obreros ya no pueden defender su condición sin plantear el problema total de la sociedad. Se vio claramente en el otoño de 1957, se ha visto todavía mejor en mayo de 1958. En el primer caso, los obreros se dieron cuenta de que la revalorización de los salarios dependía de la situación económica en conjunto de Francia, determinada a su vez por la guerra de Argelia. Una lucha por los salarios que adquiriese una cierta amplitud plantearía inevitablemente tanto el problema del control de los precios,

sin el cual los aumentos salariales seguirían siendo ilusorios, como el de la política argelina —por tanto, conduciría a una lucha por el poder. Pero ¿qué poder? La cuestión todavía se ha planteado más claramente el 13 de mayo. ¿Luchar contra un fascismo o un Estado autoritario? Sí. ¿Para mantener la IV República? De ninguna manera. Pero entonces ¿para qué?

Más allá del nivel elemental de la empresa, no puede haber acción de clase sin perspectiva revolucionaria. Ahora bien, el funcionamiento cotidiano del régimen capitalista, el trabajo cotidiano de la burocracia «obrera», tienden a la vez objetiva e intencionadamente a oscurecer, a embrollar, a borrar esa perspectiva en la conciencia de los trabajadores. A este respecto, el papel de una organización revolucionaria es absolutamente decisivo, en tanto que traza una perspectiva socialista, muestra en términos concretos que existe una solución obrera a la crisis de la sociedad y que el proletariado es capaz de realizarla. Es necesario que una organización revolucionaria proclame constante y abiertamente la necesidad de una transformación socialista de la sociedad, que indique el contenido de esa transformación a partir de la experiencia de las luchas revolucionarias del proletariado y de sus necesidades actuales, que muestre los problemas con los que se encontrará y las soluciones que se les puede dar. Esta perspectiva es el elemento catalizador que permite la cristalización de las ideas y de las voluntades de los trabajadores, sin la cual correrían el riesgo de no lograr nunca la claridad necesaria para una acción decisiva. Al mantener constantemente presente el objetivo socialista ante los trabajadores la organización no ocupa su lugar, tan sólo les recuerda lo que fue su propia acción en sus momentos más álgidos. Pues el socialismo no es un invento de ideólogos y de teóricos, sino la propia creación de la clase obrera, que ha realizado la Comuna, los Soviets, los Consejos obreros, que ha reivindicado la gestión de la producción, la supresión del salario y la igualación de las remuneraciones, que ha proclamado que no espera su salvación de Dios, César o tribunos, sino de sí misma.

Por tanto, la primera tarea de hoy radica en emprender la construcción de una organización obrera revolucionaria, sobre bases ideológicas que excluyan todo com-

promiso, toda confusión, toda imprecisión. Esa organización tendrá que sacar fruto de la experiencia del movimiento obrero francés e internacional. Tendrá que restablecer el contenido de las grandes luchas del pasado, pero también tendrá que responder a las necesidades actuales de los trabajadores y a los problemas planteados por la evolución de la sociedad moderna. Proclamará abierta y cotidianamente que el objetivo del proletariado no puede consistir en limitar o arreglar la explotación capitalista, sino en suprimirla. Mostrará que todos los intentos de «reformar» y de «mejorar» el capitalismo no han atenuado en nada la crisis de la sociedad contemporánea; que mediante el «mercado» o mediante la «planificación», con la «propiedad privada» o la «propiedad nacionalizada», los explotadores capitalistas y burócratas sólo persiguen sus intereses y, tanto unos como los otros, son radicalmente incapaces de asegurar un desarrollo racional y armónico de la sociedad; que con la expansión o la recesión, los salarios elevados o bajos, la vida de un trabajador siempre es la misma, la de un ejecutante atado a una tarea eternamente repetida, esclavizado a las órdenes de los dirigentes, la de un consumidor que nunca logra que le llegue el dinero y corre tras las necesidades siempre más acerbadas que crea la sociedad moderna.

Mostrará que la única salida posible a la crisis de la sociedad es el socialismo, entendido como el poder de los Consejos de trabajadores y la gestión obrera de la producción, de la economía, de la sociedad. Denunciará la mistificación de la «nacionalización» y de la «planificación», mostrando que sólo son la forma del poder de la burocracia política y económica y que no suprimen ni la explotación ni la profunda anarquía del capitalismo. Mostrará que la producción sólo podrá orientarse en el sentido de los intereses de la sociedad si son los propios trabajadores quienes la dirigen, que sólo puede haber planificación socialista si las masas organizadas deciden sobre sus objetivos y sus medios; que en una sociedad socialista no puede existir otro «Estado» y otro poder que el de los trabajadores organizados en Consejos. Recordará que la instauración de ese poder siempre ha sido el objetivo de la clase obrera en sus grandes luchas revolucionarias; analizará las dificultades que han encontrado esas luchas, los obstáculos que tendrán que vencer en el fu-

turo, a fin de ayudar al proletariado a elevarse a la altura de su tarea histórica: la realización de una sociedad por vez primera humana.

La organización revolucionaria no hablará del socialismo los domingos y los días de fiesta. Hablará de él constantemente, pero también y sobre todo se inspirará en los principios del socialismo en su acción cotidiana y corriente. Estará incondicionalmente al lado de los trabajadores en la defensa de su condición, a la que cada día les obliga el régimen de explotación. Pero su actitud siempre estará regulada por el siguiente principio: que son los propios obreros los que siempre han de dirigir sus luchas, definir sus reivindicaciones, escoger sus medios de acción. Pondrá a su disposición sus medios de expresión, de información y de comunicación. Se dedicará a difundir en el seno de toda la clase obrera el ejemplo y la experiencia de las luchas parciales. Su acción tendrá como fin y como medio principal el desarrollo de la conciencia de los trabajadores y de su confianza en su propia capacidad de resolver sus problemas.

La estructura de la propia organización deberá ser un ejemplo del funcionamiento colectivo y democrático a los ojos de la clase obrera. Por otra parte, ésta es la condición necesaria para que la organización sea eficaz. La orientación de la organización la definirá la base; los organismos y las personas encargadas de las tareas indispensables de centralización estarán bajo el control permanente del conjunto de los militantes. Pero eso no son simples reglas de democracia formal: sólo de esta manera el conjunto de la organización puede estar realmente asociada a su trabajo, los individuos pueden movilizarse por objetivos cuya importancia conocen puesto que ellos mismos los han definido, y pueden desplegar y desarrollar sus capacidades. Una organización que reduce a sus miembros al papel de ejecutantes no es simplemente antidemocrática; también es, y sobre todo, ineficaz, pues sólo puede poner en marcha una ínfima parte del potencial humano que representan sus miembros.

Esa organización se construirá inevitablemente en el período por venir. Las ideas sobre las que debe basarse existen y cada día se hacen más evidentes para un número creciente de individuos. Las luchas obreras demostrarán su vital necesidad. Han aparecido jóvenes genera-

ciones, sobre las que no han influido ni las instituciones oficiales ni las viejas organizaciones, y sienten en su carne la crisis de la sociedad. Pero el ritmo de su construcción puede estar determinado de un modo decisivo por la actitud que adoptará, en los próximos meses, esa importante fracción de militantes de las organizaciones tradicionales que reflexiona en la actualidad sobre los acontecimientos e intenta sacar conclusiones de ellos.

Anteriormente se ha analizado, en efecto, la evolución de Francia desde el final de la guerra al describir las relaciones entre el proletariado y la burocracia «obrera». Pero ese análisis seguiría siendo incompleto si silenciase el papel capital de ese elemento indispensable de unión entre los trabajadores y las direcciones burocráticas que han sido los militantes. Sin la participación cotidiana de decenas y centenares de millares de militantes, ni los sindicatos, ni los partidos «obreros» habrían podido actuar o simplemente existir. En su mayor parte, cualesquiera que hayan podido ser sus defectos o sus deformaciones, no podemos confundir a esos militantes con la burocracia estaliniana o reformista. Han luchado sinceramente por lo que creían que era la defensa de los intereses de los trabajadores o una política que conducía al socialismo. En la actualidad, están obligados a constatarlo: ¿a qué han conducido todos esos años de duro trabajo, esas tardes pasadas en reuniones y esas noches pegando carteles, ese dinero, esos diarios vendidos, esas peleas, esas injurias, esa perpetua tensión? A que la clase obrera se aparte de ellos y de las ideas que se suponía que eran carnavan; a que de Gaulle se instale en el poder.

Frente a esta realidad, numerosos militantes consiguen ver en la actualidad que la política de las organizaciones burocráticas forma un todo, que no había «errores», que su actividad desde hace catorce años preparaba necesariamente el resultado de hoy, que de rechazo aclara definitivamente su sentido. De ese modo llegan a una crítica radical de la dirección de las organizaciones y de esas organizaciones como tales, sin duda la primera necesidad actual. Pero eso no basta. Los militantes ya ven claro el papel de sus direcciones. Actualmente no tienen ninguna influencia sobre las masas, sólo pueden decirse: Las masas no han podido hacer *todo* por sí mismas, y nuestras organizaciones lo han hecho *todo* para que no ha-

gan nada. Pero también es indispensable que se pregunten: ¿qué hemos hecho *nosotros*?

Sin su acción, las organizaciones no hubieran podido desempeñar el papel que han desempeñado. Los militantes han de comprender, pues, sus responsabilidades, no para entristecerse o para darse golpes en el pecho, sino para avanzar; y por eso han de intentar comprender claramente las motivaciones de ese comportamiento que les ha conducido durante años a sostener una política diametralmente opuesta a los fines que creían perseguir al militar.

En la base de ese comportamiento se encuentran dos postulados estrechamente ligados. En primer lugar, la idea de que ante todo lo importante es «militar» y actuar «eficazmente», midiéndose la eficacia por la capacidad de influir en lo inmediato y de una forma visible en la vida de la sociedad, *luego* en la vida del régimen capitalista, por la capacidad de ejercer una presión en la acción del gobieño, de obtener para ello el mayor número posible de votos en las elecciones, etc. Como sólo una gran organización puede actuar «eficazmente» en ese sentido, de ello resulta que la existencia, la unidad, el prestigio de semejante organización se convierte en fines en sí que hay que defender al precio que sea y, finalmente, cualquiera que sea la política de la organización. Ello tanto más —y éste es el segundo postulado— cuanto que los militantes no tienen por qué preocuparse, una vez que se han afiliado a la organización, de la justicia de tal o cual acción, y aún menos de su política de conjunto, que no tienen más que aplicarla y defenderla ante el público, que no tienen que reflexionar sobre ella más que para ejecutarla mejor y que, en cuanto a lo demás, el Comité político piensa por ellos.

Apenas resulta necesario recordar hasta qué punto se vienen abajo, en la actualidad, estos postulados bajo el peso de sus propias consecuencias. Los militantes han actuado durante años en pro de la eficacia y ¿qué resultado han obtenido? Igualmente hubieran podido pasar esos años copiando *El Capital* en el dorso de un sello de correos, construyendo un Kremlin de miniatura con cerillas, y ello hubiese sido igual de provechoso para sus objetivos. Algunos doctrinarios sectarios no comprendían lo importante que era que el P.C. tuviese 150 diputados;

los ha tenido. ¿Qué han hecho y dónde están ahora? Los problemas eran resueltos por Stalin y Thorez; el Comité político pensaba por ellos, poseía la ciencia y las informaciones que los simples militantes no podían poseer. Por tanto, siempre tenía la razón, no podía equivocarse. Pero ¿quién se ha equivocado entonces? ¿o acaso vivimos en un espejo y de Gaulle es un fantasma? Los problemas que se incubaban en ellos desde hacía largos años, los interrogantes que se acumulaban —Tito, la actitud de las organizaciones frente a las luchas obreras, Berlín-Este, el XX Congreso, Argelia, Polonia, Hungría, Suez, para mencionar tan sólo los más punzantes— se los ocultaban al precio de un esfuerzo cada vez mayor, apegándose desesperadamente a esta sola «realidad» tangible: la organización, el partido, su fuerza, su eficacia, que sobre todo era preciso no poner en peligro mediante dudas y críticas. La organización, que al principio sólo era un medio para realizar ciertos fines políticos, se convertía así en el fin absoluto, y su política tan sólo en un medio.

Ese «fin absoluto» es en la actualidad una nada grotesca, esa «realidad» una perfecta ilusión: esos partidos son cadáveres, no han cambiado nada a nada, y aún son menos capaces de cambiarse a sí mismos. Los problemas esquivados desde hace años, la realidad impide en lo sucesivo que sean aplazados aún más si se quiere seguir siendo consecuente: si lo que ante todo interesa es la acción eficaz, ¿cómo no ver no sólo que la acción de los partidos ha sido totalmente ineficaz, sino que ahora en adelante les está vedada toda eficacia?

Sólo con la condición de despojarse de esas ilusiones (y de no reeditarlas bajo formas ligeramente modificadas) podrán superar los militantes su crisis actual y desempeñar un papel positivo en el desarrollo de una nueva organización revolucionaria.

La acción política no tiene sentido, en efecto, si no es eficaz. Pero el problema es: con respecto a qué es eficaz. Una política revolucionaria es eficaz en la medida en que eleva la conciencia y la combatividad de los trabajadores, les ayuda a librarse de los engaños de la sociedad establecida y de sus instrumentos burocráticos, elimina los obstáculos de su camino y aumenta su capacidad de resolver sus problemas. Es eficaz ayudar a diez obreros a comprender claramente los problemas actuales;

no lo es en absoluto hacer elegir diez diputados comunistas suplementarios.

La acción política no tiene sentido fuera de una organización. Pero ¿qué organización? ¿y para hacer qué? La organización no es nada si su funcionamiento, su actividad, su política cotidianas no son la encarnación visible y controlable por todos de los fines que proclama. Esto es mucho más importante que el tamaño de la organización como tal, que, propiamente hablando, no posee ningún significado fuera del contenido de la organización: una organización burocrática tres veces más importante es simplemente tres veces más nefasta, y nada más.

Los militantes que sacan conclusiones del fracaso de las organizaciones tradicionales y quieren ir hacia delante han de comprender que, si no quieren volver a seguir el mismo calvario con la misma nada al final, es preciso empezar por el principio. Han de abandonar la idea de que pueden ahorrarse una revisión radical de las ideas con las que han vivido durante años. Han de desembarazarse de esa ilusión —que en la actualidad se apodera curiosamente de la «oposición comunista» y muestra lo profundas que pueden ser las supervivencias del estalinismo— de que basta criticar al P.C. sobre problemas finalmente coyunturales, como su actitud sobre Argelia o el 13 de mayo, y de que sobre todo hay que evitar plantear los grandes problemas «abstractos»: si se introducen en ese camino, se preparan para la misma suerte política que el P.C., cuando la cuestión argelina ya no se plantea y el 13 de mayo haya sido olvidado. Sobre todo han de comprender que los principios de una nueva organización revolucionaria serán fatalmente modestos, que por ello no tienen ni que entristecerse ni que regocijarse, sino simplemente reconocer que ése es el único camino abierto hoy y que todo lo demás es charlatanismo político. Los que quieren algo «grande» pueden seguir en el P.C.; los que se contentan con menos pueden ir a la U.G.S. Pero los que quieren habitar en algo sólido tendrán que construirselo ellos mismos. Casi todos los materiales están ahí, pero la tierra está desnuda.

Durante un tercio de siglo el movimiento obrero ha estado casi totalmente dominado por la burocracia, estaliniana o reformista. Desde hace algunos años las manifestaciones más diversas, pero que expresan todas ellas

finalmente la misma evolución, anuncian que este período se acaba. En el Este, el proletariado de Berlín, de Poznan, de Budapest ha luchado de frente contra el poder de la burocracia, e incluso en Rusia el Kremlin ya no puede gobernar como lo hacía en el pasado. En los países occidentales la influencia de las organizaciones burocráticas sobre los trabajadores está profundamente desgastada. En Francia, este desgaste por el momento se manifiesta de un modo negativo, por el hastío y la retirada de los obreros. Pero hay que mirar más lejos. El renacer de las luchas obreras es ineluctable, y éstas difícilmente podrán pasar por las vías tradicionales. Al nuevo período del movimiento obrero corresponderá necesariamente una nueva organización, que extraerá experiencias de la fase de burocratización en cuanto al programa socialista, en cuanto a su propia estructura, en cuanto a sus relaciones con los trabajadores. Esta organización no podrá construirse más que sobre bases ideológicas claras, eliminando implacablemente los neo-reformismos, los neo-estalinismos y los neo-trotskismos que en la actualidad crecen en la confusión y no tienen más interés que para la arqueología política.

Para la construcción de esa organización *Socialisme ou Barbarie* llama a todos los que quieren trabajar por el proletariado y el socialismo.

Nota sobre Lukács y Rosa Luxemburg *

El libro de Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, fue publicado en 1923; los textos que lo componen fueron escritos entre 1919 y 1922, en pleno período revolucionario. La posterior evolución de su autor que, para permanecer en el seno de la Internacional Comunista, ha renegado de su libro y ha prohibido su reedición, no puede oscurecer el hecho de que se trata de una obra teórica de capital importancia y, en el plano filosófico, sigue siendo casi la única contribución al marxismo relevante desde el propio Marx.

Las «Observaciones críticas» a la *Revolución rusa* de Rosa Luxemburg plantean, a través de la defensa de la política bolchevique emprendida por Lukács, lo esencial de los problemas de una política revolucionaria en el período de derrocamiento del régimen de explotación. No es necesario indicar que publicamos este texto como una contribución a la discusión de esos problemas, sin por ello compartir necesariamente los puntos de vista del autor. No es éste el lugar idóneo para emprender su discusión sistemática; los lectores de *Socialisme ou Barbarie*, si lo desean, pueden conocer nuestro punto de vista, remitiéndose a los numerosos textos ya publicados por la revista sobre esas cuestiones. No obstante, en un punto

* «S. ou B.», n.º 26 (noviembre de 1958). Esta nota era una introducción al texto de Lukács «Observaciones críticas acerca de la crítica de la revolución rusa de Rosa Luxemburg», publicado por la revista en la traducción de K. Axelos y J. Bois, antes de que apareciese en *Historia y conciencia de clase* (París, ed. de Minuit, 1960, pp. 309-332). (Hay traducción al castellano, de M. Sacristán, en Editorial Grijalbo.) En este texto, Lukács criticaba *La revolución rusa* de Rosa Luxemburg, publicada en alemán por vez primera en 1922.

el texto de Lukács requiere que hagamos aquí un comentario.

Lukács critica con razón a Rosa por su concepción «orgánica» de la revolución, y como olvida sacar todas las implicaciones que se desprenden de la idea de la revolución violenta. Recuerda que, al contrario de la revolución burguesa que sólo tiene que suprimir los obstáculos que impiden la completa expansión de una producción capitalista ya desarrollada, la revolución proletaria ha de emprender la transformación consciente de las relaciones de producción, transformación para la que el capitalismo sólo crea, por un lado, los «presupuestos objetivos» (es decir, materiales), y por otro, al proletariado como clase revolucionaria. Sin embargo, a su vez deja completamente en la sombra la cuestión de saber en qué consiste esa transformación. Cuando dice, por ejemplo, que por elevada que sea la concentración de capital siempre queda por efectuar un salto cualitativo para pasar al socialismo, el contenido de ese salto cualitativo queda totalmente indeterminado: el contexto, y el hecho de que todo ello tiene como objetivo defender la política bolchevique, da a entender que se trataría de llevar esa concentración al límite (mediante la nacionalización o estatización) y suprimir a los burgueses como propietarios privados de los medios de producción. Ahora bien, en realidad el salto cualitativo en cuestión consiste en la transformación del contenido de las relaciones de producción capitalistas, la supresión de la división en dirigentes y ejecutantes, en una palabra: la gestión obrera de la producción. La maduración del proletariado como clase revolucionaria, condición evidente de toda revolución que sea un simple golpe militar, adquiere entonces un nuevo sentido. Sin duda, no puede ser siempre considerada como el producto «espontáneo» y simplemente «orgánico» de la evolución del capitalismo, separado de la actividad de los elementos más conscientes y de una organización revolucionaria; pues se trata de una maduración no respecto al simple levantamiento, sino respecto a la gestión de la producción, de la economía, de la sociedad en su conjunto, sin la cual hablar de revolución socialista es algo totalmente desprovisto de sentido. El papel del partido, entonces, no consiste en modo alguno en ser el partero por la violencia de la

nueva sociedad, sino en ayudar a esa maduración, sin la cual su violencia sólo puede conducir a resultados opuestos a los fines que persigue. Ahora bien, a este respecto, hay que recordar que el partido bolchevique no sólo no ayudó, sino que la mayoría de las veces se opuso a los intentos de apoderarse de la gestión de las fábricas realizados por los Comités de fábrica rusos en 1917-18.

Vista desde este ángulo, y por supuesto también a la luz de la posterior evolución de la revolución rusa, la distinción entre la dictadura del partido y la dictadura de la clase, que Lukács descarta desdeñosamente, adquiere toda su importancia; no se trata de más o menos democracia, ni siquiera se trata de dos concepciones distintas del socialismo; se trata de dos regímenes sociales diametralmente opuestos. Pues, cualesquiera que sean las intenciones y la voluntad de las personas, de los grupos y de las organizaciones, la dictadura del partido inevitablemente sólo puede conducir a la dictadura de una nueva clase burocrática.

En ese contexto adquiere verdadero sentido el problema de la «libertad». Sólo los organismos de masas del proletariado pueden decidir si tal o cual corriente política ha de ser libre o no; sin duda, pueden equivocarse, pero nadie en la tierra puede protegerlos de tales errores. Es demasiado fácil limitarse a decir que el reinado del proletariado no tiene como objetivo servir a la libertad, sino que la libertad ha de servir al reinado del proletariado. El reinado del proletariado sólo puede ser la libertad para el propio proletariado. Lo esencial de la experiencia radica que en Rusia ni la libertad, ni el reinado del proletariado han sido salvados de esa manera. Decir que no podían serlo, dadas las circunstancias, es otra discusión. Pero lo que los bolcheviques han hecho —quizás obligados— en unas circunstancias dadas, lo cual preparaba objetivamente la llegada de lo contrario del socialismo, no hay que erigirlo en principio general de la revolución; pues entonces está el camino abierto a la identificación de Kornilov con Kronstadt —efectuada por Trotsky y recogida aquí por Lukács— que pronto conduce a la identificación de Kornilov con Trotsky y con el propio Lukács, como a continuación se han encargado de hacer Stalin y sus sucesores.

Proletariado y organización, I *

Las organizaciones que la clase obrera creó para liberarse, se han convertido en engranajes del sistema de explotación. Es la brutal constatación que trabajadores, militantes, y todos cuantos miran de frente a la realidad tienen que hacer. Y muchos, hoy, se sienten paralizados por este dilema: ¿cómo actuar sin organizarse? Y, ¿cómo organizarse sin caer de nuevo en la evolución que ha hecho de las organizaciones tradicionales los más encarnizados enemigos de los fines que trataban de realizar?

Algunos creen poder resolver la cuestión de un modo puramente negativo. La experiencia, dicen, demuestra que todas las organizaciones obreras han degenerado; *por tanto*, toda organización está condenada a degenerar. Esto es extraer de la experiencia demasiadas cosas, o demasiado pocas. Hasta hoy, todas las revoluciones han sido vencidas o han degenerado. ¿Hay que deducir de ello que es preciso abandonar la lucha revolucionaria? La derrota de las revoluciones y la degeneración de las organizaciones expresan, cada una a su nivel, un mismo hecho: la sociedad establecida sale provisionalmente victoriosa de su lucha contra el proletariado. Si de ahí se saca la conclusión de que seguirá sucediendo siempre lo mismo, lo mejor será ser consecuente y retirarse del mundo. Porque plantear el problema de la organización sólo tiene sentido entre quienes están persuadidos de que pueden y deben luchar en común —organizándose por tanto—, entre quienes no empiezan por postular la inevitabilidad de su derrota.

Pero para éstos, las cuestiones que plantea la degeneración de las organizaciones obreras toman entonces pleno sentido, y exigen respuestas positivas. ¿Por qué han degenerado esas organizaciones, y qué significa exac-

* «S. ou B.», n.º 27 (abril 1959).

tamente tal degeneración? ¿Cuál ha sido su papel en el fracaso momentáneo del movimiento obrero? ¿Por qué el proletariado las ha apoyado y no las ha superado? ¿Qué conclusiones hay que sacar sobre la organización y la acción en el futuro?

No hay respuesta simple para tales cuestiones, porque todas ellas afectan a todos los aspectos y tareas del movimiento obrero contemporáneo. Tampoco hay una respuesta teórica a secas. El problema de la organización revolucionaria solamente se resolverá a medida que la propia organización vaya construyéndose realmente, lo que a su vez dependerá del desarrollo de la actividad de la clase obrera. Pero sí debe, desde ahora mismo, lograr un principio de solución. Los revolucionarios no pueden abstenerse de toda actividad en espera del desarrollo de las luchas obreras, porque esas luchas no resolverán el problema de la organización de los revolucionarios solas, se limitarán a plantearlo a un nivel más elevado. Y en el desarrollo de esas luchas, la organización tiene su papel. No habrá construcción real de la organización sin desarrollo de las luchas, ni desarrollo duradero de las luchas sin construcción de la organización. Si no se acepta este postulado, si se piensa que lo que se haga o deje de hacerse carece de importancia, si se trata únicamente de ponerse en regla con la propia conciencia moral, es mejor no leer las páginas que siguen.

Ese inicio de solución no puede ser algo empírico, ni puede ser un conjunto de recetas negativas. Una colectividad de revolucionarios no puede adoptar más que reglas positivas de actividad y funcionamiento, y esas reglas deben nacer de sus principios. Por muy reducida que sea la organización, su funcionamiento, su actividad, su práctica cotidiana, han de ser la encarnación visible y controlable de los fines que proclama.

Responer al problema de la construcción de una organización revolucionaria exige pues partir del conjunto de la experiencia del movimiento revolucionario y analizar las condiciones ante las que se encuentra ese movimiento en la segunda mitad del siglo XX. Para lograrlo, es preciso realizar algo que puede parecernos un desvío, y no lo es: volver a las ideas más fundamentales, reconsiderar los objetivos revolucionarios y la historia del movimiento obrero.

1

EL SOCIALISMO: GESTIÓN DE LOS TRABAJADORES POR LOS TRABAJADORES

Hay un hecho que domina, por sus consecuencias directas e indirectas, la historia de la humanidad en el siglo XX: la clase obrera ha realizado una revolución victoriosa en Rusia, en 1917; y, lejos de llevar al socialismo, esa revolución ha terminado por llevar al poder a una nueva capa explotadora: la burocracia. ¿Cómo y por qué?¹

El proletariado ruso se movilizó en 1917 para destruir el poder del zar y de los capitalistas, para suprimir la explotación; se armó y se organizó en soviets y comités de fábrica, para desarrollar su lucha. Pero cuando después de una larga guerra civil quedaron eliminados los últimos residuos del antiguo régimen, se encontró con que el poder económico y político volvían a estar concentrados en manos de una nueva capa de dirigentes, cristalizada en torno al partido bolchevique. El proletariado no asumía la dirección de la nueva sociedad, es decir, de otra manera, no era la clase dominante. Por tanto, no podía sino seguir siendo la clase explotada. La degeneración de la revolución rusa no es otra cosa que el retorno al poder exclusivo de una capa específica.

Cuantos factores condujeron a esa degeneración tienen, en definitiva, el mismo significado profundo: el proletariado no ha asumido la dirección de la revolución y de la sociedad que de ella nació. El partido bolchevique trató desde el principio, y consiguió muy pronto, controlar la totalidad del poder en el país. El partido se había construido en torno a la idea de ser el dirigente natural del proletariado, la expresión de sus intereses históricos. Pero las ideas y la actitud del partido

1. El análisis de esta cuestión ocupó un lugar central en el trabajo de «Socialisme ou Barbarie»; aquí no podemos sino resumir el contenido de las conclusiones. Véase S.B., R.P.R., C.S.I., etc.

bolchevique no hubieran podido prevalecer si no hubieran sido compartidas por una gran mayoría de la clase obrera, si la clase obrera no hubiera tenido tendencia a ver en el partido el órgano necesario de su poder. Así, los organismos que debían expresar el dominio político de las masas trabajadoras, los soviets, fueron transformados rápidamente en meros apéndices del poder bolchevique.

Sin embargo, aunque esa evolución no se hubiera realizado en el plano político, no habría cambiado nada fundamental, porque la revolución no había aportado ninguna modificación profunda de las relaciones reales de producción. Los propietarios privados fueron expropiados o exiliados, y el estado bolchevique confió la dirección de las empresas a los dirigentes nombrados por él, mientras combatía las pocas tentativas de los obreros para apoderarse de la gestión de la producción. Y quien manda en la producción, manda, en último término, en la política y en la sociedad. Se formó así rápidamente una nueva capa dirigente de la producción, que se amalgamó con los dirigentes del partido y del Estado, para constituir la nueva clase dominante².

La conclusión fundamental de la experiencia de la

2. Durante mucho tiempo se intentó reducir los factores que provocaron la degeneración de la revolución rusa al aislamiento internacional de la revolución y al carácter atrasado de Rusia. Es una «explicación» que no explica nada: el aislamiento internacional y el atraso del país también podrían muy bien haber llevado a la pura y simple derrota de la revolución y a la reinstauración del capitalismo, y no nos muestran en absoluto por qué la revolución pudo triunfar y degenerar al mismo tiempo. Poner el acento en esos factores es al mismo tiempo escamotear lo que constituye la especificidad histórica de la revolución rusa y dejar en silencio sus enseñanzas más fecundas para la práctica revolucionaria. Aislamiento y atraso favorecieron esa evolución, concretaron su forma, pero no determinaron su significado. Es imposible convertir a la burocratización en un accidente, y es igualmente imposible pretender que si la revolución se hubiese extendido a Alemania, por ejemplo, no «hubiera podido» degenerar. La evolución posterior demostró ampliamente que el problema de la burocracia se le planteaba al conjunto del proletariado internacional, y no podía resolverse más que en función de una experiencia de la burocracia como realidad.

revolución rusa es, pues, que no basta con que el proletariado destruya el dominio burgués del Estado y de la economía. El proletariado solamente puede lograr el objetivo de su revolución si edifica su propio poder en todos los terrenos. Si la dirección de la producción, de la economía, y del «Estado», vuelven a ser función de una categoría específica de individuos, la explotación y la opresión de los trabajadores renacerán sin remedio. Y con ellas renacerá también la crisis permanente que aflige a las sociedades contemporáneas, y cuyo origen último está en el conflicto entre dirigentes y ejecutantes dentro de la producción.

El socialismo no es, ni puede ser, sino la gestión de la producción, la economía y la sociedad por los trabajadores. Esta idea, que ha constituido desde su inicio el centro de las concepciones de *Socialisme ou Barbarie*, ha sido confirmada de forma evidente por la revolución húngara³.

La autonomía del proletariado

La idea de gestión obrera de la producción y de la sociedad implica que el único poder en la sociedad post-revolucionaria sea el de los organismos de masas de los trabajadores (los Consejos), que lo ejercen directamente. No se trata, ni mucho menos, de que unos organismos especiales cualesquiera, por ejemplo los partidos políticos, asuman las tareas de poder y gobierno. Sino que es algo más que una simple norma constitucional; una idea que obliga a reconsiderar en su conjunto los problemas teóricos y prácticos que se plantean al movimiento revolucionario.

En efecto, no tendría sentido alguno hablar de gestión obrera si los trabajadores no fuesen capaces de asumirla y de producir, por tanto, unos nuevos principios de organización y orientación de la vida social. La revolución, y aún más, la construcción de una sociedad socialista, presupone que la masa organizada de los tra-

3. V. el n.º 20 de «S. ou B.», dedicado casi exclusivamente a la revolución húngara, y los textos revolucionarios húngaros publicados en los n.º 21 y 23.

jadores es ya capaz de dirigir, prescindiendo de cualquier intermediario, el conjunto de las actividades de la sociedad, es decir, por tanto, que es ya capaz de dirigirse a sí misma en todos los terrenos, y de manera permanente. La revolución socialista sólo puede ser producto de la actividad *autónoma* del proletariado, autónoma significando que se dirige por sí misma, que no obedece sino a sí misma.

No hay que confundir esta cuestión con la de la capacidad técnica del proletariado para dirigir la producción⁴. El proletariado es el conjunto de los trabajadores asalariados y explotados, el productor colectivo. Hace mucho tiempo que el conocimiento técnico ha dejado de ser monopolio de algunos individuos; que pertenece a una masa de trabajadores de despacho o laboratorio, sometidos a una división del trabajo más acentuada cada día, y cuyo salario es apenas superior al de los trabajadores manuales. Los «jefes» técnicos resultan, en la producción, algo tan superfluo como los capataces; no son ya grandes ingenieros insustituibles, sino burócratas que dirigen y «organizan», es decir «desorganizan» el trabajo de la masa de técnicos asalariados. El conjunto de los trabajadores explotados de talleres y oficinas contiene en sí mismo la totalidad de capacidades técnicas de la humanidad contemporánea. Para el proletariado en el poder, la cuestión de la dirección «técnica» de la producción no será, pues, en absoluto una cuestión técnica, sino la cuestión *política* de la unidad de los trabajadores, de los talleres y de las oficinas, de la cooperación entre ellos, de la gestión en común de la producción. Serán también cuestiones políticas las que se plantearán al poder proletario en todos los campos: su propia organización, las relaciones entre centralización y descentralización, la orientación general de la producción y de la sociedad, las relaciones con las otras capas sociales (campesinos, pequeña burguesía), las relaciones internacionales, etc.

El socialismo presupone pues un grado elevado de conciencia social y política en el proletariado. No puede nacer de una simple rebelión del proletariado ante la

4. Confusión que constituye lo esencial de los pseudo-análisis de Burnham sobre la burocracia. Véanse los primeros capítulos de *La era de los organizadores*.

explotación, sino, únicamente, de la capacidad del proletariado para encontrar por sí mismo respuestas positivas a los inmensos problemas que ha de plantear la reconstrucción de la sociedad moderna. Nadie puede tener esa conciencia «por» el proletariado, en su lugar: ni un individuo, ni un grupo, ni un partido. No se trata tan sólo de que una sustitución semejante llevaría indefectiblemente a la cristalización de una nueva capa de dirigentes, y devolvería en poco tiempo a la sociedad a su estado anterior. Se trata de que resulta imposible que una categoría específica asuma las funciones que pertenecen a toda la humanidad, y sólo a ella. Una minoría de dirigentes puede resolver tan sólo los problemas de una sociedad de explotación; o más bien, *podría* resolverlos, porque la crisis de los regímenes contemporáneos es precisamente expresión de un hecho: que la dirección de la sociedad moderna es una labor que sobrepasa ya la capacidad de cualquier cateografía específica. Lo que es todavía mucho más cierto con respecto a los problemas que planteará la reconstrucción socialista de la sociedad, que no podrán resolverse, ni tan siquiera plantearse correctamente, sin desplegar toda la actividad creadora de la inmensa mayoría de los individuos. Porque esa reconstrucción significa exactamente, y rigurosamente, reínciarlo todo y rehacerlo todo: las máquinas, las fábricas, los objetos de consumo, las casas, los sistemas educativos, las instituciones políticas, los museos, las ideas, la ciencia misma. Y hacerlo de acuerdo con las necesidades de los trabajadores y desde su perspectiva, porque de esas necesidades y de la manera de satisfacerlas, sólo los trabajadores mismos pueden ser jueces. Incluso si en torno a un punto particular el concepto de los especialistas es más «correcto», será inútil en tanto en cuanto los interesados no vean su justicia y su necesidad. Y cualquier tentativa de imponer a la gente, en lo que concierne a su propia vida, soluciones que no aprueben, hará que se conviertan de inmediato y automáticamente en soluciones monstruosamente falsas.

El desarrollo del proletariado hacia el socialismo

El socialismo así concebido, ¿es una perspectiva his-

tórica, una posibilidad que existe dentro de la sociedad moderna, o un sueño? El proletariado, ¿es simplemente un material de explotación, una clase moderna de esclavos industriales que de vez en cuando estalla en revueltas sin esperanza? ¿O tal vez las condiciones de su existencia y de su lucha contra el capitalismo le llevan a desarrollar una conciencia, es decir, una actitud, una mentalidad, ideas y acciones, cuyo contenido se dirige hacia el socialismo?

La respuesta a esa pregunta está en el análisis de la historia real del proletariado, de su vida en la producción, de sus movimientos políticos, de su actividad durante los períodos de revolución; análisis que, de nuevo, conduce a la alteración de todas las ideas tradicionales sobre el socialismo, las reivindicaciones obreras o las formas de organización.

En primer lugar, la lucha del proletariado contra el capitalismo no es únicamente «reivindicativa», ni tampoco únicamente «política»: comienza en la producción. No se construye simplemente a la repartición del producto social ni, en el otro extremo, a la organización general de la sociedad, sino que desde el principio se dirige contra la realidad fundamental del capitalismo, las relaciones de producción en la empresa. La llamada «racionalización» de la producción capitalista no es más que una red de contradicciones. Consiste en organizar el trabajo *al margen* de los trabajadores y al suprimir el papel humano de éstos —cosa intrínsecamente absurda desde el punto de vista de la eficacia productiva misma— pretende aumentar constantemente la explotación, lo que la hace enfrentarse constantemente a los obreros.

La lucha de los trabajadores contra esa organización está lejos de tener como único objetivo el salario, y domina todos los aspectos e instantes de la vida de la empresa. Porque, primero, el conflicto entre obreros y dirección en torno a los salarios no puede dejar de afectar rápidamente a todos los aspectos de la organización del trabajo⁵. Después, sea cual sea el nivel de los salarios,

5. En la mayor parte de los casos, el nivel efectivo de los salarios está menos influido por los niveles oficiales de salario, los convenios colectivos y los acuerdos sindicales que por lo que sucede en la producción: control de las piezas, repar-

los obreros se ven necesariamente obligados a combatir unos métodos de producción que implican su deshumanización en forma cada día más intolerable. Tal lucha no se limita, ni puede limitarse, a ser puramente negativa, no pretende únicamente limitar la explotación. La producción tiene que llevarse a cabo de cualquiera de las maneras, y los obreros, al mismo tiempo que combaten las normas de producción y el aparato burocrático coactivo, mantienen una disciplina de trabajo e instauran una cooperación que se opone, tanto en su espíritu como en su letra, al reglamento de la fábrica. Asumen así algunos aspectos de la gestión de la producción, al mismo tiempo que ponen en práctica unos nuevos principios de organización de las relaciones humanas en la producción; combaten la moral capitalista de la ganancia individual máxima, y tienden a sustituirla por una nueva moral de solidaridad e igualdad⁶.

La lucha no es accidental, ni está unida a una forma específica de organización de la producción capitalista. Cada vez que, para prevenirse, el capitalismo modifica las técnicas y métodos de producción, aparece de nuevo. La tendencia gestionaria de los obreros que representa, tiene un alcance universal, tanto en extensión como en profundidad. Existe tanto en Rusia como en los Estados Unidos, en Inglaterra o en Francia. Y aunque la lucha del proletariado en la producción permanezca «oculta», porque no implica ni organización formal, ni programa formulado, ni acción a las claras, su contenido se encuentra en la actividad de las masas cada vez que una crisis revolucionaria agita la sociedad capi-

tación del tiempo de los obreros entre tipos diferentes de trabajo y, sobre todo, las normas, tienen una importancia decisiva en ese punto, y son todo factores de lucha permanente, y encarnizada, entre obreros y dirección.

6. Los sociólogos industriales burgueses, como Elton Mayo, se dieron cuenta de ello hace mucho tiempo. Los «marxistas» actuales son casi siempre encarnizados defensores de la jerarquía. Por poco que se entienda esta situación en la empresa contemporánea, se ve inmediatamente la inanidad de todo socialismo que se limite a modificaciones exteriores a la empresa, sin empezar por dar vuelta al régimen cotidiano de producción.

talista. Los obreros combaten constantemente las normas de todas las fábricas del mundo; y la supresión de las normas era una de las reivindicaciones más importantes de los Consejos obreros húngaros de 1956. Los Consejos obreros se constituyeron sobre el principio de la revocabilidad de los delegados, como lo habían hecho la Comuna y los Soviets. Los delegados de taller (*Shop-Steewards*) de las fábricas inglesas son siempre revocables por los trabajadores que los eligieron y a los que dan cuenta regularmente de su actividad.

La concepción socialista de la sociedad nace en la oscuridad de la vida cotidiana de los productores, y se abre a plena luz en las revoluciones proletarias que jalanan la historia del capitalismo. El proletariado, lejos de alzarse simplemente contra la miseria y la explotación, plantea el problema de una nueva organización de la sociedad en su conjunto, y da respuestas positivas. La Comuna de 1871, los Soviets de 1905 y 1917, los Comités de fábrica en Rusia en 1917-1918, los Consejos de fábrica en Alemania en 1919-1920, los Consejos obreros en Hungría en 1956, fueron a la vez organismos de lucha contra la clase dominante y su Estado, y nuevas formas de organización de los hombres a partir de principios radicalmente opuestos a los de la sociedad burguesa. Creaciones del proletariado que refutaron con la práctica las ideas que dominan desde hace siglos la organización política de los hombres. Que mostraron la posibilidad de una organización social centralizada que, lejos de expropiar políticamente al pueblo en beneficio de sus «representantes», somete al control permanente de sus mandatarios y realiza por primera vez en la historia moderna la democracia, a escala de toda la sociedad. Y también, la gestión obrera de la producción que pedían los Comités de fábrica rusos en 1917 fue realizada por los obreros españoles en 1936-1937 y proclamada como uno de sus objetivos fundamentales por los Consejos obreros húngaros en 1956.

Pero el desarrollo del proletariado hacia el socialismo no se manifiesta solamente en la vida de la empresa, o en las revoluciones. Desde el comienzo de su historia, el proletariado lucha de manera explícita contra el capitalismo, es decir, que lucha mediante organizaciones políticas. La tendencia de la clase obrera, o de amplias capas

de ella, a organizarse para luchar de forma abierta y permanente, recorre como un hilo rojo toda la historia moderna; ignorarlo supondría condenarse a comprender tan poco al proletariado y al socialismo como si se pretendiera ignorar la Comuna, o los Consejos. Porque manifiesta a la vez en el proletariado la necesidad y la capacidad de plantear el problema de la sociedad en cuanto tal no sólo en las explosiones revolucionarias sino con carácter sistemático y permanente; ir más allá de la defensa de los propios intereses económicos y oponer a la ideología burguesa la propia concepción de la sociedad; salir del marco del taller, de la empresa, de la nación incluso, y plantear la cuestión del poder a escala internacional. Porque es completamente falso que la clase obrera no haya creado otra cosa que asociaciones económicas o profesionales (los sindicatos). En algunos países, como Alemania, los obreros empezaron por constituir un movimiento político, del que los sindicatos fueron una emanación. En la mayoría de los demás casos, como en los países latinos e incluso en Inglaterra, los sindicatos mismos no eran, en un principio, unas organizaciones meramente «sindicales», ni mucho menos: su objetivo declarado fue la abolición del trabajo asalariado. Y es igualmente falso que las organizaciones políticas del proletariado hayan sido creación exclusiva de intelectuales, como se ha dicho, tanto para felicitarse por ello como para depollarlo. Incluso en donde los intelectuales desempeñaron un papel predominante en la organización, las organizaciones nunca hubieran podido adquirir una realidad concreta si no se hubiesen adherido a ellas numerosos obreros, si no las hubiesen alimentado con su sangre, si la gran mayoría de la clase obrera no se hubiese reconocido tanto tiempo en sus programas.

Carácter contradictorio del desarrollo del proletariado

Hay pues un desarrollo autónomo del proletariado hacia el socialismo, que parte de la lucha de los obreros contra la organización capitalista de la producción, se expresa en la constitución de organizaciones políticas y culmina en las revoluciones. Pero ese desarrollo no es ni el resultado mecánico y automático de las «condicio-

nes objetivas» en las que vive el proletariado, ni una evolución biológica, una maduración inevitable que se alimenta a sí misma. Es un proceso histórico y, esencialmente, un proceso de lucha. Los obreros no nacen socialistas ni se transforman en ello milagrosamente al penetrar en la fábrica. Se convierten en, o más precisamente, se hacen socialistas durante su lucha contra el capitalismo, y en función de ella.

Pero hay que ver con exactitud qué lucha es ésa, en qué terreno tiene lugar, cuál es el verdadero enemigo. El proletariado no combate solamente al capitalismo como una fuerza exterior a él. Si no se tratase más que del poder material de los explotadores, su Estado y su ejército, la sociedad de explotación habría sido abolida hace mucho tiempo, porque no dispone de ninguna fuerza propia fuera del trabajo de los explotados. Puede sobrevivir sólo en tanto en cuanto pueda conseguir que acepten su propia situación. Sus armas más temibles no son las que utiliza intencionadamente, sino las que le facilita automáticamente la situación objetiva de la clase explotada, la disposición de las cosas en la sociedad actual y la organización de las relaciones sociales, que tiende a reproducir permanentemente sus propias bases. El proletariado no sólo sufre un adoctrinamiento sistemático por parte de la burguesía y de la burocracia. Es también, por lo general, desposeído de un grado importante de la cultura. De su propio pasado, ya que no puede conocer su propia historia y sus luchas pasadas sino en la medida en que se lo toleran las clases dominantes. De su propia realidad de clase universal, mediante la compartimentación local, profesional, nacional, que implica la estructura social actual. Y de su presente, puesto que todas las informaciones están controladas por las clases dominantes.

A pesar de su situación de clase explotada, el proletariado combate esos factores, o los compensa. Desarrolla una desconfianza sistemática ante el adoctrinamiento burgués y una crítica de su contenido. Tiende a absorber por mil medios la cultura que se le oculta, al mismo tiempo que crea los primeros elementos de una cultura nueva. Ignora su propio pasado desde un punto de vista libreresco, pero encuentra ante sí sus resultados esenciales, bajo forma de las condiciones de su acción presente.

Pero, con mucho, el obstáculo más impresionante que se presenta ante el desarrollo del proletariado, es el renacimiento permanente de la realidad del capitalismo en el seno del propio proletariado. El proletariado no es algo ajeno al capitalismo; nace en la sociedad capitalista, está en ella, participa, la hace funcionar. Ideas, normas, actitudes capitalistas, tienden constantemente a introducirse en el proletariado y, mientras dure la sociedad actual, no dejará de ser así. La situación del proletariado es absolutamente contradictoria, porque al mismo tiempo que es el que hace nacer los elementos de una nueva organización humana y de una nueva cultura, no podrá nunca separarse por completo de la sociedad capitalista en la que vive. La más profunda huella de esa sociedad se manifiesta más en los planos en los que menos se suele pensar: las costumbres seculares, las evidencias del sentido común burgués que nadie pone en tela de juicio, la inercia, la inhibición de la creatividad y la actividad de los hombres organizada sistemáticamente por la sociedad. Durante una revolución, el capitalismo puede ser vencido militarmente y, sin embargo, seguir en su papel de vencedor si, para vencerlo y con el pretexto de la «eficacia», el ejército revolucionario o la producción se organizan según el modelo capitalista (como en la Rusia de 1918-1921); porque la victoria del «espíritu» de la antigua sociedad se transformará rápidamente en victoria total. Los obreros pueden dejar escapar la enorme victoria que es la construcción de una organización revolucionaria que exprese sus aspiraciones, y convertirla en derrota si piensan que una vez construida la organización basta con otorgarle confianza para que resuelva por sí misma todos los problemas.

La lucha del proletariado contra el capitalismo es pues, en su aspecto más importante, una lucha del proletariado contra sí mismo, una lucha para desgajarse de todo lo que en él permanece de la sociedad contra la que combate. La historia del movimiento obrero es la historia del desarrollo del proletariado a través de esa lucha, desarrollo que no es un ascenso continuado sino una progresión contradictoria, desigual, que contiene períodos enteros de retroceso parcial o total⁷.

7. Retroceso o progresión que no se miden únicamente

LA DEGENERACIÓN DE LAS ORGANIZACIONES OBRERAS

La evolución de las organizaciones obreras sólo puede entenderse dentro de ese contexto. Desde hace un siglo, el proletariado ha constituido, en todos los países, organizaciones destinadas a ayudarle en su lucha, y todas esas organizaciones, sindicales o políticas, han terminado por degenerar e integrarse en el sistema de explotación. Da lo mismo a este respecto que se hayan convertido en puros y simples engranajes del Estado y la sociedad capitalista, como las organizaciones reformistas; o que, como las organizaciones estalinistas, pretendan realizar una transformación de la sociedad que entregue el poder económico y político a una capa burocrática dejando intacta la explotación de los trabajadores. Lo esencial es que se han convertido en los más encarnizados enemigos del que era su objetivo inicial: la emancipación del proletariado.

No se trata, naturalmente, de que haya habido por parte de los dirigentes «errores» o «traiciones». Los dirigentes que traicionan o se equivocan acaban por ser apartados de las organizaciones que dirigen. La degeneración de las organizaciones obreras, por el contrario, ha ido de la mano de su burocratización, es decir, de la constitución dentro de ellas de una capa de dirigentes inamovibles e incontrolables. Y la política de las organizaciones expresa, desde ese momento, los intereses y as-

por la «combatividad» del proletariado, sino por su actitud frente a los problemas con que se encuentra, y que no se reducen a los problemas políticos. La «izquierda» francesa se complace en considerar al proletariado francés como más «avanzado» que el proletariado norteamericano o inglés, porque el primero seguía mayoritariamente a una organización como el P.C., mientras que en Inglaterra o los Estados Unidos los obreros votan a partidos reformistas o burgueses. Nunca se ha fijado en que los obreros americanos o ingleses, que considera políticamente «atrasados», son mucho más combativos y difíciles en la producción que los obreros franceses; ni siquiera entiende lo que quieren decir estas palabras.

piraciones de esa burocracia⁸. Comprender la degeneración de las organizaciones obreras, es comprender de qué manera ha podido nacer una burocracia a partir del movimiento obrero.

La burocratización significó, para decirlo brevemente, que la relación social fundamental del capitalismo moderno, la relación entre dirigentes y ejecutantes, se reproducía dentro del propio movimiento obrero, y lo hacía de dos formas. Por un lado, en el interior de las organizaciones obreras, que respondieron a su propio crecimiento y a la multiplicación de sus tareas adoptando un modelo burgués de organización, instaurando una división del trabajo cada vez más profunda que ha terminado por llevar a la cristalización de una nueva capa de dirigentes separados de la masa de militantes, reducidos ya al papel de ejecutantes. Por el otro lado, entre las organizaciones y el proletariado; las funciones que gradualmente fueron asumiendo las organizaciones fueron las de dirigir a la clase obrera, en provecho propio, naturalmente, y la clase obrera ha aceptado la mayoría de las veces el someterse a las organizaciones y ejecutar sus consignas.

Se ha llegado así a la negación completa de lo que es la esencia misma de un movimiento socialista: la idea de la autonomía del proletariado. Tal evolución veía al mismo tiempo su equivalente en la evolución correspondiente de la ideología y la teoría revolucionaria, que hacía posible el carácter contradictorio que es propio del marxismo desde su nacimiento.

En cierto sentido, nada de todo lo que venimos diciendo sobre la gestión obrera y la autonomía del proletariado es cosa nueva. Todo se remonta a la fórmula de Marx: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos». Dicho de otra mane-

8. Evidentemente, tiene también otros aspectos, porque de una parte expresa también los intereses de la conservación del sistema de explotación en general, y de otra debe permitir a las organizaciones proletarias mantener su influencia sobre el proletariado, sin la que no serían nada. Pero son aspectos secundarios en relación al problema que se discute en el texto.

ra, no habrá emancipación sino en la medida en que los trabajadores decidan por sí mismos los objetivos y medios de su lucha. La intuición marxiana de la autonomía va unida a los aspectos más profundos y positivos de su obra: la importancia capital que concede al análisis de las relaciones de producción en la fábrica capitalista, la crítica radical de la ideología burguesa en todos sus aspectos, y de la noción tradicional misma de «teoría», la visión del socialismo como una realidad nueva cuyos elementos aparecen ya en la vida y la actitud de los obreros.

Pero el marxismo, nacido también dentro de la sociedad capitalista, no se separó, ni podía separarse, completamente de la cultura que fue su lugar de nacimiento. Su situación —como la de cualquier ideología revolucionaria, como la del proletariado hasta la revolución—, siguió siendo contradictoria. «Las ideas dominantes de una época son las ideas de la clase dominante» es una frase que significa algo más que esas ideas son las que tienen mayor difusión material y las que son aceptadas por mayor número de personas; significa también que son ideas que tienden a ser admitidas, en parte inconscientemente, por aquellos mismos que las combaten violentamente. La lucha del movimiento revolucionario para liberarse de la garra del capitalismo es una lucha permanente, tanto en el terreno teórico como en el práctico.

La decadencia de la teoría revolucionaria

Desde muy pronto comenzó a prevalecer la idea de que el marxismo era la ciencia de la sociedad y de la revolución. Se quiso presentar la teoría revolucionaria como síntesis y continuación de las creaciones de la cultura burguesa (filosofía clásica alemana, economía política inglesa, socialismo utópico francés), olvidando que lo más fundamental que había en la obra de Marx era precisamente el haber derribado los postulados fundamentales de esa cultura. Con la misma naturalidad, llegó a decirse a continuación que la conciencia política socialista debe ser introducida en la clase obrera «desde fuera»; porque «la conciencia socialista moderna sólo puede surgir a partir de la base de un conocimiento científico pro-

fundo» y «el soporte de la ciencia no es el proletariado sino la «intelligentsia» burguesa»⁹.

Que estas formulaciones de Kautsky hayan sido utilizadas por Lenin no quiere decir que caractericen en modo alguno el bolchevismo; expresan también la actitud típica de los dirigentes de la II Internacional, de los reformistas¹⁰. Aún más, su espíritu podemos encontrarlo en Marx. La degradación de la teoría revolucionaria está simbolizada en la distancia que hay entre el subtítulo de *El Capital*: crítica de la economía política (no crítica de la economía política burguesa, sino crítica de la economía política a secas, de la idea de que existe una «ciencia» de la economía política) y aquello en lo que se ha convertido en el curso de su elaboración: una tentativa de establecer «las leyes del movimiento de la economía capitalista». En manos de sus epígonos, se transforma incluso en prueba científica de la inevitabilidad del desmoronamiento del capitalismo y de la victoria del socialismo, «garantizadas por las leyes de la naturaleza»¹¹. De este modo, la teoría trata de reproducir el modelo de las ciencias de la naturaleza aplicado a la sociedad, lo que equivale a decir que toma sus estructuras lógicas del pensamiento burgués de su época, y su método de elaboración de la cultura burguesa; porque, concebida así, no puede elaborarse, en efecto, por quienes no sean unos intelectuales especializados y separados del proletariado. Hasta sus postulados de base acaban por reflejar finalmente ideas esencialmente burguesas. La teoría económica en sentido estricto que se expone en *El Capital* está basada en el postulado de que el capitalismo llega a transformar efectivamente e integralmente al obrero —que

9. Son las expresiones de Kautsky usadas por Lenin en *¿Qué hacer?*

10. No cambia nada de la cuestión el que los reformistas hayan utilizado sobre todo la idea de predicción científica de la evolución de la economía capitalista para condenar la idea de revolución y «probar» que es necesario acogerse al funcionamiento de las leyes económicas para realizar el socialismo.

11. Es una expresión de Kautsky, en la introducción que escribió a *El Capital* y que se publicó por separado con el título de *Introducción al conjunto del marxismo*, sirviendo para la formación de generaciones enteras de militantes.

no aparece en él más que como fuerza de trabajo—en mercancía; por tanto, que el valor de uso de la fuerza de trabajo —la utilización que de ella hace el capitalista— está determinada enteramente, como toda otra mercancía, por el usuario, de la misma manera que su valor de cambio —el salario— lo está únicamente por las leyes del mercado y, en primer lugar, por los costos de producción de la fuerza de trabajo. Este postulado es necesario para que exista «ciencia económica» según el modelo físico-matemático que siguió, en grado creciente, Marx en su elaboración de *El Capital*. Pero contradice la realidad más esencial del capitalismo: tanto el valor de uso como el valor de cambio de la fuerza de trabajo son objetivamente indeterminados, no se determinan sino por medio de la lucha del proletariado y el capital en la producción y en la sociedad. Ahí está la raíz última de las contradicciones «objetivas» del capitalismo (Cf. «Sobre el contenido del socialismo, III», *supra*). La tentativa de hacer de ellas variables cuyo comportamiento está íntegramente determinado por leyes objetivas no conduce, en contra de lo que pensaba Marx y con él varias generaciones de marxistas, a la demostración de una crisis «inevitable» del capitalismo, sino por el contrario a la «demostración» de su perpetuidad: si, como postula *El Capital*, el proletariado dejase que las cosas siguieran su marcha al 100 %, no habría nunca crisis del capitalismo alguna. La paradoja es que el «inventor» de la lucha de clases haya escrito una obra monumental sobre unos fenómenos que esa lucha determina pero de los que está completamente ausente.

No hace casi falta indicar hasta qué punto esa idea está en contradicción con la concepción de una revolución socialista consciente de las masas; éstas, en efecto, no tendrían entonces más papel que el de aportar una verificación de lo que la teoría había deducido *a priori*¹².

12. En ningún sitio se ve más claramente esta contradicción que en Rosa Luxemburg, la revolucionaria que subrayó de la forma más extrema la importancia de la experiencia propia de las masas y de su acción autónoma, y que dedicó todo su trabajo teórico a una tentativa —vana, hay que añadir— de demostrar que el proceso de acumulación había de conducir inexorablemente al derrumamiento del capitalismo.

La política revolucionaria tendería al mismo tiempo a transformarse en una *técnica*. El ingeniero aplica la ciencia del físico en unas condiciones dadas y a la vista de determinados objetivos; el político revolucionario aplica en unas condiciones dadas las conclusiones de la teoría científica de la revolución. Al calificar a Lenin de «maquinista genial de la locomotora de la historia», Stalin no hizo otra cosa que expresar esta idea con la falta de sutilidad aplastante que le caracterizaba.

La decadencia del programa y de la función del partido

Ese carácter técnico es pura y simplemente el aspecto que se va imponiendo gradualmente en el programa de las organizaciones políticas. De un lado, los objetivos del proletariado pueden y deben estar determinados por la teoría; la emancipación del proletariado será obra de los técnicos de la revolución, aplicando correctamente su teoría a las circunstancias concretas. De otro lado, lo que tal teoría permite aprehender a los teóricos son, únicamente, los elementos «objetivos» de la evolución de la sociedad, y el propio socialismo aparece cada vez más privado de todo contenido humano, como una simple transformación «objetiva» y externa: en lo esencial, como una modificación de ciertas disposiciones económicas de donde derivaría lo demás por añadidura en un futuro no determinado. Se hace entonces inevitable preocuparse exclusivamente de la distribución del producto social, del estatuto de la propiedad o de la organización general de la economía (la «nacionalización» o la «planificación»), y se oculta por completo el hecho de que lo que el socialismo debe ante todo significar es una modificación radical de las relaciones entre los hombres, tanto en la producción como en la política.

Si el socialismo es una verdad científica a la que llegan los especialistas mediante la elaboración teórica, la función del partido debiera, lógicamente, ser la introducción del socialismo entre el proletariado. Éste no podría, en efecto, llegar al socialismo a partir de su propia experiencia; como mucho podría reconocer en el partido que encarna esa verdad al representante de los intereses generales de la humanidad, y apoyarlo. No hay ni que pen-

sar en que lo controle, excepto por su pasividad y la negativa a seguirlo. Incluso entonces, el partido debiera simplemente de concluir que no ha sabido hacer suficientemente concreto su programa, ni suficientemente convincente su programa, o que ha cometido algún error en la «apreciación de la situación»; pero no podrá aprender mucho sobre el fondo de esas cuestiones. El partido es quien detenta la verdad socialista, puesto que es quien detenta la teoría única que lleva hacia él. Es pues quien tiene por derecho la dirección del proletariado y quien debe ejercerla de hecho, porque la decisión sólo puede estar en manos de los especialistas de la ciencia de la revolución. La democracia no será entonces, en la medida en que se admite, más que un procedimiento pedagógico, una adaptación justificada por el carácter «imperfecto» de la ciencia revolucionaria. Y es el partido quien sabe y puede determinar la dosis útil.

El partido revolucionario organizado según un modelo capitalista

Tal concepción —o, más exactamente, tal mentalidad— halla su equivalente dentro de la organización, en su modo de funcionamiento, el tipo de trabajo que en ella se efectúa, las relaciones que se establecen. La acción de la organización será correcta si resulta conforme a la teoría o al menos al arte, a la técnica de la «política», que tiene sus especialistas. Cualquiera que sea el grado de democracia formal que existe dentro de la organización, los militantes tendrán conciencia de que es misión de los especialistas estudiar la situación objetiva y deducir la línea que se impone; su actividad consistirá entonces, durante todo el año, en ejecutar lo que los políticos hayan decidido. La división de funciones, indispensable en cualquier lugar en que se precise cooperación, se convierte así en una verdadera división del trabajo, el trabajo de dirección queda separado del trabajo de ejecución. Esta división tiende a ampliarse y hacerse más profunda por sí misma tan pronto como se ha establecido, los dirigentes especializados en su papel se hacen indispensables, y los ejecutantes se dedican a sus tareas concretas; al estar privados de información, de una visión general de

la situación y de los problemas de organización, detenidos en su desarrollo por su falta de participación en el conjunto de la vida del partido, los ejecutantes van teniendo cada vez menos posibilidades y menos capacidad de controlar a los dirigentes.

Se pretende que esta división del trabajo encuentra un límite en la «democracia». Pero la democracia, que debiera significar que *dirija la mayoría*, se limita a significar que la mayoría *designa a los dirigentes*; es decir, está calcada del modelo burgués de democracia parlamentaria, privada de contenido real, y se convierte rápidamente en el velo que cubre el poder incontrolado de los dirigentes. La excusa de elegir una vez al año a unos delegados que designen a su vez a un comité central no basta para hacer que sea la base quien dirige la organización, lo mismo que no es el pueblo quien manda en las repúblicas parlamentarias aunque se diga que elige periódicamente a sus diputados que designan al gobierno.

Consideremos como ejemplo el «centralismo democrático» tal y como se supone que funciona en un partido leninista ideal. Que el comité central sea designado por un congreso «elegido democráticamente» no hace cambiar el hecho de que, a partir de su elección se convierta en el amo absoluto de la organización, de hecho y de derecho. No se trata simplemente de que estatutariamente tenga poder sobre el cuerpo del partido (capaz de disolver organizaciones de base, de excluir militantes, etc.) y que, en esas condiciones, pueda determinar cuál será la composición del congreso siguiente. El comité central podría usar de sus poderes con honestidad, podría debilitarlos; los miembros del partido pueden disfrutar de «derechos políticos» y de la posibilidad de expresarse en las publicaciones internas, incluso de fuera, formar tendencias, etcétera. Pero eso no modificaría sustancialmente la situación. Porque el comité central seguiría siendo el órgano que define la línea política de la organización, controla su aplicación de arriba abajo, monopoliza, en una palabra, permanentemente las funciones de dirección. La expresión de opiniones tiene sólo un valor limitado a partir del momento en que el tipo de funcionamiento de la colectividad evita que esas opiniones se asienten sobre bases sólidas, es decir, sobre una *participación permanente* en las actividades y en la solución de los problemas plan-

teados. Si el funcionamiento de la organización convierte la solución de los problemas específicos en la función específica y el trabajo permanente de una categoría de militantes, sólo la opinión de éstos será, o parecerá, válida para el resto. Y esa situación se trasladará al interior de las tendencias políticas que existan en el partido. En esas condiciones, un congreso que se reúne a intervalos regulares no resulta más «democrático» que unas elecciones parlamentarias; uno y otras se limitan, en efecto, a invitar de vez en cuando a los electores a pronunciarse sobre unos problemas de los que se les mantiene alejados el resto del tiempo, quitándoles además cualquier medio de controlar lo que sucederá a continuación.

Esta crítica no es aplicable únicamente al bolchevismo, sino también a las organizaciones socialdemócratas y a los sindicatos de todo tipo. La diferencia a este respecto entre un partido estalinista y un partido reformista es comparable a la que existe entre un régimen totalitario y un régimen burgués «democrático». Los derechos formales de los individuos puede que sean mayores en el segundo caso, pero eso no cambia en absoluto la estructura real del poder que, en ambos casos, pertenece en exclusiva a una categoría determinada.

Las condiciones objetivas de la burocratización

La degeneración y burocratización de las organizaciones es por tanto un fenómeno total, que abarca todos los aspectos de su existencia. Es un proceso de degradación tanto de la teoría revolucionaria como del programa, la actividad, la función y la estructura de las organizaciones, del trabajo que los militantes realizan en ellas¹³.

13. Casi no es necesario repetir que tal proceso ha sido contradictorio o, más bien, que la realidad de tales organizaciones fue contradictoria desde el principio y durante la mayor parte de su historia. Si las organizaciones —sindicatos, partidos de la II y III Internacionales— hubieran sido sólo burocracia, no habrían sido nada de nada, no habrían podido alcanzar las dimensiones que han alcanzado, ni desempeñado el papel que han desempeñado. En la práctica de esas organizaciones, antes de que degenerasen totalmente, hay un equivalente de lo dicho antes a propósito de la teoría marxista

Esto no significa que la evolución histórica real sea resultado de la degradación de las ideas en la cabeza de los individuos. Esa degradación no es sino la expresión de la persistencia de la realidad capitalista, de los modos de pensamiento y acción capitalistas, en el movimiento obrero. Significa que el movimiento obrero no consigue librarse de la férula de la sociedad bajo la cual nace, que cae de nuevo bajo su influencia indirecta incluso cuando cree combatirla más radicalmente.

Que la fuerza del capitalismo tenga una base en el conjunto de las relaciones productivas, económicas, políticas, ideológicas de la sociedad establecida, que en particular la evolución burocrática de las organizaciones obreras haya estado condicionada por la evolución objetiva del propio capitalismo, es evidente. Una burocracia reformista no puede concebirse fuera de un desarrollo de la economía capitalista que hace posible un cierto reformis-

mismo: una doble realidad. Podemos verlo también en el ejemplo, sin duda el más importante de todos históricamente, de las posiciones de Lenin frente a las relaciones entre partido y masas. La concepción del partido como detentador de la conciencia socialista y del proletariado, al no lograr por sí misma más que llegar hasta el «trade-unionismo», juega un papel más bien episódico en *¿Qué hacer?* y Trotski asegura (en su *Stalin*) que Lenin habría acabado por abandonarla. Sin embargo la recoge de nuevo, con fuerza, en *La enfermedad infantil...* (1920), donde Lenin opone sus ideas sobre el partido y las masas —similares a las de *¿Qué hacer?*—, a las de los izquierdistas. Pero, mientras tanto, había escrito *El Estado y la Revolución* (1917), en el que el partido está ausente por completo. Estas contradicciones se encuentran aún más agudizadas en la práctica de Lenin, tanto poniendo el acento en la construcción del partido y, después de 1917, intentando resolver todos los problemas por medio de él, como inspirándose en lo que el movimiento de masas creaba de original y profundo, apelando a las masas frente al partido y, en sus últimos años, constatando con angustia el abismo que se abría entre unas y otro. A este respecto hay que señalar, para uso de ciertos críticos profesionales del bolchevismo, que los aspectos burocráticos del leninismo existieron igualmente en los socialdemócratas —simplemente más hipócritamente—, pese a que no hablen nunca de ello, y a que sea vano buscar en ellos el equivalente de los aspectos revolucionarios del bolchevismo.

mo. Una burocracia «revolucionaria» y «totalitaria», como la burocracia estaliniana, no se concibe fuera de una situación de crisis permanente de la sociedad y de una incapacidad de las clases dominantes tradicionales para resolverla. Generalizando más, una burocracia obrera de cierta amplitud no es concebible sin un cierto grado de concentración de la producción y de estatalización de la vida económica: concentración de las empresas y de la fuerza de trabajo, y sindicatos gigantescos cuya gestión escape con facilidad de la iniciativa de los miembros; intervención del Estado en la vida económica y social que ofrezca a la burocracia el terreno ideal, tanto reivindicativo como político, para ejercer su actividad.

Esta clase de análisis es indispensable, pero incompleto e insatisfactorio. Sería falso presentar la burocratización de las organizaciones obreras como el mero *resultado* de la evolución del capitalismo hacia la concentración y la estatalización. La acción del proletariado o de las organizaciones jugó desde muy pronto un papel determinante en la evolución de la sociedad moderna, de suerte que a partir de una determinada fase no pueden distinguirse ya «causa» y «efecto». Las organizaciones burocráticas han transformado el medio social para hacerlo adecuado a su existencia, y continúan haciéndolo. Pero, sobre todo, lo que nos enseña ese análisis es que la situación objetiva hacía posible la degeneración burocrática (cosa sabida ya), y no que la hacía inexorable. Es, en cambio, muy poco útil en lo que concierne a la acción revolucionaria en el futuro. Sería vano, por ejemplo, pretender discernir una evolución futura que hiciera de la burocratización algo «objetivamente imposible»¹⁴.

Es cierto que la sociedad capitalista dará siempre la posibilidad de que una fracción dirigente de las clases explotadas se integre en el sistema de explotación. Y es cierto también que las tendencias que han favorecido el nacimiento y desarrollo de la burocracia obrera son tendencias dominantes del capitalismo moderno, que se con-

14. Como Lenin frente a la burocracia reformista, y Trotski a la estaliniana, cuyos fundamentos creían ambos que destruiría la «crisis objetiva» del capitalismo. Es un tipo de razonamiento que acaba por remitir a la idea del «derrumamiento inevitable» del capitalismo.

vierte día a día en un capitalismo burocrático. El análisis objetivo tiene una importancia capital porque nos muestra que la burocratización no es en absoluto algo accidental y pasajero, sino un factor con el que tendrá que contar siempre el movimiento revolucionario. Pero no es suficiente ni para explicarla ni para guiar su acción.

Podemos verlo todavía mejor con un ejemplo particularmente importante: Se tiende a veces a presentar la burocratización de las organizaciones como resultado *inevitable* de su crecimiento numérico: los sindicatos o partidos que cuentan con centenares de miles de militantes no pueden, se piensa, organizar, coordinar, centralizar sus actividades más que creando unos organismos específicamente encargados de esas tareas, y por tanto convirtiendo la dirección en un trabajo independiente que se confía a unos individuos que se dedican a él profesionalmente.

Hay que subrayar de inmediato la esterilidad de tal clase de consideraciones: si así fuese, la construcción de una organización obrera, por poco importante que fuese, sería imposible sin burocratización, y probablemente lo sería también la construcción de una sociedad socialista. Porque este razonamiento equivale a afirmar que el problema de la centralización sólo puede resolverse mediante la burocracia. Pero vemos inmediatamente que tal análisis «objetivo» no es objetivo en absoluto; porque ya antes de comenzar ha aceptado el más profundamente arraigado de los prejuicios burgueses. Lo objetivo, irremisiblemente planteado por la realidad moderna, es el *problema* de la centralización. Problema al que se pueden dar dos soluciones: ahí termina la objetividad. De acuerdo con la solución burguesa y burocrática, la centralización es la función específica de una capa determinada de dirigentes. Ésta es la respuesta que acabaron por adoptar las organizaciones obreras, aceptando implícitamente el razonamiento antes evocado. Pero el proletariado ha resuelto, a lo largo de sus luchas, el problema de la centralización de una manera totalmente distinta. Una asamblea general de huelguistas, un comité de huelga elegido, la Comuna, los Soviets, los Consejos de empresa..., son centralización. La respuesta proletaria al problema de la centralización es la democracia directa y la elección de delegados revocables en todo momento. Y nadie puede demostrar que haya sido imposible que las organizacio-

nes obreras resolvieran el problema de la centralización inspirándose en esta respuesta en vez de en la respuesta burguesa.

De hecho, el proletariado ha tratado de organizarse a su manera algunas veces, incluso en períodos «normales». Los primeros sindicatos ingleses practicaban lo que Lenin llamó despectivamente en *«Qué hacer?»* y admirativamente en *«El Estado y la Revolución»*, la democracia primitiva. Eran tentativas que tenían que desaparecer antes o después. La vanguardia, que jugó un papel preponderante en la constitución de las organizaciones, no veía que ésa fuera la manera de organizarse; pero, no obstante, no hubiera podido hacer prevalecer su punto de vista si no hubiera sido aceptado por la propia clase obrera. Y esto nos permite ver otro aspecto esencial de todos estos problemas.

El papel del proletariado en la degeneración de las organizaciones

La degeneración significa que la organización tiende a separarse de la clase obrera, que se convierte en un organismo aparte, en su dirección, de hecho y de derecho. Pero eso no sucede *a causa* de los defectos estructurales de las organizaciones, de sus concepciones erróneas o de algún maleficio que vaya unido a la organización como tal. Son rasgos negativos que expresan el fracaso de las organizaciones, el cual a su vez no es sino un aspecto del fracaso del proletariado mismo. Cuando se crea una relación de dirigente a ejecutante entre el partido o el sindicato y el proletariado, significa que el proletariado ha aceptado que se instaure en su seno una relación de tipo capitalista.

La degeneración no es pues un fenómeno específico de las organizaciones. No es sino una de las expresiones de la supervivencia del capitalismo en el proletariado; del capitalismo como ideología, como tipo de estructuración social y de relación entre los hombres, no como corrupción de los jefes por medio del dinero. Manifiesta la poca madurez del proletariado en relación al socialismo. Corresponde a una fase del movimiento obrero y, más generalmente aún, a una tendencia constante del movimiento

obrero. Lo que en la organización se expresa como tendencia a integrarse en el sistema de explotación o a apuntar al poder para sí misma, se expresa de manera simétrica en el proletariado como tendencia a remitirse, explícita o pasivamente, a la organización para resolver sus problemas.

Igualmente, la pretensión del partido de que al poseer la teoría posee la verdad y debe dirigirlo todo, no tendría el más mínimo alcance real si no encontrara en el proletariado la convicción —reproducida día tras día por la vida bajo el capitalismo— de que las cuestiones generales son patrimonio de los especialistas, y que su propia experiencia de la producción y de la sociedad no es «importante». Las dos tendencias traducen un mismo fracaso, se originan en la misma realidad y la misma idea, son imposibles e inconcebibles la una sin la otra. Hay que juzgar de modo diferente, sin duda, al político que quiere imponer su punto de vista por todos los medios y al obrero impotente para dar respuesta a su torrente de palabras o para eludir sus astucias, y aún más al jefe que «traiciona» y al obrero que «es traicionado»; pero es preciso recordar que la noción de traición sólo tiene sentido en las relaciones sociales. Nadie puede traicionar mucho tiempo a quienes no quieren ser traicionados y hacen lo necesario para no serlo. Comprender esto permite apreciar en su justo valor el fetichismo del proletariado y la obsesión anti-organizativa que se ha apoderado recientemente de algunos. Cuando los jefes sindicales hacen prevalecer una política reformista no lo consiguen porque la masa obrera se muestre apática, contemporizadora o no reaccione suficientemente. Si el proletariado francés lleva cuatro años permitiendo el asesinato y la tortura de los argelinos y no se agita débilmente más que cuando se trata de su propia movilización y de sus salarios, es muy superficial decir que se trata de una fechoría de Mollet o de Thorez o de la burocratización de las organizaciones.

La gran parte de culpa de las organizaciones en este sentido no significa que la clase obrera esté exenta de ella. El proletariado no es una entidad absolutamente irresponsable, ni es tampoco el sujeto absoluto de la historia; y quienes no ven en su evolución más que el problema de la degeneración de las organizaciones, quieren

hacer de él, paradójicamente, ambas cosas a la vez. Oyéndoles, parece que el proletariado saca toda su fuerza de sí mismo, y no tiene parte alguna en la degeneración de las organizaciones. No; en una primera aproximación, el proletariado no tiene más organizaciones que las que es capaz de tener.

Su situación obliga al proletariado a emprender y reiniiciar sin descanso la lucha contra la sociedad capitalista. En el transcurso de esa lucha, hace aparecer nuevos contenidos y nuevas formas, formas y contenidos socialistas; porque combatir al capitalismo significa tener a la vista unos objetivos, unos principios, unas normas, unos modos de organización que se oponen radicalmente a la sociedad establecida. Pero en tanto que esa sociedad dure, el proletariado estará de alguna manera sometido a su influencia.

Influencia que se manifiesta de manera particularmente visible en las organizaciones obreras. Cuando se hace dominante, las organizaciones degeneran, cosa que va unida a su burocratización. Mientras dure el capitalismo, habrá siempre unas «condiciones objetivas» que harán posible esa degeneración; aunque eso no quiera decir que sea inevitable. Los hombres hacen su propia historia. Las condiciones objetivas permiten simplemente un resultado que es producto de la acción y la actitud de los hombres. En este caso, tal acción ha tomado un sentido claramente definido: por un lado, los militantes revolucionarios han quedado parcialmente —o han vuelto a ser— prisioneros de las relaciones sociales y de la ideología capitalista. Y de otro lado, también el proletariado ha permanecido bajo esa influencia y ha aceptado ser un ejecutante de su organizaciones.

3

COMIENZA UN NUEVO PERÍODO DEL MOVIMIENTO OBRERO

¿Bajo qué condiciones puede modificarse en el futuro esa situación? Que la experiencia del período precedente permita tanto a los militantes revolucionarios como a los

obreros tomar conciencia de lo que las concepciones y actitudes tanto de unos como de otros tenían de contradictorio y, en resumen, de reaccionario. Que los militantes puedan efectuar el cambio necesario y logren concebir de una forma nueva, de una forma socialista, la teoría, el programa, la política, la actividad, la organización revolucionarias. Que el proletariado, por otra parte, logre ver su lucha como una lucha autónoma, y ver la organización revolucionaria no como dirección encargada de su suerte sino como momento e instrumento de su lucha.

¿Existen ahora esas condiciones? ¿El cambio necesario es cuestión de voluntad, de inspiración, de una nueva teoría más correcta? No; el cambio se ha ido haciendo posible gracias a un hecho *objetivo* enorme, y que es precisamente la burocratización del movimiento obrero. La acción del proletariado ha producido la burocracia. La burocracia se ha integrado en el sistema de explotación. Si la lucha del proletariado contra la explotación continúa, se volverá también no sólo contra los burócratas como personas, sino contra la burocracia como sistema, como tipo de relaciones sociales, como realidad y como ideología correspondiente.

Ése es un complemento esencial a todo lo dicho más arriba sobre el papel de los factores objetivos. No hay leyes, económicas ni de ninguna clase, que hagan imposible en adelante la burocratización; pero hay una evolución que se ha convertido en objetiva, porque la sociedad está burocratizada y por tanto la lucha del proletariado contra esa sociedad no puede ser sino lucha contra la burocracia al mismo tiempo. La destrucción de la burocracia no es, pues, «inevitable», igual que la victoria del proletariado en su lucha tampoco es «inevitable». Pero las condiciones de la victoria están ahora dadas por la realidad social, porque la toma de conciencia del problema de la burocracia ya no depende de razonamientos teóricos ni de una lucidez excepcional, sino que puede producirse a partir de la experiencia cotidiana de los trabajadores, que encuentran ante ellos una burocracia a la que ven no como una amenaza a muy largo plazo, sino como adversario de carne y hueso, nacido de su propia acción.

Proletariado y burocracia en el período actual

Los acontecimientos de los últimos años nos muestran que el proletariado ha sufrido la experiencia de las organizaciones burocráticas no como direcciones que «se equivocan» o «traicionan», sino de un modo infinitamente más profundo.

En los lugares en los que esas organizaciones están en el poder, como en los países del Este, el proletariado ve en ellas necesariamente la encarnación pura y simple del sistema de explotación. Cuando logra romper la coraza totalitaria, su lucha revolucionaria no se dirige simplemente *contra* la burocracia, sino que apunta a otros objetivos que dejan ver una positiva experiencia de la burocratización. Los obreros de Berlín Oriental pidieron en 1953 «un gobierno de metalúrgicos», los Consejos obreros húngaros reivindicaban la gestión obrera de la producción¹⁵.

En la mayoría de los países occidentales, la actitud de los trabajadores frente a las organizaciones burocráticas nos muestra que ven en ellas unas instituciones externas y extrañas a ellos. En ningún país industrializado, al contrario de lo que sucedía todavía al final de la segunda guerra mundial, siguen creyendo los trabajadores que partidos o sindicatos puedan cambiar fundamentalmente su situación. Pueden «apoyarlos» como mal menor, votando por ellos; pueden utilizarlos —caso muy frecuente, especialmente en cuanto a los sindicatos— como se utiliza a un abogado o a los bomberos. Pero muy raramente se *movilizan* en su favor, o a petición suya; y nunca *participan*. Aumenten o disminuyan los inscritos en un sindicato, el número de asistentes a las asambleas sindicales es nulo. Los partidos se ven obligados a contar cada vez menos con la militancia activa de sus miembros obreros, y funcionan sobre todo a base de funcionarios pagados, pequeños burgueses e intelectuales «de izquierdas». Partidos y sindicatos son parte del orden establecido —más o menos podridos que el resto, pero iguales a los demás en lo fundamental—, a ojos de los trabajadores.

15. V. los n.º 13 y 20 de «S. ou B.» y los textos reproducidos en *La sociedad burocrática, 2: La revolución contra la burocracia*.

dores. Cuando se desencadena alguna lucha obrera, suele desarrollarse al margen de las organizaciones burocráticas, a veces directamente en *contra* de ellas¹⁶.

Hemos entrado pues en una nueva fase del desarrollo del proletariado que podemos situar si se quiere, a partir de 1953; es el comienzo de un período histórico en el que el proletariado va a tender a desembarazarse de los residuos de sus creaciones de 1890 y de 1917. En adelante, cuando los trabajadores propongan sus propios objetivos y quieran luchar seriamente para llevarlos a la práctica, sólo podrán hacerlo fuera de y con frecuencia en contra de las organizaciones burocráticas. Lo que no significa que vayan a desaparecer. Mientras el proletariado acepte el sistema de explotación, seguirá habiendo organizaciones que expresen ese estado de cosas y que representarán los engranajes de integración del proletariado en la sociedad capitalista, cuyo funcionamiento será, en adelante, inconcebible sin ellas. Pero este mismo hecho hará que cada lucha tienda a oponer a los trabajadores a las organizaciones burocráticas; y si tales luchas crecen, surgirán nuevas organizaciones del propio proletariado, porque habrá fracciones de obreros, de empleados, de intelectuales que sentirán la necesidad de actuar sistemáticamente, permanentemente, para ayudar al proletariado a realizar sus nuevos objetivos.

La necesidad de una nueva organización

Si la clase obrera debe entrar en una nueva fase de actividad y desarrollo, aparecerán inmensas necesidades prácticas e ideológicas.

El proletariado necesitará órganos de expresión, que permitan que la experiencia y la opinión obreras lleguen más allá del taller o la oficina en que las encierra la estructura capitalista de la sociedad, rompiendo el mo-

16. V. los textos sobre las huelgas de 1953 y 1955 en Francia y sobre las huelgas en Inglaterra y en Estados Unidos en los n.º 18, 19 y 26 de «S. ou B.» (reproducidos parcialmente en *La experiencia del movimiento obrero, I: Cómo luchar*). Sobre el significado de la actitud de la población francesa frente al gaullismo, véase el texto «Balance», *supra*.

nopolio burgués y burocrático de los medios de expresión. Harán falta órganos de información, datos sobre lo que sucede en las diversas capas de obreros, entre las clases dominantes, en la sociedad en general, en los demás países. Serán necesarios órganos de lucha ideológica contra el capitalismo y la burocracia capaces de extraer una concepción socialista positiva de los problemas de la sociedad. Se sentirá la necesidad de que se defina una perspectiva socialista, que los problemas que afronta un poder obrero sean aclarados y elaborados, que se extraiga la experiencia de las revoluciones pasadas y se ofrezca a las generaciones presentes. Harán falta instrumentos materiales, enlaces interprofesionales, interregionales, internacionales. Será preciso atraer al campo socialista a empleados, técnicos, intelectuales, e integrarlos en la lucha.

Son necesidades que la clase obrera no puede satisfacer directamente fuera de un período revolucionario. La clase obrera puede hacer «espontáneamente» una revolución, plantear las más profundas reivindicaciones, inventar formas de lucha de eficacia incomparable, crear organismos que expresen su poder. Pero la clase obrera, en cuanto un todo indiferenciado, no hará, por ejemplo, un periódico obrero nacional cuya ausencia se deja sentir tanto, hoy día; serán obreros y militantes quienes lo hagan, quienes se organizarán necesariamente para hacerlo. No será el conjunto de la clase obrera quien difunda el ejemplo de una lucha concreta que se lleva a cabo en un lugar concreto; si no son los obreros y militantes organizados quienes lo difunden, será un ejemplo perdido, porque quedará anónimo. La clase obrera como tal no integrará, en períodos de normalidad, a técnicos e intelectuales, que toda la vida de la sociedad capitalista tiende a separar de los obreros; y sin esa integración serán insolubles una serie de problemas que tiene planteados el movimiento obrero en una sociedad moderna. Ni la clase obrera como tal, ni los intelectuales como tales resolverán el problema de la elaboración continuada de una teoría y una ideología revolucionarias, que sólo pueden hacerse fundiendo la experiencia obrera y los elementos positivos de la cultura moderna; y el único lugar en la sociedad contemporánea en el que puede realizarse esa fusión es una organización revolucionaria.

Trabajar para dar respuesta a esas necesidades signi-

fica pues, inevitablemente, construir una organización lo más amplia, sólida y eficaz que sea posible.

Organización que no podrá existir sin dos condiciones:

La primera, que la clase obrera reconozca en ella un instrumento indispensable para su lucha. Sin un apoyo importante de la clase obrera, la organización no logaría desarrollarse ni bien ni mal. La fobia antiburocrática que aparece actualmente en algunos olvida este hecho fundamental: una nueva burocracia no tiene apenas sitio, ni objetivamente (las burocracias existentes cubren las necesidades del sistema de explotación), ni, sobre todo, en la conciencia del proletariado. O bien, si el proletariado volviera a dejar que se desarrollase una organización burocrática y a caer de nuevo bajo su dominio, tendríamos que concluir que todas nuestras ideas sobre estos temas son falsas, al menos en el período histórico actual y, probablemente también en la perspectiva socialista. Porque eso significaría que el proletariado es incapaz de establecer una relación socialista con una organización política, que no puede resolver sobre bases sanas y fecundas el problema de sus relaciones con la ideología, con los intelectuales, con otras capas sociales; que por tanto, en fin, el problema mismo del «Estado» sería insoluble para él.

Pero la organización no será reconocida por el proletariado como instrumento indispensable de lucha más que si —es la segunda condición— extrae todas las enseñanzas del período histórico terminado, y se sitúa en la perspectiva de la experiencia y las necesidades actuales del proletariado. La organización sólo se podrá desarrollar, sólo podrá incluso existir, si su actividad, su estructura, sus ideas, sus métodos corresponden a la conciencia antiburocrática de los trabajadores, si expresan esa conciencia, si es capaz de definir sobre unas nuevas bases la política, la teoría, la acción, el trabajo revolucionario.

La política revolucionaria

El fin, y al mismo tiempo el medio de la política revolucionaria es contribuir al desarrollo de la conciencia del proletariado en todos los terrenos y, particularmente,

allí donde los obstáculos para tal desarrollo son mayores: el problema de la sociedad como un todo. Pero la conciencia no es registro y reproducción, aprendizaje de ideas venidas del exterior, contemplación de verdades ya conocidas. Es actividad, creación, capacidad de producción. No se trata por tanto de «desarrollar la conciencia» mediante lecciones, sea cual sea la calidad de su contenido y de los pedagogos, sino de contribuir al desarrollo de la conciencia del proletariado en cuanto facultad creadora.

Una política revolucionaria no tiene pues, ni mucho menos, que imponerse al proletariado, ni manipularlo; no puede pretenderse que sea predicar o enseñar al proletariado una «teoría correcta». La tarea de una política revolucionaria es contribuir a la formación de la conciencia del proletariado aportando elementos de los que éste carece. Pero el proletariado no puede controlar esos elementos ni, lo que es todavía más importante, integrarlos efectivamente en su propia experiencia y, por tanto, fecundarlos, si no están orgánicamente unidos a ella. Es precisamente lo contrario de la «simplificación» o de la vulgarización e implica más bien una profundización constante en las cuestiones. La política revolucionaria ha de mostrar constantemente cómo los problemas más generales de la sociedad se encuentran en la actividad y la vida cotidiana de los trabajadores, e inversamente, como los conflictos que desgarran esa vida son, en un último análisis, de igual naturaleza que los que dividen a la sociedad.

Debe mostrar la correspondencia entre las soluciones que dan los trabajadores a los problemas que encuentran en la empresa, y las que son válidas a escala de la sociedad entera. Debe, en resumen, separar los contenidos socialistas que crea constantemente el proletariado —ya sea en una huelga, ya en una revolución—, y formularlos, difundirlos, mostrar su alcance universal.

Esto está lejos de significar que la política revolucionaria sea la expresión pasiva, el reflejo de la conciencia obrera. Tal conciencia lo contiene todo, los elementos socialistas y los capitalistas, como hemos señalado ya. Ha habido Budapest, y ha habido también grandes núcleos de obreros franceses que tratan a los argelinos como apesados; hay huelgas contra la jerarquía y huelgas por es-

tablecer categorías. La política revolucionaria puede y debe luchar contra la penetración permanente del capitalismo en el proletariado, porque la política revolucionaria es sólo un aspecto de esa lucha del proletariado contra sí mismo. E implica necesariamente una *elección* en lo que produce, pide y acepta el proletariado. La base de tal elección está en la ideología y la teoría revolucionarias.

La teoría revolucionaria

La concepción de teoría revolucionaria que ha prevalecido durante largo tiempo —ciencia de la sociedad y de la revolución, elaborada por especialistas e introducida entre el proletariado por el partido— está en contradicción directa con la idea misma de una revolución socialista como actividad autónoma de las masas. Y es también completamente errónea en el plano teórico mismo. No hay «demonstración» válida del hundimiento inexorable de la sociedad de explotación¹⁷, ni tampoco una «verdad» sobre el socialismo que pueda ser establecida mediante la elaboración teórica fuera del contenido concreto creado por la actividad histórica y cotidiana del proletariado. Hay un desarrollo propio del proletariado hacia el socialismo, sin el que no existiría perspectiva socialista. Las condiciones objetivas de ese desarrollo están dadas por la propia sociedad capitalista. Pero esas condiciones se limitan a trazar un marco, a definir los problemas que el proletariado encuentra en su lucha, están muy lejos de determinar el contenido de las respuestas. Las respuestas constituyen una creación del proletariado,

17. Sea cual fuere la agudeza de la crisis —como han demostrado recientemente los acontecimientos de Polonia— la sociedad de explotación sólo puede derribarse si las masas además de ponerse en acción, llevan esa acción al nivel necesario para que una nueva organización social ocupe el lugar de la antigua. Si eso no sucede, la vida social debe continuar y continuará según el modelo antiguo, más o menos modificado en la superficie. Y ninguna teoría puede «demostrar» que las masas accederán indefectiblemente a ese nivel de actividad; tal «demonstración» sería una pura contradicción en sus términos.

que toma algunos elementos objetivos de la situación, pero al mismo tiempo los transforma y construye así un campo de acción y unas posibilidades objetivas desconocidas e insospechadas anteriormente. El contenido del socialismo es precisamente esa actividad creadora de las masas que ninguna teoría ha podido anticipar nunca, ni lo podrá jamás. Marx no pudo anticipar la Comuna (no como acontecimiento, sino como forma de organización social), ni Lenin los Soviets, y ni uno ni otro pudieron profetizar la gestión obrera. Marx sólo pudo extraer conclusiones y centrar el significado de la acción del proletariado parisino durante la Comuna, y tuvo el mérito inmenso de hacerlo dando un giro total a sus concepciones anteriores. Pero sería igualmente falso decir que una vez extraídas esas conclusiones, la teoría posee la verdad y puede fijarla en unas fórmulas que tendrán en adelante un valor ilimitado. Tales fórmulas no sirven más que hasta la fase siguiente de entrada en acción de las masas, porque éstas tienden a sobrepasar a cada ocasión el nivel de su acción anterior y, por eso mismo, las conclusiones de la elaboración teórica precedente.

El socialismo no es una teoría verdadera que se opone a unas teorías falsas; es la posibilidad de un mundo nuevo que se alza desde las profundidades de la sociedad y que pone en cuestión hasta la misma noción de «teoría». El socialismo no es una idea correcta. Es un proceso de transformación de la historia. Su contenido es que quienes son la mitad del tiempo objetos de la historia se conviertan en sus sujetos permanentes, cosa que sería inconcebible si el sentido de tal transformación fuera patrimonio de una categoría específica de individuos.

La concepción de la teoría revolucionaria tiene que modificarse, en consecuencia. Debe ser, en primer lugar, modificada en lo que concierne la fuente última de sus ideas y principios, que sólo puede ser la experiencia y la acción del proletariado, tanto histórica como cotidiana. Toda la teoría económica ha de ser reconstruida a partir del germen contenido en la tendencia de los obreros a la igualdad de salarios; toda la teoría de la producción, a partir de la organización informal de los obreros en la empresa; toda la teoría política, a partir de los principios encarnados por los Soviets y los Consejos. Estos puntos de referencia son los únicos que la teoría nece-

sita para iluminar y utilizar lo que tiene un valor revolucionario en la creación cultural general de la sociedad contemporánea.

En segundo lugar, la concepción de la teoría ha de modificarse en lo concerniente a su objeto y su función, que ya no pueden ser el producir las verdades eternas del socialismo, sino ayudar a la lucha para la liberación del proletariado y de la humanidad. Esto no significa que la teoría sea un apéndice utilitario de la lucha revolucionaria, ni que su valor se mida por el rasero de la eficacia propagandística. La teoría revolucionaria es en sí misma un momento esencial de la lucha por el socialismo, y lo es en la medida en que es verdadera. No como verdad especulativa, verdad de contemplación, sino como verdad unida a una práctica, verdad que ilumina un proyecto de transformación del mundo. Su función es pues formular explícitamente cada vez el sentido de la empresa revolucionaria y de la lucha de los obreros; iluminar el marco en el que se sitúa esa acción, situar sus diversos elementos y proporcionar un esquema global de comprensión que permita enlazarlos entre sí; mantener viva la relación entre el pasado y el futuro del movimiento. Pero, sobre todo, elaborar la perspectiva socialista. Para la teoría revolucionaria, la garantía última de la crítica del capitalismo y de la perspectiva de una nueva sociedad, es la actividad del proletariado, su oposición a las formas de organización social establecidas, su tendencia a establecer unas nuevas relaciones entre los hombres. Pero la teoría puede y debe dar a esta actividad un estatuto de verdad, dando a conocer su alcance universal. Debe mostrar que el rechazo de la sociedad capitalista por el proletariado expresa la contradicción más profunda de esa sociedad; debe mostrar la posibilidad objetiva de una sociedad socialista. Debe pues, a partir de la experiencia y de la actividad del proletariado, definir la perspectiva socialista de la manera más completa posible en cada momento dado, y, en correspondencia, interpretar su experiencia a partir de esa perspectiva.

La concepción de la teoría, en fin, debe modificarse en lo concerniente a su modo de elaboración. La teoría revolucionaria es expresión de lo que tiene un alcance universal en la experiencia del proletariado y fusión de

esa experiencia y de los elementos revolucionarios que existen en la cultura contemporánea, y no puede ser elaborada, como en el pasado, por una casta específica de intelectuales. Sólo tendrá valor, sólo será coherente con lo que proclama por lo demás como sus más esenciales principios, si se nutre constantemente, en la práctica, de la experiencia viva de los trabajadores tal y como se forma cotidianamente. Esto implica una ruptura radical con la práctica de las organizaciones tradicionales. El monopolio de los intelectuales en materia teórica no se rompe porque una pequeña capa de obreros sea «educada» por la organización, transformándolos de ese modo en intelectuales de segunda; por el contrario, eso es algo que no sirve más que para perpetuar el problema. La tarea que se plantea a la organización en ese terreno es asociar orgánicamente a intelectuales y trabajadores, *en cuanto trabajadores*, a la elaboración de sus concepciones. Esto significa que los problemas planteados, los métodos de discusión y de elaboración deben ser transformados de manera tal que sea posible la participación de los trabajadores. No se trata de una «concesión pedagógica», sino de la condición primordial para que la teoría revolucionaria resulte adecuada a sus principios, a su objeto, a su contenido. La participación, evidentemente, no puede ser igual en todos los temas; lo importante es que exista en los principales. Y la primera conversión que los revolucionarios han de hacer es relativa a esa cuestión: qué es un tema esencial. Es cierto que los trabajadores no podrían participar, en cuanto trabajadores y a partir de su experiencia, en una discusión sobre el problema de la baja del margen de beneficios. Pero, como por casualidad, sucede que tal problema no tiene ninguna importancia (ni siquiera «científica»), hablando estrictamente. En términos más generales: en las organizaciones tradicionales, la no participación iba a la par de una concepción de la teoría revolucionaria como «ciencia» que no tenía nada que ver, salvo en sus consecuencias más alejadas, con la experiencia de la gente. Lo que aquí decimos equivale a situarse en un punto de vista diametralmente opuesto: en la teoría revolucionaria no hay nada esencial por definición, si no se lo puede enlazar orgánicamente a la experiencia misma de los trabajadores. Y es evidente, también, que ese sistema de en-

lace no será siempre directo y sencillo, que la experiencia de la que se trata no será la experiencia reducida a lo inmediato. La mistificación «espontaneista», para la cual el trabajador puede mediante una operación mágica encontrar sin esfuerzo en el aquí y el ahora de su experiencia todo lo que necesita para llevar a cabo una revolución socialista, es la contrapartida exacta de la mistificación burocrática a la que pretende oponerse, y tan peligrosa la una como la otra.

Estas consideraciones nos muestran cómo es inútil hablar de teoría revolucionaria al margen de una organización revolucionaria. Solamente una organización que se constituya como organización obrera, en la que los obreros dominen numéricamente e impongan las cuestiones de fondo, que establezca una fuerte corriente de intercambio con el proletariado, le permitirán hacer útil la experiencia más amplia de la sociedad, solamente una organización así puede hacer realidad una teoría que sea algo distinto del producto del trabajo en solitario de los especialistas.

La acción revolucionaria

La tarea de la organización no es llegar a una concepción, la mejor posible, de la lucha revolucionaria, y guardársela para sí. Tal concepción sólo tiene sentido como momento de esta lucha; sólo tiene valor si sirve para ayudar a la lucha de los obreros y a la formación de su experiencia. Los dos aspectos son inseparables. La experiencia de los obreros no se forma, como la de un intelectual, por medio de la lectura, la información escrita y la reflexión especulativa, sino en la acción. La organización no podrá pues contribuir a la formación de la experiencia obrera más que si: a) actúa por sí misma ejemplarmente, y b) ayuda a los trabajadores a actuar de forma eficaz y fecunda.

La organización no puede renunciar a actuar o tratar de influenciar en un sentido determinado las acciones que se desarrollan sin renunciar a existir. Ninguna forma de acción considerada en sí misma puede proscribirse por anticipado. Cualquier forma ha de juzgarse exclusivamente por su eficacia con respecto a la finalidad de la

organización, que es siempre el desarrollo duradero de la conciencia del proletariado. Van desde la publicación de periódicos y folletos hasta la difusión de octavillas convocando a una acción determinada o de consignas que, en una situación histórica dada, puedan permitir una cristalización rápida de la conciencia de los objetivos y la voluntad de acción del proletariado. Acción que la organización sólo puede producir de modo coherente y consciente si tiene un punto de vista sobre los problemas, tanto históricos como inmediatos, que afronta la clase obrera, y lo defiende ante ésta: dicho de otra forma, si actúa según un *programa* que condense y exprese la experiencia del movimiento obrero hasta ese momento.

En el período actual son tres las tareas más urgentes de la organización, las que exigen una definición más precisa.

La primera es lograr la libertad de expresión de los obreros, ayudar a los obreros a tomar conciencia de la conciencia que ya tienen. A esa expresión de los trabajadores se oponen dos obstáculos enormes. El primero es la imposibilidad material de expresarse que resulta del monopolio de la burguesía, los partidos políticos de «izquierdas» y los sindicatos sobre los medios de expresión. La organización revolucionaria habrá de poner a disposición de los trabajadores, organizados o no, sus órganos. Pero hay un segundo obstáculo, todavía más formidable: incluso disponiendo de medios materiales, los obreros no se expresan. La raíz de tal actitud está en la idea, creada constantemente por la sociedad burguesa y propagada por las organizaciones «obreras», de que lo que tienen que decir no es importante. La convicción de que los «grandes» problemas de la sociedad no tienen relación con la experiencia obrera, que son de la competencia exclusiva de los especialistas y los dirigentes, penetra constantemente en el proletariado: y esta convicción es, en último término, la condición para la supervivencia del sistema de explotación. Y la organización revolucionaria es quien debe combatirla, primero mediante su crítica de la sociedad actual, en particular mostrando el fracaso del sistema y la incapacidad de sus dirigentes para resolver los problemas; luego, y sobre todo, mostrando la importancia positiva de la experiencia de los trabajadores y la respuesta, que en esa experiencia se contiene en germen,

a los problemas más generales de la sociedad. Los obreros solamente se expresarán en la medida en que sea destruida la idea de que lo que tienen que decir carece de importancia.

La segunda tarea de la organización es poner ante el proletariado una concepción que abarque el conjunto de los problemas de la sociedad actual, y en particular el problema del socialismo. El principal obstáculo en el camino de una acción revolucionaria del proletariado en esta época de crisis profunda de las relaciones sociales del capitalismo es la dificultad que los trabajadores tienen para ver una posibilidad de gestión obrera de la sociedad, la degradación sufrida por la idea del socialismo a través de sus caricaturas burocráticas. Incumbe a la organización suscitar de nuevo entre el proletariado la *conciencia de la posibilidad de socialismo*, sin la cual el desarrollo revolucionario ha de ser infinitamente más difícil.

La tercera tarea de la organización es ayudar a los trabajadores a defender sus intereses inmediatos y su condición. La completa burocratización de los sindicatos en la enorme mayoría de los casos, la inanidad de cualquier intento que pretenda sustituirlos por unos nuevos sindicatos «mejorados», hacen que sólo la organización revolucionaria pueda, en el período actual, asumir una serie de funciones esenciales para el éxito e incluso la simple subsistencia de luchas «reivindicativas»: funciones de información, de comunicación, de enlace; funciones materiales; finalmente, y sobre todo, funciones de clarificación sistemática, mediante la difusión de reivindicaciones, de formas de organización, de métodos de lucha *ejemplares* creados por tal o cual categoría de trabajadores. Esta acción de la organización no contradice en lo más mínimo la importancia que puedan adquirir, en el próximo período, las agrupaciones de lucha minoritarias autónomas de los trabajadores en las empresas. La acción de esas agrupaciones no podrá ser eficaz, en definitiva, si no consiguen superar el marco estrecho de la empresa y extenderse en el plano interprofesional y nacional; la organización debe facilitar una contribución decisiva a esa extensión. Y sobre todo, como demuestra la experiencia, esas agrupaciones no pueden existir más que de forma pasajera, si no hay unos militantes con-

vencidos de la necesidad de la acción permanente que las animen y que, por consiguiente, unen su acción a problemas que sobrepasan la situación de los trabajadores en su empresa. Esos militantes encontrarán en la organización un apoyo indispensable para su acción y, sin duda, procederán casi siempre de ella. Dicho de otra manera, la constitución de agrupaciones minoritarias de lucha en las empresas se efectuará la mayor parte de las veces en función de la actividad de la organización revolucionaria.

La estructura de la organización

También en este terreno, la organización ha de inspirarse en las formas socialistas que el proletariado ha creado a lo largo de su historia. Ha de dejarse guiar por los principios en que se basan los Soviets o los Consejos de empresa y, sin copiar literalmente tales ejemplos de organización, trasladarlos a las condiciones en que se encuentre. Esto significa:

- a) que los organismos de base disponen de la mayor autonomía posible para la determinación de sus propias actividades, compatible con la unidad de acción general de la organización;
- b) que la democracia directa, es decir, la decisión colectiva de todos los interesados, se aplica siempre que sea materialmente posible;
- c) que los organismos centrales con poder de decisión están constituidos por delegados de los organismos de base, elegidos y revocables en todo momento.

Son los principios de la gestión obrera los que, por decirlo de otra manera, deben regular la estructura y el funcionamiento de la organización. Fuera de ellos no quedan más que los principios capitalistas que, como hemos visto, sólo pueden producir relaciones capitalistas.

La organización debe resolver el problema de la relación entre centralización y descentralización a partir, principalmente, de los principios de la gestión obrera. La organización es una colectividad de acción, e incluso de producción; no puede existir sin unidad de acción. Todas las cuestiones concernientes al conjunto de la organización tienen pues que resolverse necesariamente con de-

cisiones centralizadas. Centralizadas no significa que sean tomadas por un Comité Central sino, al contrario, por el conjunto de la organización ya sea directamente, ya mediante delegados elegibles y revocables, por votación mayoritaria. Es esencial, por otra parte, que los organismos de base regulen su propia actividad de forma autónoma, en el marco de las decisiones generales.

La confusión creada desde hace treinta años por el dominio de la burocracia hace que haya hoy quienes se alzan contra la centralización en cuanto tal (trátese de la organización revolucionaria o de la sociedad socialista), oponiéndole la democracia. Es una oposición absurda. El feudalismo era algo descentralizado, y si la Rusia de Jrushchev se descentralizara no sería por eso más democrática. Un consejo de empresa es, en cambio, centralización. La democracia no es sino una forma de centralización; significa simplemente que el *centro* es la *totalidad* de los participantes y que las decisiones las toma la mayoría y no un organismo aparte. El «centralismo democrático» de los bolcheviques no era un centralismo *democrático*, como vimos más arriba; su funcionamiento efectivo hacía que las decisiones dependieran de una minoría de dirigentes. El proletariado ha sido siempre centralista, tanto en sus acciones históricas (Comuna, Soviets, Consejos) como en las luchas corrientes; ha sido igualmente democrático, es decir, partidario del poder de los más. Si se busca una raíz social al rechazo del principio mayoritario, es más que seguro que no se encontrará en la clase obrera.

No obstante, el problema de la democracia dentro de la organización no concierne únicamente a la forma en que se toman las decisiones, sino al conjunto del proceso por el que se llega a esas decisiones. La democracia sólo tiene sentido cuando los que deben decidir pueden hacerlo con conocimiento de causa¹⁸. El problema de la democracia abarca pues también el problema de la información adecuada, y muchas cosas más: la naturaleza de las cuestiones planteadas, y la actitud de los participantes frente a esas cuestiones y a los resultados de tal o cual decisión. Finalmente, la democracia no es posible sin una *participación activa* y permanente del conjunto

18. V. C.S. II.

de los miembros de la organización en su actividad y en su funcionamiento. Participación que, a su vez, no es ni puede ser resultado de las peculiaridades psicológicas de los militantes, de su fuerza de carácter o de su entusiasmo. Depende ante todo del tipo de trabajo que les propone la organización y de la manera en que se concibe y realiza ese trabajo. Si el tipo de trabajo los reduce a meros ejecutantes de unas decisiones tomadas de hecho por otros, su participación será ínfima; porque incluso el más dedicado ejecutante participa sólo con una pequeña parte de su potencial en un trabajo de ejecución. La organización ha de dar a cada uno de sus miembros la posibilidad de participar en la producción de la organización en cuanto elemento creador, y de controlar esa producción a partir de su experiencia propia, y esa posibilidad es la que da la medida del grado de democracia que la organización ha logrado poner en práctica.

¿Podemos pretender que de este modo se han resuelto de una vez por todas los problemas, que estamos al margen de los modos de pensamiento de la sociedad establecida, que hemos encontrado la receta que evitirá toda burocratización de la organización, todo error, toda derrota al proletariado? Suponer eso sería no haber entendido nada de lo que se ha dicho; ni haber comprendido nada tampoco, a las interrogaciones aquí planteadas, buscar respuestas de ese tipo. A aquéllos que piden «garantías» que nos aseguren de que una nueva organización no se burocratizará, hay que responder: ya estáis burocratizados, si pensáis que un teórico pondrá en pie a partir de su reflexión especulativa el plan que eliminará la posibilidad de burocratización, sois ya las tropas de una nueva burocracia. La única garantía contra la burocratización está en vuestra propia reflexión, en vuestra propia acción, en vuestra participación lo más grande posible, y desde luego, no en vuestra abstención.

La actividad revolucionaria está sujeta a una contradicción crucial, como hemos dicho hace ya años: participa en la sociedad que quiere abolir. Esta contradicción es homóloga de la propia situación contradictoria del proletariado en el capitalismo. Es un absurdo buscar *abierta* una solución *teórica* a tal contradicción; esa solución

no existe, la solución teórica de una contradicción real es un contrasentido. Algo que no puede motivar la abstención, sino la lucha. La contradicción se resuelve parcialmente en cada acción; sólo la revolución puede resolverla totalmente. Se resuelve en parte cuando en la práctica un revolucionario plantea ante un grupo de obreros unas ideas que les permitan organizarse y clarificar su experiencia, y cuando los obreros utilizan esas ideas para ir más adelante, para hacer surgir nuevos contenidos y, finalmente, «educar al educador». Se resuelve en parte cuando una organización propone una forma de lucha y esa forma es aceptada, enriquecida, acrecentada por los trabajadores. Se resuelve cuando en el interior de la organización se establece un verdadero trabajo colectivo, cuando las ideas y la experiencia de cada uno se discuten entre todos, se sobreponen para fundirse en una perspectiva y una acción comunes, cuando los militantes se desarrollan gracias a su participación en todos los aspectos de la vida y la actividad de la organización. Nada de todo esto está definitivamente ganado, pero es el único camino por el que se puede avanzar. Cualquiera que sea la forma de la organización y su actividad, la participación efectiva de los militantes será *siempre* un problema, una tarea que hay que realizar cotidianamente. Y el problema no se resuelve decretando que no hace falta una organización, porque eso equivale a contentarse con una participación nula, es decir, equivale exactamente a la solución burocrática total. Ni tampoco se resuelve por medio de estatutos que garanticen automáticamente el máximo de participación, porque esos estatutos no existen. Puede haber, simplemente, unos estatutos que *permitan* la participación, y otros que la *hagan imposible*. Sea cual fuere el contenido de la teoría revolucionaria o del programa, su relación profunda con la experiencia y las necesidades del proletariado, siempre habrá la posibilidad, más todavía, la *certeza* de que en un momento dado, esa teoría y ese programa serán superados por la historia, y existirá siempre el riesgo de que quienes han estado defendiéndolos hasta entonces tiendan a hacer de ellos valores absolutos y quieran subordinarles, someterles las creaciones de la historia viva. Puede limitarse ese riesgo, educar a los militantes, y educarse a sí mismo para empezar, en la idea de que el criterio último del so-

cialismo está en los hombres que luchan hoy, y no en las resoluciones votadas el año pasado. Pero nunca podrá eliminarse por completo; en todo caso, no se elimina eliminando la teoría y el programa, porque eso equivale a eliminar toda acción racional, a perder la vida para conservar unas malas razones de vivir.

No es el militante revolucionario quien crea esta situación contradictoria; es la sociedad capitalista quien se la impone, como se la impone al proletariado. Lo que distingue al militante revolucionario del filósofo burgués es que no queda fascinado por la contradicción una vez que la ha constatado, sino que lucha para superarla; que no pretende superarla mediante la especulación solitaria, sino por la acción colectiva. Y actuar es, en primer término, organizarse (a).

(a) Este texto, y el siguiente, fueron redactados durante el verano de 1958, y difundidos en el interior del grupo «S. ou B.» durante el otoño de aquel mismo año. Las referencias al texto de Claude Lefort, en torno al cual se habían agrupado los camaradas que abandonaron entonces el grupo, se dan más adelante. Poco tengo que añadir a la descripción material de las circunstancias de aquella escisión que se hace en el texto que sigue, o bien habría que relatar en detalle la historia del grupo desde sus orígenes, tarea que no me parece hoy particularmente urgente. Sobre los antecedentes de la discusión, véase también el *Postface au Parti révolutionnaire...*, vol. V, 1, págs. 163-178.

En lo referente a los problemas de fondo, sigo manteniendo las mismas ideas formuladas en el texto que acaban de leer, aunque en la actualidad las considere incompletas e insuficientes. No creo que fuera muy útil añadir algunos comentarios a la discusión de 1958, porque la única manera de enriquecerla sería superando el mismo ámbito en que se situaba, ámbito demasiado estrecho, casi exclusivamente sociológico, racional y operativo. Las cuestiones: *quién milita, por qué y cómo*, prácticamente ni se abordaron por ninguna de las partes; ni se plantearon tampoco las cuestiones que surgen a nivel de *grupos* de militantes, que están lejos de formar nunca colectividades de trabajo racionales y transparentes. Esos factores psíquicos y «psicosociológicos» determinan, no obstante, el funcionamiento y la realidad efectivos de los grupos y organizaciones tanto como los factores sociológicos generales, y mucho más que sus «programas» y «estatutos».

Puede verse una breve descripción —parcialmente inexac-

ta—, de la escisión de 1958, y una exposición del punto de vista opuesto al formulado en *Proletariado y organización* en el folleto que ha publicado Henri Simon, después de su ruptura con *Informations et Correspondance Ouvrière*, que había fundado tras su salida de «S. ou B.», y su separación de Claude Lefort: *I.C.O.: Un point de vue* (ed. del autor, 34, rue Saint-Sébastien, 75011-París). Nadie se sorprenderá si señalo que la conclusión que he sacado de su lectura es que la evolución de *I.C.O.*, y la ruptura final de Simon con el grupo, han estado fuertemente condicionadas por la presión de los problemas que en 1958 no consideraban necesario reconocer como reales o importantes.

En paralelo con la degeneración burocrática, y alimentado por ella, renace constantemente un primitivismo anti-organización dentro del movimiento obrero. En el período actual, muy especialmente y de manera simétrica a la extensión y a la profundidad de la burocratización de las organizaciones y de la sociedad, ha aparecido una verdadera corriente ideológica que saca de su experiencia de los cuarenta últimos años, unas conclusiones que, de hecho, se dirigen contra toda forma de organización.

La premisa teórica de esas conclusiones es la identificación de burocracia y organización. Premisa que la mayor parte del tiempo permanece inconsciente, como es normal; si se formulase claramente conduciría de inmediato a preguntar por qué la organización de la sociedad por el proletariado, durante y después de una revolución, no conduciría fatalmente a la burocratización, y, de hecho, aquéllos que después de la revolución rusa han respondido afirmativamente a tal pregunta y abandonado la lucha son innumerables. El error crucial de ese razonamiento es que pone aparte a la organización, que hace de ella, en realidad, un factor autónomo de la evolución histórica. En realidad, las organizaciones no son lo único que ha degenerado, ya lo hemos visto: también ha degenerado la ideología revolucionaria, y las formas de lucha de la clase obrera. La organización no es un factor autónomo y original de la degeneración: las organizaciones no hubieran podido degenerar si el propio proletariado no hubiera participado de alguna manera en esa evolución y no continuase apoyando a las organizaciones burocratizadas. La burocratización es solamente la más pro-

* «S. ou B.», n.º 28 (julio de 1959).

funda de las formas en que se expresa la influencia continuada de la sociedad capitalista sobre el proletariado.

Así pues, no es sorprendente que esa tendencia anti-organizativa se haya expresado en «Socialisme ou Barbarie». Su portavoz ha sido, después de algunos otros camaradas¹⁹, Claude Lefort *. En 1951 formulaba tal concepción de una manera que pretendía ser consecuente hasta el final²⁰. La tendencia a organizarse políticamente, decía en sustancia, pertenece sólo a una fase del movimiento obrero; bolchevismo y antibolchevismo (Lenin y Rosa Luxemburg), a pesar de su profunda oposición, estaban de acuerdo en afirmar la necesidad de una organización de vanguardia, y expresaban un período histórico ya sobrepasado: «No sólo es erróneo sino *imposible* constituir

19. Véase «El Partido revolucionario», en *La experiencia del movimiento obrero*, 1: *Cómo luchar*, pp. 103-118 y 131-143. En aquellos momentos, la resolución había sido votada por Lefort.

* Claude Lefort, ensayista, filósofo y sociólogo francés, co-fundador de la revista «Socialisme ou Barbarie» de la que aquí se trata, ha publicado los siguientes libros:

— *La Breche* (en colaboración con Edgar Norin y J. M. Coudray), Fayard, 1969.
— *Eléments d'une critique de la bureaucratie*, Droz, 1971.
— *Le travail de l'œuvre: Maquiavel*, Gallimard, 1972.
— *Un homme en trop (Reflexions sur L'Archipel du Goulag)*, Le Seuil, 1975.
— *Les formes de l'histoire* (ensayos de antropología política), Gallimard, 1978.
— *Sur une colonne absente* (en torno a Maurice Merleau-Ponty), Gallimard, 1978.

En español se publicó *¿Qué es la burocracia?* (que recoge casi los mismos textos que *Eléments d'une critique de la bureaucratie*) in Ediciones Ruedo Ibérico, Col. «El Viejo Topo», París, 1970. De próxima publicación en esta colección *Un hombre en trop (Un hombre que sobra)*.

Desde el punto de vista del anecdotario histórico, señalemos que Claude Lefort y C. Castoriadis han vuelto a participar juntos, tras la ruptura y liquidación de «Socialisme ou Barbarie», en la redacción de dos revistas, «Textures», hoy desaparecida, y actualmente «Libre» (Editions Payot, París). (N. del E.)

20. V. el texto «El proletariado y el problema de la dirección revolucionaria» (*Eléments...*, pp. 30-38), del que se extraen las cuatro citas siguientes.

una organización *cualquiera* en el período actual» (pág. 38, subrayado nuestro). Lo más que podría darse era un reagrupamiento espontáneo de la vanguardia en un período revolucionario, «como destacamento provisional puramente coyuntural del proletariado» (pág. 37). Y de ninguna manera habría que «fijarse como tarea dar un programa de acción a seguir a la vanguardia, y mucho menos una organización a la que adherirse» (pág. 38).

La concepción resultaba coherente hasta ese momento, pero dejaba de serlo cuando pretendía abordar el problema de las tareas de los revolucionarios; en efecto, es irreconciliable con una actividad revolucionaria *cualquiera, incluso* con una puramente teórica. Lefort proponía que «Socialisme ou Barbarie» continuase como una revista teórica, «lugar de discusión y de elaboración»²¹, pero no se molestaba en explicar para qué necesitaba el proletariado ninguna revista teórica en general, ni «Socialisme ou Barbarie» en particular. Si el proceso revolucionario es la maduración espontánea del proletariado y de su vanguardia en la que la actividad política de elementos organizados es en el mejor de los casos un factor de perturbación, no hay más remedio que concluir que el trabajo teórico es, como mucho, un pasatiempo privado de los intelectuales, al margen de la historia. Y los intelectuales confinados en su trabajo quedan necesariamente separados radicalmente de los obreros pues, de esta forma, la teoría no tiene interés para los obreros ni, sobre todo, les ofrece posibilidad alguna de participación. Es evidente que una teoría elaborada en esas condiciones por los intelectuales no tiene de revolucionaria más que el nombre: unos especialistas separados del proletariado discuten una teoría sin lazo de unión alguno con una práctica social, entregándose a una actividad de tipo burgués sin que su posible intención de ver las cosas «con los ojos de los obreros» sirva para modificar su retina. Al ser ajenos al proletariado y a su acción, no podrían producir otra cosa que una especulación exterior que reproduciría finalmente las ideas burguesas.

Tal postura era insostenible, de hecho, para quien quisiese mantener un mínimo grado de actividad política, y Lefort, que había abandonado «Socialisme ou Barbarie

21. «S. ou B.», n.º 10, p. 27.

rie» en 1951, volvió después de un tiempo. Como dice hoy: «la actividad revolucionaria —colectiva y que trata de serlo cada vez más— implica necesariamente una cierta organización». Esto le parece tan evidente que añade a continuación: «Es algo con lo que nadie ha estado nunca en desacuerdo, ni lo estará» (pág. 120)²², olvidando que él mismo lo había estado, fuertemente, en su momento.

Sin embargo, los hechos se encargaron de probar que no bastaba con un acuerdo vago sobre la necesidad de «una cierta organización» para fundamentar una actividad colectiva. Al volver a «Socialisme ou Barbarie», Lefort trataba de conciliar su participación con su viejo postulado de identificar organización y burocracia, mediante actitudes que pueden resumirse así: la organización debe ser organización en el menor grado posible, la acción, acción lo menos posible, la ideología, lo menos posible ideología. La historia de las fricciones y conflictos permanentes que de ahí se derivaron no es tema que podamos tratar ahora. Digamos solamente que para los camaradas que no compartían esas posiciones, la actitud de Lefort, Berthier y algunos otros fue apareciendo cada vez más como una tentativa de castrar lo más posible la actividad de «Socialisme ou Barbarie», con fines de prevención antiburocrática.

Los acontecimientos del 13 de mayo de 1958 plantearon los problemas de forma tal que ya no se podía seguir esquivándolos por más tiempo. Ante la perspectiva de una crisis social, muchos lectores y simpatizantes venían a «Socialisme ou Barbarie» para trabajar con nosotros. ¿Cómo podíamos trabajar todos juntos, cómo podíamos organizarnos? De inmediato, se enfrentaron dos concepciones.

La mayoría de «Socialisme ou Barbarie» creía que era imposible organizarse sin adoptar cierto número de principios. Había que saber quién estaba considerado como miembro de la organización; si el número de participantes imponía una repartición en grupos, era preciso man-

22. Claude Lefort, «Organization et parti», *Eléments...*, pp. 109-120. Todas las citas que se hacen a continuación proceden de este artículo; las cifras entre paréntesis indican la página.

tener la cohesión del conjunto mediante Asambleas generales por una parte, frecuentes y soberanas, y por la otra con un órgano responsable formado por delegados elegidos y revocables por los grupos de base que asegurase los intervalos; finalmente, las divergencias que pudieran surgir se zanjarian gracias a los votos y decisiones que todos cumplirían, aunque la minoría fuese libre de expresar públicamente su desacuerdo.

Para Lefort, Berthier y otros camaradas, las fronteras de una organización debían ser «deliberadamente imprecisas»; los grupos que formase la organización actuarían cada uno por su cuenta; las decisiones que se tomasen en común, más exactamente, los votos, no serían obligatorios para la minoría, que podía actuar según sus ideas. El problema de la unidad y coordinación de la actividad de la organización ni siquiera se planteaba, las únicas tareas «centrales» que se preveían se consideraban y presentaban como tareas técnicas, apelándose para todo lo demás a la «cooperación espontánea» de los camaradas.

Desde ese momento estaba claro que no era posible ninguna solución al 50 %. Lefort y los que pensaban como él abandonaron «Socialisme ou Barbarie», y ésa fue la única solución razonable, por la que todos, ellos y nosotros, nos felicitamos. Cada uno podrá aplicar sus principios sin trabas, de ahora en adelante, y ver así cuál es su valor práctico. Nosotros pretendemos que con los principios y métodos de Lefort no puede construirse ni existir forma alguna de organización, ni «dúctil», como él dice, ni rígida, ni cristalina, ni gaseosa. Lo único que puede existir es un grupo de discusión que podrá vivir —es decir, discutir— en tanto sus discusiones sigan siendo pequeñas. Pero si el grupo quisiera pasar a una verdadera actividad, incluso si simplemente creciese un poco, le sería imposible no estallar, con los que toman en serio sus principios oponiéndose a los que toman en serio la idea de actividad, los unos incomptables con los otros.

Es, en efecto, imposible que una organización, «dúctil» o no, crezca si no desarrolla una actividad real. La gente, y en particular los obreros, no participan con asiduidad en una organización si en ella se trata solamente de discutir e «informarse» recíprocamente, sino si se trata de *hacer* alguna cosa que les parezca suficientemente im-

portante para sacrificarle una parte del escaso tiempo libre que les deja la explotación capitalista. Y es imposible que una actividad real y eficaz, es decir, coherente, se desarrolle sin un mínimo de homogeneidad ideológica y de disciplina colectiva. Esto implica una definición clara de las ideas, objetivos y medios —es decir, un programa; una manera de resolver en la práctica las divergencias que puedan surgir en el curso de una acción—, es decir, la aceptación del principio mayoritario; estos dos puntos conllevan la necesidad de definir quiénes participan en la organización. Finalmente, es imposible que una organización se desarrolle sin encontrarse y verse obligada en la práctica a resolver el problema de la centralización.

Nuestras diferencias con Lefort se basan en estos puntos y no en el de saber si la organización revolucionaria debe ser una «dirección» del proletariado. Y es característico que él haya preferido discutir este último punto en el texto publicado en el último número de la revista, y no las diferencias reales. Tal vez no sea para crear una diversión pero, en todo caso, Lefort y sus camaradas han decidido que esos problemas no existen, y se han limitado a optar por no enfrentarse a ellos. Es inútil hacer epílogos a tal actitud, que nos parece totalmente negativa y estéril. Lo importante, por el contrario, es discutir las posiciones teóricas que han tenido que tomar y que llevan mucho más allá de las divergencias sobre el problema de la organización.

La experiencia del trotskismo

Para introducir sus posiciones, Lefort apela a un análisis de la experiencia del trotskismo. Pero su análisis es a la vez incompleto y ambiguo. Incompleto, porque los fenómenos de burocratización que se dan a la escala reducida de la pequeña organización trotskista —y que el grupo «Socialisme ou Barbarie» había denunciado cuando rompió con el trotskismo²³—, no se desprenden simplemente de que el Partido Comunista Internacionalista

23. V. la «Carta abierta a los militantes del P.C.I. y de la “IV Internacional”», en *La sociedad burocrática, 1: Las relaciones de producción en Rusia*, p. 345.

hubiera decidido ser «el partido del proletariado, su dirección irreemplazable». Más exactamente, esa misma idea expresaba simplemente uno de los aspectos de la realidad social e histórica del trotskismo. Ambiguo porque de la manera en que Lefort lo realiza, parece que lleva a la conclusión de que es casi imposible construir una organización sin que se burocratice.

Si nos preocupamos de analizar la experiencia del trotskismo, hemos de hacerlo seriamente, en un doble plano, histórico y sociológico. Un análisis sociológico no puede limitarse a describir las semejanzas de comportamiento de los militantes trotskistas y deducir, como trata de hacer Lefort, esas semejanzas de su deseo de ser la dirección del proletariado. Será útil que mostremos aquí, brevemente, los otros aspectos que un análisis tal debiera abarcar, porque todos ellos son importantes para la discusión del problema de la organización revolucionaria en el futuro.

El primer aspecto es el *tipo de trabajo* que los militantes tenían que realizar, y que realizaban mejor o peor. Debían empezar por iniciarse en la teoría abstracta, ligada a su experiencia corriente tan sólo por sus consecuencias más lejanas, y convertida en dogma en el sentido fuerte del término; formulada de una vez por todas por Marx, Engels, Lenin y Trotski, y cuyos intérpretes verdaderos son las personas que dirigen el partido y la IV Internacional. En segundo lugar, los militantes tenían que entender que esa «teoría» conduce necesariamente a unas consignas, tipos de acción y formas de lucha codificadas de una vez por todas (en el *Programa de transición*) y válidas para todo el período histórico venidero. La única cuestión que se planteaba a este respecto era la de saber si la «situación objetiva» era del tipo A, exigiendo consignas de tipo a, b y c, o del tipo B, implicando consignas x, y, z. Las discusiones en la organización se reducían pues, en sustancia, a las «apreciaciones de la situación», a las que los militantes no podían contribuir más que «tomando la temperatura de los obreros en las fábricas»; e incluso lo que dijese no servía más que de material de argumentación para los líderes que, a partir de su «saber» económico y político, decidían si el capitalismo estaba en crisis o no, si atravesaba una fase de «ascenso» o de «retroceso». En tercer lugar, y sobre

todo, el trabajo de los militantes consistía en propagar en su medio las consignas del partido. Lograban su objetivo último cuando conseguían que fueran adoptadas, tal cual o con ligeras modificaciones, por una sección sindical o un comité de huelga.

El militante trotskista era, pues, por la naturaleza misma de su trabajo, un *ejecutante político*. Tenía que absorber y difundir ciertas ideas fijadas de una vez por todas por otros (vivos o muertos, eso no importa). Y ahí es donde está la raíz de su alienación política.

Pero esta constatación sería completamente insuficiente si dejase de lado el *contenido* de esas ideas. No se puede pretender estudiar seriamente el problema del trotskismo poniendo entre paréntesis su ideología, como hace Lefort. Lo que importa a tal respecto no es tanto lo «falso», sino de qué forma lo es, el sentido, el carácter social. Lo que en la práctica equivalía a afirmar que el socialismo implica solamente algunas transformaciones objetivas de las estructuras sociales (nacionalización, planificación, etc.). Las gigantescas lecciones de la degeneración de la revolución rusa quedaban en silencio, la degeneración no era sino un accidente, el bolchevismo no tenía parte alguna en ella. La crítica de la burocracia se limitaba a lo superficial²⁴, la idea de acción autónoma de la clase obrera se ignoraba por completo, la noción de gestión obrera era acogida con burlas²⁵.

24. Los trotskistas llegaron incluso a dar marcha atrás en la crítica de la burocracia hecha por Trotski. Frank llegó a escribir en 1947, en el «Bulletin intérieur» del P.C.I., que sería necesario un mínimo de burocracia, al menos durante la primera fase de la existencia de un Estado obrero (citamos de memoria).

25. Ciertamente seguía existiendo a este respecto una contradicción en el trotskismo, eco debilitado de la contradicción fundamental del bolchevismo. Cuando se trataba de polemizar con los «derechistas», los «verdaderos» trotskistas desenterraban con gusto la frase de Lenin sobre las masas, que están cien veces más a la izquierda que el partido (aunque en su boca no era más que la expresión de una histeria de agitación permanente ni más ni menos revolucionaria que el oportunismo orgánico de Craipeau); al acusar a los estalinistas de burocratismo, exigían la democracia soviética, etc. Pero eran aspectos que se quedaban en lo puramente formal,

Los militantes, pues, eran reclutados y «educados» a partir de una ideología que criticaba los aspectos más externos del fenómeno burocrático (la «traición» y los «errores» de Stalin, del P.C. y del P.S.), solamente para preservar mejor su substancia.

Esa ideología estaba en relación profunda con las *motivaciones* de los militantes trotskistas, que no se pueden entender sin considerar el origen del reclutamiento trotskista. El caso típico es el del militante trotskista que procede de una organización tradicional (lo más frecuentemente del P.C.) con la que había roto en función de una crítica de los aspectos más externos de su política: nacionalismo de la «Resistencia», Frente Popular o gobierno tripartito, actitud oportunista o extremista ante las luchas obreras. El estalinismo les parecía una reedición del reformismo, y éste una simple «traición», dejando en la ignorancia el problema de la burocracia. Sin duda, esa crítica de la política de las organizaciones tradicionales *habría podido y debido* convertirse en el punto de partida de una crítica mucho más profunda, que condujera a su vez a una nueva definición del programa socialista; pero al encontrarse con la ideología trotskista, se empachaba y abortaba. El militante que llegaba al trotskismo aprendía que «el proletariado ha dejado de desarrollarse en número y cultura» y que «la crisis de la humanidad es la crisis de la dirección revolucionaria»²⁶. El proceso revolucionario era pues visto independientemente del desarrollo continuo del proletariado y de su conciencia. Lo único que faltaba era una dirección revolucionaria, y la única tarea de los militantes, construirla. La humanidad sólo se salvaría de la barbarie si una dirección capaz de tomar el relevo de la que habían «tracionado» se constituía «a tiempo», y el militante que tomaba sobre sus espaldas tan enorme tarea era alguien que quedaba por encima del resto, pertenecía a una nueva élite. En esas condiciones, cualquier tipo de «democracia» organizativa, no podía ser más que una cáscara

temas de ejercicios oratorios: era el aspecto romántico, el traje de los domingos. Las cuestiones serias de la política eran cosa distinta para la visión trotskista.

26. *Programme de transition de la IVe. Internationale.*

vacía. Los trotskistas aplicaban el «centralismo democrático» leninista, el cual, como ya hemos visto crea siempre una división entre dirigentes y ejecutantes. Incluso una democracia soviética en el seno del PCI, si hubiera sido posible, se hubiera rápidamente transformado en su contrario. Porque era la *naturaleza* y el *tipo de trabajo* realizado por la organización quienes reducían la mayoría de los militantes a ser simples ejecutantes de las decisiones tomadas por otros, y les apartaban de toda participación efectiva a la dirección de la organización. Era su *ideología* quien justificaba solemnemente este estado de cosas, más aún lo presentaba como el único posible. La concepción del partido como dirección de la clase obrera participaba, naturalmente, de esta ideología, pero si se quieren respetar los hechos hay que añadir que *en la práctica* esta concepción no ha desempeñado más que un papel mínimo. El trabajo de los militantes, su ideología inconscientemente burocrática, eran realidades; su aspiración a dirigir al proletariado no ha superado nunca la fase del mero deseo.

Para terminar, el análisis «sociológico» más extenso del trotskismo sería abstracto si no incluyese el fenómeno del trotskismo en un desarrollo histórico. El destino del trotskismo, independientemente de ideas, intenciones y estatutos, estaba marcado de antemano por el contexto histórico en el que había nacido y crecido, o más bien vegetado. Como hemos dicho en otra parte, el trotskismo no ha sido más que una tentativa vana de restaurar el bolchevismo del período heroico en un momento en que no podía tener ya base en la historia real. El trotskismo no fue más que un último eco de los grandes movimientos de 1905-1923, con todas sus contradicciones y sus lados negativos, y sin un solo germen de renovación. No trataba de ser simplemente un «partido», sino un partido de un tipo bien definido —el tipo leninista—, atribuyéndose unas funciones concretas y no otras, concibiendo su trabajo de una cierta manera y no de otra, y todo ello indisolublemente unido a una ideología determinada. La «burocratización»²⁷ del trotskismo, lo mismo que su fra-

27. Ponemos el término entre comillas porque tampoco es necesario exagerar. Por otra parte, no todo el que quiere es un burócrata.

caso, sólo se puede entender a partir de esa situación global, producto a su vez de una fase histórica concreta. Fase en la que esas concepciones y comportamientos habían predominado, en la que se había ido degradando progresivamente hasta el estalinismo, en la que, en fin, reaccionando contra este último pero situándose en su mismo terreno, un núcleo que había querido restaurar y mantener en su pureza original la llama contradictoria del bolchevismo, convergía con una débil corriente de obreros y militantes asqueados de las viejas organizaciones, para vegetar al margen de la experiencia histórica.

Las conclusiones positivas de la crítica de la burocracia

Era necesario extenderse al hacer la crítica de la experiencia del trotskismo, porque es la que nos permite concretar en un ejemplo real, aunque reducido, el análisis de la burocratización que hicimos en la primera parte de este texto. Pero nos permite también igualmente entender mejor los principios positivos que extraemos de la crítica de toda una fase del movimiento obrero y que tenemos que resumir aquí brevemente.

Está terminando un período histórico, con una inmensa experiencia del proletariado en lo concerniente a la burocracia considerada desde el más profundo punto de vista: no en cuanto dirección que se equivoca o traiciona, sino como capa explotadora que puede surgir en el propio movimiento obrero. En el período que comienza, el proletariado sólo podrá luchar por la realización de sus objetivos luchando al mismo tiempo contra la burocracia. Esta lucha hará surgir innumerables necesidades, prácticas e ideológicas, a las que solamente puede responder una organización revolucionaria. Esta organización no podrá constituirse sino con obreros y militantes que hayan experimentado la burocracia, o con jóvenes que la rechacen de entrada como forma de la sociedad establecida, y no podrá reclutar miembros más que entre esos mismos. Su función será la de ser un instrumento del proletariado en su lucha, no su dirección. La organización tendrá un concepto de la teoría revolucionaria radicalmente opuesto no sólo al del trotskismo sino incluso al que viene predominando desde hace un siglo. Recha-

zará categóricamente la idea de una «ciencia de la sociedad y de la revolución» elaborada por especialistas y de la que emanarían conclusiones prácticas «correctas», una política que no sería más que una técnica. Desarrollará su teoría revolucionaria principalmente a partir de la experiencia y de la acción del proletariado, que le suministrará no el material de observación o los ejemplos de verificación, sino los principios más profundos. Por consiguiente, los militantes dejarán de ser meros ejecutantes respecto de una ideología definida al margen de ellos, sobre bases y según métodos ajenos a ellos. Sin la participación activa y dominante de los trabajadores que pertenecen a ella, la organización no podrá definir jamás ni una ideología, ni un programa, ni una actividad revolucionaria.

La primera tarea de los militantes será pues expresar su propia experiencia y la de su medio; el trabajo de la organización consistirá en primer lugar en formular esa experiencia y difundirla, tomar de ella lo que posea un valor universal y elaborar una concepción global coherente. Consistirá al mismo tiempo en dar a conocer la expresión de la experiencia del mayor número posible de obreros, en dar la palabra a los trabajadores, en permitir la difusión y la comunicación de los ejemplos de lucha, las opiniones, las ideas entre el proletariado. El problema de las relaciones entre los individuos en el seno de la organización se planteará así de una forma totalmente nueva. No habrá ya base —ni económica ni en la «producción» (es decir, en la actividad de la organización, en el tipo de trabajo que efectúa)— para que una categoría de individuos se convierta en una casta de dirigentes separados e inamovibles. La gente irá a la organización porque pensará no que no «deba» haber dirigentes aparte sino que no hay función específica para tales dirigentes; y querrán hacer un trabajo que postule explícitamente la importancia igual de lo que tenga que decir todo el mundo. La estructura de la organización expresará orgánicamente su orientación y sus concepciones; será tal que la participación y preeminencia del conjunto de los militantes no sólo se expresará en los «estatutos» sino que se hará posible y fácil gracias a ellos; no podrá ser, por tanto, sino una estructura del tipo «soviet», inspirada en los modos de organización creados por el proletariado a lo

largo de su historia: autonomía lo más amplia posible de los organismos de base para la determinación de su propio trabajo; determinación de la orientación general de la organización mediante delegados elegidos y revocables; libre expresión de los militantes y de las tendencias en el interior y en el exterior de la organización.

Esas concepciones, elaboradas a partir de la crítica de la historia del movimiento obrero y de las teorías que lo han dominado, constituyen tanto una respuesta al problema de las tareas de los revolucionarios en el período actual, de sus relaciones con el proletariado, de su modo de organización, como un rechazo radical de las tesis tradicionales (y no solamente leninistas) sobre el partido. Han sido formuladas en la revista²⁸ y en el grupo «Socialisme ou Barbarie» desde hace años. Lefort prefirió ignorarlas, presentar algunas migajas como «enmiendas» y «correcciones» a la concepción leninista, polemizar con tres o cuatro frases de textos viejos fuera del contexto de que aparecían rodeadas, y refutar... el *«Qué hacer?»* No pondremos calificativos a su proceder. Pero es necesario desvelar su argumentación, su lógica, querida o no: refutar por milésima vez, y después de tantos otros, a Lenin, permite eludir los problemas actuales, y enmascara la falta de respuestas a las verdaderas cuestiones a las que hoy se enfrentan los revolucionarios y el proletariado. Para convencerse de ello basta con considerar las propuestas «positivas» a que llega Lefort.

28. Los textos «Sobre el contenido del socialismo» (cuya primera parte apareció en el n.º 17 de esta revista, con fecha de julio de 1955, y la continuación en los n.ºs 22 y 23), «La revolución proletaria contra la burocracia» (n.º 20), «Balance, perspectivas, tareas» (n.º 21, en particular pp. 10-12), «La vía polaca de la burocratización» (n.º 21), «Perspectivas de la crisis francesa» (n.º 25, en particular pp. 64-65), bastan para mostrar ampliamente que la discusión sobre el partido en cuanto «dirección» ya no tenía objeto desde hacía tiempo, y que Lefort, por razones que sólo él conoce, polemiza con unas concepciones ya superadas por sus autores.

Las tareas de los revolucionarios en el periodo actual

Según Lefort, la definición de esas tareas ha de tomar su punto de partida en la distinción de dos categorías de elementos «activos» en lo que se ha convenido en denominar vanguardia: «Entre esos elementos activos, algunos —y con mucho los más numerosos— tienden a unirse dentro de las empresas, sin tratar primero de extender su acción a más amplia escala. Encuentran así espontáneamente la forma de su trabajo: hacen un periodiquito local, o un boletín, militan en una oposición sindical o componen un pequeño grupo de lucha» (pág. 119). Otros sienten la necesidad de una acción más amplia y entre ellos muchos camaradas que están fuera de las empresas; la acción de estos últimos «no puede tener otro objetivo que apoyar, amplificar, clarificar la (lucha) de los grupos de empresa» (pág. 119).

Podríamos preguntarnos si esos individuos que se unen dentro de las empresas tienen que quedar confinados en ellas. El carácter positivo de ese trabajo, ¿proviene de que los militantes no tratan «primero de extender su acción»? ¿Qué significa ese «primero»? ¿Es necesaria —o perjudicial— una perspectiva de profundización y extensión? Pero ni siquiera ahí está la cuestión.

En primer lugar, hay que decir claramente que tal distinción es pura mitología. No existen «pequeños grupos de lucha» más que de circunstancias, y si existiesen, Lefort no sabría nada de ellos, por definición. Lo mismo que nosotros. En segundo lugar, los «periodiquitos locales o boletines» que existen en Francia pueden contarse con los dedos de la mano. En tercer lugar, y es lo más importante, esos periódicos o boletines han sido siempre fundados por militantes obreros políticos, que habían pertenecido y que la mayor parte del tiempo continuaban perteneciendo a organizaciones o grupos de extrema izquierda. Que esos militantes hayan querido hacer de esos periódicos unos órganos de expresión autónoma de los trabajadores y no instrumentos de sus propias organizaciones, y que lo hayan conseguido con frecuencia, es muy importante, capital incluso, pero va completamente en contra de lo que Lefort quiere demostrar. Porque eso prueba que el movimiento, todavía en estado embriona-

rio, no ha partido de «las empresas» sino de los militantes que «sienten la necesidad de ensanchar sus horizontes», etc.; y que ello no les ha impedido transformarse en unos núcleos reales *en las empresas*.

En «Socialisme ou Barbarie» se discutió mucho tiempo sobre el problema de los «Comités de lucha», englobando bajo esta denominación cualquier tentativa de agrupamiento autónomo en las empresas a partir de núcleos minoritarios e independientes de las organizaciones políticas. Nos preguntamos en particular si *fuera de un periodo de lucha abierta*, esas agrupaciones podrían mantener una actividad permanente. Es éste un problema que la burocratización cada vez más completa de los sindicatos hace primordial en el periodo actual, ¿puede existir de forma permanente bajo el régimen de explotación una organización de los trabajadores con base de clase, minoritaria incluso, embrionaria y casi informal?

La conclusión de una experiencia de doce años en Francia, que comienza con el Comité de lucha de la Renault en 1947, es clara y precisa: los embriones de organización autónoma que hayan podido existir no se han mantenido fuera de los períodos de lucha, excepto en los casos en los que tomaron un carácter casi «político», es decir, en los que los participantes fueron conducidos a clarificar sus ideas sobre unos problemas que sobrepasaban ampliamente los de la «empresa» y en los que se sintieron comprometidos como militantes en una tarea permanente. Y en tales casos, buscaron siempre, en contra de lo que Lefort dice, la extensión de su acción a nivel más amplio²⁹.

29. A esta experiencia corresponde la frase del texto «La dirección proletaria» (*La experiencia del movimiento obrero*, 1, p. 127) citada por Lefort: «...En ese sentido, la distinción entre comités de lucha y partido (o cualquier otra forma de organización minoritaria de la vanguardia obrera) concierne exclusivamente al grado de clarificación y de organización y a nada más.» Como demuestra lo que antecede, significa que, bajo el régimen de explotación, tales comités (en la medida en que pretenden ser permanentes) no pueden ser más que organismos semi o casi políticos, que ya no puede haber como en el pasado agrupaciones únicamente «económicas», «reivindicativas» o «sindicales» que se sitúen en una base de clase. Ya la misma *crítica* de los sindicatos no puede hacerse

¿Habrá en el futuro tales agrupaciones formadas «espontáneamente», es decir, al margen de una acción militante? Lo ignoramos, pero la cuestión no tiene importancia. Lo que sabemos y lo único que interesa es esto: las habrá sin duda si unos militantes con las ideas claras tratan de constituir las y hacen de ellas instrumentos de los trabajadores y no apéndices de su organización; se mantendrán si esos militantes las mantienen, y si forman a su alrededor gentes como ellos y mejores que ellos. Incluso se puede apostar fuerte a que sólo las habrá en esas condiciones, por una razón que debiera ser evidente. ¿Quién puede emprender y continuar un trabajo así a través de altos y bajos, éxitos y fracasos, en contra de las circunstancias de un clima desfavorable once de cada doce meses? Sólo los individuos a los que una ideología que haya pasado a ser carne de su carne les permitirá resistir a los acontecimientos, interpretarlos, situarlos en una perspectiva y saber que, incluso si están aislados por el momento, forman parte de una cosa infinitamente más vasta y poderosa que ellos mismos. Lo que Lefort no ve es que un militante que desarrolle una acción permanente en una empresa y que no trate de universalizarla y profundizarla, es un absurdo psicológico. Es un personaje sin coherencia y sin lógica interna, inventado por un novelista malo.

El proceso descrito por Lefort es pues puramente imaginario e inventado por necesidades de su teoría. En Francia no hay elementos —«los más numerosos con mucho»— que tiendan a unirse dentro de las empresas distinguiéndose de los otros que «ensanchan sus horizontes». Hay una necesidad *objetiva* enorme de la clase obrera de constituir organismos autónomos de lucha; y está el hecho de que los únicos partidarios firmes de tales organismos, resueltos a realizar el trabajo necesario para

fuerza de una concepción general del papel de los sindicatos en la sociedad actual, y por lo tanto también de la burocracia, en resumen, sin un grado importante de clarificación ideológica. Queríamos decir que para luchar en el terreno reivindicativo, los obreros conscientes están obligados a superar lo reivindicativo. Lefort ha entendido este razonamiento como «una tentativa de subordinar los comités de lucha al Partido».

que tengan realidad, son algunos militantes políticos con las ideas muy claras.

¿Cuál sería según Lefort la acción de esos militantes? No deben tener otro objetivo que «apoyar, amplificar, clarificar la que llevan los militantes o los grupos de empresa» (pág. 119). Supongamos que existan estos últimos; ¿qué significa amplificar y *clarificar* su acción? Se trata, dice Lefort, «de aportarles informaciones de las que no disponen, conocimientos que no pueden obtenerse más que con un trabajo colectivo llevado a cabo fuera de las empresas» (*ibid.*). ¿Qué informaciones, qué conocimientos? ¿Sobre qué tema, desde qué óptica, elegidos según qué criterios? A menos de caer en la cartilla de la información «objetiva» y de la educación del pueblo, está claro que todo eso es imposible sin una ideología coherente. Y no hay más que una elección: o bien se oculta esa ideología —lo que objetivamente equivale a engañar a la gente en la mercancía que se les vende—, o bien se formula con claridad, y entonces, ¿qué la distingue del «programa» que tanto aborrece Lefort y que, de creerle, es el origen de la alienación política en las organizaciones revolucionarias? Porque la ideología de que se trata no es pura teoría; es una ideología social, de la que necesariamente derivan consecuentes prácticas. ¿Cuál será su relación con los «militantes en las empresas»?

La cuestión que aquí se nos plantea necesariamente es la del *programa* de la organización, sobre lo que volveremos más adelante. Por el momento basta con preguntarse por qué los individuos que pertenecen a la organización querida por Lefort van a ella antes que a otra o a ninguna. Lefort dice «en función de un acuerdo ideológico profundo». Otra vez estamos sustituyendo ideas por adjetivos: un acuerdo profundo, tareas modestas, una organización dúctil, y querer hacer desaparecer el grueso de los problemas jugando con los colores. ¿En qué se asienta ese acuerdo ideológico? Probablemente sobre «la idea de que los trabajadores que quieran defenderse se verán en la necesidad de tomar en sus propias manos su destino, organizarse ellos mismos a escala de toda la sociedad, y que eso es el socialismo» (pág. 118). Perfecto. Es una idea, dice incluso Lefort, que hay que preocuparse por propagar. Propagación o propaganda, como se prefiera, que se toma demasiado en serio, por lo demás,

porque no se concreta en absoluto en las tareas prácticas que se proponen a continuación (y desde luego propagar la idea de autonomía no es difundir informaciones y conocimientos, ni hacer encuestas sobre la experiencia de la vida y el trabajo de las empresas).

Pero si se toma en serio la idea de autonomía, habrá que preguntarse inevitablemente cómo hay que hacer para propagarla. ¿Hay que repetirla bajo la forma abstracta de una idea reguladora, o bien mostrar en cada caso concreto lo que significa? ¿No implica, por ejemplo, que en una huelga reivindicativa los trabajadores deben actuar de una manera determinada y no de otra, elegir un comité de huelga revocable, hacer asambleas generales, etc., en lugar de confiar su huelga a la burocracia sindical? ¿Esto debe decirlo la organización en cada ocasión, o no? Está claro que no ha de hacerlo de manera artificial, pero precisamente para hacerlo de forma no artificial, ¿no debe estar unida a la clase obrera, comportar el mayor número posible de trabajadores? ¿Acudirían esos trabajadores si no vieran en la organización un instrumento esencial de su acción?

De la idea de autonomía, ¿no derivan una multitud de consecuencias, directas e indirectas? ¿Hay que ocultarlas? ¿Y una multitud de problemas, también, que los trabajadores se plantean de manera muy precisa? ¿Hay que callárselos? ¿No deriva de ella por ejemplo, de modo cierto aunque indirecto, que los trabajadores deben luchar contra la jerarquía y por consiguiente plantear reivindicaciones de aumentos lineales de salarios? ¿Esto es algo que la organización debe repetir incansablemente, o no? Y que no se nos diga que al hacer eso, la organización «no hace más que» volver a tomar de su mano unas reivindicaciones que surgieron del proletariado mismo. Ya lo hemos dicho frecuentemente, pero no hemos olvidado nunca que también la clase obrera ha propuesto reivindicaciones contrarias: las huelgas de categorías, por ejemplo, no han dejado de existir nunca. La organización, e incluso un revolucionario aislado, no pueden eludir la elección, y es una futilidad tratar de esquivar las responsabilidades propias escondiéndose tras el proletariado, transformado en una entidad imaginaria por necesidades de la causa.

El socialismo es la autonomía, dice Lefort. Lo hemos

dicho en esta revista desde su primera página. Pero, ¿hay que pararse ahí? No somos sólo nosotros los que preguntamos, también los obreros preguntan: ¿qué significa eso? ¿Cómo puede funcionar una sociedad gestionada por los trabajadores? Aparentemente habría que responder: ya lo veréis, cuando lo hagáis. Pero la cuestión es que, en gran parte, no lo hacen porque no lo ven. Y también es absurdo pensar que una organización pueda poseer un plan minucioso del funcionamiento de la sociedad socialista, y es vital concretar la idea del socialismo, mostrar la posibilidad de una organización socialista de la sociedad, indicar soluciones para los problemas con los que se encontrará.

Pero, para la organización no se trata solamente de propagar la *idea* de autonomía; se trata de ayudar a los trabajadores a *realizar* acciones autónomas. Cosa que la organización no puede hacer más que si es una organización de acción. Problema que Lefort deja completamente de lado, como puede comprobarse considerando las «tareas» que asigna a la organización. No se trata de que sean tareas «modestas»: aunque se las hinchase hasta el infinito, seguirían sin tener nada que ver con la acción. Sólo indirectamente estudia las tareas de acción de una organización dando a entender que consistirían en «garantizar una coordinación rigurosa de las luchas y una centralización de las decisiones» (pág. 117) y opina que eso es una utopía.

«La función de coordinación y centralización...», escribe, «corresponde a grupos de obreros o empleados minoritarios que, sin dejar de multiplicar los contactos entre ellos, no dejan de formar parte de los medios de producción en los que actúan» (pág. 118). Nuevamente vemos el problema planteado de forma mitológica. ¿Dónde se han visto, fuera de un período de *revolución*, a grupos de obreros y empleados minoritarios multiplicar los contactos entre ellos para garantizar la coordinación y la centralización? Tales grupos salen perfectamente armados —y desarmantes— de la cabeza de Lefort. Cuando los obreros y empleados empiezan a realizar por sí mismos la coordinación y la centralización, estamos en un período revolucionario o al menos en un período de luchas extendidas y profundas, y no se trata de grupos «minoritarios», sino de delegados de comités de huelga, de con-

sejos, etc. Fuera de uno de esos períodos, el problema, en verdad, no se plantea, en todo caso no como problema de «centralización de decisiones»; lo que se plantea, como labor a realizar, es un trabajo orientado hacia la difusión de los ejemplos de luchas parciales, y eventualmente a su extensión, y resulta absurdo pretender que una organización revolucionaria no tiene nada que hacer en ese terreno.

Lo que se pide, pues, no es que la organización «coordine y centralice», sino que *ayude* efectivamente a las luchas obreras. Los medios de hacerlo dependen de las circunstancias y también de sus propias fuerzas; pero son innumerables. Decir que «las luchas obreras tal y como se han producido desde hace doce años no han tenido que lamentar la falta de un órgano de tipo partido que hubiera logrado la coordinación de las huelgas» ni «de una falta de politicización...; han estado dominadas por el problema de la organización autónoma de la lucha», y que ese problema «ningún partido puede hacer que el proletariado lo resuelva» es hablar marginalmente de la cuestión. La solución del problema de la organización autónoma de las luchas, que, efectivamente, ha dominado la situación del proletariado francés desde hace doce años, no depende de un acto de confianza en un posible estado de gracia del proletariado que los revolucionarios harían limitándose a escrutar el cielo. La tendencia de los trabajadores a organizarse autónomamente para luchar es resultado de la experiencia de la burocratización de las organizaciones, pero se ve entorpecida constantemente, combatida, aniquilada por su situación en la sociedad capitalista y en particular por la acción de las organizaciones burocráticas, por la falta de medios materiales, por la ignorancia de lo que sucede en otros lugares, por las dudas sobre las posibilidades de organizarse, etc. En relación con todos estos puntos, una organización revolucionaria tiene un enorme trabajo que realizar, y no puede esperar que el libre arbitrio del proletariado le permita extraerlo todo de él. Lo que Lefort olvida ver o decir es que durante esos doce años, el proletariado francés intentó varias veces entrar en la vía de la acción autónoma. Y sus tentativas abortaron; ¿por qué? Siempre podrá responderse: «porque la situación no estaba madura», pero es una respuesta que no nos hace avanzar ni un

palmo. La misión del revolucionario no es especular sobre la madurez de las condiciones ni deplorar su ausencia; es trabajar para que la haya. La falta de madurez de las condiciones en 1955, por ejemplo, se tradujo en un hecho muy preciso: los obreros de Nantes y de Saint-Nazaire quedaron aislados en su lucha. Y no porque en Francia faltasen teléfonos, carreteras o ferrocarriles, sino porque las organizaciones burocráticas y la burguesía hicieron todo lo posible para mantenerlos en su aislamiento. Una organización revolucionaria, en aquel momento, ¿hubiera esperado a que los metalúrgicos de París llegasen «liberamente» a la decisión de sostener la lucha de Nantes? (Hay que subrayar que ese «liberamente» significa: atados de pies y manos por la burguesía, la C.G.T., la C.F.T.C., F.O., el P.C., la S.F.I.O., etc.). No, una organización digna de tal nombre hubiera comenzado por un amplio trabajo de información sobre lo que pasaba en Nantes, los métodos de lucha de los obreros, sus reivindicaciones, etc.; hubiera mostrado el sentido ejemplar de aquella lucha, explicado que había que sostenerla con todos los trabajadores de Francia; habría puesto a disposición de los nanteses cinco camiones diciendo: si queréis enviar a la Renault una delegación masiva, aquí tenéis cómo. Y sólo cuando se hubiera hecho todo eso y otras mil cosas por el estilo, y no sólo en Nantes y un día, sino en todas partes y durante años, podría entonces juzgarse si la situación estaba «madura» hasta el punto de que el proletariado francés sería capaz de resolver el problema de su organización autónoma.

Si no se acepta esa actividad dirigida hacia la autonomía del proletariado, es que se da a la autonomía un sentido absoluto, metafísico: es necesario que los obreros lleguen a ciertas conclusiones *sin ninguna clase de influencia*. En ese caso, no hay que condenar solamente toda acción sino toda propagación de ideas, incluida la propia idea de autonomía. No deja de ser una violación del individuo querer persuadirle de que sea libre. ¿Y si le gustase lo de no serlo?

No es preciso decir que ésa sería una postura desesperadamente absurda, ni recordar que nadie llega nunca a nada sin recibir alguna influencia. Ni hay que escamotear tampoco las conclusiones de esa evidencia. La autonomía o la libertad no son estados metafísicos, sino pro-

cesos sociales e históricos. La autonomía se gana a través de una serie de influencias contradictorias, la libertad surge a lo largo de la lucha con y contra los otros. Respetar la libertad de alguien no es no tocarle, sino tratarle como un adulto, decirle lo que se piensa. Respetar su libertad no como moralistas sino como revolucionarios, es ayudarle a hacer lo que puede dársela, no en un futuro hipotético, sino aquí y ahora; no es instaurar el socialismo por cuenta suya, sino ayudarle a realizar actos socialistas desde hoy mismo. La política de la libertad no es la política de no-intervención, sino la de la intervención en un sentido positivo; no tiene más límites que la mentira, la manipulación y la violencia.

Significado de los delegados

A los modos de organización capitalistas aplicados, tanto en su forma como en su espíritu profundo, por los partidos y sindicatos tradicionales, hemos opuesto los modos de organización creados por el proletariado, y que podemos definir en tres puntos:

- máxima autonomía posible de los organismos de base, dentro de los límites marcados por la nulidad y la coherencia de la acción de la organización como un todo;
- democracia directa, en toda ocasión en que sea materialmente realizable;
- elección y revocabilidad de todos los órganos encargados de las tareas de centralización.

Lefort hace de esto un «correctivo» aplicable a la teoría leninista del partido (quienes la conozcan, lo apreciarán), y lo reduce a una fórmula negativa: la revocabilidad de los delegados. Es evidente que así, separada del resto de los principios de organización y sobre todo de un concepto de conjunto del trabajo de una organización revolucionaria, la revocabilidad de los delegados tiene un significado muy limitado. Tampoco queremos discutir las críticas que Lefort le dirige, y que quedan al margen de nuestra concepción; nos detendremos simplemente en algunos argumentos que plantea y que nos parecen reveladores de la ideología que subyace en sus posiciones aunque no se formule en su texto.

Lefort opone la revocabilidad en los organismos de clase, donde «puede tener un contenido positivo dado que existe un medio de trabajo real» y que los hombres deciden sobre cosas que «concieren su vida», a la revocabilidad en el partido, que es «un medio artificial», «heterogéneo» cuya unidad «existe solamente en función de la centralización impuesta a la organización... que a su vez se basa en la cohesión del programa» (pág. 115).

Digamos en primer lugar que es falso que un Consejo de fábrica formado por delegados revocables sea válido simplemente porque sus hombres tienen una experiencia inmediata «que les permite decidir con claridad los problemas con que se encuentran» (*ibidem*). No es ni siquiera cierto a escala de una sola fábrica, cuya totalidad como tal supera la experiencia inmediata de todo trabajo individual. Basta con reflexionar en lo que significaría un Consejo obrero en la Renault o incluso en una empresa de unos miles de trabajadores, para ver que los obreros, directamente o por intermedio de sus delegados, habrían de decidir sobre problemas concernientes al funcionamiento de la fábrica de los que no tendrían una experiencia inmediata o cuya incidencia «sobre sus vidas» podría ser indirecta y lejana. Lo mismo sucede con los problemas generales, y con aquellos que conciernen aspectos de la actividad de una parte determinada de la fábrica, y de los que por consiguiente una parte de los trabajadores tiene experiencia directa pero que han de ser resueltos por el conjunto.

Pero lo importante es otra cosa. Lo que está implicado en la argumentación de Lefort es simplemente que el socialismo es imposible, al menos como poder de los Consejos obreros, como gestión obrera. Porque en un régimen obrero, trabajadores y Consejos no tendrían simplemente que resolver las cuestiones concernientes a su medio de trabajo. Tendrían que decidir sobre *todo*, o dicho de otra manera, sobre *nada*, porque todo lo que pasa en la empresa viene determinado por lo que pasa en la sociedad en general. Tendrían que decidir sobre los planes de producción; problemas políticos; la orientación de gran cantidad de actividades sociales de importancia general. Tendrían que decidir, por ejemplo, las cuestiones más generales tocantes a la educación; ¿se piensa acaso que en una sociedad socialista correspon-

dería a los maestros decidir por sí solos y soberanamente qué y cuánta educación necesita la sociedad?

Pero, si decimos que el valor de los Consejos —y de la norma de la revocabilidad— proviene de que los problemas que habrán de resolver son los que los hombres encuentran en su medio productivo, se deduce rigurosamente de ahí que los Consejos son inútiles para todo lo demás, es decir, para la dirección de la sociedad en general. ¿Quién se encargará de ello entonces? No hay más que una respuesta: un organismo especial y separado de dirección que tenga como función específica la solución de los problemas universales. Y ya sabemos cómo se llama ese funcionario universal: burocracia.

Tal conclusión absurda, pero inevitable, resulta de la escisión radical que Lefort establece entre el medio de la empresa y el medio social general, la experiencia inmediata del medio productivo y la experiencia política y social de los individuos. Volveremos sobre el tema.

Conclusiones igualmente absurdas resultan de la segunda parte del argumento de Lefort: la revocabilidad en el partido, dice, no vale de nada, porque el partido es un medio artificial y heterogéneo. Esto significa para empezar que los miembros del partido no pueden discutir válidamente los problemas que se plantean ante ellos, porque no participan de la experiencia misma del trabajo productivo. En efecto, el argumento no concierne tan sólo a los delegados: si vale, vale para todo proceso de decisión en el seno de una organización.

Al igual que el precedente, este argumento tiende a destruir todo fundamento racional de la democracia en una sociedad, salvo quizás en una colectividad que estuviera exclusivamente formada en un medio inmediato de trabajo. Pero lleva igualmente a la negación de toda organización, incluida la que Lefort dice que defiende. Si se trata de «constituir poco a poco una verdadera estructura de vanguardia» (pág. 119), o incluso si se trata simplemente de formar una organización, por modesta y «dúctil» que se quiera, ¿no habrá de tomar ciertas decisiones que conciernen a su actividad, no tendrá que resolver ciertos problemas? ¿Cómo podrán sus miembros hacerlo válidamente, si constituyen un medio artificial y heterogéneo? Porque, evidentemente, no basta con rechazar la denominación de partido para que una agrupación

pierda el carácter de «medio artificial y heterogéneo»; que resulta del hecho de que tal organización reúne personas que pertenecen a medios de producción diferentes. Ni siquiera se trata aquí del problema de la disciplina o de las relaciones entre mayoría y minoría. La lógica de las posiciones de Lefort conduce necesariamente a rechazar todo fundamento a una actividad colectiva fuera de la empresa (y por qué no el departamento, o el taller?). Porque si se tratan problemas de los que algunos tienen experiencia directa, es la única experiencia que sirve; no es que la opinión de los demás no deba imponérseles mecánicamente, es que, por definición, carece de valor. Y si se trata de problemas de los que nadie tiene experiencia directa, nadie puede tener una opinión válida. Hay que preguntarse entonces por qué se une esa gente, qué pueden hacer, qué pueden, incluso, decir en común. Esa «organización» no es más que una mesa redonda de singularidades entregadas a monólogos cuyos contenidos no podrán ponerse nunca en contacto³⁰.

Aunque la organización no sea más que un medio al que acude la gente para discutir, hay que suponer necesariamente que las experiencias de los que participan en ella tienen alguna relación entre sí, y que, por el contrario, tienden objetivamente o converger, conservando su especificidad esencial e irreductible. Si no fuera así toda acción, incluso toda discusión, sería imposible. Es penoso tener que discutir pero no se puede dejar de subrayar

30. Lefort no se da cuenta de hasta dónde le lleva su crítica de la organización. Llega a escribir (p. 116): «La democracia no se perversa a causa de unas malas normas organizativas, sino por el hecho de la existencia misma del partido. No puede realizarse dentro de éste por el hecho de que no es en sí mismo un organismo democrático, es decir, un organismo *representativo* de las clases sociales que pretende servir.» Hay que preguntarse, entonces: ¿por qué ha de ser democrática la organización que él, Lefort, quiere constituir? ¿De qué clase social será «representativa»? Volvemos a dar con el mismo dualismo absoluto: la única institución del proletariado «es la revolución misma» (p. 118). Todo lo que no es revolución queda manchado a la vez de irreabilidad y de corrupción. ¿Cómo se puede entonces hablar de una actividad revolucionaria colectiva antes de la revolución, en qué puede fundamentarse, cómo puede organizarse?

la no-verdad total de la afirmación de Lefort, según la cual «la unidad de ese medio (del partido) sólo existe en razón de la centralización impuesta a la organización, y esa misma centralización está basada en la cohesión del programa». Esté o no centralizada la organización, ¿por qué acude la gente a ella? No puede imponerse la centralización a una organización más que si esa organización existe, y ¿por qué demonios existe? ¿Qué empuja a una gente que «difiere» tanto entre sí a entrar y a formar parte de ella? Leyendo a Lefort se podría pensar que Lenin poseía poderes mágicos para atraer a gentes totalmente heterogéneas y, una vez bien guardados en la alforja, imponerles la unidad mediante una centralización basada a su vez en la cohesión de su programa personal.

¿Y quién nos dirá de dónde vienen esos famosos programas? ¿Qué es esa nueva filosofía de lo inmediato que opone una experiencia directa del medio primitivo, única fecunda y a glorificar, a una expresión universal de la experiencia social, tildada de artificiosa y condenable? ¿Desde cuándo puede progresar la humanidad sin dar a su experiencia expresiones que se pretenden universales y que sin duda sólo son válidas por un tiempo, pero sin las que no podría haber ni tiempo?

La verdad se encuentra al otro extremo de lo que Lefort pretende. Un partido o una organización no puede existir más que porque existe una unidad virtual profunda en la experiencia de grandes categorías de personas, superando el marco de la empresa, y esa experiencia les lleva a unirse para actuar en busca de unos objetivos que ya tenían propuestos o en los que, una vez formulados, ven todo o parte de aquello a lo que aspiran. El programa no es otra cosa que el conjunto de esos objetivos. Aquí, también, el error consiste en erigir en criterio absoluto lo que no es más que un término relativo. El partido es un medio heterogéneo en algunos aspectos, y homogéneo en otros. Es heterogéneo en relación al medio productivo al que pertenecen sus miembros, o a su cultura, pero no lo es en relación a su experiencia global de la sociedad y a sus objetivos. ¿Es eso una cohesión artificial? Con los revolucionarios húngaros exiliados en París después de 1956, descubrimos una homogeneidad infinitamente mayor que la que teníamos con gente que

llevaba años trabajando al lado nuestro en la misma empresa.

Pero no es esto lo único importante. La organización, es decir, las gentes que la forman, están entregadas a un trabajo concreto. Ese trabajo crea a su vez una nueva experiencia común y les da la posibilidad de «verificar lo que deciden a partir de su vida». Pero Lefort parece negar que en una organización revolucionaria pueda formarse una experiencia común y coherente de los militantes: «en esas condiciones» (las condiciones del partido), dice, «las decisiones a tomar a nivel de célula tienen siempre una doble motivación: la que se origina en una acción a desarrollar en un medio social externo y la que nace de la aplicación del programa o de la obediencia a las instancias centrales» (pág. 115). Dejemos de lado la «obediencia a las instancias centrales» que no se cita, evidentemente, más que para complicar las cosas insinuando en el espíritu del lector que en una organización las células sólo pueden obedecer a una instancia central. La frase que acabamos de leer, y las que la siguen, equivalen a afirmar: 1.º) que hay necesariamente conflicto —o falta de relación— entre las necesidades de la acción a desarrollar en un medio social externo y el «programa» de la organización, y 2.º) que se resolverá fatalmente a favor del programa y en detrimento de las necesidades de acción en el medio.

Volvemos a tener aquí un ejemplo de transformación en contrarios absolutos y absolutamente separados de dos términos que sólo tienen sentido cuando están unidos íntimamente. Lejos de crear conflictos insuperables y de conducir inexorablemente a una «burocratización», esa doble motivación es el elemento sin el cual no puede existir acción revolucionaria. ¿Podría tal acción encontrar su motivación únicamente en «la acción a desarrollar en un medio social externo?» Pero, ¿qué es esa acción? ¿Se trata de propagar la teoría de la relatividad, de volver a la gente vegetariana, de hacerles comprar sopas Knorr? La acción a desarrollar es necesariamente definida, inspirada, guiada, en cada instante por ideas, principios, perspectivas; el conjunto de todo ello no es otra cosa que el programa, es decir, la definición de los fines y los medios de la acción. Y a la inversa, la actividad no puede estar solamente motivada por el programa; lo está igual-

mente por el medio en el que se desarrolla. Esto está muy lejos de significar simplemente que el programa debe aplicarse cada vez teniendo en cuenta las «condiciones concretas». El programa mismo no es otra cosa, en definitiva, que la expresión condensada de una cierta experiencia de la situación social tal y como la realizan los trabajadores. Y la actividad de la organización debe hacer que profundice, modifique y si es preciso altere su programa, de manera continua y permanente.

¿Se dirá que hay ahí, de todos modos, una «contradicción», y que proviene de que el problema ha sido mal planteado desde el principio, de que las células de la organización desarrollan una acción en «un medio social externo», que esa acción debe ser condenada y que la única posible es la que llevan a cabo «los elementos activos en las empresas»? Entonces, esta discusión carece de sentido: que cada cual vuelva a su empresa y se quede allí; sobre todo, que no se lleve de vuelta nada de lo que haya encontrado «fuera». Pero no es esto, sin embargo, lo que hace, ni lo que dice, Lefort: escribe en «Socialisme ou Barbarie» y quiere trazar una perspectiva de acción incluso para los elementos «que no pertenecen a un medio de producción» (pág. 119). Las tareas que les asigna, por irrisorias que sean, son ya imposibles de llevar a cabo sin lo que él llama «nuestras tesis», «nuestras ideas» o «nuestros principios», y que nosotros llamaremos *un programa*.

Una nueva filosofía de la historia

En cada uno de los problemas que se plantean al pensamiento revolucionario, como en el proceso efectivo de la lucha de clases y de la revolución, hay siempre dos términos.

Está la empresa, colectividad concreta de trabajadores unidos por una experiencia directa del medio de trabajo y por una organización «espontánea», informal, y está la clase, unidad de los trabajadores por encima de las fronteras de la empresa, de la profesión, de la localidad e incluso de la nación, unidad mediatizada por su experiencia convergente de explotación y alienación.

Hay una experiencia inmediata de la sociedad como

trabajo, y una experiencia inmediata de la sociedad como unidad. Hay una experiencia inmediata, y hay también una experiencia ya elaborada y sistematizada.

Existe un desarrollo propio del proletariado hacia el socialismo y, desde hace un siglo, una actividad política permanente de los militantes revolucionarios de todos los países.

Hay una lucha informal permanente de los trabajadores contra la explotación, y también una lucha política explícita contra la organización actual de la sociedad, que el proletariado ha dirigido casi siempre.

Y etcétera etcétera.

La separación de esos términos no es meramente lógica; es real. Y la tarea de los revolucionarios no es solamente unirlos en el pensamiento, en una teoría correcta; es actuar para superar esa separación en la realidad, sabiendo que sólo la revolución podrá superarla definitivamente.

El fondo de la metodología de Lefort consiste en operar la separación más radical entre los términos de cada una de esas dualidades que el pensamiento revolucionario se encuentra a cada paso, y mantenerlas en una oposición absoluta. La «superación» de esa oposición se efectúa entonces mediante algo que es, de hecho, un retroceso; se valoriza uno de los términos y se condena el otro, o se le hace sufrir una reducción de su realidad.

Así, el medio y la experiencia de la empresa se consideran los únicos importantes; el medio social general, la experiencia de la sociedad como tal y bajo sus múltiples aspectos —sociedad política, cultural, etc.— ni siquiera se mencionan. La acción de los militantes «en la empresa» parece ser la única que realmente cuenta; cualquier otra acción se reduce a comunicar «informaciones y conocimientos»; el trabajo permanente que aspira a formular de manera universal el *sentido* de la experiencia de la sociedad, tanto mediata como inmediata, que tienen los trabajadores, se ignora. En la medida en que se reconoce que existe algo como una teoría revolucionaria, ésta aparece como una preocupación individual de ciertos militantes (págs. 116-117). El avance del proletariado hacia el socialismo toma así el aspecto de una maduración orgánica, y el papel primordial que han desempeñado y continúan desempeñando en su evolución las organizacio-

nes y las luchas específicamente políticas, se escamotea.

Así, por ejemplo, el concepto de las relaciones de producción concretas y de la empresa, que «Socialisme ou Barbarie» situó muy pronto en el centro de sus análisis, va convirtiéndose, en manos de Lefort, en un concepto mítico que, llevado hasta el absurdo, acaba por dividir el mundo en dos. La vida de los trabajadores en la empresa se convierte en la única realidad, y todo aquello que no está «en» o es «de» la empresa resulta irreal y maligno a la vez.

Nosotros decimos, por el contrario, que de la evidencia común de que la empresa no existe fuera de, ni separada de la economía, del Estado, etc., en una palabra, de la sociedad globalmente tomada (y recíprocamente), hay que extraer todas las consecuencias; lo mismo que hay que extraer todas las consecuencias de otras evidencias no menos comunes: a) que los trabajadores se interesan apasionadamente también por lo que sucede *fuera* de la empresa, y que si no fuera así, toda discusión sobre el socialismo no sería más que charlatanería vulgar; b) que precisamente en ese terreno es donde es más difícil la formación de la experiencia de los trabajadores, donde encuentra más obstáculos, se enfrenta no sólo a la falta de informaciones sistemáticamente organizada por el capitalismo y la burocracia obrera, sino también y sobre todo a la complejidad de la cosa misma y a la dificultad de elaborar un esquema global de comprensión, sin el que toda información que pudiese haber disponible por otra parte no sirve de nada.

Ésta es para la organización revolucionaria una de las misiones más difíciles de cumplir, aportando al proletariado los elementos necesarios para la formación de su experiencia global, sin hacer traición a su cometido negándose a ayudar al proletariado *contra* el capitalismo.

Elementos que no pueden ser ni son simplemente «informaciones y conocimientos». Todo el problema del programa, de la ideología, de la teoría, se plantea a este respecto. Hemos hablado ya de ello, y volveremos a hacerlo. Apuntemos por el momento que en la medida en que Lefort admite que la organización tal y como él la concibe posee una ideología y se entrega a un trabajo teórico, se aboca a la existencia separada de dos mundos cuya comunicación se rehusa a establecer. En uno de esos

mundos están las ideas en general, una perspectiva socialista, las contradicciones de la economía y de la sociedad capitalistas a nivel global, las «anti-estructuras» y «el partido y su doble». En el otro, el mundo de «la empresa», la representación y la experiencia de los asalariados recluida en su estado actual; y querer introducir en este último los elementos del primero, los elementos «ideológicos», «teóricos» y «programáticos», sería atentar contra la autonomía del proletariado.

Así, los conocimientos universales tocantes a los problemas generales de la sociedad se convierten en asunto particular de una categoría especial, aunque mal definida, de individuos: los militantes, los intelectuales, etc. Es cosa suya, preciosa y vergonzante, de la que hablan entre ellos, cultivan interminablemente en los jardines confidenciales de las revistas de tirada reducida. Y, sobre todo, de la que no hay que hablar a los obreros. Sería perturbar y adulterar el maravilloso proceso de maduración autónoma de la clase, que un día cambiará el mundo pero que entre tanto es algo más frágil que un jarrón de Sully Prudhomme.

La única unión que esa concepción es capaz de operar entre el mundo «de la empresa» y el mundo «de la ideología» es el abandono de todo contenido *preciso* del programa socialista y de la idea de revolución, que se vuelven meras palabras, palabras que por otra parte, cada vez se tiene menos derecho a pronunciar en público. Existe una maduración de la clase que lleva en sí un futuro, pero de lo que pueda ser ese futuro no sabemos, podemos saber, ni debemos tratar de saber nada: sólo la clase... Porque, al leer a Lefort, vemos claramente que una organización, para él, no tiene derecho alguno a tener un programa, a proponer una concepción concreta del socialismo (que sea fruto, claro está, de la experiencia histórica de las revoluciones proletarias): si lo hiciese estaría tratando de ocupar el lugar de la clase.

Esa concepción manifiesta, en primer lugar, una deformación total de la realidad histórica. Y en segundo lugar desconoce enteramente un presupuesto fundamental de la revolución socialista. Y lleva, finalmente, a privar al proletariado, en cuanto clase revolucionaria e incluso en cuanto clase pura y simplemente (que no existe, incluso en la sociedad actual, sólo en las empresas por se-

parado unas de otras), de elementos tanto humanos como ideológicos que le son indispensables para su lucha revolucionaria y para su lucha sin más.

La realidad histórica es que el proletariado no es solamente maduración hacia el socialismo, o más bien que esa maduración no es otra cosa que una lucha permanente en el seno del proletariado: lucha entre los elementos creadores de una nueva realidad social y la alienación en todas sus formas. Esta última se manifiesta también, aunque sea de una forma diferente, en el plano de la empresa. No existe un proceso de maduración que podamos «estorbar» nosotros: *no hay* proceso de maduración más que en la medida en que es «estorbado» constantemente, en relación a lo que sería la experiencia intrínseca de la empresa, por elementos que no pertenecen a ella, económicos, políticos, ideológicos (y entre éstos, reaccionarios, reformistas, estalinistas, revolucionarios). Es algo contra lo que nada se puede hacer: no depende de nosotros que los estalinistas repartan octavillas, o que los trabajadores no se dejen en los vestuarios lo que la burguesía les enseña en la escuela o en los periódicos, o lo que ven en el cine, ni el recuerdo de la orden de movilización de su hermano o su hijo. Lo único que depende de nosotros es que en esa batalla permanente no aparezcan presentes las ideas revolucionarias porque nos hayamos abstenido de presentarlas o porque lo hayamos hecho de la manera más impotente. (Finalmente, por otra parte, ni siquiera eso depende de nosotros: si nos negamos a representar nuestras ideas en la clase obrera habrá otros que antes o después acabarán por hacerlo, por poco que valgan esas ideas).

Y no sólo no podemos evitar esa batalla permanente, sino que sería absurdo desear que no existiera. Porque sólo en función de su existencia, puede formarse una experiencia del proletariado que concierna la sociedad global, experiencia sin la cual es inútil hablar de perspectiva socialista.

En segundo lugar, esa concepción desconoce enteramente un presupuesto fundamental en la revolución socialista. El socialismo solamente es posible como acción consciente de transformación de la sociedad. Pero una transformación consciente tal sólo es posible si los elementos esenciales de su contenido y de su forma están

explícitamente formulados de antemano. Esto significa no que la revolución burguesa improvise y que la revolución proletaria actúe según un plan establecido previamente, sino simplemente que la improvisación de la revolución proletaria contiene —y debe contener, so pena de fracaso— infinitamente más elementos conscientes que cualquier revolución anterior. No puede haber socialismo sin proyecto socialista, y uno de los polos de ese proyecto es el programa de la organización socialista. La formulación explícita de ese proyecto es necesaria para la transformación de las posibilidades históricas objetivas en orden a la revolución.

Hemos de hacer notar aquí que las posiciones de Lefort se apoyan, en definitiva, en los mismos falsos postulados que las posiciones que cree combatir violentamente, es decir, los postulados de *¿Qué hacer?*. Las posiciones de Lefort están basadas en la idea de que no hay más que un único tipo posible de teoría de la sociedad, de programa, de actividad de elaboración y difusión de ideas: el tipo «leninista», que ha de degenerar necesariamente en tipo estalinista o trotskista. Como ese tipo —elaboración separada de la experiencia de los obreros, contenido abstracto falsamente científico, difusión convertida en adoctrinamiento— es condonable, no hay más remedio que condonar las actividades mismas de que se trata, o como máximo tolerarlas entre los «intelectuales», entre los que constituyen un vicio incurable que hay que evitar sobre todo que se haga muy visible. Lefort, como Lenin en *¿Qué hacer?* postula de hecho, 1.º que el proletariado, por su experiencia propia, sólo se interesa por lo inmediato, y la única diferencia está en que lo inmediato ya no se define como «los intereses económicos» sino como «la empresa»; 2.º que no hay más que un tipo de teoría, el que puede ejemplificarse en los escritos de Marx, Lenin, Trotski y sus resúmenes vulgarizados (en el mejor de los casos, una teoría abstracta, alejada de la experiencia obrera, impenetrable para el proletariado; en el peor de los casos, una caricatura de teoría, una vulgarización mistificadora e instrumento de manipulación). Lenin consideraba malo lo primero y bueno lo segundo y Lefort hace lo contrario, pero su análisis es el mismo. Sus posiciones no son sino las posiciones de *¿Qué hacer?*, con los signos de valor invertidos.

De hecho, el problema fundamental de nuestra época es: cómo realizar por un camino distinto al del *ABC del comunismo* la fusión indispensable de la experiencia obrera y los elementos teóricos, ideológicos, etc., y solamente un iluminado o un charlatán podría pretender que sin esta fusión podría haber nunca transformación socialista de la sociedad. Nosotros decimos, por nuestra parte, no sólo que existe ese camino, sino mucho más: si se demostrase que no puede existir ese camino, habría que abandonar de inmediato toda idea y toda discusión sobre el socialismo. Si pudiera demostrarse que el proletariado es por naturaleza heterogéneo a la concepción más universal y más total de los problemas de la sociedad moderna y su transformación, ni siquiera tanto, si pudiera demostrarse que no existe una base objetiva para enlazar orgánicamente la experiencia propia del proletariado y esa concepción, toda revolución proletaria sería imposible, lo más que podría haber serían revueltas obreras condenadas a la derrota. Porque la victoria sobre la sociedad de explotación, y todavía más la construcción de una nueva sociedad, implica ya que el proletariado pueda encontrar en su propia experiencia los gérmenes de una concepción universal y los criterios que le permitan resolver unos problemas que sobrepasan infinitamente el marco de la empresa.

Decimos que si bien la experiencia del proletariado no le lleva automáticamente, inmediatamente, directamente y siempre hacia los problemas universales, hay sin lugar a dudas un enlace orgánico entre la experiencia del proletariado en la empresa y en su vida cotidiana y los problemas que conciernen globalmente a la sociedad. Decimos que es posible ayudar a la formación de una experiencia del proletariado relativa al todo de la sociedad, a partir de esa experiencia cotidiana. Decimos que poner ante los ojos del proletariado de una manera nueva y en un nuevo lenguaje, de la mejor manera que sabemos, la experiencia global de la sociedad, el proyecto más radical para su transformación no es violar al proletariado sino, al contrario, contribuir al desarrollo de los potenciales que se constituyen en él orgánicamente. Esto supone, evidentemente, una transformación igualmente radical de la teoría revolucionaria misma, de su modo de elaboración y de exposición, del concepto de política y de militante.

Esta transformación es la tarea realmente original (mucho más que cualquier modificación del contenido de las ideas, por importante que pueda ser esa idea) ante la que nos sitúa la sociedad contemporánea, como revolucionarios. Y esta tarea es la que Lefort no es capaz de ver siquiera. Y como, en definitiva, no puede concebir la teoría más que según un modelo burgués (del que por otra parte hay que reconocer que, en lo esencial, es el mismo del marxismo), es decir, como la elaboración por especialistas separados de verdades abstractas (y la deducción a partir de ellas de directivas políticas igualmente abstractas e incontrolables para quienes no poseen sus premisas), acaba por querer impedir la comunicación entre la actividad teórica y el proletariado. Sin duda, esa transformación radical de la concepción misma de lo que es una teoría está casi completamente sin hacer; pero ésa no es razón para cubrirse la cara ante una tarea ineludible. Esa transformación es una obra colectiva gigantesca, que implica el trabajo coordinado de un gran número de individuos (trabajo que será exactamente lo contrario de un trabajo puramente libre) y por eso mismo una de las misiones fundamentales de una organización revolucionaria es realizar la fusión de obreros e intelectuales.

El enlace orgánico entre la experiencia inmediata del proletariado y la experiencia más total de la sociedad se deriva de factores que expresan los caracteres más profundos de la sociedad moderna. Primeramente, el contenido mismo de la experiencia inmediata del proletariado le obliga a salir del marco de esa sociedad. Casi a cada instante, lo que sucede en la empresa remite al obrero a lo que sucede fuera de la empresa. Después, esa misma experiencia inmediata no queda confinada a la vida de la empresa: quiérase o no, el obrero es al mismo tiempo consumidor, elector, inquilino, soldado de reserva, padre de alumno, lector de periódicos, espectador de cine, etc. En tercer lugar, la experiencia global de la sociedad, aun siendo diferente de la experiencia inmediata del obrero, no es radicalmente otra, porque en definitiva representa los mismos modelos de relaciones sociales y de conflictos. Por ejemplo, las contradicciones en la empresa y las de la economía son de una misma naturaleza última, y esa identificación se convierte casi en una identidad inmediata en el caso del capitalismo burocrático integral. Porque

funcionamiento que permitan a sus segmentos comunicarse entre ellos, a cada uno de sus militantes saber lo que hacen los otros y valorarlo, al conjunto definir posiciones comunes y traducirlas en actividades comunes.

¿Cómo responde Lefort a estos problemas? Con un adjetivo o una negación: «la organización que conviene a los militantes revolucionarios es necesariamente *dúctil*» (subrayado en el original, pág. 120). Se basa sobre todo «en el rechazo de la centralización». ¿Y además de eso? Nada.

Sería estéril tratar de imaginar, poniéndose en el lugar de Lefort, las soluciones positivas que se podrían descubrir en ese «rechazo de la centralización». Si no nos dice nada es, seguramente, porque nada sabe, y menos aún sabemos nosotros. Pero desde el primer instante puede verse que «el rechazo de la centralización» significa inmediatamente el rechazo de la *unidad* de la organización y finalmente, en la práctica, el rechazo sin más de la organización, al menos en cuanto se trate de una organización para la acción.

Centralización no significa Comité Central. Centralización significa que el conjunto de la organización funciona aplicando decisiones generales a las materias de interés general. Significa que cada militante o cada célula no definen de forma independiente su política de cabo a rabo, sino que los puntos esenciales de esa política los decide la organización en su conjunto. Cosa que, desde luego, no nos dice todavía nada sobre la manera en que se toman tales decisiones. En una organización burocrática, política o sindical, al igual que en una empresa capitalista, las toma la alta dirección, la cumbre formada por jerarcas inamovibles. En una organización revolucionaria, como un Soviet o un Consejo de empresa, han de ser tomadas por el conjunto de los participantes (democracia directa) y cuando eso no sea materialmente posible, por sus delegados elegidos y revocables. Pero una Asamblea general que vota, un Consejo de empresa, son centralización: deciden por todos y sus decisiones son obligatorias para la minoría.

El «rechazo de la centralización» pura y simple comprende pues tanto el rechazo de la democracia directa como de la democracia del «Soviet»; comprende igualmente el rechazo del principio mayoritario. Y, de hecho,

el rechazo de las decisiones mayoritarias fue una de las razones principales para que Lefort y sus camaradas abandonasen «Socialisme ou Barbarie». Reivindicaban no el derecho a explicar públicamente sus desacuerdos con las decisiones tomadas como se había estipulado —y que nunca nadie puso en duda—, sino el de no ponerlas en práctica.

Si en una agrupación actúa cada uno como quiere, sean cuales fueren las decisiones de la mayoría, es absolutamente inútil y estéril llamar organización a esa agrupación. Una organización, como un hombre, se define por sus actos; si esos actos no son homogéneos, habrá tantas organizaciones como tendencias u opiniones puedan presentarse sobre cada cuestión debatida, es decir, que equivale a la inexistencia de organización. En efecto, si unos militantes se agrupan no es para intercambiar argumentaciones; el intercambio de argumentos les sirve en cuanto permite llegar a decisiones mejor fundamentadas. Los militantes se agrupan para actuar conjuntamente, porque se dan cuenta de que sólo la acción colectiva es eficaz; y también porque reconocen un valor práctico a la opinión de los otros. Negar el principio de la mayoría no es simplemente pulverizar la eficacia de la acción colectiva; es dar prueba de un individualismo que desprecia el juicio de aquellos con los que se pretende tener, por otra parte, los mismos puntos de vista fundamentales; es crear una contradicción insuperable entre lo que se dice de la organización revolucionaria y lo que se dice de una sociedad proletaria.

Sin duda, una agrupación así podría, a falta de otra cosa, ser útil en cuanto «medio» para el intercambio de opiniones. Pero sería inútil esperar de ella que realizase las tareas esenciales de una organización revolucionaria.

Tomemos, por ejemplo, una organización que comporte un millar de miembros repartidos en diversas empresas y localidades francesas, y que trate de publicar un periódico. ¿Cómo y quién tomará las decisiones sobre los problemas que estarán presentándose constantemente durante la actividad: temas a tratar, orientación, interpretación de los acontecimientos, elección de artículos, colocación de los mismos, espacio, etc.? Presentar esa decisiones como decisiones «técnicas» y pretender confiarlas a una secretaría de ese nombre sería enmascarar los proble-

mas más graves; no sería sino disimular a los ojos de la organización la instancia que de hecho estaría dirigiendo, y se crearía un centro oculto, incontrolado e irresponsable con la excusa de eliminar cualquier centro. Por otra parte es imposible concebir la publicación de un periódico como una actividad absolutamente descentralizada; sin duda alguna, sólo puede llevarse a cabo con la colaboración más amplia posible del conjunto de la organización; se podría lograr la descentralización parcial de la redacción (secciones confiadas a grupos locales o de empresa), pero un periódico no es una simple suma de secciones que se desinteresan unas de otras. Incluso en un caso tan elemental sería absolutamente necesaria una centralización, y no habría más modo de garantizarla que un comité de delegados elegidos y revocables de los grupos que constituyen la organización.

Problemas de este tipo se presentan ya a escala de treinta individuos; los encontramos a cada paso cuando tenemos un centenar; si son más, su solución es cuestión de vida o muerte para la organización. No formularlos claramente, no tratar de darles una respuesta tanto real como conforme a los principios que dice hacer suyos, significa simplemente que no se está planteando seriamente el problema de la organización. Y como de hecho no hay solución de continuidad en la estructura lógica de esos problemas tal y como se presentan ante una organización revolucionaria y tal y como se presentarán a una sociedad socialista, vemos que la actitud comentada, ante la más decisiva de todas las cuestiones, es estéril.

Porque decir que «el movimiento obrero... ha de buscar sus formas de acción en los múltiples núcleos de militantes que organizan libremente su actividad mediante sus contactos, sus informaciones y sus enlaces, garantizar no sólo las confrontaciones, sino también la unidad de las experiencias obreras» (pág. 120), es no decir nada. Nadie ha propuesto nunca que esos núcleos organicen «no-libremente» su actividad. Pedimos solamente que se nos diga qué significa *concretamente* una organización libre de núcleos múltiples. Saber *cómo* esos núcleos garantizan la *unidad* de las experiencias obreras, qué significa esa *unidad* y si puede proponerse sin que se intente formularla.

La única respuesta que Lefort y sus camaradas tie-

nen para estos problemas se encuentra en un texto de discusión, en el que piden que, en materia de organización, se busque inspiración en la crítica de la burocracia «en particular la desarrollada por Mothé que... ha opuesto la colaboración espontánea de los obreros al formalismo de las reglas y la inanidad de los aparatos de dirección». Dejemos a un lado a Mothé, que se veía así contribuyendo involuntariamente a la defensa de posiciones radicalmente distintas de las suyas. Constatemos solamente que la situación del movimiento revolucionario sería desesperada si se viese reducido a tener que elegir entre la cooperación espontánea y los aparatos de dirección. Eso significaría, en efecto, que la burocracia es inevitable en todos los terrenos en que la cooperación espontánea es físicamente imposible a causa de las dimensiones o de la articulación, en el tiempo o el espacio, de las actividades de que se trate. ¿Está Lefort en condiciones de precisar el sentido de la expresión «cooperación espontánea» aplicada a los cuarenta y cinco mil trabajadores de la Renault? ¿O de la cooperación espontánea tal y como se establecería llegado el caso entre los mineros del Pas-de-Calais y los obreros agrícolas de los departamentos del Sur? ¿O entre una célula de una organización de Toulouse y otra de Metz? ¿Serían los problemas de organización de la sociedad socialista, o los de una organización que agrupase aunque fuese solamente unos centenares de militantes a través de Francia, idénticos a los de las relaciones entre una docena de camaradas que se reúnen en París una vez por semana para intercambiar ideas e informaciones?

En realidad, el problema fundamental de una organización de tipo socialista —ya se trate de la organización de la sociedad, ya de una minoría de militantes revolucionarios bajo el régimen de explotación— es efectuar el paso de la cooperación dentro de un taller o una célula a la coordinación de las actividades de conjuntos más amplios y que sobrepasan fatalmente el medio inmediato y la cooperación «elemental». El problema no es simplemente oponer la «cooperación espontánea» de los obreros al «formalismo de las reglas y la inanidad de los aparatos de dirección». Como hemos demostrado ampliamente en esta revista³¹, eso es algo que ha hecho ya

31. «Sobre el contenido del socialismo, III», *supra*.

sobradamente la sociología industrial. *La misión del proletariado es organizar la sociedad de forma socialista allí donde por definición no puede existir la «cooperación espontánea».* Ése es el terreno en el que vencerá o fracasará la revolución socialista. Nuestra tarea, en cuanto revolucionarios, es mostrar que es posible una organización socialista no sólo del equipo o del taller, sino de la economía, del «Estado», de la sociedad en su conjunto. Y también, demostrarlo en la práctica, *resolviendo* el problema de una organización que supere el marco del grupo «elemental» y no *negándolo*, como hace Lefort.

Cuando, como en el texto citado, se da a entender que fuera de la «cooperación espontánea» no existe nada más que «el formalismo de las reglas y la inanidad de los aparatos de dirección», se puede creer que se ha llegado al *summum* de la visión revolucionaria, cuando precisamente se ha optado, de hecho, por la concepción más profundamente burguesa posible. Porque, como nadie podría pensar ni por un segundo que la coordinación del conjunto de las actividades sociales pueda realizarse mediante la cooperación espontánea de cuarenta millones de individuos, la única solución es precisamente... la construcción de un aparato burocrático de dirección. Podría criticarse su inutilidad, o deplorar su existencia; pero en ambos casos serían lamentaciones sin ningún contenido objetivo. Porque la inevitabilidad de un aparato burocrático de dirección deriva de la manera misma en que se plantea el problema, salvo que se pretenda regresar al «estado de naturaleza» y decretar la descomposición de las sociedades modernas en tribus, dentro de las cuales la cooperación espontánea bastaría para resolver los problemas.

La concepción socialista es precisamente la opuesta: considera que los trabajadores pueden crear, apoyándose en su organización elemental espontánea y yendo más allá de ella, una estructura que englobe el conjunto de la sociedad y sea capaz de dirigirla, una estructura que sea precisamente algo distinto de un aparato de dirección separado. Si eso no fuera cierto, toda crítica de la burocracia sería mera charlatanería moralizante. Es triste tener que recordar a unos sociólogos que toda discusión sobre la sociedad presupone que la sociedad existe de manera distinta a una yuxtaposición de grupos elementales y una

milagrosa coincidencia de cooperaciones espontáneas. Es triste tener que recordar a unos marxistas que la concepción socialista consiste precisamente en rechazar el dilema *típicamente burgués* entre la cooperación espontánea y los aparatos de dirección.

Ser socialista significa, quizás antes que cualquier otra cosa, rechazar la idea de que existe un maleficio en la sociedad y la organización como tales; rechazar la falsa alternativa de los Molochs burocratizados y despersonalizados y las verdaderas relaciones humanas reducidas a una decena de personas; creer que está dentro de las posibilidades humanas crear instituciones que puedan comprender y dominar, a escala de la sociedad entera y a la de una organización política.

Lo importante *

En el n.º 3 de «Pouvoir Ouvrier», un maestro planteaba la siguiente pregunta: ¿por qué no escriben los obreros? De un modo profundo mostraba que se debe a su situación en la sociedad y también a la naturaleza de la supuesta «educación» que dispensa la escuela capitalista. También mencionaba el hecho de que a menudo los obreros piensan que su experiencia «no es interesante».

Este último punto me parece totalmente fundamental, y me gustaría dar parte de mi experiencia sobre este asunto, que no es la experiencia de un obrero, sino la de un militante.

Cuando los obreros piden, como suele suceder, que un intelectual les hable de los problemas del capitalismo y del socialismo, difícilmente comprenden que se conceda un lugar central a la situación del obrero en la fábrica y en la producción. Por ejemplo, a menudo he expuesto ante los obreros ponencias en torno a las siguientes ideas:

— la manera cómo está organizada la fábrica capitalista crea un conflicto permanente entre los obreros y la dirección en torno a la producción;

— la dirección siempre utiliza nuevos métodos para encadenar a los obreros a la «disciplina de la producción» tal como ella la entiende;

— los obreros siempre inventan nuevos métodos para defenderse;

— esa lucha a menudo tiene más influencia sobre el nivel de los salarios que las negociaciones o incluso las huelgas;

* «Pouvoir Ouvrier», suplemento mensual de «S. ou B.», n.º 5 (marzo de 1959).

— el despilfarro que resulta de ello es enorme y con mucho superior al que provocan las crisis económicas;

— los sindicatos siempre permanecen ajenos y, lo más a menudo, hostiles a esa lucha de los obreros;

— los militantes obreros deben difundir todos los ejemplos de esa lucha que tienen un valor fuera de la empresa donde se han producido;

— nada cambiaría en esa situación por la simple «nacionalización» de las fábricas y la «planificación» de la economía;

— el socialismo, por consiguiente, es inconcebible sin un cambio completo de la organización de la producción en las fábricas, sin la supresión de la dirección y la instauración de la gestión obrera.

Esas ponencias eran a la vez concretas y teóricas; es decir, cada vez daban ejemplos reales y precisos, pero al mismo tiempo, en vez de limitarse a una descripción, intentaban sacar conclusiones generales. Se trata de cosas de las que los obreros tienen evidentemente la más directa y completa experiencia y que, por otra parte, tienen un profundo y universal significado.

Sin embargo, lo que se constata, es que los oyentes hablan poco y más bien parecen decepcionados. Han ido ahí para hablar u oír hablar de cosas *importantes*; y les resulta difícil creer que esas cosas importantes son las que ellos hacen cada día. Habían pensado que se les hablaría de la plusvalía absoluta y relativa, de la baja de la tasa de ganancia, de la sobreproducción y del subconsumo. Les parece increíble que se les diga que la evolución de la sociedad moderna está mucho más determinada por las acciones cotidianas de millones de obreros en todas las fábricas del mundo que por grandes leyes ocultas y misteriosas de la economía, descubiertas por los teóricos. Incluso llegan a impugnar que exista esa lucha permanente entre los obreros y la dirección y que los obreros logren defenderse; sin embargo, una vez que la discusión se ha puesto realmente en marcha, lo que dicen demuestra que ellos mismos plantean esa lucha desde el momento que penetran en la fábrica hasta el momento que salen de ella.

En los obreros, esa idea de que lo que viven, lo que hacen y lo que piensan, «no es importante», no es sólo lo que les impide expresarse. Es la más grave manifesta-

ción de la servidumbre ideológica al capitalismo. Pues el capitalismo sólo puede sobrevivir si la gente está persuadida de que lo que ellos hacen y saben son asuntos infinitos privados, sin importancia, y que las cosas importantes son monopolio de los Señores importantes y de los especialistas de los diversos campos. Constantemente el capitalismo intenta introducir esa idea en la cabeza de la gente.

Pero es preciso añadir que, en ese trabajo, ha sido ayudado en gran medida por las organizaciones obreras.

Desde hace mucho tiempo, sindicatos y partidos han intentado persuadir a los obreros de que las únicas cuestiones importantes se refieren ya sea a los salarios, ya sea a la economía, la política y la sociedad en general. Esto ya es falso; pero aún hay algo peor. Lo que esas organizaciones han considerado como «teoría» sobre esas cuestiones, y lo que cada vez más ha pasado por tal a los ojos del público, en lugar de estar, como era preciso, estrechamente vinculado a la experiencia de los obreros en la producción y en la vida social, se ha convertido en una teoría supuestamente «científica», cada vez más abstracta (y cada vez más falsa). Por supuesto, de esta teoría sólo los especialistas —intelectuales y dirigentes— saben y pueden hablar. Los obreros no tienen más que callarse, e intentar absorber y asimilar concienzudamente las «verdades» que los primeros les sueltan. De ese modo se llega a un doble resultado. El intenso deseo que grandes capas de la clase obrera sienten por ampliar sus conocimientos y sus horizontes, por rebasar el marco de la fábrica y formarse una concepción de la sociedad que les ayude en su lucha, desde el principio es destruido. La supuesta «teoría» ante la que se les coloca les parece, en el mejor de los casos, una especie de álgebra superior, inaccesible, y, en el caso más corriente, una letanía de palabras incomprensible que no explican nada. Por otra parte, los obreros no tienen ningún control sobre el contenido de esa «teoría» y sobre su verdad; las demostraciones se encuentran, se les dice, en los catorce volúmenes del *Capital* y en otras obras inmensas y misteriosas que poseen los camaradas sabios —en quienes hay que confiar.

Las raíces y las consecuencias de esa situación llegan muy lejos. En su origen hay una mentalidad profunda-

mente burguesa: al igual que existen leyes de la física, existen leyes de la economía y de la sociedad, y esas leyes no tienen nada que ver con la experiencia directa de la gente. Hay científicos e ingenieros de la sociedad que las conocen. Del mismo modo que los ingenieros pueden decidir por sí solos como se construye un puente, los ingenieros de la sociedad —dirigentes de los partidos y sindicatos— pueden decidir por sí solos la organización de la sociedad. Cambiar la sociedad es cambiar su organización «general», pero eso no afecta en nada a lo que ocurre en las fábricas —puesto que eso «no es importante».

Para superar esta situación, no basta con decir a los trabajadores: hablad, os corresponde a vosotros decir cuáles son los problemas. Es preciso demoler también esa idea monstruosamente falsa de que esos problemas, tal como los ven los obreros, no son importantes y que hay otros que lo son mucho más, sobre los cuales sólo los «teóricos» y los políticos pueden hablar. No se puede comprender nada de la fábrica si no se comprende la sociedad; pero aun menos se puede comprender lo que puede ser la sociedad si no se comprende la fábrica. Para eso sólo hay un medio: que hablen los obreros.

Enseñar esto ha de ser la primera y permanente tarea de «Pouvoir Ouvrier».

El significado de las huelgas belgas *

La ola de huelgas que, desde el 20 de diciembre hasta el 18 de enero, ha cubierto Bélgica y sorprendido al mundo, sin duda, es, después de los acontecimientos de Polonia y de Hungría en 1956, el acontecimiento más sobresaliente del movimiento obrero desde la guerra (a). Por primera vez desde hace largos años, el proletariado de un país industrializado y rico baja por centenares de miles a un combate que le enfrenta directamente con el gobierno capitalista. Como siempre ocurre en estos casos, la clase obrera reúne inmediatamente a su alrededor a todo lo que no está podrido en la población —es decir, a la inmensa mayoría. Los pequeños comerciantes de Wallonia participan en las manifestaciones; las mujeres, más combativas aún que los hombres, refuerzan los piquetes de huelga; como en Budapest, casi toda la juventud se moviliza contra el Estado y muchachos de quince o diecisiete años rompen los cordones que oponen a los manifestantes policías y dirigentes sindicales; las barreras entre los obreros y los intelectuales que se alinean a su lado se funden como la nieve al fuego de los piquetes de huelga. El soldado profesional que monta guardia en un puente dice: «Nunca dispararé contra un semejante», y los curas declaran que la causa de los obreros es justa. En toda Wallonia, la señal de una situación revolucionaria está presente durante treinta días en la extraordinaria unificación de la población, la total solidaridad entre los que

* «S. ou B.», n.º 32 (abril de 1961).

(a) El n.º 32 de «S. ou B.» estaba dedicado en gran parte a la descripción y análisis de las huelgas belgas, basados fundamentalmente en testimonios y reportajes de los participantes (de Bruselas, de Charleroi, de Mons, de Lieja, de la Louvière, etc.).

luchan, la abolición de las distancias entre los individuos, las profesiones y las edades.

La señal de una situación revolucionaria también la encontramos en el origen del movimiento. Desde hace meses, el gobierno prepara la cuchara destinada a vaciar el océano del desorden capitalista; desde hace meses, la burocracia sindical y política charla y blande amenazas simbólicas de huelga de una o de veinticuatro horas. Pero cuando la Ley única llega al Parlamento, los obreros, sin esperar ya órdenes, toman el asunto entre sus manos y desencadenan la huelga. Una vez más, el movimiento tiene su origen en los más explotados: los obreros comunales. Y la extensión de la huelga en la siderurgia viene marcada, en varios casos, por violentas peleas entre los obreros y los delegados sindicales.

Pero aunque se pueden descubrir fácilmente en los acontecimientos de Bélgica las características de los grandes movimientos proletarios, es importante reconocer sus límites, que también fueron las condiciones del fracaso final. Los obreros empezaron eligiendo, en varios lugares, comités de huelga formados por trabajadores que habían desempeñado algún papel en el desencadenamiento del movimiento. Pero desde el momento en que los sindicatos ratificaron el movimiento al que ya no podían oponerse, han podido imponer fácilmente por todas partes los comités de huelga, de hecho nombrados en la cumbre. En ninguna parte, con consiguiente, se discierne un intento de los trabajadores por formar *su propia dirección autónoma*. Aunque desconfiando de la burocracia sindical y política, despreciándola, a veces abucheándola, el proletariado belga de hecho no logra librarse de su influencia, ni afirmarse como dirección de sí misma y de la sociedad, ni crear cualquier embrión de nuevas instituciones —como lo han sido en otras circunstancias los comités de huelga realmente representativos, los comités de fábrica, los consejos obreros o los soviets. A pesar de ciertas dificultades, la burocracia sindical logra conservar de un cabo a otro el control del movimiento.

Encontramos esta falta de autonomía del proletariado cuando examinamos los *objetivos* del movimiento. La desproporción entre la amplitud y el encarnizamiento de la lucha obrera, por un lado, y el objetivo formulado y aparente de esa lucha —la retirada de la Ley única—,

por el otro, es tal que podemos atrevernos a decir que el movimiento no tenía objetivo; en todo caso, objetivo que merecía que se hable de él. Que la burocracia no haya podido ni querido dar al movimiento otros objetivos, es algo muy comprensible; ¿cuáles podrían ser? Para la burocracia, la inmensa lucha popular era causa de un inmenso estorbo, con las proporciones que había tomado, no era *utilizable*. Todo lo más, hubiera podido ser utilizada para forzar la formación de un gobierno con participación socialista; rápidamente resultó muy claro que la burguesía no lo quería a ningún precio. Para obligarla a ello, la burocracia hubiera tenido que radicalizar la lucha, buscar los combates en la calle, combatir el aparato estatal; en una palabra, hubiera tenido que hacer lo que una burocracia reformista siempre ha sido orgánicamente incapaz de hacer. De una punta a otra de la lucha, la burocracia ha sido cogida en esta insuperable contradicción. Radicalizar el movimiento era volverse contra ese aparato de estado que ayer dirigió, que se prepara para dirigir de nuevo mañana, del que, de todos modos, forma parte. Oponerse claramente a los trabajadores era separarse definitivamente de ellos, demoler el fundamento de su propia existencia, sin grandes posibilidades de dominar los acontecimientos. De ahí su táctica exclusivamente dilatatoria, la espera del desgaste de la huelga, su rechazo de la orden de huelga general, su rechazo de la marcha sobre Bruselas, su amenaza de abandonar las herramientas, destinada a calmar a los huelguistas y nunca realizada. Por esas mismas razones, la burocracia era incapaz de asignar al movimiento cualquier objetivo real.

Es fácil caer en la tentación de decir que el movimiento no tenía objetivos, pero eso sería falso. Seiscientos mil asalariados en huelga, más de un millón de personas si contamos a todos los que han participado en el movimiento, no han luchado durante treinta días y consentido enormes sacrificios, sin querer algo distinto y más importante que la retirada de una reforma presupuestaria, mirándolo bien, más benigna que las medidas tomadas por de Gaulle y Pinay en diciembre de 1958. Lo que los trabajadores en lucha querían se traslucen en la elección que hicieron de sus enemigos, de los inmuebles que atacaban, en los slogans que surgen de la multitud —«Los banqueros han de pagar»—, en los que recoge con más

gusto —«Las fábricas para los obreros». Los trabajadores querían luchar contra el régimen capitalista. Pero esa voluntad no han podido formularla explícitamente, ni darle la forma de objetivos determinados, de un programa en el sentido más amplio de la palabra. El proletariado belga no ha podido formarse una perspectiva *positiva* y, por esa razón, incluso el lado «negativo», puramente defensivo de su lucha, no ha podido llevarse a cabo.

Nos encontramos, pues, ante una patente contradicción entre la combatividad de la clase obrera, su solidaridad, la conciencia de su oposición en tanto que clase a la clase y al Estado capitalistas, su desconfianza de la burocracia, por un lado, y, por el otro, la dificultad, por el momento insuperable, que encuentra para librarse de la influencia de esa burocracia, asumir positivamente la dirección de sus asuntos, crear sus propias instituciones, formular explícitamente sus objetivos. ¿Cuál es el origen de esta contradicción? ¿Cómo podrá ser superada?

Digamos al punto que las huelgas belgas manifiestan de una forma típica la situación del proletariado en una sociedad capitalista moderna. En primer lugar, relegan a su justo sitio —el Museo de las monstruosidades teóricas— a las concepciones que proclamaban la desaparición del proletariado, el fin de la lucha de clases, etc. En un país fuertemente industrializado, con un nivel de vida superior a la media europea, el proletariado ha luchado como clase contra los capitalistas; y ha luchado contra el régimen, no por su modernización. Además, muestran el carácter caduco de un cierto número de esquemas de un seudo-marxismo conservador. No son los «inexorables mecanismos de la economía capitalista», sino el intento de Eyskens de eliminar el desorden de un sector de la economía capitalista, lo que ha desencadenado las luchas y ha estado a punto de echar por tierra a la burguesía belga.

Pero sobre todo se constata que desde el momento en que precisa pasar al plano de la acción *política* —que apunta al conjunto de la sociedad— el proletariado encuentra dificultades, por el momento, insuperables. La influencia de la burocracia, la costumbre de confiar la gestión de sus asuntos a los «responsables», el *desaprendizaje* de los asuntos de la sociedad se han vuelto tales

que, en un país con una antigua tradición de luchas obreras, la idea de que una red de comités de huelga, independiente de los sindicatos y responsable ante los trabajadores, tenía que constituirse al punto, no ha aparecido incluso entre los militantes más a la izquierda; la idea de que esa enorme lucha pueda ser el punto de partida de un combate por la transformación socialista de la sociedad, aún menos.

Resultaría completamente superficial atribuir ese fenómeno a condiciones locales y, por lo tanto, «accidentales». En todos los países modernos, se presenta virtualmente la misma dificultad, resultado de medio siglo de burocratización del movimiento obrero y de la sociedad en general.

¿Cómo se puede superar esa situación? La clase obrera belga —y con ella, los elementos más conscientes del proletariado europeo— acaba de llevar a cabo una experiencia crucial con la burocracia, y ésa es sin duda la *primera* condición de un cambio de la actitud obrera contemporánea frente al problema general de la sociedad.

Pero por sí sola, esta experiencia puede seguir siendo totalmente insuficiente —y conducir simplemente a la desmoralización, que nunca ha enseñado nada a nadie— si no se realiza un trabajo para extraer, *con* los obreros belgas y *para* ellos, las lecciones consecuentes, para formularlas claramente, para trazar una perspectiva *positiva* de lucha para la transformación de la sociedad. Ese trabajo, sólo una organización revolucionaria puede hacerlo; una organización que no pretenda sustituir a la clase, ni dirigirla, sino ser uno de los instrumentos que ésta utiliza para su liberación. Ya cuando las huelgas, si hubiese existido una organización así, hubiera podido desempeñar un papel capital: ideas como la elección de los comités de huelga, su federación en el plano nacional, y objetivos de carácter socialista hubiesen podido ser presentados a la clase obrera y defendidos ante ella, y eso hubiera podido modificar radicalmente el aspecto y la evolución de las luchas.

Nos sentimos dichosos por poder anunciar hoy que algunos camaradas belgas, con la cooperación de nuestra organización «Pouvoir Ouvrier» de Francia, trabajan, dese de que se produjeron los acontecimientos, en la constitución de una organización revolucionaria en Bélgica.

Para una nueva orientación

*Introducción **

El grupo ha llegado a un momento decisivo de su historia.

Esta situación crucial le viene impuesta a la vez por acontecimientos exteriores y por su situación interna.

Acontecimientos exteriores: habiéndose terminado la guerra de Argelia, no es posible continuar esquivando la respuesta a la siguiente cuestión: ¿en qué consiste la actividad revolucionaria en un país de capitalismo moderno?

Situación interna: la gran mayoría de los camaradas, de hecho casi su totalidad, sienten claramente que el extremado empirismo y el negarse a responder, en la medida de nuestras fuerzas, a las cuestiones fundamentales, que, desde hace dos años, han caracterizado la conducta y la existencia del grupo, no pueden prolongarse sin crear la certeza de una dislocación.

Estos dos factores se combinan en la actualidad para obligar al grupo a rehacerse. Durante los dos últimos años, la guerra de Argelia ha servido de hecho de sustituto de una búsqueda de solución de los verdaderos problemas políticos (en el sentido más profundo: de orientación) que se nos plantean. Esto no constituye una crítica de esa actividad como tal, sino del hecho de que prácticamente ha constituido la *única* actividad del grupo y el tema central de su propaganda. Era algo *falso*. Pero en todo caso, en lo sucesivo, resulta ya imposible. Ya no podemos continuar pensando (incluso si lo pensásemos inconscientemente): de todas formas, hemos de hacer todo lo que podamos contra la guerra de Argelia y, como no

* Difundido en el interior del grupo «S. ou B.» (octubre de 1962).

podemos hacerlo todo a la vez, lo demás esperará. (Idea que se combinaba, en algunos camaradas, con la esperanza de que las consecuencias de la guerra, bajo la forma por ejemplo de una crisis del régimen gaullista, nos llevarían a situaciones conocidas, «clásicas», que nos librarian de los problemas nuevos.) Ahora estamos obligados, so pena de extinción, a responder a esos problemas: ¿qué pueden decir y qué pueden hacer los revolucionarios en un país capitalista en el que el régimen está estabilizado y no encuentra a corto plazo dificultades críticas, en el que la población no es activa políticamente, en el que incluso (como es el caso particular de Francia) las luchas industriales siguen siendo muy escasas y limitadas?

A esos aspectos hay que añadir otro, que se refiere a nuestras relaciones internacionales:

— En Inglaterra se ha constituido un grupo —se trata del grupo que en la actualidad publica «Solidarity»— sobre la base de nuestras ideas, y en particular de la parte de esas ideas que más se ha impugnado en el grupo francés. Este grupo se ha ido desarrollando desde hace dos años y funciona en varios aspectos de una manera ejemplar.

— En los Estados Unidos se ha producido una escisión en el grupo «Correspondence» entre los que defienden por encima de todo la fidelidad al marxismo tradicional (Johnson) y los que quieren definir de nuevo las concepciones y la práctica revolucionaria en función de la sociedad en que vivimos (Ria Stone).

— Hemos establecido contactos con una organización revolucionaria japonesa (la Liga Comunista Revolucionaria - Comité Central) que, muy próxima a nuestras ideas en general, es la primera organización que basada en esas ideas posee una fuerza numérica real y una influencia preponderante sobre un movimiento de masa (los Zengakuren).

Por lo tanto, hemos dejado de estar solos en el plano internacional; nuestros vínculos ya no son sólo contactos con individuos o pequeños grupos. Esto puede representar para nosotros una inmensa aportación positiva, pero también nos sitúa ante nuevas y considerables tareas y responsabilidades.

Ante esta situación, nos hemos reunido un cierto número de camaradas de París y hemos decidido presentar

al grupo un conjunto de proposiciones con el objetivo de ayudarle a salir de su estado actual y permitirle hacer frente a sus tareas, y en primer lugar a *definirlas*. La base común a partir de la que nos hemos reunido es el acuerdo con lo esencial del análisis, el método y de la orientación definidos en el texto de Cardan, *El movimiento revolucionario en el capitalismo moderno*, publicados en los núms. 31 a 33 de «S. ou B.» (dando por supuesto que este texto, como todo texto que no procede de una revelación divina, es un eslabón en el desarrollo de la teoría y de la práctica revolucionaria, y por lo tanto está destinado a ser completado, precisado y al final superado; simplemente consideramos que es el eslabón esencial hoy día). La razón por la que hemos estimado preferible reunirnos y trabajar en una primera etapa separadamente es la extrema confusión ideológica en la que desde hace dos años se encuentra el grupo y la conciencia de que, en ese contexto, las discusiones se prolongan inútilmente y se pierden sin provecho de nadie.

Proponemos que la organización apruebe, ya sea en una Conferencia nacional, ya sea en una Asamblea general de los camaradas de París ampliada a los camaradas de las provincias:

- un programa de orientación ideológica y política,
- un texto sobre la orientación de la propaganda,
- un texto sobre la orientación de la actividad,
- estatutos y reglas de funcionamiento provisionales (a).

Esta aprobación ha de producirse en plazos razonables. La discusión que ha de preceder a la decisión sobre esos textos no debe eternizarse. Los problemas planteados han sido discutidos desde hace años en el grupo, al menos una buena parte de ellos. En cuanto a la otra parte, su solución no provendrá ciertamente de una discusión confinada de un grupo que se estanca. Es preciso adoptar firmemente un cierto número de posiciones sobre puntos esenciales que permitan que nuestro trabajo avance y que se pase a la aplicación manteniendo los ojos y la mente alertas.

(a) El «programa» aquí mencionado está publicado más adelante con el título con el que apareció en «S. ou B.» (*Reemprender la revolución*), al igual que los textos sobre la propaganda y las actividades.

Para preparar esas decisiones vamos a someter al grupo una serie de textos (b).

Nuestra intención y nuestra esperanza es que el conjunto de los camaradas, una vez desencadenado el proceso, participará totalmente en la discusión y la elaboración final de esos textos, y que nuestra tendencia podrá dejar de existir en tanto que tendencia particular.

Sobre la orientación de la propaganda *

I. — Función y características de la elaboración ideológica y de la propaganda en el período actual

1. La elaboración continua y la difusión de una ideología revolucionaria es una tarea fundamental de la organización. Cualesquiera que sean las condiciones objetivas, cualesquiera que sean los problemas referentes a las otras formas de actividad, no podemos permitirnos ninguna vacilación a ese respecto, ni puede existir ninguna duda. Pase lo que pase, por otra parte, lo que la organización haga en ese campo, si lo hace bien —y puede hacerlo bien— seguirá existiendo; y si las circunstancias le obligasen a atravesar un mal paso, la elaboración ideológica y la propaganda son a la vez lo que permitirá cimentar a la organización durante ese período (y no un vano activismo que, sin respuesta social, sólo desmoralizaría y desintegraría a la organización) y le proporcionará las bases necesarias para abordar la fase siguiente.

La necesidad de ese trabajo es en la actualidad mucho más imperativa que en el pasado. No se producirá un renacimiento de un movimiento socialista revolucionario si todo un conjunto orgánico de ideas, de principios, de valores de actitudes, de criterios, no son establecidos y explícitamente adoptados por una corriente importante de la población trabajadora. Tenemos que constituir, formular y propagar una visión de la historia y de la sociedad, de las relaciones entre los hombres y de la organización de su vida en común, sin la cual las reacciones de la gente contra la mistificación, la alienación y la descomposición del capitalismo corren el riesgo de no

* Octubre de 1962 (texto difundido en el interior del grupo «S. ou B.»).

(b) Aquí se indicaban una parte de los textos propuestos más tarde en el texto sobre la propaganda (v. más adelante).

articularse nunca. Basta con recordar el enorme papel desempeñado a este respecto por el movimiento marxista (y otros) durante el siglo XIX. Nacidas la mayoría de las veces en el seno del proletariado y por sus luchas, ideas como la lucha de una clase contra otra, el socialismo, el internacionalismo, la visión misma del «burgués» como encarnación concreta de eso contra lo que se luchaba, no hubieran desempeñado el explosivo papel que desempeñaron, no se habrían convertido en verdaderas fuerzas históricas, si el movimiento marxista no las hubiese elaborado, precisado y sistemáticamente difundido. Sin esa ideología, mucho más que ideología: sin esa visión de la sociedad, esa *cultura* proletaria que tenía sus propios valores, criterios, polos, no hubiera habido movimiento obrero, sino tan sólo explosiones fragmentarias y esporádicas. Y no es necesario afirmar, en nuestra organización, que se trabaja sólo una organización revolucionaria puede hacerlo, a partir sin duda de elementos que la misma sociedad produce, pero que abandonados a ellos mismos «espontáneamente», nunca formarán una ideología coherente, un polo que se oponga al polo capitalista-burocrático.

Ahora bien, es imposible subestimar la inmensidad de esa tarea. La cultura capitalista se descompone ante nosotros —pero la vieja cultura proletaria también. ¿Qué es en la actualidad el socialismo, no para nosotros y nuestros allegados, algunos centenares de individuos en un océano de tres mil millones de almas, sino para los trabajadores reales de una sociedad real? ¿Qué es el internacionalismo? ¿Qué es «la clase» para ellos? Algo peor que nada —una nada recubierta por los escombros de la ideología precedente que una vez de cada dos (la otra vez es la mistificación capitalista quien se encarga de ello) incluso les impide ver y en todo caso pensar claramente la realidad. Como decía Mothé, cuando los obreros de la Renault quieren expresar su rabia contra el sistema y contra las condiciones que les impone, hablan del «bistec», que en realidad no está en juego para nadie. Ocurre que, al no poder expresar de una forma articulada su rebelión contra la sociedad actual, continúan utilizando las viejas palabras clave, desde ahora privadas de todo significado real. Ésa es nuestra tarea, que no podrá ser realizada por nadie más: proporcionar las nuevas pa-

labras clave, las nuevas ideas motrices, correspondientes a la realidad actual que permitan la clarificación de los pensamientos y la fecundidad de las acciones.

La propagación de las nuevas concepciones sólo puede realizarse paralelamente a una elaboración ideológica continua. La actitud consistente en decir: elaboraremos primero, difundiremos después y por último actuaremos, sería evidentemente mecanicista y esterilizadora. Pero igual de falsa es la actitud consistente en decir: tenemos un cuerpo de ideas constituido y suficiente, se trata de popularizarlo y de hacerlo pasar a los actos. La elaboración ideológica continua —que da la impresión de que algunos camaradas de la organización sólo la admiten a regañadientes— es, hoy día como nunca antes, una condición *sine qua non* para que pueda existir una propaganda y una actividad revolucionaria dignas de ese nombre. Si Marx escribía, hace ciento quince años, para caracterizar a la época capitalista: «todo lo que es sólido se desvanece, todo lo sagrado es profano... la sociedad vive en un estado de perpetua conmoción», cuando vivía durante una fase que retrospectivamente nos parece una fase de relaciones estables y de desarrollo extremadamente lento, ¿qué habría que decir hoy? Probablemente, que nuestros esfuerzos más audaces tan sólo nos mantienen jadeantes a una respetable distancia de una realidad en alucinante cambio. Los que, ante esta situación, dicen: sólo tenemos que completar o mejorar el marxismo clásico, dicen, con palabras veladas: tenemos sueño.

Hasta el momento, sólo hemos planteado algunos fundamentos de esa elaboración ideológica. Y nuestro esfuerzo por la propaganda de *nuestras* ideas, propiamente hablando, no ha empezado. Lo más esencial y a la vez más nuevo en nuestras posiciones prácticamente no ha aparecido en público.

2. En medio de esa cultura que cada día se descompone más, en su ala capitalista tanto como en su ala «obrera», hemos de alzarnos como la negación total de lo establecido, y como la expresión de las verdaderas aspiraciones de los hombres. Por lo tanto, hemos de marcar una ruptura radical con la ideología y los valores de la sociedad oficial, de hecho compartidos, con variantes menores, por las organizaciones pretendidamente «obreras». El primer aspecto, y el más importante actualmen-

te, de esa ruptura es la ruptura con la «teoría» y la «ideología» de las organizaciones «de izquierda»: una concepción económica-política de pocos alcances expresada en una jerga inhumana. En primer lugar es preciso romper el *marco* en el que siempre se han situado su ideología y su propaganda, el de una modificación del funcionamiento de la economía ocasionado por un cambio político. La crisis de la sociedad y de la cultura es total, la revolución será total o no será.

Romper con la ideología burocrática significa en primer lugar romper con los *temas* de esa ideología y de la correspondiente propaganda. Significa ampliar los temas de que hablamos a todos los aspectos de la vida de los hombres en sociedad. Por otra parte, a ello nos obliga el contenido más profundo de nuestras ideas: si el problema en el capitalismo moderno no es el del estancamiento del nivel de vida y el paro, las únicas cuestiones que se vuelven importantes son: ¿qué es el trabajo? ¿qué es el consumo? ¿cuáles han de ser las relaciones de los hombres en la producción, en la familia, en la localidad, etc.? Si el socialismo no se reduce a algunas transformaciones del sistema económico, si incluso esas transformaciones son inconcebibles y están vacías de contenido sin *otra cosa*, sin un cambio radical de la actitud de los hombres frente a la sociedad; si ese cambio sólo puede producirse porque los hombres comprenderán que su gestión de la sociedad concierne verdaderamente su vida concreta, entonces, esa vida concreta, en su infinitud de aspectos, ha de ser nuestro tema permanente.

A continuación es preciso romper con lo que nos queda de dogmatismo y con lo que, en nuestro perfeccionismo tan relativo, sólo es negativismo e inhibición. Hay un cierto número de puntos programáticos fundamentales con los que hemos de ser extremadamente firmes y estrictos: gestión obrera, poder de los consejos, absurdidad del reformismo, destrucción de la jerarquía, igualdad de los salarios, democracia directa, derecho a la información total. Existen muchos otros de los que es vital hablar, pero a partir de ellos resultaría simplemente ridículo querer fijar aquí y ahora el curso de la humanidad futura. Todos los fenómenos sociales sufren, en la actualidad, modificaciones aceleradas e interdependientes. Las cuestiones que hemos empezado a remover, y que tendremos que remover

cada vez más, están unidas por vínculos a la vez sólidos y sutiles, cegadores y oscuros, a la totalidad de los fenómenos sociales, bajo sus aspectos más importantes. Son inmensamente difíciles y complejos. Por lo tanto, no es cosa de establecer sobre todo posiciones «programáticas» y de defenderlas como defendemos nuestro programa. Tampoco se trata de limitarnos a defender nuestro programa (los puntos definidos anteriormente). La gente no hará una revolución por sus salarios (en todo caso, no en la actualidad); ni siquiera la hará por la gestión obrera como tal, y con razón, pues la gestión obrera como tal sólo es un instrumento, no un fin en sí. Los hombres harán una revolución para cambiar radicalmente su forma de vida, y eso concierne al *contenido* de la revolución, sus *fines* y sus *valores*. Ese contenido, esos fines y esos valores es preciso ya pre-esbozarlos de alguna manera. Eso no podemos hacerlo solos, pues entonces sólo seríamos un pequeño grupo pariendo sus utopías personales. Pero podemos hacerlo: en primer lugar, si sabemos ver, comprender, interpretar y formular lo que la gente hace por su parte, en su trabajo y en su vida; en segundo lugar, si sabemos discernir, en el seno mismo de esa cultura que se descompone, los esfuerzos y las tentativas de individuos y pensadores que no están forzosamente de nuestro lado pero cuyos resultados son utilizables por nosotros; por último, si sabemos aceptar y suscitar la colaboración y las contribuciones de personas exteriores a la organización, en el marco de un acuerdo ideológico muy amplio, con libertad para marcar cada vez que les damos la palabra que esas ideas no son necesariamente las nuestras y con libertad para precisar nuestras diferencias cuando lo estimemos útil. Si estamos convencidos de que nuestras ideas son verdaderas, no tenemos razón alguna para tener miedo a nadie. Nuestra perspectiva en este campo ha de ser la de que hemos de convertirnos en los animadores y los guías de una vasta corriente ideológica, cuya orientación está clara y firmemente establecida, pero en la que coexisten (y pueden coexistir) una gran variedad de opiniones y actitudes que expresan la riqueza y la complejidad del movimiento socialista revolucionario. La humanidad futura no será un militante neobolchevique de tres mil millones de ejemplares —y eso ha de ponerse

de manifiesto en nuestras ideas, en nuestras actividades, en nuestras actitudes.

Hay que romper con el dogmatismo con respecto a los demás —y también hay que romper con el dogmatismo con respecto a nosotros mismos. Hay que despojarse de un cierto falso rigor, que no es más que rigidez. Hay que aceptar y animar los esfuerzos de los que, en la organización, hacen una aportación fragmentaria sobre determinado punto, quieren plantear un problema, o poner en duda tal o cual idea. No se trata de «plantearse cuestiones» por el placer de planteárselas, sino de comprender que, en el campo de las ideas lo mismo que en el de la acción, no se da el progreso sin tanteos y sin errores. Hay que comprender que la expresión y la formulación de una idea, incluso fragmentaria, inacabada o errónea, puede conducir a su superación, mientras que su rechazo sólo conduce a la neurosis política. Hay que reflexionar lo mejor que se pueda antes de hablar y de escribir, pero también hay que denunciar una censura estéril y comprender que no estamos, en cada instante de nuestra vida, legislando inapelablemente para los siglos venideros.

Romper con las concepciones y la práctica de las organizaciones burocráticas significa también romper con la jerga tradicional, que ha perdido todo significado para la gente o incluso se ha convertido en un objeto de burla (cf. los artículos de Mothé en «S. ou B.»). Es preciso que transformemos nuestra forma de hablar y de escribir y que eliminemos sin piedad de nuestros discursos y nuestros textos los términos de iniciados y el cariz didáctico de la exposición. Evidentemente, sobre este punto, no se pueden dar recetas ni resolver el problema por simple decisión y en un día; sólo la multiplicación de los ejemplos y de los tanteos podrá dar resultados (algunos textos de los camaradas ingleses y americanos muestran el camino a este respecto). Pero es preciso que esa necesidad de cambiar nuestro lenguaje se convierta en una preocupación, una obsesión permanente de todos.

Por último, hay que romper con los métodos de elaboración tradicionales. Lo que decimos, por otra parte, sobre la necesidad de una reunificación de la cultura y de la vida, de la teoría y de la práctica, de los intelectuales y de los obreros, no ha de seguir siendo un ser-

món de los domingos. Más adelante mostraremos lo que eso puede significar actualmente para nosotros.

3. Los grandes ejes de nuestro trabajo de elaboración y de propaganda son:

a) Analizar y mostrar la disgregación de las formas de vida y de existencia social de la gente, en todos los campos, creadas por el capitalismo y constantemente destruidas por éste. Analizar y mostrar las consecuencias que eso produce para la vida de la gente, el despilfarro y la incoherencia en el plano social, la miseria y el ahogo en el plano individual.

b) Analizar y mostrar lo positivo que emerge constantemente en reacción y en lucha contra las formas de vida capitalistas y contra su descomposición: en primer lugar, en la vida de la gente, que se ve obligada a crear formas que les permita sobrevivir y a dar un sentido a su vida —ese sentido, por primera vez en la historia de la humanidad, ya no es el sentido heredado e ingenuamente aceptado, sino que es buscado por los hombres en un mundo donde ya nada es cierto; en segundo lugar, en la misma cultura capitalista, cuyos mejores representantes se ven obligados a la vez a denunciar el sistema actual y a proponer soluciones positivas parciales que muy a menudo se sitúan en la misma perspectiva que las nuestras.

Es necesario que realicemos aquí un comentario sobre dos puntos.

En primer lugar, en la organización o en sus entornos inmediatos, se han dado sobre esos problemas posiciones unilaterales y por consiguiente absurdas, un solo aspecto de la realidad era comprendido, subrayado, erigido en absoluto. Por un lado Johnson, pretendiendo que «la sociedad socialista ya está ahí, en la comunidad obrera de la fábrica»; por otro, los camaradas que presentan a la sociedad capitalista como alienación pura y total, o a la cultura contemporánea (en general, y en sus manifestaciones particulares) como una nada integral. Sin embargo, no resulta difícil comprender: 1.º que si la sociedad socialista estaba ya ahí, la gente probablemente se habría dado cuenta de ello; 2.º que si la sociedad actual no fuese más que alienación, se habría desmoronado, y si la cultura estuviese totalmente derrumbada, ya no podríamos emitir más que borborigmos. Casi todos estarán de

acuerdo en eso, pero no todos se tomarán la molestia de ver cada vez los dos factores que están a la vez en lucha y en íntima unión.

Además, se trataría precisamente de una filosofía muy pobre la que se contentara con señalar que cada cosa tiene dos lados o incluso que están en dependencia recíproca. El capitalismo burocrático intenta constantemente alienar a los hombres —pero los mismos medios que emplea con ese fin son tomados de nuevo por los hombres y vueltos contra él, del mismo modo, por otra parte, que la lucha de los hombres contra el sistema establecido puede ser recuperada por éste. Ya hemos analizado en «S. ou B.» esa dialéctica en la producción —pero actúa en todos los campos. Nada es simple y nada está fijado de una vez por todas —lo que no quiere decir que todo está en todo, o que todo es dudoso, sino que es preciso tomarse la molestia de reflexionar sobre cada problema y en cada etapa. La verdad casi siempre es concreta.

c) Esbozar respuestas socialistas, ya sea sobre los problemas inmediatos, ya sea sobre el problema de la transformación de la sociedad, basándonos en las luchas de los trabajadores, en la actitud y las necesidades de la gente, y en nuestros análisis teóricos.

4. Nuestras fuentes en ese trabajo han de ser:

a) Documentos concretos, que resalten la manera cómo vive la gente la crisis de la sociedad en los diferentes aspectos de su vida y la manera como reaccionan contra ella. Debemos: 1.º frecuentar las entrevistas y los reportajes, obtener testimonios sobre las cuestiones que nos preocupan o que preocupan a la gente; 2.º utilizar documentos de todo tipo, incluidos los que a menudo publica la prensa burguesa; 3.º explotar la prensa de las organizaciones emparentadas, por ejemplo, de los camaradas americanos; 4.º organizar discusiones entre camaradas del grupo, y entre éstos y gente del exterior. A este respecto se produce un fenómeno abrumador en la organización tal como está actualmente, a saber, que sólo una ínfima parte de la experiencia y de los intereses de los camaradas se traslucen en el funcionamiento formal de la organización. Ése es, propiamente hablando, un estado de alienación, debido a una censura inconscientemente ejercida contra todo lo que no es «política», que hemos de superar so pena de esterilización definitiva.

b) La explotación del material teórico e histórico que produce en abundancia la cultura contemporánea. Por así decirlo, no existe nada importante en la producción actual que no sea interesante para nosotros, que no podamos utilizar de un modo u otro —a condición, en primer lugar, de saber leer, en todos los sentidos de la palabra, a condición, luego, de introducirlo en la perspectiva de la transformación revolucionaria de la sociedad. Más adelante daremos ejemplos concretos.

c) Nuestro propio trabajo de reflexión y de investigación, el único que puede efectuar la síntesis y la unificación de todo ese material, y que podrá llevarlo a cabo si por fin se libera de las ataduras de una ortodoxia que ni siquiera se atreve a llamarse por su nombre.

[...]

II. — *Los grandes temas de nuestra elaboración y de nuestra propaganda.*

6. El trabajo y sus nuevas formas.

Entrevistas: obreros de las cadenas de la Renault; obreros de las máquinas de transmisión; camaradas de la R.N.U.R. del Mans; delineantes industriales y mecanógrafos; empleadas de una gran Central telefónica; dependientas de grandes almacenes; mujeres que trabajan en las fábricas; técnicos; administrativos de una empresa industrial.

Textos: por los camaradas maestros del grupo, sobre su trabajo; por los camaradas profesores del grupo, sobre su trabajo. — Texto sobre la jerarquía (en los talleres; en las oficinas; destino del problema de la responsabilidad en una estructura jerárquica, etc.). — Texto sobre los empleados. Texto sobre la automatización (mito y realidad; aspectos técnicos y económicos, pero sobre todo acentuar el papel del trabajador en los conjuntos automatizados: reducción del trabajo en vigilancia pasiva, desaparición del sentido del trabajo y de la socialización en el trabajo; automatización y trabajo en una sociedad socialista). Texto sobre el sentido del trabajo (cómo viven los trabajadores su trabajo, qué esperan de él; en qué medida el trabajo se ha reducido prácticamente a un medio de sustento; el trabajo como terreno de socia-

lización, en los talleres y en las oficinas). — Resumen y análisis del libro de Peter Drucker, *Landmarks of Tomorrow*.

7. Situación de la mujer y problema de la familia.

Traducción del folleto de «Correspondence», «A Woman's Place»; antología y traducción de los artículos sobre la situación de la mujer publicados en «Correspondence»; resumen y análisis del libro de Margaret Mead, *Male and Female*.

Conversaciones entre las camaradas del grupo; a partir de los textos mencionados o que se mencionan a continuación.

Texto sobre la situación de la mujer en la sociedad contemporánea (análisis de los tres cambios fundamentales en la situación de la mujer: entrada de las mujeres en el trabajo productivo *asalariado*; hundimiento de la moral sexual patriarcal; acceso de la mujer a la igualdad formal en cuanto a la educación, los «derechos» políticos y la responsabilidad social. Mantenimiento de hecho de la opresión económica y social; importancia de los restos de mentalidad patriarcal y miseria sexual de la mujer. Cómo intentan hacer algo las mujeres en cuanto a su vida en esa situación. Qué puede significar el socialismo para las mujeres).

Texto sobre el problema de la familia contemporánea (desaparición de la antigua familia patriarcal, reducción de la familia a la unidad biológica de reproducción padres-hijos. Movimiento contradictorio en la sociedad contemporánea hacia *a*) la desestabilización de la familia como consecuencia del hundimiento de los tabúes y de la crisis de las relaciones entre los sexos, *b*) un acrecentado sentido de la familia como consecuencia de la privatización. La familia como unidad económica y unidad de consumo. La familia como institución de instrucción y educación de los hijos. La familia y el destino de los viejos. Consideraciones sobre el futuro de la familia).

8. Los niños, la educación, la juventud.

Conversaciones entre padres sobre los problemas que plantean los hijos. Entrevistas a jóvenes sobre sus padres. Entrevistas a «blousons noirs» y a jóvenes «des-arrigados» típicos.

Resumen y análisis del libro de Bruno Bettelheim, *Truants from Life*.

• Texto de síntesis sobre la juventud contemporánea a partir de los textos de Mothé sobre los jóvenes obreros y de Claude sobre los estudiantes (*a*).

Textos: sobre la crisis de las imágenes tradicionales del hombre y de la mujer en la juventud contemporánea; sobre los niños y su educación en las sociedades «primitivas» a partir de los libros de Margaret Mead, *Coming of Age in Samoa*, *Growing Up in New Guinea*, *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*; sobre la pedagogía moderna (Makarenko, Freinet, escuela reichiana en Inglaterra y en Israel); sobre la naturaleza y el papel de la escuela contemporánea.

Testimonios: de un profesor en un país descolonizado; sobre el trabajo de maestro y de profesor.

9. El alojamiento y el urbanismo.

Entrevistas: a habitantes de Sarcelles; a habitantes de los H.L.M. de Noisy-le-See; a arquitectos.

Resumen y análisis de los libros de Lewis Mumford, *The Culture of Cities* y *Cities in Transition*, y de Fran-castel, *Architecture et Technologie*.

Texto sobre el alojamiento y el urbanismo en Rusia. Texto teórico sobre el pueblo y la ciudad (campo y ciudad).

10. El consumo, las distracciones y el ocio, la cultura.

Entrevistas sobre la televisión (espectadores y productores).

Textos: sobre el cine americano contemporáneo; sobre el significado del cine en la sociedad capitalista (expresión de la sociedad — acción sobre la sociedad).

Textos: Sobre los modos de consumo y las transformaciones de la vida social (relaciones de los objetos y de los tipos de consumo con la estructura de la vida social contemporánea — racionalidad e irracionalidad de ese consumo — consumo y privatización).

Sobre la crítica de la sociedad de consumo.

Sobre la información (industrialización de la información; papel exacto de los *mass media*; mecanismos de la falsificación y de la manipulación; funciones positivas

(a) D. Mothé, «Las jóvenes generaciones obreras», «S. ou B.», n.º 33 (diciembre de 1961); Claude Martin, «La juventud estudiantil», «S. ou B.», n.º 34 (marzo de 1963).

de la información incluso bajo sus formas actuales; qué es una información adecuada; la información en una sociedad socialista).

Entrevistas: actitud de la gente frente a los desarrollos técnicos y científicos contemporáneos.

Textos: Sobre la evolución técnica y científica y las masas (separación creciente entre el mundo científico-técnico y el hombre común; polo opuesto en la difusión masiva de las informaciones y la sed de información científico-técnica manifestada por la gente).

Sobre las implicaciones del desarrollo científico contemporáneo para el futuro de la sociedad.

Sobre el significado revolucionario del psicoanálisis.

Sobre la crisis de la economía política burguesa.

Sobre las tendencias positivas de la sociología contemporánea.

Sobre la cibernetica y sus implicaciones revolucionarias.

Sobre la ideología revolucionaria y la cultura capitalista.

Sobre la crisis de los valores y de los significados en la sociedad actual.

Sobre el sentido del socialismo.

11. Los países no industrializados.

Texto de liquidación y balance de las posiciones tradicionales sobre la «cuestión colonial» (transformación de la explotación imperialista; balance de la teoría de la revolución permanente; la burocracia en la revolución colonial; el papel del campesinado; futuro de los países descolonizados).

Entrevistas a estudiantes africanos y a otros en París.

Resumen y análisis del libro de M. Mead y otros, *Cultural Patterns and Technical Change*.

Textos: Sobre la significación revolucionaria de la etnología.

Sobre *Los orígenes de la familia...* de Engels.

Sobre el socialismo y los países atrasados.

Sobre Guinea.

Sobre Cuba y el castrismo.

[...]

III. — *Medios de expresión*

13. Consideramos inútil discutir la necesidad y la importancia de la revista en el período actual, tanto como instrumento de difusión de nuestras ideas que como medio de formación de los camaradas de la organización.

Sin embargo, han de realizarse una serie de modificaciones para convertir a la revista en un instrumento eficaz y aumentar sus posibilidades de difusión. La primera condición es, evidentemente, una rigurosa regularidad en la aparición. Ello depende sin duda de un mayor esfuerzo de los camaradas que están más encargados en particular de la aparición de la revista. Pero, más que nos neguemos a ser reducidos a la autoexhortación, es preciso constatar que la aparición regular depende sobre todo de un proceso eficaz de *producción del contenido* de la revista. Lo que a su vez depende de una verdadera colectivización de las contribuciones, y también, en menor grado, del aligeramiento de los procesos de control de los textos publicados. Tanto para hacer posible una producción más desahogada del contenido, como para aplicar las ideas enunciadas anteriormente, y también, por último para convertir a la revista en una verdadera revista, es preciso adoptar los siguientes principios:

1.º La revista ha de abrirse a todos los campos mencionados anteriormente y ha de dejar de estar limitada a los textos teóricos político-económicos.

2.º El peso relativo de los artículos estrictamente teóricos (cuálquiera que sea su tema) ha de disminuir en provecho de los textos «documentales», reportajes, etc.

3.º Ya no hemos de limitarnos cada vez a una elaboración «acabada», aunque se tenga que indicar que se trata de una contribución a una discusión o de consideraciones fragmentarias.

4. Se han de aceptar las contribuciones de colaboradores no pertenecientes al grupo (indicando, si se da el caso, que no compartimos tal o cual posición).

[...]

14. En la etapa actual necesitamos un periódico como «*Pouvoir Ouvrier*» como instrumento más ligero y más frecuente de difusión de nuestras ideas, como medio que permite provocar y captar las reacciones de nuestro público, por último, como banco de pruebas del periódico

impreso que hemos de tener como objetivo a largo plazo.

Sin embargo, si queremos que exprese lo esencial y nuevo de nuestras ideas, es necesaria una profunda modificación de la manera como se ha concebido hasta ahora el contenido de «P.O.». Ese contenido hasta ahora da lugar a las siguientes críticas:

— En él se han desarrollado sobre todo, y casi exclusivamente, algunos temas (guerra de Argelia, denuncia de la explotación de los trabajadores) que son los que menos nos definen. La figura que en los dos últimos años se ha presentado a través de «P.O.» es, en lo esencial, una figura «trotskista correcta». Los intentos de ampliar los temas del periódico han sido esporádicos, superficiales, incapaces de alterar realmente su fisonomía.

— El periódico da la impresión de correr, cueste lo que cueste, detrás de la actualidad. Ahora bien, 1.º no porque le llamemos periódico lo es realmente. Un mensual es algo distinto a un hebdómada o a un diario; 2.º hay actualidad y actualidad. No porque un acontecimiento llena la «primera plana» de los diarios necesariamente es a) el que más preocupa a la gente, b) el del que hemos de hablar ineluctablemente. Hay: la actualidad para el gobierno y las organizaciones políticas; la actualidad en el sentido de las verdaderas preocupaciones de la gente; la actualidad en el sentido de nuestras preocupaciones. «Pouvoir Ouvrier» ha de hablar de la actualidad en el segundo y el tercer sentido, no en el primero, salvo en los casos (raros) en que esa actualidad oficial se vuelve efectivamente preocupación de la gente.

«Pouvoir Ouvrier» ha de hablar de las cosas que *nos* importan o sobre las que *nosotros* tenemos cosas específicas por decir. Constantemente se olvida que una de nuestras tareas es *imponer nuestras obsesiones al público*, y la otra, descubrir las obsesiones del público, que en modo alguno coinciden con las obsesiones de los periódicos. Si estamos en el camino correcto, desde el punto de vista ideológico, estas dos tareas, en última instancia, tendrían que formar una unidad. Pues lo que debería oírse en el grupo es lo que obsesiona a la gente —y lo que obsesiona a la gente ha de tener un alcance universal, positivo o negativo, según un principio para nosotros fundamental.

Eso implica:

a) Que hay que centrar esencialmente «P.O.» sobre los temas definidos anteriormente, en la parte II de este texto, y que los trabajos realizados en esa dirección han de ser utilizados también para «P.O.».

b) Que «P.O.» debería reflejar las discusiones, formales o informales, entre camaradas del grupo, y que todos los camaradas deberían poder expresarse en él.

c) Que hay que corregir el exceso en el que se ha caído ahora —opuesto, como casi siempre en la organización, al exceso precedente— en lo que se refiere a «La palabra a los trabajadores» (b). Una cosa es querer bajar el periódico, en lo esencial, en la expresión de los lectores, lo que es falso; y otra, publicar las cartas de los lectores cada vez que se presenta la ocasión, solicitándolas y provocándolas lo más posible —y sobre todo intentar, mediante entrevistas, hacer del periódico un lazo vivo entre el grupo y su público. Se olvida que, según el contenido mismo de nuestras ideas, lo que la gente tiene que decir es importante en sí (lo que no implica, hay que precisarlo, que se acepte automáticamente como verdadero).

[...]

(b) Los camaradas que habían dejado al grupo en el otoño de 1958 consideraban que la tarea esencial de un periódico obrero consiste en la publicación de las cartas de sus lectores (posición que ha sido más o menos materializada en los boletines «Informations et liaisons ouvrières», luego «Informations et correspondance ouvrières»).

1. Antes de intentar definir lo que pueden y deben ser las actividades exteriores del grupo en el período próximo, es necesario disipar un cierto número de malentendidos, como también sacar algunas conclusiones que se deducen de nuestro análisis de la sociedad contemporánea y de nuestra concepción de la organización revolucionaria.

2. Hay que comprender claramente que en tiempo normal una organización revolucionaria no hace otra cosa esencialmente sino *difundir ideas* (las cuales, por supuesto, no se refieren al budismo Zen, sino a la necesidad de una transformación revolucionaria de la sociedad). Los momentos en que la organización, como tal, puede emprender una *acción* son rarísimos. Incluso durante un período tan excepcional como marzo-octubre de 1917, la actividad del partido bolchevique consistió en lo esencial en difundir ideas: en mostrar que no había retorno atrás posible, que los ministros K.D. y socialdemócratas intentaban preservar el antiguo sistema, que la única solución estaba en la toma del poder por los órganos de las masas. No era Sócrates, ni María Montessori, ni Freud, sino Lenin quien decía durante ese período que la tarea esencial del partido consistía en «explicar pacientemente». La distinción que a este respecto interesa no es la existente entre difusión de las ideas y acción (pues, una vez más, los casos en que la organización emprende como tal una acción en el sentido fuerte de la palabra son en la historia casos límites). Interesa la que existe entre la difusión de ideas generales (la propaganda) y la difusión de ideas referentes a lo que hay que

* Marzo de 1963 (texto difundido en el interior del grupo «S. ou B.»).

hacer y no hay que hacer en un momento dado (organizarse de tal modo o de tal otro, llevar a cabo o no una huelga o una manifestación, plantear determinadas reivindicaciones, etc.) —lo que tradicionalmente se llamaba la agitación.

3. La práctica tradicional de la agitación, evidentemente, estaba enlazada orgánicamente a la concepción tradicional del papel del partido y de sus relaciones con los trabajadores. No sólo en su contenido, sino en sus métodos, su estilo y su finalidad, encarnaba la actitud de una dirección que tenía que enseñar todo a las masas y nada aprender de ellas, y para la que lo esencial consistía en que los trabajadores se viesen conducidos a adoptar sus consignas, y no que avanzase en el camino de la autonomía. Por lo tanto, no cabe utilizarla tal cual. Lo que no significa que renunciamos, o que renunciaremos, a esa tarea central de una organización revolucionaria consistente en ayudar a los trabajadores, a orientar y organizar su lucha, y por lo tanto a definir, defender y difundir posiciones sobre lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer. Pero eso significa claramente que la manera de realizar esa tarea necesita ser definida de nuevo; e incluso antes de eso, hay que precisar las condiciones bajo las que seremos capaces de llevarla a cabo, si queremos hacerlo eficazmente y coherentemente con nuestras ideas.

4. Ahora bien, hay que acabar radicalmente con un cierto infantilismo de la impaciencia y comprender que para que podamos definir, defender y difundir entre los trabajadores posiciones sobre lo que han de hacer y lo que no han de hacer, faltan actualmente tres condiciones esenciales, que sólo se darán con el tiempo y con nuestro trabajo:

a) No puede hacerse nada en ese campo faltando un grado mínimo de luchas de los trabajadores —y de luchas que, al menos en ciertos puntos, tienden a romper con el marco establecido.

b) En parte a causa de la ausencia de tales luchas y de la situación de conjunto que refleja, en parte a causa de un trabajo insuficiente por nuestra parte, todavía no estamos en condiciones de definir posiciones concretas sobre los problemas de la lucha y organización de los trabajadores.

c) Quantitativamente el grupo es minúsculo y su arraigo muy defectuoso.

5. Estas características no son episódicas, sino profundas y duraderas, incluso si, finalmente, han de ser superadas. Principalmente la primera y la segunda están vinculadas con toda la situación de la sociedad capitalista moderna (y se presentan, hasta ahora, bajo una forma acentuada en Francia). Por otra parte, se ha demostrado que casi todas las formas de organización y de acción y las reivindicaciones han sido, o vaciadas de su contenido, o integradas en el funcionamiento normal del capitalismo. De ello resulta que, incluso cuando los trabajadores estén «en lucha», lo que podamos decir y proponer siga siendo abstracto, superfluo o sin eco. Pongamos por ejemplo que los sindicatos organizan, tras un empuje de la base o sin él, una huelga por los salarios, de duración ilimitada, y la llevan a cabo de veras (cosa nada imposible, ya que forma parte de su papel normal, como lo demuestran las grandes huelgas «oficiales» llevadas a cabo periódicamente en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Alemania, etc. Que hasta el momento esto no se haya producido en Francia se debe a las condiciones nacionales específicas, y normalmente hay que esperar que con las transformaciones que ha sufrido el capitalismo francés los sindicatos también asumirán entre nosotros su función reivindicativa económica, de la que sigue siendo un instrumento la huelga organizada y controlada por ellos. La huelga actual de los mineros puede ser considerada como la primera manifestación importante de ese fenómeno). Nosotros estamos, por supuesto, por los aumentos de los salarios. Pero también sabemos que forman parte del regular funcionamiento del capitalismo contemporáneo y que esa característica no cambia por el hecho de que aún ahora las empresas capitalistas no los conceden a menudo más que bajo presión o tras una huelga. Por lo tanto, no podemos relacionar esa huelga con nuestras posiciones generales (que nos son específicas, es decir, nos distinguen de todas las otras corrientes, grupos, organizaciones, etc., que también están por los aumentos de salarios) por los objetivos que se propone. (Otra cosa es si, en circunstancias excepcionales, el capitalismo puede volverse incapaz momentáneamente de conceder incluso un 1 % de aumento —o si, volvien-

do Zeus locos a los que quiere perder, el propio sistema enciende la pólvora al rechazar obstinadamente lo que podría dar, como ha ocurrido en la historia.) La huelga tampoco puede ser relacionada con nuestras posiciones por la forma como es llevada a cabo —si una burocracia establecida (la del sindicato) la organiza, la dirige y mantiene su control, y si los trabajadores la apoyan, como ocurre en la aplastante mayoría de los casos, «dentro del orden y la disciplina». La unión tampoco puede encontrarse en la idea (que ha sido y sigue siendo por ejemplo la de los trotskistas) de que el desarrollo de la lucha conducirá a una escisión entre los obreros y la burocracia sindical (el «desbordamiento»). La experiencia prueba que, en este tipo de luchas, prácticamente nunca hay desbordamiento. ¿Podemos proponer otros objetivos y otra manera de llevar a cabo la huelga? ¿Cuáles? Una sobrepuja sobre el aumento de los salarios no tiene sentido y no nos hará oír de nadie. Por supuesto, siempre podemos proponer que el aumento no sea jerárquico, que los huelguistas elijan comités de huelga responsables ante ellos, etcétera —eso siempre será correcto en lo abstracto. Pero sólo en lo abstracto. Pues, casi siempre, la forma como se realiza la huelga y la actitud de los propios huelguistas harán que esas posiciones no tengan actualmente ninguna influencia en la realidad, no conectarán, y presentadas de esa forma y en este caso no influirán sobre nadie. A ello se añade un factor que, por ser contingente, no es menos decisivo por el momento: lo que diremos será percibido —y efectivamente lo será— como impulsado desde el exterior, lo que es grave no porque perjudicaríamos la espontaneidad de la gente, sino porque lo que diremos corre el riesgo de ser falso o irreal, y porque para la gente, *quien* dice una cosa cuenta tanto y más que *lo* que dice. En una palabra, no podemos enviar una vez cada cinco años a tres estudiantes al Norte para que digan a los mineros cómo organizar su huelga y definir sus objetivos.

6. Hay que comprender, pues, que respecto a un cierto tipo de luchas del período actual —un tipo de éstas son las «batallas campales» dirigidas por los sindicatos sobre las reivindicaciones económicas, y otro tipo son ciertas agitaciones políticas, como la de abril de 1961— no podemos proponer nada que sea específicamente nues-

tro y conecte con una acción real posible. Tan sólo podemos informar y explicar —y ello aún con la condición de que tengamos que decir cosas que los otros no dicen. Y esa situación no tiene nada de sorprendente. Pues ese tipo de luchas se inserta perfectamente en el funcionamiento de la sociedad establecida —y lo que podemos proponer siempre contendrá una ruptura (incluso si es parcial) con el orden establecido (tanto si se trata de reivindicaciones antijerárquicas como de la dirección autónoma de las luchas por los trabajadores). Ahora bien, los obreros que se ponen en huelga por un aumento de los salarios en las condiciones descritas anteriormente lo hacen sin poner en duda, ni subjetiva, ni objetivamente, ese orden (incluso si en los orígenes de la huelga siempre se pueden encontrar, e incluso si a veces se manifiesta en su desarrollo, una profunda rebelión contra la condición obrera). Sin duda, se pueden dar casos en los que esta situación, que se nos presenta como un callejón sin salida, evolucione de una forma inesperada, en los que la huelga institucionalizada se descarríe, en los que la materia social empiece a arder. Pero esos casos son rarísimos, y cuando se producen, nadie se equivoca a ese respecto —en todo caso nadie entre nosotros. No hemos dudado un momento en reconocer en las huelgas belgas un acontecimiento que contenía la virtualidad de una ruptura con el orden establecido —y hoy no modificamos esa apreciación. Pero una situación prerrevolucionaria no surge cada día. Decir que no existe determinismo en la historia no significa que todo es posible, aún menos probable, en todo momento.

7. Por el contrario, en las sociedades capitalistas modernas existen tipos de lucha que contienen objetivamente esa ruptura parcial con el orden establecido —lo que casi ineluctablemente implica que se desarrollen tanto fuera como en contra de las organizaciones existentes, sindicales o políticas. De ese tipo son, por ejemplo, las huelgas informales o salvajes en los Estados Unidos o en Inglaterra, y, en algunos de sus aspectos, las actividades del Comité de los Cien contra las armas nucleares en Inglaterra o el movimiento por los derechos de los negros en los Estados Unidos. Movimientos de ese tipo todavía son prácticamente inexistentes en Francia, en las empresas o fuera de ellas. Pero con la modernización del capi-

talismo francés, y si, en lo sucesivo, los sindicatos «asumen» más su papel económico, tendrán que aparecer y desarrollarse. Ese tipo de movimiento ha de ser nuestra preocupación esencial en ese campo; y si el grupo se extiende y se arraiga más en la población trabajadora, nuestra perspectiva ha de ser la de convertirnos, por medio de nuestros camaradas y nuestros simpatizantes, en los catalizadores y los iniciadores de esos movimientos.

8. Sin embargo, tanto con respecto a ese tipo de movimientos como con respecto a cualquier otro tipo de acción posible, es preciso comprender que no avanzaremos si no adoptamos una actitud abierta y experimental. Las formas tradicionales están muertas o se han integrado en el sistema establecido; nadie puede resucitarlas, o hacerlas remontar la pendiente de la degeneración. Si lo que decimos es cierto, eso significa que nacerán nuevas formas —y vemos, en los casos mencionados anteriormente, que ya están naciendo. Pero nacerán esencialmente de la actividad de los trabajadores y en función de ella —no podemos decretarlas (como tampoco fueron decretadas por Marx o Lenin las formas precedentes, que no eran más que la sedimentación de una experiencia de lucha de los obreros). No podemos más que alzar los hombres ante la exigencia pueril, a veces formulada en el grupo, de que inventemos para algunos, aquí y ahora, las nuevas formas de organización y de acción de un movimiento de los trabajadores que todavía ha de nacer. Todo lo más, podemos ayudarlas a nacer mediante acciones que al principio tendrán necesariamente un carácter experimental. Eso puede significar que emprendamos (no en cada momento, ni sin reflexionarlo bien) acciones sobre las que no hay precedentes y cuyo valor sólo nos lo dará la experiencia (la actividad del grupo «Solidarity» respecto a una huelga del pago de los alquileres de los inquilinos es un ejemplo de ello; en conjunto ha dado resultados positivos). Igualmente puede significar que nos comprometemos en acciones en las que participa gente que quiere luchar contra tal o cual aspecto del orden establecido, sin querer esclarecer a toda costa de antemano, para los otros o para nosotros, todos los pormenores ideológicos (ejemplo: la actividad de los camaradas ingleses en el comité de los Cien, o de los camaradas americanos en el movimiento por los derechos de los Ne-

gros). En todos esos casos, nuestra actividad no será fecunda ni para la organización ni para la revolución si no nos hemos despojado totalmente de los residuos estalinotrotskistas de la infiltración y de la manipulación de la gente. La experiencia de los camaradas ingleses en el comité de los Cien ofrece una aplastante confirmación positiva de esa necesidad: su éxito se debe en gran medida, por lo que ellos mismos dicen, al hecho de que siempre han actuado lealmente con respecto al comité y no en fracción, que no han vacilado en estar en desacuerdo entre ellos en público, etc. No debemos participar en ese tipo de actividades para reclutar inmediatamente dos personas para el grupo, o para poder utilizar una tribuna desde donde exponer nuestras ideas —sino para ayudar a la gente a hacer algo y a hacerlo en la dirección justa. En otras palabras, hay que tomar en serio a la gente que nos rodea y a lo que hace —y ésa, incluso desde el punto de vista más estrictamente organizativo, es con mucho la actitud más rentable a la larga. Por otra parte, esto debería ser evidente, pues sólo debemos participar en determinado movimiento si pensamos que, por lo que contiene y por su dinámica, puede ayudar a la gente a evolucionar en un sentido positivo; por lo tanto, esa dinámica propia del movimiento nos interesa en tanto que tal.

9. En resumen, existen dos comportamientos patológicos, o mejor dicho: dos neurosis, que es preciso eliminar. La primera es la neurosis del Estado-mayor Revolucionario. No sirve para nada dar a la población francesa consignas, o incluso consejos, sobre lo que tiene que hacer en tal circunstancia, cuando ni las condiciones objetivas, ni la actitud de esa población, nos proporcionan ni una audiencia ni la posibilidad de concretizar nuestros principios. No hemos sido solicitados, ni obligados a dar nuestra opinión sobre todo lo que sucede, y aún menos sobre lo que hay que hacer. Esas reacciones-reflejos frente a la actualidad son propias del periodismo, no de la política. Una política sólo responde a la solicitud del acontecimiento cuando está en condiciones de influir en él, de otro modo se limita a inscribirlo en las condiciones objetivas de su acción y a extraer sus consecuencias. Pero «actuamos» —es decir, esencialmente: hablamos— como si estuviésemos dominados por el miedo de ser

juzgados sobre el hecho de que «no hemos tomado posición». Y ahí aparece la segunda neurosis, la neurosis del Juicio Final, que al mismo tiempo nos obliga a tomar posición sobre todo, por miedo a cometer el crimen por omisión, y nos bloquea, pues un error parcial sería el crimen positivamente cometido. Pero todo lo que hacemos no es y no será un modelo inalterable para toda acción futura, y la historia no es una película gastada que corre el riesgo de romperse mostrándonos en una mala postura. Lo esencial de la historia es que continúa. Sólo la conciencia moral más ingenua emite juicios sumarios sobre actos separados tomados como tales. Una organización revolucionaria se juzga por su *línea*, es decir, en la continuidad de su acción, es decir una vez más, por el conjunto de lo que ha decidido hacer y no hacer.

10. Por último, es preciso comprender que no se puede hacer todo a la vez, ni saltar ciertas etapas. El grupo, actualmente, ha de esforzarse en mejorar la calidad de su trabajo, modificar el contenido de su propaganda, extender su reclutamiento, arraigarse en ciertos medios. Con sus fuerzas actuales y las previsibles a corto plazo, eso casi puede agotar su capacidad de producción. Por lo tanto, es preciso elegir rigurosamente las otras actividades exteriores que es posible emprender actualmente, so pena de chapucear todo por ganas de hacerlo todo en seguida.

11. La primera actividad es la ampliación y la profundización de los contactos con el exterior, que en primer lugar es la tarea de cada camarada. Esos contactos existen por supuesto para cada uno de nosotros, todo el mundo reconoce su importancia y la mayoría de los camaradas trabajan en ese sentido. Pero nuestra actitud a ese respecto no siempre es correcta; oscila entre la dificultad de parecer integralmente lo que somos y una forma agresiva de parecerlo, que conduce a un cierto sectarismo. Cada uno de nosotros ha de ser en primer lugar un individuo real entre otros individuos reales en un medio real. Como tal, puede y debe mantener con los otros relaciones que hasta un cierto punto son «desinteresadas» —a saber, no dominadas exclusivamente por la idea de reclutar, vender, robar, etc. Esto es esencial, en primer lugar, para poder establecer simplemente relaciones, pero también por una razón más profunda: los que no pien-

san necesariamente como nosotros no son hombres al 20 %, 30 % o 50 % según su grado de parentesco con nosotros. Incluso cuando la gente piensa distintamente a nosotros, las razones que tiene para hacerlo han de ser interesantes desde nuestro punto de vista y pueden ser buenas razones. A continuación es preciso aceptar, incluso es preciso intentar hablar con la gente de *sus* problemas; si lo que decimos es cierto, esos problemas reflejan fatalmente, en un grado u otro, el problema de la sociedad. Por último, sin parecer un obseso político, un camarada ha de poder emitir y defender en el momento oportuno y tranquilamente sus ideas. Entre los contactos que así adquiere, ha de dedicarse a cultivar de un modo seguido y sistemático algunos de ellos en vistas a la difusión del material de la organización, a discusiones y entrevistas utilizables por «Pouvoir Ouvrier», al sostén financiero, a la invitación a reuniones determinadas del grupo y quizás finalmente al reclutamiento. Es preciso convencernos de que un contacto cultivado de esa manera nunca lo ha sido en vano, pues a la mayoría de esa gente la encontramos de nuevo en períodos de crisis.

12. El problema de la participación de los camaradas en los sindicatos de su medio de trabajo ha de resolverse, como siempre se ha dicho, en cada caso especial según las condiciones concretas y las posibilidades que esa participación ofrece. (Por participación no entendemos la simple adquisición de un carnet sindical, que actualmente no compromete a nada y, como tal, no molesta en nada del mismo modo que no ofrece nada.)

13. El problema de la composición social del grupo y de su medio inmediato es evidentemente fundamental: es preciso que el grupo logre reclutar y retener obreros y más en general asalariados, y es preciso que consiga simpatizantes en esas categorías sociales. Eso depende de factores que no están sólo en nuestro poder (la actitud actual de los obreros y de los asalariados frente a la participación en una organización, muy exactamente analizada por Mothé en un texto interior de abril de 1961), pero también depende de lo que decimos, de nuestro funcionamiento, y finalmente, en una medida no desdenable, de la intensidad y la calidad del esfuerzo que queramos realizar en esa dirección. Ese esfuerzo tendría que concretizarse actualmente en tres planos:

a) Hacer el recuento de los contactos que la organización tiene en ese medio y seguirlos activamente.

b) Escoger algunas empresas en las que tenemos un contacto serio en el interior y realizar un trabajo sistemático y de larga duración enfocado hacia ellos.

c) Emprender, o continuar, de un modo sistemático un trabajo de contactos y de propaganda en dirección a grupos de jóvenes trabajadores (albergues juveniles, centros de aprendizaje).

14. El medio estudiantil, como demuestra la experiencia, es el único en el que podemos reclutar con una relativa facilidad y tener una cierta audiencia. Esa actividad puede concretizarse en las siguientes tareas (que no hay que realizarlas en una semana, sino en un año, gradualmente y a medida que se amplíen nuestras fuerzas):

a) Los estudiantes del grupo han de llevar a cabo, con respecto a los otros estudiantes, una propaganda general de las ideas de la organización. Además de la venta de las publicaciones de la organización, ésta exige: la preparación (con ayuda de otros camaradas del grupo), la fabricación y las distribución de un texto que defina nuestras posiciones generales y nuestras posiciones sobre los problemas estudiantiles; más adelante, la redacción, fabricación y difusión de octavillas explicativas sobre todos los acontecimientos o hechos que susciten el interés del medio estudiantil y sobre los que tengamos cosas que decir; por último, si es factible (o útil, a estimar según el caso) la participación en reuniones públicas contradictorias, y eventualmente la difusión de octavillas o textos de polémica con organizaciones o ideologías que polaricen el medio estudiantil.

b) Los estudiantes del grupo han de participar seriamente en su medio de trabajo y, a partir de esa participación, ayudar a otros estudiantes a comprender la significación de los problemas que encuentren en su trabajo (estudios), la vinculación de esos problemas con la crisis de la cultura y de ésta con la crisis de la sociedad. Esa participación puede dar a los estudiantes del grupo en ciertas disciplinas la ocasión para expresar nuestras ideas «oficialmente» y en relación con los intereses de los otros estudiantes. A partir de esa actividad, y con la ayuda de otros camaradas del grupo, los camaradas estudiantes po-

drán preparar textos para «S. ou B.» o para difusión en el medio estudiantil.

c) Los estudiantes del grupo han de definir una actitud frente a los problemas que plantean a los estudiantes sus condiciones reales de existencia y elaborar un texto central sobre la cuestión, que permita a cada uno tomar posiciones coherentes en público, cuando se presente la ocasión. Han de animar y sostener todo intento de los estudiantes por mejorar sus condiciones de existencia mediante acciones colectivas que ellos mismos dirijan.

15. La lucha contra los armamentos nucleares puede y ha de ser para nosotros un tema de propaganda importante. Sin embargo, por el momento no parece posible que la organización pueda tomar una iniciativa de reagrupamiento a este respecto, o desempeñar un papel particularmente activo en los reagrupamientos que intenten formarse. Ésta no es una cuestión de principios, sino de consideraciones contingentes, es decir, de racionalidad en la elección de nuestros esfuerzos. A este respecto no es posible ninguna comparación entre la situación en Francia y la situación en Inglaterra, donde nuestros camaradas no han creado (y nunca hubieran podido crear) el movimiento sino que han participado en un movimiento ya existente y fuertemente implantado.

I. *El fin del marxismo clásico*

1. Los revolucionarios que no han renunciado a actuar comprendiendo lo que hacen, es decir con conocimiento de causa, tienen que enfrentarse hoy en día con tres hechos brutales:

— El funcionamiento del capitalismo se ha modificado esencialmente con respecto a la realidad de antes 1939, y, aún más, respecto al análisis que de él daba el marxismo.

— El movimiento obrero, en tanto que movimiento de clase capaz de impugnar de manera explícita y permanente la dominación capitalista, ha desaparecido.

— En su forma colonial o semicolonial, la dominación de los países capitalistas desarrollados sobre los países atrasados ya no existe, pero esa supresión no ha estado asociada en ningún lugar a una irrupción revolucionaria del movimiento de masas y su paso a una nueva fase, ni han sido quebrantados por ella los fundamentos del capitalismo en los países dominantes.

2. Para los que se niegan a engañarse a sí mismos, es evidente que esos hechos significan la ruina en la práctica del marxismo clásico, como *sistema* de pensamiento y acción, tal y como se ha formado, desarrollado y conservado entre 1847 y 1939. Ya que implican la refutación o la superación del análisis del capitalismo por Marx en su punto esencial (el análisis de la economía), del análisis del imperialismo por Lenin, y de la concepción de la revolución permanente en los países atrasados

* Distribuido y discutido en el seno del grupo «S. ou B.» en marzo de 1963; publicado en el n.º 35 (enero de 1964) de la revista con el título «Recommencer la révolution».

de Marx y Trotski, así como el fracaso definitivo de la casi totalidad de las formas tradicionales de organización y de acción del movimiento obrero (excepto las de los períodos revolucionarios). Significan la ruina del marxismo clásico como *sistema de pensamiento concreto*, capaz de llegar a la realidad y de influir en ella. Excepto unas cuantas ideas abstractas, nada de lo que es esencial en *El Capital* se encuentra en la realidad de hoy en día. A la inversa, lo que es esencial en esta realidad (la evolución y la crisis del trabajo, la escisión y la oposición entre la organización formal y la organización real de la producción y de las instituciones, la burocratización, la sociedad de consumo, la apatía obrera, la naturaleza de los países del este, la evolución de los países atrasados y sus relaciones con los países desarrollados, la crisis de todos los aspectos de la vida y la importancia creciente de aspectos considerados antaño como algo secundario, los esfuerzos de los hombres para dar una solución a esa crisis) sólo puede comprenderse a partir de otros análisis, para los cuales lo mejor de la obra de Marx puede servir de fuente de inspiración, pero ante los cuales el marxismo vulgar y bastardo, el único utilizado hoy en día por sus presuntos «defensores» de todo tipo, es más bien una especie de pantalla. Esos hechos significan también la ruina del marxismo (leninismo, trotskismo, bordiguismo, etc.) clásico, como *programa de acción*, para el cual lo que los revolucionarios tenían que hacer en cada momento estaba ligado (o al menos se intentaba que así fuera) de manera coherente a acciones reales de la clase obrera y a una concepción teórica de conjunto. Cuando una organización marxista, por ejemplo, apoyaba o dirigía una huelga obrera por un aumento de salarios, lo hacía: a) con buenas probabilidades de ser realmente escuchada por los obreros; b) como única organización instituida que combatía junto a ellos; c) diciéndose que cada victoria obrera en el terreno de los salarios contribuía a quebrantar la estructura objetiva del edificio capitalista. De ninguna de las acciones presentadas en los programas «clásicos» puede decirse, hoy en día, que cumple con esas tres condiciones.

3. Verdad es que la sociedad sigue estando profundamente dividida, que funciona contra la inmensa mayoría de los trabajadores, que éstos se oponen a ella con

la mitad de cada uno de sus gestos cotidianos, que la crisis actual de la humanidad sólo podrá ser resuelta por una revolución socialista. Pero esas ideas corren el riesgo de pasar a ser abstracciones vacías, pretextos para letanías o para un activismo espasmódico y ciego, si no se hace un esfuerzo para comprender qué forma concreta toma actualmente la división de la sociedad, cómo funciona esta sociedad, cómo se manifiestan la reacción y la lucha de los trabajadores contra las capas dominantes y su sistema, cuál puede ser en esas condiciones una nueva actividad revolucionaria ligada a la existencia y a la lucha concreta de los hombres en la sociedad y a una visión lúcida y coherente del mundo. Y esto no se conseguirá sin una renovación teórica y práctica radical. Es ese esfuerzo de renovación, y las ideas *nuevas* precisas en las que se ha manifestado concretamente en cada etapa, lo que ha caracterizado al grupo «Socialisme ou Barbarie» desde el comienzo, y no la simple fidelidad rígida a la idea de lucha de clases, del proletariado como fuerza revolucionaria o de revolución, que sólo hubiera podido esterilizarnos, como ha esterilizado a los trotskistas, a los bordiguistas y a la casi totalidad de los comunistas y de los socialistas «de izquierda». Desde nuestro primer número, afirmábamos como conclusión a una crítica de la actitud conservadora en materia de teoría: «Sin desarrollo de la teoría revolucionaria, no hay desarrollo de la acción revolucionaria»¹; y diez años más tarde, después de haber mostrado que tanto los postulados fundamentales como la estructura lógica de la teoría económica de Marx reflejan «ideas esencialmente burguesas», y afirmado que una reconstrucción total de la teoría revolucionaria era necesaria, concluímos: «Cualquiera que sea el contenido de la teoría revolucionaria o del programa, su relación profunda con la experiencia y las necesidades del proletariado, seguirá siendo siempre posible, o mejor dicho: podemos estar seguros de que en un momento dado esa teoría o ese programa serán superados por la historia, y siempre se correrá el riesgo de que quienes los han defendido hasta ese momento tiendan a convertirlos en ab-

1. «S. ou B.», n.º 1, p. 4 (subrayado en el texto). (V. *La sociedad burocrática*, I. *Las relaciones de producción en Rusia*, p. 84.)

solutos y a supeditarles las creaciones de la historia viva»².

4. Esa reconstrucción teórica, que es una tarea permanente, no tiene nada que ver con un revisionismo vago e irresponsable. Nunca hemos abandonado posiciones tradicionales porque eran tradicionales, diciendo sencillamente: son anticuadas, los tiempos han cambiado. Hemos demostrado cada vez por qué eran falsas o estaban superadas, y definido lo que había que poner en su lugar (salvo en los casos en que era y sigue siendo imposible para un grupo de revolucionarios el definir, ante la ausencia de una actividad de las masas, nuevas formas para reemplazar a las que han sido rechazadas por la historia misma). Pero esto no ha impedido que esta reconstrucción, en cada una de sus etapas cruciales, haya chocado con la oposición encarnizada, hasta en el seno del grupo «S. ou B.», de elementos conservadores que representan a ese tipo de militante que sigue viviendo con la nostalgia de una edad de oro del movimiento obrero, tan imaginaria como todas las edades de oro, y que avanza en la historia con la mirada fija en el pasado, por miedo a perder de vista la época en que, según cree, teoría y programa eran algo indiscutible, establecido de una vez para siempre y confirmado constantemente por la actividad de las masas³.

2. «S. ou B.», n.º 27, 1959, pp. 65-66, 80 y 87 («Proletariado y organización», en este volumen, p.).

3. Esa oposición llegó a un paroxismo ante el texto «Le mouvement révolutionnaire sous le capitalisme moderne» (n.º 31, 32 y 33 de «S. ou B.», 1960-61) y las ideas que, desarrolladas a partir de ese texto, son presentadas en las siguientes páginas. Ha llevado finalmente a una escisión, y los camaradas que se han separado de nosotros, como P. Brune, J.-F. Lyotard y R. Maille, tienen la intención de seguir publicando cada mes el periódico «Pouvoir Ouvrier». Lo normal y lo lógico hubiese sido, desde luego, discutir públicamente sobre los motivos de esa escisión y las tesis de cada uno. Desgraciadamente, no nos es posible hacerlo. Ya que nunca fue posible asignar a esa oposición un contenido definido, ni siquiera negativo; hoy en día, seguimos ignorando qué es lo que proponen precisamente los que rechazan nuestras ideas, y ni siquiera se sabe muy bien qué es lo que rechazan. Lo único que podemos hacer, por lo tanto, es pre-

5. No es posible discutir a fondo esta actitud conservadora, pues su principal característica es la de no discutir los problemas actuales, aunque para ello tengan que negar hasta su existencia. Es una corriente negativa y estéril, sin que esto tenga nada que ver, claro está, con la personalidad o el carácter de quienes la componen. Esta esterilidad es un fenómeno objetivo, consecuencia inevitable del terreno en que se colocan los conservadores y de su concepción de la teoría revolucionaria. Un físico contemporáneo que tratara de defender contra todo y contra todos la física de Newton, se condenaría a una esterilidad total y sufriría ataques de nervios al oír hablar de aberraciones como la antimateria, los corpúsculos-ondas, la expansión del Universo o el hundimiento de la causalidad, la posición y la identidad como categorías absolutas. La situación del que quiere actualmente limitarse a defender el marxismo y las tres o cuatro ideas que ha tomado de él es igualmente desesperada. Ya que, desde ese punto de vista, la cuestión del marxismo ha sido resuelta por los hechos y no puede discutirse: si dejamos a un lado la reconstrucción teórica que hemos llevado a cabo, puede decirse que el marxismo ya no existe históricamente como teoría viviente. El marxismo no era, no podía, no quería ser una teoría como las demás, una verdad encerrada en libros; no era otro platonismo, ni otro espinozismo, ni otro hegelianismo. El marxismo sólo podía vivir, según su programa y su contenido más profundo, como investigación teórica constantemente renovada que ilumina una realidad en transformación continua, y como práctica que transforma constantemente el mundo y es transformada por él (la unidad indisoluble de ambos es lo que corresponde al concepto de praxis en Marx). ¿Dónde encontramos hoy ese marxismo? ¿Dónde se ha publicado, después de 1923 (fecha de publicación de *Historia y conciencia de clase* de Lukács), un solo estudio teórico que haya hecho avanzar el marxismo; después de 1940 (muerte de Trotski), un solo texto que defienda las ideas tradicionales a un nivel que permita

sentar aquí nuestras propias posiciones, y limitarnos a comprobar una vez más la esterilidad ideológica y política de la actitud conservadora.

discutirlas sin avergonzarse de perder el tiempo en hacerlo? ¿Dónde ha habido, después de la guerra de España, una acción efectiva de un grupo marxista conforme a sus principios y unida a la actividad de las masas? La respuesta es sencilla: en ningún sitio. Paradoja tragicómica, los que pretenden defender al marxismo se condenan hoy en día a violarlo y liquidarle con su propio intento. Ya que sólo pueden hacerlo silenciando lo que le ha ocurrido en los últimos cuarenta años: como si la historia efectiva no contara; como si la presencia o la ausencia en la historia real de una teoría y un programa político no afectara para nada su verdad y su significado, residentes por lo visto en otro mundo; como si uno de los principios verdaderamente insuperables que Marx nos enseñó no fuera que una ideología no se juzga por las palabras que emplea sino por su destino en la realidad social. Sólo pueden defenderle convirtiendo el marxismo en su contrario: en una doctrina eterna que ningún hecho puede alterar (olvidando que, si así fuera, tampoco podría ésta «alterar los hechos», es decir poseer una eficacia histórica). Amantes desesperados cuya amada ha muerto prematuramente y sólo pueden expresar su amor violando un cadáver.

6. Esta actitud conservadora toma cada vez menos la forma de una defensa de la ortodoxia marxista como tal; es, claro está, difícil sostener abiertamente, sin hundirse en el más completo ridículo, que hay que limitarse a las verdades reveladas de una vez para siempre por Marx y Lenin. Pero, ante la crisis y desaparición del movimiento obrero, se razona como si este proceso no afectara sino a ciertas organizaciones concretas (P.C., Partido socialista, C.G.T., etc.); ante las transformaciones del capitalismo, como si no se tratara más que de la simple acumulación de características ya conocidas, que no altera nada esencial. Se olvida, o se quiere hacer olvidar, que la crisis del movimiento obrero no se reduce a la degeneración de las organizaciones socialdemócratas y bolcheviques, sino que abarca la totalidad de las expresiones tradicionales de la actividad obrera; que no es una llaga sobre el cuerpo revolucionario intacto del proletariado, ni una condena que le ha sido infligida desde fuera, sino que traduce problemas que están en el centro de la situación del obrero, y además actúa a su vez sobre

dicha situación⁴. Se olvida y se hace olvidar que esa acumulación de las «mismas características» de la sociedad capitalista acarrea también cambios cualitativos, que la «proletarización» de la sociedad capitalista no tiene ni mucho menos el sentido simple que le daba el marxismo clásico, y que la burocratización no es una consecuencia superficial más de la concentración del capital, sino que trae consigo transformaciones profundas en la estructura y el funcionamiento de la sociedad⁵. Se hacen así simplemente algunas interpretaciones «adicionales» —como si una concepción de la historia y del mundo que intente unir estrechamente la teoría y la práctica, que es lo que quería ser el marxismo clásico, pudiera admitir ciertas «adiciones», como una masa de sacos de patatas, cuya naturaleza no se altera desde luego si se añaden algunos más. Se reduce lo desconocido a lo ya sabido, lo que equivale a suprimir lo nuevo y finalmente a reducir la historia a una inmensa tautología. En el mejor de los casos, se hace uno de esos «arreglos baratos» que son el medio infalible para desembocar a la larga en la ruina ideológica, como lo son de arruinarse financieramente en la vida corriente. Esta actitud, que puede haber sido en su día comprensible sicológicamente, es ya ahora insostenible. A partir de un cierto momento, no puede ya tomarse en serio, por mil razones; en primer lugar porque resulta intrínsecamente contradictoria (las ideas no pueden permanecer intactas mientras la realidad cambia, ni puede comprenderse una nueva realidad sin una revolución en las ideas), y en último término, porque se basa en supuestos de tipo propiamente teológico (y como toda teología, expresa esencialmente un miedo y una inseguridad fundamentales ante lo desconocido que no tenemos ninguna razón de compartir).

7. Ha llegado el momento de comprender con toda la claridad necesaria que la realidad contemporánea no puede ya captarse gracias a una revisión «de poco más o

4. V. «Prolétariat et organisation» en el n.º 27 de «S. ou B.», pp. 72-74. (En este volumen, pp. 93-183.)

5. V. «Le mouvement révolutionnaire sous le capitalisme moderne», n.º 32 de «S. ou B.», p. 101 y siguientes [trad. esp., pp. 87-99 de P. Cardan [Castoriadis], *Capitalismo moderno y revolución*, París, Ruedo Ibérico, 1970].

menos», ni incluso una seria revisión del marxismo clásico. Para llegar a una comprensión de dicha realidad necesitamos un nuevo conjunto, en el que las rupturas con las ideas clásicas son tan importantes (y mucho más significativas) que los lazos de parentesco. Incluso a nuestros propios ojos, este hecho ha podido ser disimulado por el carácter gradual de la elaboración teórica, y también sin duda por el deseo de mantener en la medida de lo posible la continuidad histórica. Sin embargo, aparece clarísimamente cuando miramos atrás para ver el camino recorrido, y medimos la distancia que separa las ideas que nos parecen esenciales hoy de las del marxismo clásico. Bastan algunos ejemplos para demostrarlo⁶.

Para el marxismo clásico, la principal división de la sociedad es la que separaba a los capitalistas que poseían los medios de producción de un proletariado sin propiedad alguna. Consiste esencialmente hoy en una división entre dirigentes y ejecutantes.

Aparecía la sociedad como algo dominado por el poder abstracto del capital impersonal. Hoy la vemos dominada por una estructura jerárquica burocrática.

La categoría central para comprender las relaciones sociales capitalistas era para Marx la de la *reificación*, resultado de la transformación de todas las relaciones humanas en relaciones de *mercado*⁷. En nuestra concepción,

6. Las ideas que resumimos a continuación han sido desarrolladas en numerosos textos publicados en la revista «S. ou B». Véase, por ejemplo, el editorial «Socialisme ou Barbarie» (n.º 1, 1949) y «Les rapports de production en Russie» (n.º 2, 1949) [trad. esp., *La sociedad burocrática*, vol. 1], «Sur le programme socialiste» (n.º 10, 1952), «L'expérience prolétarienne» (n.º 11, 1952) [recogido en C. Lefort, *Eléments...*], «La bureaucratie syndicale et les ouvriers» (n.º 13, 1954), «Sur le contenu du socialisme» (n.º 17, 22 y 23, 1955-1958), «La révolution en Pologne et en Hongrie» (n.º 20, 1957), «L'usine et la gestion ouvrière» (n.º 22, 1957) [recogido en D. Mothé, *Journal...*], «Prolétariat et organisation» (n.º 27 y 28, 1959) [en este vol., pp. 93-183], «Les ouvriers et la culture» (n.º 30, 1960), «Le mouvement révolutionnaire sous le capitalisme moderne» (n.º 31, 32 y 33) [trad. esp., *loc cit.*].

7. Con profunda fidelidad a ese aspecto (que es el más importante) de la doctrina de Marx, Lukács consagra lo esencial de *Historia y conciencia de clase* a un análisis de la *reificación*.

el momento estructurante central de la sociedad contemporánea no es el mercado, sino la «organización» burocrático-jerárquica. La categoría esencial para comprender estas nuevas relaciones sociales es la de la *escisión* entre los procesos de dirección y los de ejecución de las actividades colectivas.

La categoría de la *reificación* en Marx tenía su prolongación natural en su análisis de la fuerza de trabajo como mercancía, en el sentido literal y exhaustivo del término. Como mercancía, la fuerza de trabajo tenía un valor de cambio definido por factores «objetivos» (costos de producción y de reproducción de la fuerza de trabajo), y un valor de uso que quien la había adquirido podía obtener a su guisa. El obrero era un objeto pasivo de la economía y de la producción capitalistas. Pero esa abstracción es en gran parte engañosa, porque la fuerza de trabajo no puede convertirse totalmente en una mercancía (a pesar de los esfuerzos del capitalismo), ni existe tampoco un valor de cambio de la fuerza de trabajo determinado por factores «objetivos», ya que el nivel de salarios está esencialmente determinado por las luchas obreras, formales o informales. Tampoco hay un valor de uso definido de la fuerza de trabajo, porque la productividad es el resultado de una lucha incesante en la producción, donde el obrero es un objeto activo y pasivo al mismo tiempo.

Para Marx, la «contradicción» inherente al capitalismo era que el desarrollo de las fuerzas productivas llevaba a convertirse, a partir de un cierto momento, en algo incompatible con las formas capitalistas de propiedad y de apropiación privada del producto social, hasta hacerlas estallar. Para nosotros, la contradicción inherente al capitalismo está en el tipo de escisión entre dirección y ejecución que lleva a cabo, y en la necesidad en que por consiguiente se encuentra de buscar simultáneamente la exclusión y la participación de los individuos en sus actividades.

En la concepción clásica, el proletariado soporta su historia hasta el momento en que la hace estallar. Para nosotros, el proletariado hace su historia, en las condiciones dadas, y sus luchas transforman continuamente la sociedad capitalista y al mismo tiempo le transforman a sí mismo.

Para la concepción clásica, la cultura capitalista produce, ya sea puras mistificaciones, que son denunciadas como tales, ya sea verdades científicas y obras válidas, en cuyo caso se denuncia su apropiación exclusiva por las capas privilegiadas. Para nosotros, esa cultura participa, en todas sus manifestaciones, en la crisis general de la sociedad y en la preparación de una nueva forma de vida humana.

Para Marx, la producción será siempre el «reino de la necesidad»; y de ahí viene la actitud implícita del movimiento marxista, que considera el socialismo esencialmente como una nueva ordenación de las consecuencias económicas y sociales de una infraestructura técnica a la vez neutra e inexorable. Para nosotros, la producción debe convertirse en el dominio de la creatividad de los productores asociados, y la transformación consciente de la tecnología para ponerla al servicio del hombre productor ha de ser una de las tareas centrales de la sociedad post-revolucionaria.

Para Marx también, desde luego, pero sobre todo para el movimiento marxista, estaba el desarrollo de las fuerzas productivas en el centro de todo, y su incompatibilidad con las formas capitalistas suponía la condena histórica de éstas. De ahí se dedujo naturalmente la identificación ulterior del socialismo con la nacionalización y la planificación de la economía. Para nosotros la esencia del socialismo es el dominio de los hombres sobre todos los aspectos de su vida y en primer lugar sobre su trabajo. Y por lo tanto el socialismo es inconcebible sin la gestión de la producción por los trabajadores asociados y el poder de los consejos de trabajadores.

Para Marx, el «derecho burgués», y por lo tanto la desigualdad de salarios, debía de mantenerse durante el período de transición. Para nosotros, una sociedad revolucionaria no puede sobrevivir y desarrollarse sin establecer inmediatamente la igualdad absoluta de los salarios.

Por último, y limitándonos a los fundamental, el movimiento tradicional ha estado siempre dominado por las dos concepciones del determinismo económico y del papel dominante del partido. Para nosotros, la autonomía de los trabajadores, la capacidad de las masas de autodirigirse, sin lo cual toda idea de socialismo se convierte rá-

pidamente en un engaño, desempeña un papel central. Esto implica una nueva concepción del proceso revolucionario, así como de la organización y la política revolucionarias.

No es difícil ver que estas ideas —no se trata ahora, y no es lo que importa en este contexto, de saber si son justas o no— no son ni «adiciones» ni revisiones parciales, sino los elementos de una reconstrucción teórica de conjunto.

8. Pero también hay que comprender que esa reconstrucción no se refiere sólo al contenido de las ideas, sino al tipo mismo de concepción teórica. Así como es inútil buscar actualmente un tipo de organización que sea en el nuevo período el «substituto» del sindicato, que tenga el papel positivo que aquél tuvo antaño sin sus rasgos negativos —un tipo de organización que sea un sindicato sin serlo— es también ilusorio creer que pueda existir «otro marxismo» que no sea el marxismo. La ruina del marxismo no se limita a la de un cierto número de ideas concretas (ruina que, es evidente, deja subsistir muchos descubrimientos fundamentales y un modo de considerar la historia y la sociedad que ya nadie puede ignorar). Es también la ruina de un cierto tipo de relación entre estas ideas, y entre ellas y la realidad o la acción. En pocas palabras, es la ruina de la concepción de una teoría (e incluso de todo un sistema teórico-práctico) cerrada, que creyó poder encerrar la verdad, sólo la verdad y toda la verdad del período histórico en el que surgió, en un cierto número de esquemas que pretendían ser «científicos» *. Con esa ruina acaba toda una fase de la historia del movimiento obrero (e incluso de la historia de la humanidad) que podríamos llamar teológica, porque puede existir (y existe) también una teología de la

* [«Cuando hablamos de teoría cerrada, no nos referimos evidentemente a la *forma* de la teoría; poco importa el que se pueda o no dar de ella una exposición sistemática «completa» (de hecho, en el caso del marxismo, sí se puede), o si los partidarios de la teoría protestan y afirman que no quieren constituir un nuevo sistema. Lo que importa es el carácter de las ideas, y éstas, en el materialismo histórico, fijan irrevocablemente la estructura y el contenido de la historia de la humanidad» (*L'institution imaginaire de la société*, p. 95). (N. del T.)]

«ciencia», más bien peor que la religiosa, porque da a sus partidarios la errónea certidumbre de que su fe es «racional». Es la fase de la fe ya sea en un Ser Supremo, ya sea en un hombre o grupo de hombres «excepcionales», o en la verdad impersonal establecida de una vez para siempre y encerrada en una doctrina. Es la fase durante la cual el hombre se aliena a sus propias creaciones, imaginarias o reales, teóricas o prácticas. No podrá haber nunca una teoría completa que necesite sólo adiciones para «modernizarla». De hecho, nunca ha existido tal teoría, ya que la historia nos enseña que todos los grandes descubrimientos teóricos han degenerado en puras fantasías en cuanto se han querido convertir en sistemas, el marxismo como los demás. Ha habido y seguirá habiendo un proceso teórico viviente, en el seno del cual emergen momentos de lo verdadero destinados a ser superados (aunque sólo sea por su integración en otro conjunto, en el que ya no tienen el mismo sentido). Esto no es escepticismo: *hay* realmente en cada instante, para un estado determinado de nuestra experiencia, verdades y errores, y siempre existe la necesidad de efectuar una totalización provisoria, en movimiento y abierta siempre, de lo verdadero. Pero la idea de una teoría completa y definitiva no es, actualmente, más que una fantasía de burócrata que le sirve para manipular a los oprimidos, y en éstos, el equivalente, en términos modernos, de una fe esencialmente irracional. En cada etapa de nuestro desarrollo, debemos pues afirmar los elementos de los que creemos poder estar seguros, pero también reconocer —y con absoluta sinceridad— que en las fronteras de nuestra reflexión y nuestra práctica se encuentran necesariamente problemas cuya solución no conocemos por anticipado, que quizás tardemos mucho en conocerla, y que quizás tengamos que abandonar entonces posiciones por las que nos habríamos dejado matar el día anterior. Esta lucidez y este valor ante lo desconocido de la creación perpetuamente renovada en la que avanzamos, es algo que se impone a cada uno de nosotros, lo quiera o no, lo sepa o no, en su vida privada. La política revolucionaria no puede ser el último refugio de la rigidez y de la necesidad de seguridad de neuróticos.

9. Hoy en día más que nunca, el problema del destino de la humanidad se plantea como problema mundial.

El destino de los dos tercios de la humanidad que viven en los países no industrializados; más profundamente, la estructura y la dinámica de una sociedad mundial que emerge gradualmente, son problemas que no sólo tienden a adquirir una importancia decisiva, sino que se plantean ya, en una forma u otra, día tras día. Sin embargo, para los que vivimos en una sociedad capitalista moderna, lo primero es el análisis de esta sociedad, del destino del movimiento obrero nacido en ella, de la orientación que en ella deben tomar los revolucionarios. Lo primero con necesidad *objetiva*, porque son las formas de vida del capitalismo moderno las que dominan de hecho en el mundo e informan la evolución de los demás países. Pero es también algo primordial *para nosotros* porque no somos nada si no podemos definirnos, teórica y prácticamente, en relación con nuestra propia sociedad. A esta definición está consagrado este texto⁸.

II. *El capitalismo burocrático moderno*

10. No hay imposibilidad alguna para el capitalismo, «privado» o totalmente burocrático, de continuar desarrollando las fuerzas productivas, ni contradicción económica insuperable en su funcionamiento. Más generalmente, no hay contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las formas económicas o las relaciones de producción capitalistas. El afirmar que en un régimen socialista las fuerzas productivas se podrían desarrollar más deprisa no es señalar una contradicción. Y es un sofisma el decir que existe una contradicción entre las formas capitalistas y el desarrollo de los seres humanos; pues el hablar de desarrollo de los seres humanos no tiene precisamente sentido más que si se les considera como algo más que «fuerzas productivas». El capitalismo se ha lanzado a un movimiento de expansión de las fuerzas productivas, y crea él mismo constantemente las condiciones de tal expansión. Las crisis económicas clásicas de superproducción corresponden a una fase histórica-

8. El lector comprobará que un cierto número de ideas resumidas en las páginas siguientes han sido desarrolladas o demostradas en «Le mouvement révolutionnaire sous le capitalisme moderne» (trad. esp., *loc. cit.*).

mente superada de insuficiente organización de la clase capitalista; totalmente ausentes en el capitalismo completamente burocratizado de los países del Este, su único equivalente actual, mucho menos importante, son las fluctuaciones económicas de los países industriales modernos, fluctuaciones que el control de la economía por el Estado puede mantener, y mantiene efectivamente, dentro de límites estrechos.

11. Tampoco hay imposibilidad de funcionamiento a largo plazo del capitalismo como resultado de la existencia de un «ejército industrial de reserva» cada vez mayor o de un empobrecimiento «absoluto» o «relativo» que impidiera al sistema vender su producción. El «pleno empleo» (en el sentido y límites capitalistas) y el incremento del consumo de masa (consumo capitalista en su forma y en su contenido) son a la vez las condiciones y los efectos de la expansión de la producción, y el capitalismo los realiza efectivamente. El aumento de los salarios obreros reales, en los límites en que, corriente y constantemente, se efectúa, no sólo no mina los fundamentos del capitalismo como sistema, sino que es la condición de su existencia, y lo mismo podrá decirse cada vez más de la reducción de la jornada laboral.

12. La economía capitalista está, no obstante lo dicho, llena de irracionales y antinomias en todas sus manifestaciones; es más, acarrea un inmenso derroche en relación con las virtualidades de una producción socialista. Pero esas irracionales no son las que pone de manifiesto un análisis como el de *El Capital*; son las irracionales de la gestión burocrática de la economía, que encontramos «puras» y sin mezcla en los países del Este o mezcladas con los residuos de la fase anárquico-privada del capitalismo en los países occidentales. Lo que ponen de manifiesto es que una capa dominante separada es incapaz de dirigir racionalmente un sector cualquiera de una sociedad de enajenación, y no el funcionamiento de «leyes económicas» independientes de la acción de los individuos, de los grupos y de las clases. De ahí justamente que se trate de irracionales y nunca de imposibilidades absolutas, salvo cuando las capas dominantes se niegan a seguir haciendo funcionar el sistema.

13. La evolución del trabajo y de su organización está dominada en el sistema capitalista moderno por dos

tendencias íntimamente unidas: la burocratización por un lado, la mecanización y automatización por otro, maniobra defensiva esencial ésta de los dirigentes ante la lucha de los ejecutantes contra su explotación y su enajenación. Pero no nos lleva esto a una evolución sencilla, unívoca y uniforme del trabajo en su estructura, su calificación, sus relaciones con el objeto y la máquina, o en las relaciones entre los trabajadores. Si el fenómeno central de la producción capitalista ha sido, y sigue siéndolo, la reducción de todas las tareas a tareas parcelarias, sus límites empiezan a aparecer en los sectores más característicos de la producción moderna, donde resulta imposible continuar con esta atomización del trabajo sin convertir en algo imposible el trabajo mismo. También la tendencia a reducir todos los trabajos a tareas sencillas (la destrucción del trabajo calificado) ha encontrado un límite insuperable en la producción moderna, e incluso tiende esa tendencia a inverirse ante la calificación creciente que exigen las industrias más modernas. Si la mecanización y la automatización conducen a la parcelación de las tareas, en una etapa ulterior las tareas convenientemente parceladas y simplificadas son realizadas por conjuntos «totalmente» automatizados, con una reestructuración de la mano de obra que la divide en, por un lado, un grupo de vigilantes «pasivos», aislados y sin calificación, y por otro unos especialistas muy calificados que trabajan en equipo. Siguen existiendo paralelamente, y son numéricamente preponderantes, sectores de estructura tradicional donde se encuentran, estratificadas, todas las capas históricas de la evolución anterior del trabajo, así como sectores completamente nuevos (sobre todo en las oficinas) donde los conceptos y las distinciones tradicionales pierden casi todo sentido. Hay pues que considerar como extrapolaciones apresuradas y no verificadas por lo que ha ocurrido después tanto la idea tradicional (la que expone Marx en *El Capital*) de la destrucción pura y simple de la calificación profesional por el capitalismo y la creación de una masa informe de obreros-autómatas, como la idea más reciente (de Romano y Ria Stone en *El obrero americano*⁹, por ejemplo) del predominio creciente de una

9. *The American Worker*, NY, 1947 (trad. fr. en «S. ou B.», n.º 1 a 8).

categoría de obreros universales trabajando con máquinas universales. Las dos tendencias existen, pero como tendencias parciales, junto a una tercera de proliferación de nuevas categorías a la vez calificadas y especializadas; pero no tenemos ni la posibilidad ni la necesidad de decidir arbitrariamente que sólo una de ellas representa el porvenir.

14. Por lo tanto, ni el problema de la unificación de los trabajadores en la lucha contra el sistema actual, ni el de su gestión de la empresa después de la revolución, tienen una solución garantizada por un proceso automático incorporado en la evolución técnica, sino que siguen siendo problemas políticos en el sentido más serio: su solución depende de la adquisición de una conciencia profunda de la totalidad de los problemas de la sociedad. En el sistema capitalista, siempre habrá un problema de unificación de las luchas de categorías diferentes que no corresponden, ni corresponderán nunca, a situaciones inmediatamente idénticas. Y tanto durante la revolución como después de ella, la gestión obrera no será, ni una situación en la que los trabajadores se hagan cargo de un proceso de producción materializado en el maquinismo con una lógica cerrada e indiscutible, ni el despliegue de las aptitudes completas de una colectividad de productores virtualmente universales preparados ya por el capitalismo. Deberá enfrentarse con una complejidad y una diferenciación interna extraordinaria de los trabajadores; tendrá que resolver el problema fundamental de la integración de los individuos, de las categorías y de las actividades. El capitalismo no producirá por su propio funcionamiento, en un futuro previsible, una clase de trabajadores que sea en sí misma un universal concreto. La unidad efectiva de la clase trabajadora (y no sólo como concepto sociológico) no puede realizarse más que mediante la lucha de los trabajadores, y contra el capitalismo. Dicho sea de paso, hablar hoy del proletariado como clase es limitarse a hacer pura sociología descriptiva, pues lo que convierte actualmente a los trabajadores en miembros de un mismo grupo es simplemente el conjunto de rasgos pasivos comunes que les impone el capitalismo, y no la tentativa de afirmarse por su propia actividad, aunque sea fragmentaria, o por su organización, aunque sea minoritaria, como una clase que se unifica y

se opone al resto de la sociedad. Los dos problemas mencionados no pueden resolverse más que por la asociación de todas las categorías no explotadoras de la empresa, obreros manuales e intelectuales, oficinistas o técnicos. Todo intento de realizar una gestión obrera eliminando una categoría esencial de la producción moderna conduciría al hundimiento de esa producción, que no podría ser reconstruida ulteriormente más que por medio de la coacción, y de una nueva burocratización.

15. La evolución de la estructura social desde hace un siglo no ha sido la que preveía el marxismo clásico, y las consecuencias de este hecho son importantes. Ha habido desde luego una «proletarización» de la sociedad en la medida en que las antiguas clases «pequeñoburguesas» han desaparecido prácticamente, y se ha transformado la población en su inmensa mayoría en población asalariada e integrada en la división del trabajo capitalista de las empresas. Pero esta «proletarización» se aparta esencialmente de la imagen clásica de una sociedad evolucionando hacia dos polos, con un inmenso polo de obreros industriales y un ínfimo polo de capitalistas. La sociedad se ha transformado al contrario en una pirámide, o mejor dicho en un conjunto complejo de pirámides, a medida que iba burocratizándose, y de acuerdo con la lógica profunda de la burocratización. La transformación de la casi totalidad de la población en población asalariada no significa que no haya más que meros ejecutantes en el escalafón inferior. La población absorbida por la estructura capitalista-burocrática ha venido a ocupar todos los pisos de la pirámide burocrática; continuará haciéndolo y no existe ningún indicio que permita creer en una tendencia a la disminución de los pisos intermedios, sino más bien al contrario. Aún cuando el concepto sea difícil de delimitar claramente, e imposible el hacerle coincidir con las categorías estadísticas existentes, se puede afirmar con certeza que en ningún país industrial moderno superan los «simples ejecutantes» (obreros manuales en la industria y su equivalente en otros sectores: mecanógrafas, vendedores, etc.) un 50 % de la población trabajadora. Por otro lado, la población no ha sido absorbida totalmente por la industria. Excepto en los países que no han «terminado» su industrialización (Italia, por ejemplo), el porcentaje de la población en la industria ha dejado de

aumentar, después de haber alcanzado un máximo situado entre un 30 y (pocas veces) un 50 % de la población activa. El resto ha pasado al sector «servicios» (la proporción de la agricultura desciende en todas partes rápidamente y es ya insignificante en Inglaterra y los Estados Unidos). Aunque cesara el aumento del porcentaje de personas empleadas en el sector de servicios (debido a la mecanización y a la automatización que invaden a su vez este sector), difícilmente podría el proceso *cambiar de sentido*, teniendo en cuenta el incremento cada vez más rápido de la productividad en la industria y el consiguiente descenso, no menos rápido, de la demanda de mano de obra en este sector. La combinación de ambos hechos hace que el proletariado industrial en el sentido clásico y estricto del término (es decir los obreros manuales o los obreros pagados por horas, categorías que coinciden aproximadamente) está perdiendo importancia relativa e incluso absoluta. En los Estados Unidos, por ejemplo, el porcentaje del proletariado industrial («obreros de producción y asimilados» y «obreros no calificados exceptuando agricultores y mineros», estadísticas *en las que figuran también los parados* según su último empleo), ha bajado pasando de un 28 % en 1947 a un 24 % en 1961, acelerándose considerablemente ese descenso después de 1955 (a).

16. Comprobar esto no quiere decir ni mucho menos que el proletariado industrial haya perdido su importancia, ni que no pueda desempeñar un papel central en un proceso revolucionario, como lo han demostrado la revolución húngara (aunque en condiciones que no eran las del capitalismo moderno) o las huelgas de Bélgica. Pero esos hechos demuestran desde luego que el movimiento revolucionario no podría pretender ya representar los intereses de la inmensa mayoría de la humanidad contra una pequeña minoría si no se dirigiera a todas las categorías de la población asalariada y trabajadora, con excepción de la pequeña minoría de capitalistas y burócratas dirigentes, y si no tratara de asociar las capas de simples

(a) Volveremos sobre el problema que plantean estos datos y su interpretación, añadiendo otros más recientes, en *Capitalisme moderne et révolution*, 2.

ejecutantes con aquellas otras, casi tan importantes numéricamente, que forman la parte central de la pirámide.

17. Además de las transformaciones de la naturaleza del Estado capitalista y de su política que ya hemos analizado¹⁰, hay que comprender también lo que significa exactamente la nueva forma de totalitarismo capitalista, y cuáles son los modos de dominación en la sociedad actual. E. Estado, expresión central del dominio de la sociedad por una minoría, o sus apéndices, y en último término las capas dirigentes, se apoderan de todos los sectores de actividad social y tratan de moldearlos explícitamente en función de sus intereses y de su óptica propia. Pero eso no implica en modo alguno la utilización sistemática de la violencia o la coacción directas. El sistema acudirá desde luego en último término a la violencia, pero no necesita recurrir diariamente a ella, en la medida precisamente en que la extensión de su dominio le garantiza de modo más «económico» su autoridad, en que su control de la economía y la expansión continua de ésta le permite satisfacer más o menos las reivindicaciones económicas la mayoría de las veces sin conflictos graves, y en la medida por último en que la elevación del nivel de vida material y la degeneración de las organizaciones e ideas tradicionales del movimiento obrero suscitan constantemente una privatización de los individuos que, por contradictoria y transitoria que sea, significa al fin y al cabo que por el momento nadie impugna explícitamente el dominio del sistema. La idea tradicional de que la democracia burguesa es un edificio que cae en ruinas, condenado a ser sustituido por el fascismo si la revolución no llega a tiempo, no puede ya sostenerse seriamente: en primer lugar, esta «democracia burguesa», aun en tanto que democracia burguesa, ha desaparecido ya, y *no*, por cierto, por obra de la Gestapo, sino debido a la burocratización de todas las instituciones estatales y políticas y a la apatía de la población que la acompaña; en segundo lugar, esta nueva seudodemocracia (doblemente «falsa») es

10. V. «Sur le contenu du socialisme» (sobre todo pp. 56-58) en «S. ou B.», n.º 22, y, en el n.º 32, «Le mouvement révolutionnaire sous le capitalisme moderne», pp. 94-99 (trad. esp., *loc. cit.*, pp. 72-99).

precisamente la forma adecuada para el dominio del capitalismo moderno, que no puede prescindir de los partidos (incluso, claro está, de los partidos socialistas y comunistas) y sindicatos, engranajes indispensables hoy en día para el funcionamiento del sistema desde todos los puntos de vista. La evolución de la situación política en Francia, donde a pesar de la descomposición del aparato estatal y la crisis argelina, el peligro de una dictadura fascista no fue nunca muy serio, lo demuestra claramente. Otro ejemplo de ello es la reforma de Jruschov en Rusia, que representa justamente un intento de la burocracia de establecer nuevos modos de dominación, al resultar los antiguos (totalitarios en el sentido tradicional) incompatibles con la sociedad moderna (aunque no quiera esto decir, desde luego, que no exista la posibilidad de que todo se hunda *durante* la transición). Junto al monopolio de la violencia como último recurso, la dominación capitalista está fundada hoy en día en la manipulación burocrática de las masas en el trabajo, en el consumo y en definitiva en todos los aspectos de su vida.

18. La sociedad capitalista moderna es pues esencialmente una sociedad burocrática de estructura jerárquica piramidal. No se encuentra dividida en dos pisos bien separados, una pequeña clase de explotadores y una gran clase de productores; la división de la sociedad es mucho más compleja y estratificada y ningún criterio simple permite resumirla. El concepto tradicional de clase correspondía a la relación de los individuos y de los grupos sociales con la propiedad de los medios de producción, y lo hemos superado con sobrada razón insistiendo en la situación de los grupos e individuos en las relaciones reales de producción e introduciendo los conceptos de dirigentes y ejecutantes. Estos conceptos siguen siendo válidos para aclarar la situación del capitalismo contemporáneo pero no pueden aplicarse de modo mecánico. Concretamente, no se aplican en toda su pureza más que en los dos extremos de la pirámide, dejando fuera las capas intermedias, es decir, casi la mitad de la población, que tienen a la vez funciones de ejecución (frente a sus superiores) y de dirección (hacia «abajo»). Verdad es que en el seno de esas capas intermedias podemos encontrar de nuevo casos casi «puros»: una parte del aparato jerárquico ejerce esencialmente funciones de coacción y

autoridad, pero hay otra que ejerce esencialmente funciones técnicas, donde están lo que podríamos llamar los «ejecutantes con estatuto» (por ejemplo técnicos o científicos bien pagados que no hacen más que los estudios o las investigaciones que les encargan). Si el servicio de personal de una empresa alcanza dimensiones importantes, es claro que no sólo las mecanógrafas, sino también muchos empleados de categoría superior, no intervienen personalmente de ningún modo en el sistema de coacción que su servicio contribuye a imponer a todos los trabajadores de la empresa. A la inversa, si un servicio de estudios o de investigación se desarrolla, se forma inmediatamente en él una estructura de autoridad, ya que un cierto número de personas tendrán como única misión el controlar el trabajo de los demás. De un modo más general, digamos que es imposible para la burocracia —y ahí se pone una vez más de manifiesto su contradicción— superar completamente esas dos exigencias: el «saber» o la «habilidad técnica» por un lado, y por otro la «capacidad de dirigir». Verdad es que la lógica del sistema querría que no participaran en las estructuras de dirección sino los que son capaces de «manejar hombres», pero la lógica de la realidad exige que los que se ocupan de un trabajo sepan algo de él —y el sistema no puede separarse nunca por completo de la realidad. Ésa es la razón por la que las capas intermedias están llenas de individuos que reúnen una calificación profesional y el ejercicio de funciones de dirección, y para un sector de éstas, el problema de la gestión, vista como algo que no sea manipulación y coacción, se plantea a diario. La ambigüedad cesa cuando se llega a la capa de los verdaderos dirigentes; son aquellos en cuyo beneficio funciona finalmente el sistema, son los que toman las decisiones importantes, los que impulsan el funcionamiento, que de otro modo tendería a hundirse en su propia inercia, los que tienen las iniciativas para tapar las brechas en los momentos de crisis. Esta definición no coincide con los criterios simples que se adoptaban antaño para caracterizar las clases, pero lo importante hoy en día no es tratar de descubrir a toda costa un nuevo concepto de clase: lo que hay que comprender y saber mostrar a los demás es que la burocratización no disminuye la división de la sociedad sino que por el contrario la agrava (complicán-

dola), que el sistema funciona en interés de la pequeña minoría que está en la cumbre, que la jerarquización no suprime ni podrá eliminar jamás la lucha de los hombres contra la minoría dominante y sus normas, que los trabajadores (ya sean obreros, calculadores o ingenieros) no podrán liberarse de la opresión, de la enajenación y de la explotación más que destruyendo el sistema, suprimiendo la jerarquía e instaurando una gestión colectiva e igualitaria de la producción. La revolución se convertirá en una realidad el día en que la inmensa mayoría de los trabajadores que pueblan la pirámide burocrática impugne ésta y derribe a la pequeña minoría que la domina (y sólo así podrá convertirse en una realidad). Mientras llegue ese día, la única diferenciación que tiene verdadera importancia práctica es la que existe, en todos los niveles de la pirámide salvo naturalmente en la cumbre, entre los que *aceptan* el sistema y los que, en la realidad diaria de la producción, lo *combaten*.

19. Ya hemos definido¹¹ la contradicción profunda de esta sociedad. En pocas palabras, consiste en el hecho de que el capitalismo (y esta característica llega al paroxismo en el capitalismo burocrático) se ve obligado a intentar excluir y hacer participar al mismo tiempo a los hombres en sus actividades, de que los hombres están obligados a hacer funcionar el sistema la mitad del tiempo *en contra* de sus normas y por lo tanto en lucha contra él. Esta contradicción fundamental se manifiesta constantemente en la articulación entre el proceso de dirección y el proceso de ejecución, que es precisamente el momento *social* de la producción por excelencia; y la volvemos a encontrar, con formas infinitamente refractadas, en el seno del propio proceso de dirección, donde hace que el funcionamiento de la burocracia sea radicalmente irracional. Aunque esta contradicción pueda ser estudiada de modo particularmente claro en esa manifestación central de la actividad humana en las sociedades de tipo occidental moderno que es el *trabajo*, volvemos a encontrarla en formas más o menos diferentes en todas

11. V. en este volumen «Sobre el contenido del socialismo, III» (pp. 9-67), y, en el n.º 32 de «S. ou B.», «Le mouvement révolutionnaire sous le capitalisme moderne» (p. 84 y sig.), cap. 7 de la parte en la trad. esp., *loc. cit.*

las esteras de actividad social, ya se trate de la vida política, de la vida sexual y familiar (en las que las personas se ven obligadas a respetar normas que ya no interiorizan) o de la vida cultural.

20. La crisis de la producción capitalista, que no es más que el envés de esta contradicción, ha sido ya analizada por nosotros¹², así como lo han sido la crisis de las organizaciones y de las instituciones, políticas u otras. Hay que completar estos análisis con un análisis de los valores y de la vida social en cuanto tal, y finalmente con un análisis de la crisis de la personalidad misma del hombre moderno, que es el resultado tanto de las situaciones contradictorias en medio de las cuales está forcejeando continuamente en su trabajo y en su vida privada, como del hundimiento de los valores, en el sentido más profundo de la palabra, sin los que ninguna cultura puede estructurar personalidades adecuadas para ella (es decir que la hagan funcionar, aunque los que lo hacen lo hagan en tanto que explotados). Pero nuestro análisis de la crisis de la producción no muestra que en dicha producción no haya más que enajenación; al contrario: lo que ha puesto en evidencia es que sólo hay producción en la medida en que los productores luchan constantemente contra la enajenación. Del mismo modo, nuestro análisis de la crisis de la cultura capitalista en el sentido más amplio de la palabra, y de la personalidad humana correspondiente, debe tomar como punto de partida el hecho evidente de que la sociedad no es ni puede ser simplemente una «sociedad sin cultura»*. Junto a los restos sin valor alguno de la vieja cultura, se encuentran elementos positivos (aunque sean ambiguos) creados por la evolución histórica y sobre todo por el esfuerzo permanente de los hombres que tratan de dar a su vida un sentido

12. V. P. Romano y R. Stone, *ibid.*; D. Mothé, *Journal d'un ouvrier*, pp. 7-38; R. Berthier, «Une expérience d'organisation ouvrière», «S. ou B.», 20; y «Sobre el contenido del socialismo, III» (en este vol., pp. 9-67).

* [La expresión había sido utilizada para caracterizar a la sociedad capitalista moderna en un texto publicado conjuntamente un par de años antes por «S. ou B.» y el grupo «situacionista», durante el breve período en que éstos colaboraron a principios de los años sesenta. (N. del T.)]

en una época en la que nada es seguro y sobre todo en la que nada procedente del exterior es aceptado como seguro; esfuerzo en el que tiende a realizarse, por vez primera en la historia de la humanidad, la aspiración de los hombres a la autonomía y que es, por ese mismo motivo, tan importante para la preparación de la revolución socialista como las manifestaciones análogas que encontramos en el terreno de la producción.

21. La contradicción fundamental del capitalismo y los múltiples procesos de conflicto e irracionales en los que se ramifica, se traducen y se traducirán, mientras esta sociedad perdure, en «crisis» diversas, en interrupciones brutales del funcionamiento regular del sistema. Estas crisis pueden transformarse en el inicio de períodos revolucionarios si las masas trabajadoras son lo suficientemente combativas como para poner en entredicho el sistema capitalista y lo suficientemente conscientes como para conseguir derribarle y edificar sobre sus ruinas una nueva sociedad. El funcionamiento del capitalismo garantiza pues que habrá siempre «ocasiones revolucionarias», pero lo que no nos garantiza es el resultado, que sólo depende del grado de conciencia y de autonomía de las masas. No hay ninguna dinámica objetiva que garantice el triunfo final del socialismo, y el creer lo contrario es una contradicción en los términos mismos. Todas las dinámicas objetivas que se pueden descubrir en la sociedad contemporánea son profundamente ambiguas¹³. La única dinámica a la que se puede y debe dar el sentido de una progresión dialéctica hacia la revolución, es la dialéctica histórica de la lucha de los grupos sociales, del proletariado en el sentido estricto de la palabra primero, de los trabajadores en general hoy en día. Esta dialéctica significa que los explotados transforman la realidad con su lucha y se transforman a sí mismos, de modo que cuando esta lucha vuelve a empezar, sólo puede hacerlo a un nivel superior. Esta es la única perspectiva revolucionaria, y la búsqueda de otro tipo de perspectiva revolucionaria, incluso por aquellos que condenan las concepciones mecanicistas al respecto, prueba sólo que no han compren-

13. V. «Le mouvement révolutionnaire...», «S. ou B.», pp. 77-78 (trad. esp., *loc. cit.*, cap. 18: «Las condiciones reales de una revolución socialista»).

dido el verdadero sentido de tal condena. La maduración de las condiciones del socialismo no puede ser ni una maduración objetiva (porque ningún hecho tiene significado fuera de una actividad humana, y querer leer la certidumbre de la revolución en los puros hechos no es menos absurdo que querer leerla en los astros), ni una maduración subjetiva en el sentido sicológico (los trabajadores de hoy no tienen explícitamente presentes en su mente la historia y sus lecciones, siendo la principal de éstas, como decía Hegel, que no hay lecciones de la historia porque la historia es siempre algo nuevo). Es una maduración histórica, es decir, la acumulación de las condiciones objetivas de una conciencia adecuada, acumulación que es en sí misma el producto de la acción de las clases y de los grupos sociales, pero que sólo puede recibir un sentido al pasar a formar parte de una nueva conciencia y una nueva actividad, que no está gobernada por «leyes» y que, aun siendo probable, nunca es *fatal*.

22. La época actual sigue correspondiendo a esta perspectiva. La realización tanto del reformismo como del burocratismo significa que, si los trabajadores emprenden luchas importantes, sólo podrán hacerlo combatiendo al mismo tiempo al reformismo y a la burocracia. La burocratización de la sociedad plantea también explícitamente el problema social como problema de gestión de la sociedad: ¿por quién, con qué objetivos, y con qué medios? La elevación del nivel de consumo tenderá a hacer disminuir su eficacia como sustituto en la vida humana, como móvil y justificación de lo que se llama ya en Estados Unidos la «carrera de ratas» (*rat race*). En la medida en que el problema estrechamente «económico» vaya perdiendo importancia, el interés y las preocupaciones de los trabajadores podrán orientarse hacia los verdaderos problemas de la vida en la sociedad moderna: las condiciones y la organización del trabajo, el sentido mismo del trabajo en las condiciones actuales, los demás aspectos de la organización social y de la vida de los hombres. A estos aspectos¹⁴ habría que añadir otro, no menos importante. La crisis de la cultura y de los valores

14. Que hemos estudiado más detalladamente en «Le mouvement révolutionnaire...», «S. ou B.», 33, pp. 79-81 (trad. esp., *loc. cit.*, cap. 19 de la 1.^a parte).

tradicionales plantea de modo cada vez más agudo a los individuos el problema de la orientación de su vida concreta, tanto en el trabajo como en los demás aspectos de esa vida (relacionados con la mujer, con los hijos, con otros grupos sociales, con la localidad, con tal o cual actividad «desinteresada»), y no sólo de sus modalidades sino también finalmente de su *sentido*. A los individuos les es cada vez más difícil resolver estos problemas con las ideas y funciones tradicionales y heredadas —e incluso cuando las aceptan, ya no las interiorizan, no las consideran como indiscutibles y válidas— porque tales ideas y funciones, tan incompatibles con la realidad social actual como con las necesidades de los individuos, están ya cayendo en ruinas por sí mismas. La burocracia dominante trata de reemplazarlas por la manipulación, el engaño sistemático y la propaganda —pero sus productos sintéticos no resisten mejor que los otros a la moda del año siguiente y no pueden fundamentar más que conformismos fugaces y superficiales. Los individuos se ven pues obligados, en un grado creciente, a inventar respuestas nuevas a sus problemas; al hacerlo, manifiestan no sólo su tendencia a la autonomía, sino, al mismo tiempo, a encarnar esta autonomía en su conducta y en sus relaciones con los demás, basadas cada vez más en la idea de que una relación entre seres humanos sólo puede fundarse en el reconocimiento por cada persona de la libertad y la responsabilidad de la otra en la conducta de su vida. Si se toma en serio la idea del carácter total de la revolución, si se comprende que la gestión obrera no significa sólo un cierto tipo de máquinas, sino también un cierto tipo de hombres, hay que reconocer que esta tendencia es tan importante como índice revolucionario como la tendencia de los obreros a combatir la gestión burocrática en la empresa; aunque no la veamos aún manifestándose colectivamente, ni sepamos cómo podría culminar en actividades organizadas.

III. *El fin del movimiento obrero tradicional y su balance*

23. No podemos actuar ni pensar como revolucionarios hoy en día sin tomar conciencia, profunda y total-

mente, de este hecho: las transformaciones del capitalismo y la degeneración del movimiento obrero organizado han tenido como resultado que las formas de organización, las formas de acción, las preocupaciones, las ideas y hasta el vocabulario tradicionales no tengan ya valor alguno, o hasta lleguen a tener un valor negativo. Como ha escrito Daniel Mothé, hablando de la realidad efectiva del movimiento entre los obreros, «hasta el imperio romano al desaparecer dejó tras de sí ruinas: el movimiento obrero sólo deja desechos»¹⁵. Darse cuenta de esto significa acabar radicalmente, y de una vez para siempre, con la idea que consciente o inconscientemente domina aún la actividad de muchos: que los partidos y los sindicatos actuales y todo lo que va ligado a ellos (ideas, reivindicaciones, etc.), no representan más que un telón que separa artificialmente un proletariado que sigue siendo inalterablemente revolucionario en sí de sus objetivos de clase, o un molde que da una forma inadecuada a las actividades obreras pero no modifica su sustancia. La degeneración del movimiento obrero no ha consistido solamente en la aparición de una capa burocrática en la cumbre de las organizaciones, sino que ha afectado *todas* sus manifestaciones, y esa degeneración no es una casualidad, ni algo sólo debido a la influencia «exterior» del capitalismo, sino que expresa también la realidad del proletariado durante toda una fase histórica, ya que el proletariado no es y no puede ser ajeno a lo que le ocurre, y menos aún a lo que hace¹⁶. Hablar del fin del movimiento obrero tradicional significa comprender que lo que acaba es un período histórico, que arrastra consigo a la nada del pasado la casi totalidad de las formas y los contenidos en los cuales los trabajadores había encarnado la lucha por su liberación. Sólo habrá una renovación de las luchas contra la sociedad capitalista en la medida en que los trabajadores hagan tabla rasa de los residuos de su propia actividad pasada, que obstaculizan su renacimiento, y sólo podrá haber una renovación de la activi-

15. Daniel Mothé, «Les ouvriers et la culture», «S. ou B.», 30, 1960, p. 37.

16. V., en este volumen, «Proletariado y organización», pp. 93-183.

dad de los revolucionarios si los cadáveres son definitivamente enterrados.

24. Las formas de organización tradicionales de los obreros eran el sindicato y el partido. ¿Qué es el sindicato hoy en día? Una pieza del engranaje de la sociedad capitalista, indispensable para su «buen» funcionamiento, tanto al nivel de la producción como al de la distribución del producto social. (Que tenga un papel ambiguo a ese respecto no basta para distinguirle esencialmente de otras instituciones de la sociedad establecida; que ese carácter del sindicato no impida que militantes revolucionarios puedan formar parte de él, es también otro problema.) Esto corresponde a una *necesidad* interna, y querer que se vuelva a la pureza original del sindicato es, so pretexto de realismo, vivir en un mundo de sueños. ¿Qué es el partido político (el partido «obrero», claro está) hoy? Un órgano de dirección de la sociedad y de control de las masas, que, cuando está en el poder, no difiere en nada de los partidos burgueses, salvo en la medida en que acelera la evolución del capitalismo hacia su forma burocrática y le da a veces un sesgo más abiertamente totalitario; que, en todo caso, organiza tan bien o mejor que sus rivales la represión de los explotados y de las masas coloniales. Esto corresponde también a una necesidad, y ninguna reforma de los partidos es posible; un abismo separa lo que entendemos por organización revolucionaria del partido tradicional. En ambos casos, nuestra crítica¹⁷ no ha hecho más que formular de modo explícito la crítica que la historia misma hizo de esas dos instituciones obreras; y por eso, no ha sido solamente una crítica de los acontecimientos, sino una crítica de los contenidos y de las formas de acción de los hombres durante todo un período. No son sólo *esos* partidos y *esos* sindicatos los que han muerto como institución de los trabajadores, son El partido y El sindicato. No sólo es utópico el querer reformarlos, corregirlos, construir otros nuevos que evitarían milagrosamente el destino de los antiguos; es además erróneo el querer encontrales en el nuevo período equivalencias estrictas, sustitutos con formas «nuevas» que tendrían las mismas funciones.

25. Las reivindicaciones tradicionales mínimas eran

17. V. «Proletariado y organización», pp. 93-183.

reivindicaciones económicas, que no sólo correspondían a los intereses obreros sino que minaban, o al menos es lo que se suponía el sistema capitalista. Ya hemos visto¹⁸ que el aumento regular de salarios es la condición de la expansión del sistema capitalista, y finalmente de su propia «salud», aunque los capitalistas no siempre lo comprendan (y aunque la resistencia de los capitalistas a esos aumentos pueda, en circunstancias enteramente excepcionales, convertirse en el punto de partida de conflictos que superen los problemas económicos). Se trataba, en segundo lugar, de reivindicaciones políticas que, en la gran tradición del movimiento obrero real (es decir, no para las sectas izquierdistas pero sí para Marx, Lenin y Trotski) consistían en la exigencia y en la defensa de los «derechos democráticos» y de su extensión, en la utilización del Parlamento y en la exigencia de la gestión de los municipios. La justificación de esas reivindicaciones era: a) que esos derechos eran necesarios para el desarrollo del movimiento obrero; b) que la burguesía no podía concederlos efectivamente o tolerar su utilización a largo plazo ya que «se asfixiaba en su propia legalidad». Pero hemos podido comprobar que el sistema soporta muy bien su seudodemocracia, y que los «derechos» no quieren decir gran cosa para el movimiento obrero ya que la propia burocratización de las organizaciones «obreras» los anula. Hay que añadir que en casi todos los casos esos «derechos» han sido ya conseguidos en las sociedades occidentales modernas, y que aunque pueda ocurrir que las capas dominantes los impugnen, rara vez provoca eso reacciones importantes de la población. En lo que respecta a las reivindicaciones llamadas «de transición», presentadas por Trotski, hemos mostrado ya con creces su carácter ilusorio y erróneo, y no vale por lo tanto la pena insistir aquí sobre ese punto. Hay que decir y repetir, por último, que el elemento central de las reivindicaciones tradicionales «máximas» (y lo que como tal sigue aún vivo en la conciencia de la mayoría de la gente) era la nacionalización y la planificación de la economía, y ya hemos visto cómo ambas constituyen, orgánicamente, el programa de la burocracia (la expre-

18. V. «Le mouvement révolutionnaire...», «S. ou B.», 31, pp. 72-73 [trad. esp., *loc. cit.*, cap. 4 de la 1.^a parte].

sión «gestión obrera» aparece sólo una vez, y de paso, en los documentos de los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista, sin elaboración o definición algunas, y no vuelve a aparecer).

26. Las formas de acción tradicionales (no nos referimos aquí a la insurrección armada, que no ocurre todos los días, ni siquiera todos los años) eran esencialmente la huelga y la manifestación de masas. ¿Qué es la huelga hoy en día (no la idea de la huelga, sino su realidad social efectiva)? Hay sobre todo huelgas de masas, dirigidas y controladas por los sindicatos en afrontamientos preparados como en una obra de teatro (pese a los sacrificios que esas huelgas puedan costar a la masa de los trabajadores, claro); o bien, no menos dirigidas y controladas, huelgas «simbólicas» o «avisos» de un cuarto de hora, una hora, etc. Los únicos casos en los que las huelgas superan el carácter de simple trámite institucionalizado formando parte del ritual de las negociaciones sindicatos-patronos, son las huelgas «salvajes» en Inglaterra y en los Estados Unidos, precisamente porque ponen en entredicho ese trámite, ya sea en su forma, ya sea en su contenido, y también algunos casos de huelgas limitadas a una empresa o un departamento, donde justamente por eso tiene la base la posibilidad de desempeñar un papel más activo. En cuanto a la manifestación de masas, más vale no hablar de ella. Lo que hay que comprender en esos dos casos es que las formas de acción, en su realidad, están necesaria e indisociablemente ligadas tanto a las organizaciones que las controlan como a sus objetivos. Es cierto, por ejemplo, que la idea de la gran huelga, «en sí», sigue siendo válida, y que se puede imaginar un proceso en el que comités de huelga elegidos «auténticos» (y nombrados por los sindicatos) presentan las «auténticas» reivindicaciones de los trabajadores y no escapan al control de éstos, etc. Pero en el marco de la realidad actual, se trata de una especulación huera y gratuita; su realización, más allá de los límites del taller o de la empresa, exigiría a la vez una ruptura muy profunda entre trabajadores y burocracia sindical, y que las masas fueran capaces de crear órganos autónomos y de formular reivindicaciones que desgarren el contexto reformista actual: en una palabra, significarían que la sociedad entra en una fase revolucionaria. Las inmensas di-

ficultades que encontraron las huelgas belgas de 1960-1961, y su fracaso final, ilustran dramáticamente esa problemática.

27. El mismo desgaste histórico irreversible afecta tanto al vocabulario tradicional del movimiento obrero como a lo que podríamos llamar sus «ideas-fuerzas», sus ideas dinámicas. Si nos referimos al uso social real de las palabras y a su significado para los hombres vivientes y no para los diccionarios, hoy en día un comunista es un miembro del Partido Comunista, y eso es todo; el socialismo es el régimen que existe en la URSS y en los países similares; «proletariado» es un término que nadie utiliza cuando se sale de las sectas de extrema izquierda, etc. Las palabras tienen su destino histórico, y cualesquiera que sean las dificultades que eso nos crea (y que resolveremos sólo en apariencia escribiendo «comunista», entre comillas), hay que comprender que no podemos tratar ese lenguaje como una academia de la lengua revolucionaria, aún más conservadora que la otra, que negaría el sentido viviente de las palabras en el uso social e insistiría en que la palabra francesa *étonner* significa «hacer temblar con una violenta conmoción», y no «asombrar», y donde el comunista es el partidario de una sociedad en la que cada cual trabaja según sus capacidades y recibe según sus necesidades, y no el partidario de Maurice Thorez. En cuanto a las ideas fundamentales del movimiento obrero, fuera de las sectas ya nadie sabe, ni siquiera vagamente, lo que quiere decir por ejemplo «revolución social», o piensa a lo más en una guerra civil; la «abolición del salario», que encabezaba los programas sindicales de antaño, no significa ya nada para nadie; para encontrar las últimas manifestaciones de internacionalismo efectivo hay que remontarse hasta la guerra de España, sin que ocasiones hayan faltado desde entonces; hasta la idea de la unidad de la clase obrera o, más generalmente, de los trabajadores, como capa social con intereses esencialmente comunes y radicalmente opuestos a los de las capas dominantes, no se traduce hoy por nada concreto en la realidad (excepto en las huelgas de solidaridad o el boicot de empresas en huelga en Inglaterra). El telón de fondo de todo esto es el hundimiento de las concepciones teóricas y de la ideología tradicionales, sobre el que no insistiremos aquí.

28. Junto a esa bancarrota definitiva de las formas del movimiento tradicional, hemos asistido, asistimos y asistiremos al renacimiento o a la reanudación de otras formas que, en la medida clara está en que podemos juzgar actualmente, indican la orientación del proceso revolucionario en el porvenir y deben guiarnos en nuestra acción y reflexión presentes. Los consejos de trabajadores en Hungría, sus reivindicaciones de gestión de la producción, de supresión de las normas, etc.; el movimiento de los *shop-stewards* en Inglaterra y las huelgas «salvajes» en Inglaterra y en los Estados Unidos; las reivindicaciones sobre las condiciones de trabajo en el sentido más general y las que están dirigidas contra la jerarquía, que algunas categorías de trabajadores presentan casi siempre *pese a y contra* los sindicatos en varios países; éos deben ser los puntos de partida de nuestro esfuerzo para la reconstrucción de un movimiento revolucionario. El análisis de esos movimientos se hizo ampliamente en la revista «S. ou B.», y sigue siendo válido (aún cuando deba ser reanudado y desarrollado). Pero sólo podrá fecundar nuestra reflexión y nuestra acción si comprendemos cabalmente la *ruptura* que representan, desde luego no respecto a las fases culminantes de las revoluciones pasadas, pero sí respecto a la realidad histórica cotidiana y corriente del movimiento tradicional; si las tomamos no como enmiendas o añadidos a las formas pasadas, sino como bases nuevas a partir de las cuales hay que reflexionar y actuar, teniendo también en cuenta los que nos enseña nuestro análisis y nuestra crítica renovada del sistema social vigente.

29. Las condiciones presentes permiten pues profundizar y ampliar tanto la idea misma del socialismo como sus bases en la realidad social. Esto parece estar en oposición total con la desaparición de todo movimiento socialista revolucionario y de toda actividad política de los trabajadores. Y esa oposición no es aparente, es real y constituye el problema central de nuestra época. La sociedad oficial ha integrado al movimiento obrero y ha hecho suyas sus instituciones (partidos y sindicatos). Es más, los trabajadores han abandonado de hecho toda actividad política y hasta sindical. Esa privatización de la clase obrera y hasta de todas las clases sociales es el resultado de dos factores: la burocratización de los par-

tidos y los sindicatos aleja a la masa de los trabajadores; la elevación del nivel de vida y la difusión masiva de nuevos objetos y modos de consumo les proporciona un sucedáneo y una apariencia de razones de vivir. Esta fase no es ni superficial ni accidental. Representa un destino posible de la sociedad actual. Si el término barbarie tiene un sentido hoy en día, no se trata del fascismo, ni de la miseria, ni del retorno a la edad de piedra. Es precisamente esa «pesadilla con aire acondicionado», el consumo por el consumo en la vida privada, la organización por la organización en la vida colectiva y sus corolarios: privatización, abstención y apatía ante los asuntos de la colectividad, deshumanización de las relaciones sociales. Pero aunque ese proceso esté efectivamente en marcha en los países industrializados, hay que ver también cómo engendra sus propios contactos. Las instituciones burocratizadas se ven abandonadas por los hombres que acaban finalmente por oponerse a ellas. La carrera hacia niveles «cada vez más elevados» de consumo, hacia objetos «nuevos», se denuncia a sí misma tarde o temprano como lo que es, algo absurdo. Los elementos que hacen que sean posibles una conciencia, una actividad socialista, y en último término una revolución, no sólo no han desaparecido, sino que, al contrario, proliferan en la sociedad actual. Todo trabajador puede observar, en la gestión de los asuntos importantes de la sociedad, la anarquía y la incoherencia que caracterizan a las clases dominantes y a su sistema; vive, en su existencia cotidiana y sobre todo en su trabajo, lo absurdo de un sistema que quiere convertirle en un autómata pero que se ve obligado a acudir a su capacidad de invención y a su iniciativa para que corrija sus errores.

Existen pues la contradicción fundamental que hemos analizado, y el desgaste y la crisis de todas las formas de organización y de vida tradicionales; la aspiración de los hombres a la autonomía tal y como se manifiesta en su existencia concreta; la lucha informal constante de los trabajadores contra la gestión burocrática de la producción, y los movimientos y las reivindicaciones justas a los que hemos aludido en el párrafo anterior. O sea que los elementos de una solución socialista siguen siendo producidos por la sociedad actual aunque se encuentren enterrados, deformados o mutilados por el funcionamiento

to de la sociedad burocrática. Por otra parte, esta sociedad no consigue racionalizar (desde su propio punto de vista) su funcionamiento; está condenada a producir «crisis» que, por accidentales que parezcan en cada ocasión concreta, no dejan por ello de ser inevitables ni de plantear objetivamente cada vez ante la sociedad la totalidad de sus problemas. Esos dos elementos son necesarios y suficientes para dar fundamento a una perspectiva y un proyecto revolucionarios. Es vano y engañoso el buscar otra perspectiva, en el sentido de una deducción de la revolución, de una «demonstración» o de una descripción de cómo se producirá la conjunción de esos dos elementos (la rebelión consciente de las masas y la incapacidad provisional de funcionar del sistema vigente), y cómo producirá esa conjunción la revolución. Por lo demás, no ha habido nunca una descripción de este tipo en el marxismo clásico, excepto el pasaje con el que acaba el capítulo sobre «La acumulación originaria» en *El Capital*, pasaje que es teóricamente falso y al que no se ha ajustado ninguna de las revoluciones históricas reales, que han ocurrido todas a partir de un «accidente» imprevisible del sistema que inicia una explosión de actividad de las masas (explosión de la que después los historiadores, marxistas o no, que nada han podido prever, proporcionan a posteriori explicaciones que nada explican). Hemos escrito desde hace mucho tiempo que no se trata de deducir la revolución, sino de hacerla. Y el único factor de conjunción de esos elementos del que *nosotros*, revolucionarios, podamos hablar, es nuestra actividad, la actividad de una organización revolucionaria. Ésta no constituye en modo alguno, claro está, una «garantía», pero es el único factor que dependa de nosotros y que pueda aumentar la probabilidad de que las innumerables rebeliones individuales y colectivas en todos los lugares de la sociedad se hagan mutuamente eco y se unifiquen, de que adquieran el mismo sentido, de que tengan como objetivo explícito la reconstrucción radical de la sociedad y de que transformen lo que siempre es al principio una crisis más del sistema, en crisis revolucionaria. En ese sentido, la unificación de los dos elementos de la perspectiva revolucionaria sólo podrá realizarse en nuestra propia actividad, y mediante el contenido concreto de nuestra orientación.

IV. Elementos de una nueva orientación

30. Como movimiento organizado, el movimiento revolucionario ha de ser totalmente reconstruido. Esa reconstrucción encontrará una base sólida en el desarrollo de la experiencia obrera, pero supone una ruptura radical con las organizaciones actuales, su ideología, su mentalidad, sus métodos, sus acciones. Hay que insistir en que todo lo que ha existido y existe como forma instituida del movimiento obrero —partidos, sindicatos, etc.— está irremediable e irrevocablemente acabado, podrido, integrado en la sociedad de explotación. No puede haber soluciones milagrosas, y todo está por rehacer, con un largo y paciente trabajo. Hay que empezar de nuevo en todos los terrenos, pero empezar de nuevo partiendo de la inmensa experiencia de un siglo de luchas obreras, y con trabajadores que se encuentran más cerca que nunca de las verdaderas soluciones.

31. Hay que destruir radicalmente los equívocos sobre el programa socialista creados por las organizaciones «obreras» degeneradas, reformistas o estalinistas. La idea de que el socialismo coincide con la nacionalización de los medios de producción y la planificación, de que tiene esencialmente como objetivo —o de que los hombres deberían tener esencialmente como objetivo— el aumento de la producción y del consumo, todas esas ideas deben ser denunciadas implacablemente, y su identidad con la orientación profunda del capitalismo mostrada constantemente. La forma necesaria del socialismo como gestión obrera de la producción y de la sociedad y poder de los Consejos de trabajadores debe ser demostrada e ilustrada partiendo de la experiencia histórica renaciente. El contenido esencial del socialismo: restitución a los hombres del dominio sobre su propia vida; transformación del trabajo actual —un medio absurdo de ganarse la vida— en libre desarrollo de las fuerzas creadoras de los individuos y de los grupos; constitución de comunidades humanas integradas; unión de la cultura y de la vida de los hombres —ese contenido no debe ser escondido como una especulación vergonzante sobre un porvenir indeterminado sino presentarse como la única respuesta a los problemas que torturan y asfixian a la so-

ciedad de hoy. El programa socialista debe ser presentado como lo que es: un programa de humanización del trabajo y de la sociedad. Hay que gritar si es necesario que el socialismo no es una terraza de descanso sobre la prisión industrial, ni transistores para los prisioneros, sino la destrucción de la prisión industrial misma.

32. La crítica revolucionaria de la sociedad capitalista debe realizarse ahora en torno a un nuevo eje. Debe denunciar en primer lugar el carácter inhumano y absurdo del trabajo contemporáneo, en todos sus aspectos. Debe desenmascarar lo arbitrario y monstruoso de la organización jerárquica en la producción y la sociedad, su falta de justificación, el enorme despilfarro y los antagonismos que provoca, la incapacidad de los dirigentes, las contradicciones y la irracionalidad de la gestión burocrática de la empresa, de la economía, del Estado y de la sociedad. Debe mostrar que, por mucho que haya aumentado el «nivel de vida», el problema de las necesidades de los hombres no ha sido resuelto ni siquiera en las sociedades más ricas, que el consumo capitalista está lleno de contradicciones y es finalmente absurdo. Debe por último extenderse a todos los aspectos de la vida, denunciar el resquebrajamiento de las comunidades, la deshumanización de las relaciones entre los individuos, el contenido y los métodos de la educación capitalista, la monstruosidad de las ciudades modernas, la doble opresión impuesta a las mujeres y a los jóvenes.

33. El análisis de la realidad social actual no puede ni debe consistir simplemente en poner de manifiesto y denunciar la enajenación. Debe mostrar constantemente la *doble realidad* de toda actividad en las condiciones de hoy en día (que no es sino la expresión de lo que hemos definido anteriormente como contradicción fundamental del sistema); o sea el hecho de que la creatividad de la gente y su lucha contra la enajenación, individual o colectiva, se manifiestan necesariamente en todos los terrenos, y que eso es en particular cierto en la época contemporánea (y si esto no fuera así, sería imposible hablar de la posibilidad del socialismo). Así como hemos denunciado la idea absurda según la cual la fábrica es sólo un lugar de trabajo forzado, y hemos mostrado que la enajenación no puede nunca ser total (ya que entonces la producción se hundiría) y que la producción está en

igual medida dominada por la tendencia de los productores a, individual y colectivamente, asumir en parte su gestión, es igualmente necesario denunciar la idea absurda de que la vida de la gente bajo el régimen capitalista está hecha *únicamente* de pasividad ante la manipulación y el engaño capitalistas, y es por lo demás pura nada (si esto fuera así, viviríamos en un mundo de fantasmas o autómatas para los que el socialismo no tendría sentido alguno). Hay que hacer resaltar por el contrario el esfuerzo de la gente (que es a la vez efecto y causa del hundimiento de los valores y de las formas de vida tradicionales) para orientar por sí mismos su vida en un período en el que ya no existe certidumbre alguna, y mostrar el valor positivo de un esfuerzo que inicia, ni más ni menos, una fase absolutamente nueva en la historia de la humanidad y que, en la medida en que encarna la aspiración a la autonomía, es una condición del socialismo tanto o más esencial que el desarrollo de la tecnología; y hay que mostrar también el contenido positivo que adquiere frecuentemente el ejercicio de esa autonomía, por ejemplo en la transformación de las relaciones entre el hombre y la mujer o entre padres e hijos en la familia, transformación que contiene el reconocimiento de que la otra persona es o debe ser en último análisis dueño y responsable de su vida. Debemos igualmente mostrar el contenido análogo que aparece en las corrientes más radicales de la cultura contemporánea (algunas tendencias en el sicoanálisis, la sociología y la etnología, por ejemplo), en la medida en que las ideas de esas corrientes a la vez terminan de destruir lo que queda de las ideologías opresivas y forzosamente acabarán por difundirse en la sociedad.

34. Para las organizaciones tradicionales, las reivindicaciones económicas constituyen el problema central para los trabajadores, y el capitalismo es incapaz de satisfacerlas. Esta idea ha de ser categóricamente rechazada, ya que poco o nada tiene que ver con la realidad actual. La actividad de la organización revolucionaria y de los militantes revolucionarios en los sindicatos no puede tener como fundamento el intento de ir siempre más lejos que otros en las reivindicaciones económicas: esas reivindicaciones son, mal que bien, defendidas por los sindicatos, y además el sistema capitalista puede satisfacerlas

«unión con el campesinado pobre», ya que éste no representaba sino una fuerza negativa, destructora del antiguo sistema, mientras que las «nuevas capas» tendrán un papel positivo esencial en la reconstrucción socialista de la sociedad. Sólo el movimiento revolucionario puede dar un sentido positivo y una perspectiva a la rebelión de esas capas contra el sistema, y lo que recibirá a cambio le enriquecerá humanamente de modo inapreciable. Y sólo el movimiento revolucionario puede constituir el lazo de unión, en las condiciones de la sociedad de explotación, entre trabajadores manuales, «terciarios» e intelectuales, unión sin la cual no puede haber revolución victoriosa.

43. La ruptura entre generaciones y la rebelión de los jóvenes en la sociedad moderna no tienen hoy nada que ver con el «conflicto de generaciones» de antaño. Los jóvenes ya no se oponen a los adultos para coger su sitio en un sistema establecido y aceptado; rechazan ese sistema, y no aceptan ya sus valores. La sociedad contemporánea pierde su dominio sobre las generaciones que produce. La ruptura es particularmente brutal en el caso de la política. La aplastante mayoría de los «responsables» y de los militantes obreros adultos no pueden, por mucha buena fe y buena voluntad que tengan, adaptarse a las nuevas condiciones, y repiten mecánicamente las lecciones y las frases que han aprendido antaño, totalmente huertas ya, aferrándose a formas de acción y de organización que se hunden. Y es al mismo tiempo cada vez más difícil para las organizaciones tradicionales el reclutar a jóvenes, que no ven nada en ellas que las separe de todo el aparato carcomido e irrisorio que encuentran al llegar al mundo social. El movimiento revolucionario podrá dar un sentido positivo a la inmensa rebelión de la juventud contemporánea, y convertirla en el fermento de la transformación de la sociedad, si sabe encontrar el lenguaje auténtico y nuevo que ésta busca, y proponerle una actividad de lucha eficaz contra ese mundo que rechaza.

44. La crisis y el desgaste del sistema capitalista se extienden hoy a todos los aspectos de la vida. Sus dirigentes se agotan tratando de tapar las brechas del sistema, sin conseguirlo nunca. En esta sociedad, la más rica y la más poderosa que la tierra ha conocido, la insatisfacción de los hombres, su impotencia ante sus propias

creaciones, son mayores que nunca. Si hoy en día el capitalismo consigue privatizar a los trabajadores, alejarles del problema social y de la actividad colectiva, esa fase no puede durar eternamente, aunque sólo sea porque es la sociedad establecida en primer lugar la que corre el riesgo de verse asfixiada por esa situación. Tarde o temprano, aprovechando uno de esos «accidentes» inevitables en el sistema actual, las masas entrarán de nuevo en acción para modificar sus condiciones de existencia. El destino de esa acción dependerá del grado de conciencia, de la iniciativa, de la voluntad, de la capacidad de autonomía que muestren entonces los trabajadores. Pero la formación de esa conciencia, la afirmación de esa autonomía, dependen en un grado decisivo del trabajo continuo de una organización revolucionaria que haya comprendido claramente la experiencia de un siglo de luchas obreras, y en primer lugar que el objetivo y a la vez el medio de toda actividad revolucionaria es el desarrollo de la acción consciente y autónoma de los trabajadores; que sea capaz de trazar la perspectiva de una nueva sociedad humana por la que valga la pena vivir y morir; que, por último, encarne y sea un ejemplo ella misma de lo que es una actividad colectiva que los hombres comprenden y dominan.

La huelga de los mineros ha impresionado y apasionado con sobrada razón a toda la población trabajadora de Francia. De un cabo a otro de su huelga los mineros se han mostrado resueltos a rechazar las imposiciones del gobierno. Han ridiculizado a de Gaulle, al convertir su orden de requisición en papel mojado. Su huelga ha puesto fin a un largo período de inacción de los trabajadores, que se había agravado desde el 13 de mayo y sólo parcialmente había sido interrumpido por los movimientos del sector público en 1961 y 1962 (S.N.C.F., E.D.F.). Ha hecho ver de nuevo que, en un país industrial, mucho más que las palabras del Guía pesa la decisión de los trabajadores de no dejarse manejar. Por todo ello es un acontecimiento con un considerable sentido positivo que marcará la vida del país para los años futuros.

Sin embargo, sin hablar de los comentaristas de la izquierda oficial, muchos camaradas revolucionarios, arrastrados por un comprensible entusiasmo, llegan a atribuir a esta huelga un significado y a trazar perspectivas absolutamente ajenas a ella. Para comprenderlo claramente es preciso entender lo que significan en los países modernos las huelgas por los salarios, dirigidas y controladas por los sindicatos.

En un país capitalista moderno, la economía no podría funcionar sin aumentos periódicos y regulares de los salarios. El consumo de los trabajadores y lo que depende de él, directa o indirectamente, representan en efecto

* Propuesto como editorial para «Pouvoir Ouvrier», n.º 50 (abril de 1963), este texto había sido rechazado por los camaradas de la «anti-tendencia» que eran mayoría en la comisión encargada de la publicación de «P.O.».

las tres cuartas partes de la producción. Si el consumo se estanca, la producción también se estancará.

Desde la última guerra, la patronal y el Estado capitalista más o menos han comprendido que la expansión del consumo de masas es una necesidad para su economía. Han comprendido que los aumentos de salarios, dentro de ciertos límites, no atacan al régimen y no son para él una cuestión de vida o muerte. Incluso al contrario, más bien ven en ellos una válvula de seguridad contra la revuelta obrera. Lo que no quiere decir que a menudo los otorguen espontáneamente, aún menos que no discutan duramente.

Por consiguiente, los conflictos estallan periódicamente, porque la patronal sólo quiere dar una parte de lo que los obreros piden. También estallan porque los cambios en la producción y en las técnicas (la automatización, por ejemplo) hacen que algunas profesiones o ramas enteras se vean amenazadas y los obreros piden garantías o compensaciones.

Ahora bien, una de las funciones esenciales de los sindicatos actuales radica en impedir que los conflictos entre los trabajadores y la dirección adquieran una forma violenta y ataquen al orden establecido. Los sindicatos negocian las reivindicaciones salariales y la mayoría de las veces llegan a compromisos con la dirección. El meollo de esos compromisos generalmente es el siguiente: a cambio de «concesiones» de la dirección sobre los salarios y otras ventajas similares, los sindicatos aceptan y confirman de nuevo cada vez la dictadura absoluta de la dirección en la producción, su poder absoluto en cuestión de disciplina y de «organización» del trabajo. Con ello la dirección tiene las manos libres para aumentar el rendimiento de los obreros, de modo que al final los aumentos de salarios no le cuestan nada.

Sin embargo, de vez en cuando ese compromiso no llega a realizarse: ya sea porque el empresario se muestra particularmente duro, ya porque la base está particularmente soliviantada. Entonces los sindicatos, tanto para volver a tener en sus manos a la base como para mostrar a los patronos que son indispensables y tienen verdaderos triunfos en su bolsillo, organizan la gran huelga, la gran batalla campal. Éste es un fenómeno típico de todos los países modernos: Estados Unidos, Inglaterra, Alema-

nia, Dinamarca, etc. Todas esas huelgas se terminan con compromisos en los que los sindicatos frecuentemente obtienen algo más de lo que se había ofrecido al principio. Ninguna ha «desbordado» jamás ese marco.

Es con esta óptica como hay que ver también la huelga de los mineros en Francia. Nos sorprende porque en cierta manera es la primera de su clase, pero habrá otras. Desde 1957, los salarios en Francia se han retrasado respecto a la producción y será preciso que a la larga vuelvan a alcanzarla. Evidentemente, no la alcanzarán «automáticamente», pues, cualquiera que sea su modernización y su «racionalización», el capitalismo francés sólo concederá esos aumentos bajo presión.

Pero no hay que tomar sus deseos por realidades y atribuir a esos movimientos un significado radical que no tienen. Salvo en circunstancias totalmente excepcionales (cuyo único ejemplo en la historia de la postguerra es el de las huelgas belgas de 1960-1961) esas huelgas no impugnan y no pueden impugnar al orden establecido.

No lo impugnan por sus objetivos: las reivindicaciones de aumentos salariales, pues el capitalismo, sin percer, puede dar muy bien un 6, un 8 o un 10 % de aumento... y lo hace.

No lo impugnan por las intenciones profundas de los huelguistas. Por supuesto, en la raíz de toda lucha siempre hay, incluso en la reivindicación más limitada, la rebelión del trabajador contra la condición que le impone el régimen capitalista. Pero en el caso de estas huelgas toda la reivindicación se sitúa en el terreno del salario y no puede rebasarlo.

Tampoco lo impugnan por su forma, por el tipo de actividad de los trabajadores: estas huelgas están «institucionalizadas». Se desarrollan, excepto en algunos detalles, según el mismo procedimiento; están en manos de los sindicatos. La actitud de los obreros consiste en proporcionar un apoyo masivo y pasivo, incluso si consienten enormes sacrificios para el éxito de la huelga. Se insiste en el hecho de que el desencadenamiento de la huelga de los mineros ha partido de la base, pero hay que ver igualmente que la base ya no ha manifestado iniciativa desde el momento en que los sindicatos han tomado el asunto en sus manos.

En el terreno en que se sitúan estas huelgas no existe

«desbordamiento» posible. Al final de la huelga los trabajadores pueden protestar —como lo han hecho los mineros— porque encuentran poco satisfactorio el compromiso negociado. Pero eso demuestra precisamente que no salen del marco impuesto a esas luchas desde el principio.

¿Podría la propaganda de una pequeña organización revolucionaria modificar las cosas a este respecto? En las circunstancias actuales resulta ilusorio pensarla. Esa organización podría, y debería, difundir ideas o consignas como: reivindicaciones no jerarquizadas, dirección de la huelga por los propios huelguistas bajo la forma de comités de huelga elegidos, revocables y responsables ante la asamblea de huelguistas. Estas consignas son justas, pero no pueden tener repercusión práctica. Su adopción por los obreros —incluso simplemente por una minoría importante— significaría que los obreros quieren, aunque sólo sea en puntos parciales, *romper* con el sistema, tal como se expresa, por ejemplo, en la jerarquización de los empleos y salarios o en la influencia de la burocracia sindical en los movimientos. Ahora bien, estas huelgas no apuntan hacia esa ruptura. Más bien, como hemos intentado mostrar, se realizan *para* desarrollarse dentro del marco del sistema. Esto se ve también, en la huelga de los mineros, en el hecho de que desde el momento que han podido negociar un compromiso sobre los salarios, los sindicatos han dejado a un lado de hecho reivindicaciones que, sin tener nada de revolucionarias, llegaban algo más lejos (semana de 40 horas, provenir de la industria minera) sin que ello haya indignado particularmente a los obreros.

Un grupo revolucionario apoyará esos movimientos en la medida de todas sus fuerzas y por varias razones: porque siempre está con los explotados y contra los explotadores, porque es justo que no se agrave la explotación de los trabajadores, porque si los trabajadores permanecen apáticos sus condiciones de vida y de trabajo empeorarán en general, porque, incluso si es de un modo amputado y deformado, muestran que toda la sociedad reposa en el trabajo de los explotados. Aprovechará esa ocasión para hacer ver a los trabajadores el significado de la jerarquía (11 % para los que ganan 600 F y también 11 % para los que ganan 6.000 F) y el papel de la burocracia

sindical cuya única preocupación es: cómo terminar la huelga lo más rápidamente posible sin perder prestigio. Pero no buscará tres pies al gato y no verá en esas huelgas lo que no son: un punto de partida para una ruptura radical de los trabajadores con el sistema.

Las ideas formuladas en *El movimiento revolucionario bajo el capitalismo moderno* desde el principio han suscitado, en el interior del grupo «S. ou B.», una oposición cuyos portavoces han sido R. Maille, B. Brune y, tras numerosas fluctuaciones, J. F. Lyotard. Tras largas discusiones y algunos intentos de impedir o retrasar indefinidamente su publicación, el texto sólo pudo aparecer finalmente a finales de 1960, con la mención de que no comprometía al conjunto del grupo. Las controversias ásperas y confusas que entonces se iniciaron han durado casi cuatro años. Los textos de la tendencia adversa (que, característicamente, se llamó a sí misma «anti-tendencia») hasta el momento, por lo que sé, no han sido entregados al público, por lo que tan sólo puedo invitar al lector a reconstituir sus ideas a través de la crítica, explícita o implícita, que se realiza en los textos precedentes, y a repetir simplemente lo que ya se ha escrito sobre ello: que su neopaleomarxismo vergonzoso no lograba disimular su vacío. La «anti-tendencia» permanecía de hecho en el terreno de un «trotskismo correcto» e imprimía al mensual «Pouvoir Ouvrier» una orientación casi exclusivamente centrada en la guerra de Argelia, la denuncia del gobierno y las huelgas reivindicativas. Pero no se ha roto con el marxismo por haber aceptado tan sólo la idea de que Rusia es una sociedad de clases. Las proposiciones de trabajar sobre temas como la crítica de la sociedad de consumo, la educación, la crisis de la juventud, las mujeres, la familia, la sexualidad, la cultura, eran acogidas con risas socarronas o enterradas bajo un montón de banalidades «económicas» y «políticas» tradicionales. Se rechazaba tomar en consideración la significativa afluencia de estudiantes hacia el grupo a partir de 1959 —que

prefiguraba, a minúscula escala, tanto a Berkeley como al mayo del 68—; sólo se les consideraba como material para fabricar militantes que en general serían enviados a las puertas de las fábricas y nunca eran considerados en la especificidad de sus motivaciones y de sus problemas. Innumerables horas de discusión eran gastadas para nada por la «anti-tendencia» en el intento de demostrar que no existía «cuestión estudiantil» y que todos los problemas se reducían a la explotación económica por el capital y a la opresión ejercida por el Estado. El hecho de que las ideas formuladas en *El movimiento revolucionario bajo el capitalismo moderno*, y los temas evocados más arriba, no eran más que la continuación natural, el desarrollo orgánico de los análisis y de la orientación de «S. ou B.» desde hace años —que ya el texto *Sobre la dinámica del capitalismo*, publicado en 1953 y 1954, implicaba un rechazo de la economía marxista; que si uno quería rechazarlas era preciso que también rechazase sus premisas y que se deslindase de textos como *Sobre el contenido del socialismo, Balance, o Proletariado y organización*— era algo simplemente escotomizado. Hagamos justicia al menos en eso a R. Maille: al contrario que J. F. Lyotard, que siempre las había acogido con entusiasmo, él al menos había opuesto constantemente una evidente mala cara a todas las innovaciones inquietantes contenidas en esos textos.

La esterilidad de esas discusiones y la sensación de frustración que engendraban —la «anti-tendencia» no llegaba a producir posiciones determinadas, a no ser argumentos polémicos que se contradecían unos a otros, ni siquiera, hasta la víspera de la escisión de 1963, un texto que la definiese— condujeron a los camaradas que estaban de acuerdo con la orientación trazada en *El movimiento revolucionario...* a reunirse separadamente con el fin de discutir y trabajar sobre el meollo de los problemas. Estas reuniones han sido notablemente productivas, y sus resultados han alimentado en buena parte los números de «S. ou B.» posteriores a la escisión (del 35 al 40).

La escisión, de ese modo, se había instalado de hecho en el grupo y fue formalmente consagrada cuando una reunión general en julio de 1963. Aunque la «tendencia» era mayoritaria en algunos votos, para evitar las

tristes querellas que a menudo acompañan a estas escisiones de los grupos de extrema izquierda, un acuerpo amistoso dejó a la «anti-tendencia» el mensual «Pouvoir Ouvrier». La escisión era anunciada por nuestra parte a los lectores y simpatizantes de «S. ou B.» a través de la siguiente carta, con fecha del 28 de octubre de 1963.

Querido camarada:

Desde hace un cierto tiempo, has seguido el trabajo de «Socialisme ou Barbarie» y de «Pouvoir Ouvrier». Una escisión acaba de producirse en el grupo que publicaba esos dos órganos, nuestra obligación es informarte de sus orígenes, su carácter y sus resultados.

Desde el principio hemos caracterizado la instalación y la estabilización del régimen gaullista en Francia no como un preludio del fascismo, sino como el paso del capitalismo francés a la fase del capitalismo moderno, análoga a la que atraviesan los otros países industrializados (v. la editorial «Balance» en el n.º 26 de «S. ou B.», nov. de 1958). Los acontecimientos han demostrado que esa apreciación era correcta; pero, ¿qué significaba exactamente esa fase en cuanto al funcionamiento de la sociedad capitalista y en cuanto a la situación y a las perspectivas de un movimiento revolucionario?

Desde 1959 hemos intentado dar una respuesta a esa pregunta a partir de un examen de la realidad social en los países modernos. Ese examen nos ha conducido a ver, mucho más claramente que por el pasado, que gran número de ideas y de posiciones del movimiento marxista tradicional ya no correspondían —o, en ciertos casos, jamás habían correspondido— ni a la realidad, ni a las exigencias de una actividad socialista revolucionaria. Sus principales conclusiones están formuladas en la serie de artículos sobre El movimiento revolucionario bajo el capitalismo moderno («S. ou B.», n.º 31, 32, 33). Creemos útil recordar aquí lo esencial de ellas, pues fueron el principio de las divergencias en el grupo y finalmente de su escisión.

En los países capitalistas modernos ya no se observan las manifestaciones antaño consideradas como características ineluctables del funcionamiento del capitalismo: de-

presiones económicas, paro, pauperización absoluta o relativa. No se trata de un fenómeno accidental o pasajero: la dirección estatal de la economía permite al capitalismo controlar su evolución en un grado suficiente como para evitar desequilibrios catastróficos. Si esto es posible es que no existe, como se había creído en el marxismo clásico, una contradicción insuperable entre «el desarrollo de las fuerzas productivas» y las «formas de propiedad» o las «relaciones de producción» capitalistas. El capitalismo está orientado hacia la expansión de la producción, que está perfectamente capacitado para realizar, y eso implica y genera necesariamente un aumento del consumo. Por supuesto, esa producción tanto como ese consumo tienen un carácter y un contenido capitalista y, incluso con esa continua expansión de la producción y del consumo, el «problema económico» de la sociedad no está en modo alguno resuelto —no más que cualquier otro problema bajo el capitalismo. Pero no contiene en sí mismo la dinámica explosiva que se le atribuía antes. Los análisis económicos de Marx ya no pueden ser mantenidos en su contenido. Finalmente, si el problema fundamental que la sociedad plantea a los hombres era el de la miseria económica, no se comprende por qué y cómo los trabajadores podrían ser llevados a luchar por el socialismo, con todo lo que eso implica como cambio en las relaciones entre los hombres y en la orientación de la sociedad.

Hay que desalojar pues lo económico del lugar preponderante que hasta ahora le había concedido el marxismo. La contradicción insuperable se halla más profundamente en la estructura de las relaciones sociales en todos los campos. Tanto si se trata del trabajo, del funcionamiento de las instituciones, de la vida cultural, en todas partes se encuentra la misma antinomia: el capitalismo intenta excluir a los hombres de la dirección de su propia actividad pero al mismo tiempo ha de obtener su participación en esa actividad. El obrero debe aplicar como un autómata las reglas que se le imponen, pero al mismo tiempo debe desplegar la iniciativa y la inventiva de un superhombre cada vez que las reglas se revelan absurdas o surge algún imprevisto —es decir, la mitad de las veces. El ciudadano, el militante político o sindical ha de limitarse a una obediencia sumisa respecto a los je-

fes, pero se le reprocha su apatía que impide el buen funcionamiento del Estado, de los partidos y del sindicato.

La creciente burocratización del capitalismo, en vez de permitir superar esa antinomia, simplemente la exaspera y la extiende; pues al adueñarse ya no sólo de la producción y de la gestión de la economía, sino de la política, del consumo, del ocio, etc., la manipulación burocrática de las actividades sociales produce en todas partes un conflicto del mismo tipo. Porque contiene esta antinomia insuperable, el sistema capitalista suscita contra él una lucha permanente. El factor cada vez más determinante de la historia desde hace un siglo no radica en las «contradicciones económicas» o en las «leyes del movimiento de la sociedad», sino en esa lucha.

Sólo desde esa óptica se puede comprender por qué puede tratarse de una revolución socialista y no simplemente de una ciega rebelión de los obreros hambrientos, pues la supresión de esa antinomia sólo es posible por la gestión de la producción por los productores, reivindicación central del socialismo; la cuestión fundamental de una nueva sociedad, la cuestión de la autonomía está planteada en negativo en y por la esclavitud capitalista. El problema planteado a los trabajadores objetivamente, en las sociedades modernas, es el de su vida concreta de productores, del sentido de su trabajo y finalmente de su vida. No pueden resolverlo más que cambiando completamente el conjunto de las estructuras y de las relaciones sociales.

Las condiciones presentes permiten pues profundizar y ampliar tanto la idea del socialismo como sus bases en la realidad social. Esto parece estar en total oposición con la desaparición de todo movimiento socialista revolucionario y de toda actividad política de los trabajadores. Y esa oposición no es aparente, es bien real y constituye el problema central de nuestra época.

El movimiento obrero ha sido integrado en la sociedad oficial, sus instituciones (partidos, sindicatos) han pasado a ser de ella. Además, los trabajadores han abandonado de hecho toda actividad política o incluso sindical. Esta privatización de la clase obrera e incluso de todas las capas sociales se debe a la conjunción de dos factores: la burocratización de los partidos y de los sin-

dicatos aleja a la masa de los trabajadores; la elevación del nivel de vida y la difusión masiva de los nuevos objetos y modos de consumo les proporciona un sustituto y un simulacro de sus razones para vivir. Esta fase no es ni superficial, ni accidental. Refleja un posible destino de la sociedad actual.

Si el término *barbarie* tiene un sentido en la actualidad, no es ni el fascismo, ni la miseria, ni el retorno a la edad de piedra, sino precisamente esa «pesadilla climatizada», el consumo por el consumo en la vida privada, la organización por la organización en la vida colectiva y sus corolarios: privatización, alejamiento y apatía respecto a los asuntos comunes, deshumanización de las relaciones sociales. Este proceso está en plena boga en los países industrializados, pero engendra sus propios contrarios. Las instituciones burocráticas son abandonadas por los hombres que al final tienen que oponerse a ellas. La carrera a niveles «siempre más elevados» del consumo, hacia «nuevos» objetos, pronto o tarde se denuncia a sí misma como absurda.

Lo que puede permitir una toma de conciencia, una actividad socialista, y en última instancia una revolución, no ha desaparecido, sino que al contrario prolifera en la sociedad actual. Cada trabajador puede observar, en la gestión de los grandes asuntos de la sociedad, la anarquía y la incoherencia que caracterizan a las clases dominantes y su sistema; y, en su existencia cotidiana y en primer lugar en su trabajo, vive el absurdo de un sistema que quiere reducirle a un autómata pero ha de apelar a su inventiva y a su iniciativa para corregir sus propios errores.

La revolución socialista sigue siendo la única perspectiva positiva abierta a la humanidad, a condición de que se le asigne precisamente como objetivos la solución de esos problemas, y no el desarrollo «más rápido» de las fuerzas productivas. Igualmente, más que nunca es necesaria una organización revolucionaria, a condición de que rompa con las ideas y las prácticas del pasado y regule su actividad a partir de la siguiente idea central: que el socialismo es la actividad autónoma de las masas trabajadoras y que fuera de esa actividad nada puede velar por él, ni la dirección de un Partido omnisciente, ni unas «leyes de la historia» secretamente dispuestas por una

Providencia con el fin de que el comunismo sea su resultado.

Este análisis, y eso ha de estar claro para los que han seguido «Socialisme ou Barbarie», es el resultado orgánico de la línea de desarrollo de la revista y, por otra parte, simplemente reagrupa y sistematiza ideas que ya habían sido formuladas desde hace tiempo.

Sin embargo, desde que fue sometido a discusión ha encontrado en una parte del grupo una resistencia encarnizada y una oposición vehemente, cuyo contenido positivo, o incluso negativo, por lo demás ha sido imposible delimitar. En efecto, no sólo no sabemos hasta el momento lo que proponen en su lugar los camaradas que lo rechazan, sino que resulta imposible comprender a qué se oponen precisamente: algunas ideas (como la de la privatización, o de la necesidad de hablar de todos los aspectos de la vida de los trabajadores y ya no sólo de reivindicaciones económicas y de política tradicional) fueron violentamente atacadas al principio, para ser luego aceptadas por el grupo y finalmente consideradas como evidentes; otras, como la crítica del análisis económico clásico marxista y sus temas (aumento de la explotación, etc...) fueron sucesivamente rechazadas y aceptadas, sin que pueda descubrirse un sentido en ese movimiento pendular. Así, a pesar de nuestros esfuerzos para obtener una discusión clara y sistemática de las divergencias, esa discusión, en la que a ciertas tesis se opondrían otras o al menos negaciones claras y definidas, no pudo realizarse. En esas condiciones, era fatal que se llegase a una escisión que, existiendo de hecho desde hacia varios meses, se consumó formalmente en el pasado julio. Se convino de común acuerdo que nosotros continuáramos la publicación de la revista «Socialisme ou Barbarie» y que los otros camaradas continuaran la publicación del mensual «Pouvoir Ouvrier».

No tenemos la intención de hablar ampliamente en la revista de esta escisión, por una simple y evidente razón: apenas podemos criticar a una gente que no presenta posiciones y se contenta con afirmar que, mientras continúen existiendo las clases, el marxismo por definición no puede ser superado. Sin embargo, nos sentimos tanto más obligados a señalar cuál es, en nuestra opinión, el carácter y el contenido de esa escisión.

Ante la pequeña minoría de gente que, en Francia y en otras partes, continúa apelando explícitamente a la ideología revolucionaria se plantean una serie de cuestiones cruciales:

—Las concepciones tradicionales, incluso «mejoradas», ¿no resultan insuficientes en lo sucesivo para comprender el mundo de hoy y, aún más, para transformarlo?

—¿No ha terminado una larga fase del movimiento obrero?

—¿No exige nuestra época una nueva ideología y una nueva práctica revolucionaria?

A estas preguntas, como ya se habrá comprendido, nosotros respondemos clara y decididamente con un *sí*. Falta hacer una reconstrucción radical del movimiento revolucionario, tanto por lo que respecta a la teoría como a la práctica. Sin duda no partirá de cero, puesto que disponemos tanto de la experiencia de un siglo de luchas obreras, como del enorme progreso que ha representado el marxismo para la comprensión de la historia y de la sociedad. Pero en ambos casos sólo se trata de materiales que sólo adquirirán su verdadero valor en una nueva elaboración y en una nueva actividad. La experiencia de un siglo de movimiento obrero es para nosotros objeto de estudio, no un libro de texto; ¿cómo podría ser de otro modo, ya que lo negativo y lo positivo se compensan en él, ya que ese movimiento ha impuesto al capitalismo transformaciones considerables, pero también su resultado hasta ahora es la degeneración de la única revolución victoriosa que se ha producido y la integración de los partidos y de los sindicatos en la sociedad establecida? El marxismo sigue siendo para nosotros una fuente sin par de inspiración teórica, pero ha dejado de ser una teoría viva desde hace cuarenta años. Y por otra parte, ¿cómo podría separarse su destino del del movimiento obrero que ha animado y en el que se ha encarnado, tanto para lo bueno como para lo malo? Nada sólido podrá construirse en tanto no se le atribuya al pasado su justo lugar sin odio y sin veneración.

Los que no aceptan este punto de vista pertenecen a ese pasado que no pueden mirar equitativa y objetivamente ya que todavía se encuentran en él; parte del peso muerto que pesa sobre la conciencia de los hombres, és-

tos son los conservadores en el movimiento revolucionario. Y desde que existe, el movimiento revolucionario ha engendrado regularmente sus propios conservadores; sólo ha progresado en la medida en que ha podido superar su oposición.

Pero en el mundo de hoy, el conservadurismo se degrada, en los revolucionarios tanto como en los reaccionarios. Hace quince o veinte años, la principal forma de conservadurismo en el movimiento revolucionario, el trotskismo, seguía siendo incapaz de hacer progresar tanto su práctica como sus ideas; pero al menos pretendía y se esforzaba por conservar realmente algo —por defender y preservar el marxismo «ortodoxo» y el bolchevismo del período heroico. Los conservadores que en la actualidad encontramos, ésos de los que acabamos de separarnos, no conservan nada; ni siquiera se atreven a decir que quieren preservar el marxismo ortodoxo o el bolchevismo. En ellos también, como a todos los niveles de la sociedad, el conservadurismo tiene mala conciencia y no se atreve a llamarse con su nombre.

Emprendemos con confianza un nuevo período de nuestro trabajo. Aunque esta escisión nos debilita numéricamente, aunque por un cierto tiempo nos haga correr el riesgo de desanimar a algunos de los que seguían nuestro esfuerzo, también nos permite recobrar una cohesión de ideas y de actitudes cuya ausencia había disminuido, desde hace tres años, la eficacia del grupo a menos de su mitad.

El papel de la ideología bolchevique en el nacimiento de la burocracia *

Nos honramos en presentar a nuestros lectores la primera traducción francesa del folleto de Alejandra Kollontai, *La Oposición obrera*, publicado en Moscú a principios de 1921, durante la violenta controversia que precedió al X Congreso del Partido Bolchevique y que aquel Congreso había de dirimir, al igual que todas las demás, para siempre (a).

Nunca se termina de hablar de la revolución rusa, de sus problemas, de su degeneración, del régimen que ha acabado por crear. ¿Y cómo se va a terminar? En ella se combinan la única victoriosa de todas las rebeliones de la clase obrera, con el más profundo y revelador de sus fracasos. El aplastamiento de la Comuna de París de 1871, o el de la Budapest de 1956, nos enseñan que los obreros insurrectos encuentran problemas de organización y de política enormemente difíciles, que su insurrección puede verse aislada, que las clases dominantes no retroceden ante ninguna clase de violencia, ante ninguna barbarie, cuando lo que está en juego es la salvación de su poder. Pero la revolución rusa nos obliga a reflexionar no sólo sobre las condiciones de una victoria

* «S. ou B.», n.º 35 (enero de 1964).

(a) Este texto servía de introducción a «La Oposición obrera», de Alejandra Kollontai, publicado en el mismo número de «S. ou B.», a partir de la traducción inglesa de 1921. Una nueva traducción francesa a partir del original ruso ha sido publicada por Le Seuil en 1974. Existe traducción castellana de la versión inglesa (Castellote, 1976). Desde entonces, es fundamental el texto de Maurice Brinton, *The Bolsheviks and Worker's Control*, publicado en castellano (*Los bolcheviques y el control obrero 1917-1921*) por Ruedo Ibérico, París, 1972.

del proletariado, sino también sobre el contenido y la posible suerte de esa victoria, sobre su consolidación y su desarrollo, sobre los gérmenes de un fracaso cuyo alcance sobrepasa infinitamente la victoria de los versalleses, de Franco o de los tanques de Jrushchev. Porque logró aplastar a los ejércitos blancos, pero sucumbió ante la burocracia engendrada por ella misma, la revolución rusa nos sitúa ante unos problemas de naturaleza distinta a los de la táctica y métodos de la insurrección armada, o de la apreciación correcta de las relaciones de fuerzas. Nos obliga a reflexionar sobre la naturaleza del poder de los trabajadores y sobre lo que entendemos por socialismo. Nos hace darnos cuenta de que ha sido y sigue siendo todavía, en muchos aspectos, la forma más acabada, más «pura», de la sociedad de explotación moderna, porque ha conducido a un régimen en el que la concentración de la economía, el poder totalitario de los dirigentes y la explotación de los trabajadores se han llevado hasta el límite, produciendo, en suma, el máximo grado de centralización del capital y de su fusión con el Estado. Encarna el marxismo por primera vez en la historia, y nos hace ver de inmediato en esa encarnación un monstruo desfigurado, nos lo hace comprender tanto o más que ella misma puede ser comprendida por él. El régimen que ha producido es la piedra de toque de todas las ideas que están en circulación, del marxismo clásico, naturalmente, pero también de las ideologías burguesas, causando la ruina del uno allí donde lo ponía en práctica, haciendo triunfar la sustancia más profunda de las otras con las contradicciones que hacía resaltar en ellas. Y, por su extensión a lo ancho de una tercera parte del mundo, por las revueltas obreras que lo han puesto en cuestión desde hace diez años, por sus tentativas de auto-reforma, por su actual enfrentamiento en un polo chino y otro ruso, no ha terminado aún de plantear las cuestiones más inmediatas, de ser el revelador más evidente y al propio tiempo más enigmático de la historia mundial. El mundo en el que vivimos, en el que reflexionamos, en el que nos movemos, fue puesto sobre su vía en octubre de 1917 por los obreros y bolcheviques de Petrogrado.

* * *

De entre las innumerables cuestiones que hace surgir el destino de la revolución rusa, hay dos que forman los polos que permiten organizar todas las otras. La primera: cuál es la sociedad producida por la degeneración de la revolución (cuál es la naturaleza, y la dinámica de ese régimen, qué es la burocracia rusa, cuál su relación con el capitalismo y el proletariado, su lugar histórico, sus problemas actuales), se ha discutido en varias ocasiones en «S. ou B.»¹, y volverá a discutirse². La segunda: cómo puede una revolución obrera hacer nacer una burocracia, y cómo se produjo este hecho en Rusia, la hemos examinado ya bajo su forma teórica³, pero apenas si la hemos abordado bajo el ángulo de la historia concreta. Porque hay, en efecto, una dificultad casi insuperable para estudiar de cerca el período más oscuro de todos, de octubre de 1917 a marzo de 1921, cuando se jugó la suerte de la revolución. El primero de los problemas que nos interesan es, en efecto, éste: ¿en qué medida intentaron los obreros rusos llevar por sí mismos la dirección de la sociedad, la gestión de la producción, la regulación de la economía, la orientación de la política? ¿Cuál era su conciencia de los problemas, su actividad autónoma? ¿Cuál fue su actitud ante el partido bolchevique, ante la burocracia naciente? Claro que no son los obreros los que escriben la historia, sino siempre *los otros*. Y esos otros, sean quienes fueren, no existen históricamente más que porque las masas son pasivas, o simplemente activas

1. V., entre otros, R.P.R., «La explotación del campesinado bajo el capitalismo burocrático» (Vol. I.1., pp. 243 y ss.), R.P.B., *op. cit.*, t. 2, p. 213, y Claude Lefort, «El totalitarismo sin Stalin», en «*¿Qué es la burocracia?*» (Ruedo Ibérico, París), p. 98.

2. Los textos sobre economía y sociedad rusas después de la industrialización anunciados en esta nota, se publicarán en *La sociedad burocrática*, 3.

3. V. además de los textos citados en la nota 1, S.B. y C.S.I. (t. I).

para mantenerlos, cosa que afirmarán en toda ocasión; la mayoría de las veces no tendrán ojos que vean ni oídos que escuchen los gestos y palabras que muestran la verdadera actividad autónoma. En el mejor de los casos, la pondrán por las nubes en tanto coincide *milagrosamente* con su propia línea, y la condenarán radicalmente, imputándole los móviles más infames, en cuanto se aleje de ella. Así, Trotski describe con términos grandiosos a los obreros anónimos de Petrogrado que se acercaban al partido bolchevique o se movilizaban por sí mismos durante la guerra civil, pero califica de rufianes y de agentes del Estado Mayor francés a los insurrectos de Kronstadt. No tienen ni las categorías, ni las células cerebrales podríamos decir, necesarias para comprenderla, ni siquiera para verla como lo que es: una actividad no institucional, que no tiene jefes ni programas, no tiene realidad, ni siquiera se la puede percibir claramente si no es bajo la forma de los «desórdenes» y los «trastornos». La actividad autónoma de las masas pertenece por definición a lo *reprimido* de la historia.

Así, no es solamente que el registro documental de los fenómenos más interesantes de la época sea fragmentario, e incluso que haya sido suprimido sistemáticamente, y siga siéndolo, por la burocracia triunfante. Es también que es *orientado* y *selectivo* en un grado infinitamente más profundo que ningún otro testimonio histórico. La rabia reaccionaria de los testigos burgueses y la rabia, apenas más moderada, de los socialdemócratas; el delirio anarquista; la historiografía oficial, reescrita periódicamente de acuerdo con las necesidades de la burocracia; y la de la tendencia trotskista, preocupada exclusivamente de justificarse *a posteriori* y de ocultar su papel en las primeras etapas de la degeneración, se ponen de acuerdo para ignorar los signos de actividad autónoma de las masas durante aquel período o, en rigor, para «demostrar» que era imposible *a priori* que existiese.

A este respecto, el texto de Alejandra Kollontai nos aporta informaciones de inestimable valor. Primero, por las indicaciones directas que ofrece sobre las actitudes y reacciones de los obreros rusos ante la política del partido bolchevique. Luego, y sobre todo, mostrándonos que una amplia fracción de la base obrera del partido tenía conciencia del proceso de burocratización en marcha, y

que se alzaba contra él. Después de haber leído este texto no es posible ya continuar presentando a la Rusia de 1920 como un caos, un montón de ruinas, donde el proletariado había quedado pulverizado y donde los únicos elementos de orden eran el pensamiento de Lenin y la «voluntad de hierro» de los bolcheviques. Los obreros querían algo, y lo demostraron dentro del partido por medio de la Oposición obrera, y fuera del partido con las huelgas de Petrogrado y la sublevación de Kronstadt. Fue necesario que una y otra fueran aplastadas por Lenin y Trotski para que Stalin pudiera triunfar más adelante.

* * *

A la pregunta: ¿cómo ha podido producir la Revolución rusa un régimen burocrático?, la respuesta habitual, propuesta por Trotski (y adoptada con gusto desde hace largo tiempo por los compañeros de viaje del estalinismo, y hoy por los mismos jrushchevistas, para «explicar» las «deformaciones burocráticas del régimen socialista») es la siguiente: La revolución tuvo lugar en un país atrasado que, de todas maneras, no hubiera podido construir el socialismo por sí solo; se encontró aislada a causa del fracaso de la revolución en Europa, y especialmente en Alemania, entre 1919 y 1923; y por añadidura, el país fue completamente devastado por la guerra civil.

Esta respuesta no merecería ni que nos detuviéramos a considerarla, de no ser por la aceptación general que ha encontrado y el papel mistificador que desempeña. Porque deja totalmente de lado la pregunta misma. El atraso, el aislamiento y la devastación del país, hechos incontestables en sí mismos, habrían podido explicar igualmente bien la pura y simple derrota de la revolución, la restauración del capitalismo clásico. Pero lo que se pregunta es por qué precisamente no se produjo esa derrota pura y simple, por qué la revolución, después de haber vencido a sus enemigos exteriores, se desmoronó por dentro, por qué «degeneró» de esa precisa manera que condujo al poder de la burocracia. La respuesta

de Trotski es, por decirlo con una metáfora, como si afirmáramos: este individuo tiene una tuberculosis porque está terriblemente débil. Pero la debilidad podría haberle hecho morir, o contraer cualquier otra enfermedad; ¿por qué ha contraído *precisamente ésa*? Lo que hay que tratar de explicar en la degeneración de la revolución rusa es precisamente lo específico de esa degeneración en cuanto degeneración *burocrática*; y eso es algo que no puede hacerse a base de recurrir a factores tan generales como el aislamiento o el atraso. Añadamos de paso que esa «respuesta» no nos dice nada sobre la Rusia posterior a 1920. La única conclusión que podemos sacar es que los revolucionarios han de formular ardientes deseos de que las próximas revoluciones tengan lugar en países más adelantados, que no se queden aisladas y que si hay guerra civil, no sea devastadora.

Mientras, el hecho de que desde hace ya veinte años, el régimen burocrático haya desbordado ampliamente las fronteras de Rusia, que se haya instalado en países a los que de ningún modo puede calificarse de atrasados (Checoslovaquia o Alemania Oriental), que la industrialización haya hecho de Rusia la segunda potencia mundial sin debilitar en nada la burocracia como tal, son datos que señalan que toda discusión en términos de «atraso», «aislamiento», etc., es pura y simplemente anacrónica.

Si queremos entender la aparición de la burocracia como capa de gestión cada vez con mayor preponderancia en el mundo contemporáneo, tenemos que constatar inmediatamente por fuerza que, paradójicamente, se presenta en ambos extremos del desarrollo social: por una parte, como producto orgánico de la madurez de la sociedad capitalista, y por la otra, como «respuesta obligada» de las sociedades atrasadas al problema de su *paso a la industrialización*.

En el primer caso, la aparición de la burocracia no supone misterio alguno. La concentración de la producción conduce necesariamente a la aparición dentro de las empresas de una capa que ha de asumir colectivamente la gestión de inmensos conjuntos económicos, tarea que supera cualitativamente las posibilidades de un propietario individual. El papel creciente del Estado en el terreno económico, y gradualmente también en los otros, conduce simultáneamente a la extensión cuantitativa y a un

cambio cualitativo del aparato burocrático del Estado. En el otro polo de la sociedad, el movimiento obrero degenera burocratizándose, se burocratiza integrándose en el orden establecido y no puede integrarse en él más que burocratizándose. Todos estos diversos elementos constitutivos de la burocracia —técnico-económica, político-estatal, «obrera»— cohabitan de mejor o peor manera entre sí, y con los elementos propiamente «burgueses» (propietarios de los medios de producción), pero la evolución tiende a incrementar constantemente su peso en la dirección de la sociedad. En este sentido, puede decirse que el surgimiento de la burocracia corresponde a una fase «última» de la concentración del capital, que la burocracia personifica o encarna al capital durante esa fase, del mismo modo que lo hacía la burguesía durante la fase anterior. Y esa burocracia puede entenderse, al menos en cuanto a su origen y función socio-histórica, con ayuda de las categorías del marxismo clásico (importa poco a este respecto si los pretendidos marxistas de la época actual, que están infinitamente por debajo de las posibilidades de la teoría que pretenden encarnar, son incapaces de otorgar un estatuto socio-histórico a la burocracia y, por tal razón, llegan a negar prácticamente su existencia creyendo que en su ideas no hay nombre para tal cosa, y a hablar del capitalismo como si no hubiese cambiado nada desde hace cien o ciento cincuenta años).

En el segundo caso, la burocracia surge, podríamos decir, del vacío mismo de la sociedad considerada. No hay duda de que en la casi totalidad de las sociedades atrasadas, las antiguas capas dominantes se muestran incapaces de emprender la industrialización del país, que el capital extranjero sólo crea, en el «mejor» de los casos, enclaves de explotación moderna aislados, que la burguesía nacional, nacida tardíamente, no tiene ni la fuerza ni el valor necesarios para emprender la transformación de arriba abajo de las antiguas estructuras sociales que exigía la modernización. Añadamos que, por esa misma razón, el proletariado nacional es demasiado débil para desempeñar el papel que le ha sido asignado en el esquema de la «revolución permanente», es decir, para eliminar a las antiguas capas dominantes y emprender una transformación que lleve, de modo ininterrumpido, de la etapa «democrático-burguesa» a la etapa socialista.

¿Qué puede pasar entonces? La sociedad atrasada puede continuar en su estancamiento, y de hecho continúa durante un tiempo más o menos largo (como sigue siendo el caso hoy día de gran número de países atrasados, constituidos en Estados nuevos o ya antiguos). Ese estancamiento significa de hecho una degradación, como mínimo relativa y, en muchos casos, incluso absoluta, de la situación económica y social, y una ruptura del equilibrio anterior. Cada ruptura de equilibrio, agravada casi siempre por factores «accidentales» en apariencia pero de hecho inevitables y que tienen una resonancia terriblemente incrementada en una sociedad desestructurada, se convierte en una crisis, muchas veces combinada con una componente «nacional». El resultado puede ser una lucha social-nacional larga y abierta (China, Argelia, Cuba, Indochina), o un golpe de Estado, militar casi siempre (Egipto). Ambos casos presentan enormes diferencias, pero presentan también un punto en común.

En el primero de ellos, la dirección político-militar de la lucha se erige gradualmente en una capa autónoma que dirige la «revolución» y, tras la victoria, la reconstrucción del país, para lo que, naturalmente, reúne a su lado a todos los elementos procedentes de las antiguas clases privilegiadas, selecciona elementos en las masas y construye, al mismo tiempo que la industria del país, la pirámide jerárquica que formará su esqueleto social. La industrialización se hace, naturalmente, según los métodos clásicos de la acumulación primitiva, explotando intensamente a los obreros y todavía más a los campesinos, y haciendo entrar a éstos prácticamente a la fuerza en el ejército industrial del trabajo. En el segundo de los casos, la burocracia estatal-militar, juega un papel tutelar respecto de las clases privilegiadas, no las elimina radicalmente, ni elimina tampoco el estado de cosas que representan, por lo que puede preverse casi siempre que la transformación industrial del país no llegará a término sin una nueva convulsión violenta. Pero en los dos casos se constata que quien efectivamente juega o tiende a jugar el papel de sustituto de la burguesía en sus funciones de acumulación primitiva, es la burocracia.

Es preciso notar que esa burocracia hace saltar efectivamente por los aires las categorías tradicionales del marxismo. No puede decirse, en ningún sentido, que la nueva

capa social se haya creado ni haya crecido en el seno de la sociedad precedente, ni que nazca de un nuevo modo de producción cuyo desarrollo se haya hecho incompatible con el mantenimiento de las antiguas formas de vida económica y social. Al contrario, ella es quien hace nacer el nuevo modo de producción en la sociedad que consideramos; no nace a partir del funcionamiento normal de la sociedad, sino a partir de la incapacidad para funcionar de esa sociedad. Su origen es, casi sin metáfora, el vacío social: sus raíces históricas sólo se hunden en el futuro. Es evidente que carece de sentido decir que la burocracia china es producto de la industrialización del país cuando se podría decir, con muchísima más razón, que la industrialización de China es producto del acceso de la burocracia al poder. Esta antinomia sólo puede superarse constatando que, en la época actual y a falta de una solución revolucionaria a escala internacional, un país atrasado sólo puede industrializarse si se burocratiza.

En el caso de Rusia, la burocracia se encuentra, *a posteriori*, con que ha realizado la «función histórica»⁴ de la burguesía de antaño o de la burocracia de un país atrasado de hoy, y por tanto, puede hasta cierto punto ser asimilada a esta última⁵; pero las condiciones de su nacimiento son diferentes, precisamente porque la Rusia de 1917 no era simplemente un país «atrasado», sino un país que, junto a su atraso, presentaba un desarrollo capitalista bien asentado (la Rusia de 1913 era la quinta potencia industrial del mundo), tan bien asentado que fue precisamente escenario de una revolución del proletariado que se pretendió socialista (mucho antes de que esta palabra hubiera llegado a significar cualquier cosa, o nin-

4. Cuando hablamos de «función histórica» en este contexto, no estamos haciendo metafísica, ni racionalización *a posteriori*. Es una forma abreviada de decir: o bien Rusia desarrollaba una gran industria moderna, o bien el nuevo Estado se veía aplastado por un conflicto cualquiera (como muy tarde, en 1941).

5. Sólo en este sentido hay un elemento de verdad en la relación establecida por Trotski entre la burocracia y el atraso de Rusia, tan ampliamente recogida hoy día, por Deutscher, por ejemplo. Lo que, evidentemente, se olvida de añadir es que, en este caso, se trata, sin la menor duda, de un *régimen de explotación* que realiza la acumulación primitiva.

guna). La primera burocracia que llegó a convertirse en clase dominante de su sociedad, la burocracia rusa, aparece precisamente como producto final de una revolución que, según todo el mundo creía, había dado el poder al proletariado.

Representa por tanto un tercer tipo, que es de hecho el primero en surgir claramente en la historia moderna, muy específico: la burocracia que nace de la degeneración de una revolución obrera, que es esa degeneración, y esto sin perjuicio de que la burocracia rusa haya cumplido, desde un principio, sus funciones de «gerente de un capital centralizado» y de «capa que desarrolla por todos los medios una industria moderna».

Pero, ¿en qué sentido podemos decir —teniendo en cuenta precisamente la evolución posterior, teniendo en cuenta también que la «toma del poder» en octubre de 1917 fue organizada y dirigida por el partido bolchevique que, desde el primer día, asumió de hecho el poder—, en qué sentido podemos decir que la revolución de octubre fue una revolución proletaria, si nos negamos a identificar pura y simplemente a la clase con el partido que pretende ser su representante? ¿Por qué no decir —como ha habido siempre gente que dijo— que nunca hubo en Rusia otra cosa que el golpe de Estado de un partido que, una vez que se hubo asegurado por unos u otros medios el apoyo del proletariado, no pretendía sino instaurar su propia dictadura, y que lo logró?

No tenemos intención de discutir este problema en los términos escolásticos que consisten en preguntarse si se puede clasificar a la revolución rusa en la categoría de las revoluciones proletarias. La pregunta que nos interesa es la siguiente: ¿jugó la clase obrera rusa un papel histórico propio durante aquel período, o bien fue simplemente la infantería movilizada al servicio de otras fuerzas ya establecidas? ¿Apareció como un polo relativamente autónomo en la lucha, en el torbellino de las acciones, de las formas de organización, de las reivindicaciones, de las ideas, o por el contrario fue un mero catalizador de impulsos venidos de otra parte, un instrumento manejado sin grandes riesgos ni dificultades?

Cualquiera que haya estudiado un poco la historia de la revolución rusa no titubeará al responder. Petrogrado en 1917, e incluso más tarde, no fue ni Praga en 1948 ni

Cantón en 1949. El papel independiente del proletariado aparece claramente, incluso, para empezar, por la naturaleza del proceso que hizo que los obreros llenasen las filas del partido bolchevique y le diesen un apoyo mayoritario que nada ni nadie podía obligarles a dar en aquellos momentos; por la relación que le une con ese partido; por el peso espontáneamente asumido de la guerra civil. Y sobre todo, por las acciones autónomas emprendidas, ya desde febrero, desde julio de 1917, y más aún en octubre, expropiando a los capitalistas sin o contra la voluntad del partido, organizando por sí mismos la producción; los órganos autónomos, en fin, que formó: los Soviets y los Comités de fábrica.

El éxito de la revolución sólo fue posible gracias a la convergencia del inmenso movimiento de rebelión total de las masas obreras, de su voluntad de cambiar sus condiciones de existencia, de desembarazarse de los patronos y del Zar por una parte, y de la acción del partido bolchevique por la otra. Decir que a finales de 1917 sólo el partido bolchevique podía dar una expresión articulada y un *objetivo inmediato* preciso (derribar al Gobierno provisional) a las aspiraciones de los obreros, los campesinos y los soldados es algo cierto, y no significa, en modo alguno, que los obreros formasen una infantería pasiva. Sin los obreros, en sus filas y fuera de sus filas, el partido no era nada, ni física ni políticamente. Sin la presión de su creciente radicalización, ni siquiera hubiese adoptado una línea revolucionaria. Y en ningún momento, ni siquiera meses después de la toma del poder, puede decirse que el partido «controlase» los movimientos de la masa obrera.

Pero esta convergencia, que culmina efectivamente con el derrocamiento del Gobierno provisional y la constitución de un gobierno de predominio bolchevique, resultó pasajera. Los síntomas de separación entre el partido y las masas aparecen relativamente muy pronto, incluso aunque, dada su naturaleza, esa separación no pueda apreciarse con la precisión que se exige de las tendencias políticas organizadas.

Ciertamente, los obreros esperaban de la revolución un cambio total de sus condiciones de existencia. Esperaban sin duda un mejoramiento material, pero sabían muy bien que no podría haber un mejoramiento inme-

diato. Sólo las mentes cerradas pueden enlazar de manera esencial a la revolución con ese factor, y con la desilusión posterior de los obreros ante la incapacidad del nuevo régimen para satisfacer sus esperanzas de mejorar económicaamente. La revolución se había iniciado, en cierto modo, pidiendo pan; pero, ya mucho antes de octubre, había superado la cuestión del pan, había absorbido la pasión total de los hombres. Durante más de tres años, los obreros rusos soportaron sin desfallecer las privaciones materiales más extremas, mientras acudían a cubrir los contingentes de tropas que debían derrotar a los ejércitos blancos. Ante ellos estaba la opción de liberarse de la opresión de la clase capitalista y de su Estado. Organizados en Soviets y Comités de fábrica, encontraban inconcebible, ya antes pero sobre todo después de octubre, que no se expulsara a los capitalistas, y por eso mismo se veían abocados a descubrir que tenían que organizar y dirigir la producción por sí mismos. Y así, ellos fueron quienes expropiaron por su cuenta a los capitalistas, enfrentándose a la línea del partido bolchevique (el decreto de nacionalización del verano de 1918 no fue sino la ratificación de un estado de cosas), y quienes volvieron a poner en marcha las fábricas.

Para el partido bolchevique, las cosas eran de otra manera. En lo que su línea se precisa, después de octubre de 1917 (en contra de lo que la mitología propagada conjuntamente por estalinistas y trotskistas pretende, se puede demostrar con facilidad y documentalmente, que antes y después de octubre, el partido bolchevique no tiene ni la más remota idea de lo que pretende hacer después de la toma del poder), trata de instaurar en Rusia una economía «bien organizada», según el modelo capitalista de la época⁶, un «capitalismo de Estado» (ex-

6. Una cita entre cien posibles: «La historia hizo aparecer en 1918 las dos mitades separadas del socialismo viviendo una junto a la otra, como dos pollitos futuros dentro de la cáscara única del capitalismo internacional. Alemania y Rusia fueron la encarnación más llamativa de las condiciones socio-económicas del socialismo la una, y de sus condiciones políticas la otra». (Lenin, «Infantilismo "de izquierda" y mentalidad pequeño-burguesa», *Selected Works*, vol. VII, p. 365; *Œuvres choisies*, Moscú, t. 2, p. 831.)

presión que aparece constantemente en los textos de Lenin), al que se superpondrá un poder político «obrero», en tanto en cuanto será ejercido por el partido de los obreros, el partido bolchevique. El «socialismo» (que implica, como escribe Lenin sin el menor titubeo, la «dirección colectiva de la producción»), vendrá después.

Y no se trata solamente de una «línea», de algo que simplemente se dice o se piensa. El partido está imbuido, de arriba abajo, en su mentalidad profunda y en su actitud real, de la convicción indiscutible de que debe *dirigir* en todo el sentido del término. Esa convicción, que existía ya mucho antes de la revolución (como demuestra Trotski al hablar de la mentalidad de los «comisarios» en su biografía de Stalin), era también compartida entonces por todos los socialistas (con unas pocas excepciones, como Rosa Luxemburgo, la tendencia Gorter-Pannekoek en Holanda y los «comunistas de izquierda» en Alemania). Convicción que se vería enormemente reforzada por la toma del poder, la guerra civil, la consolidación del poder del partido, y que Trotski expresará claramente, en aquellos momentos, proclamando los «derechos de primogenitura del Partido».

Mentalidad que no es sólo una mentalidad: se convierte, casi inmediatamente después de la toma del poder, en una *situación social real*. Los miembros del partido asumen individualmente los puestos directivos en todas las esferas de la vida social, en parte, sin duda, porque «no podía hacerse otra cosa», lo que, a su vez, viene a querer decir: porque todo lo que hace el partido hace que no pueda hacerse otra cosa.

La única instancia real de poder, colectivamente, es el partido y, desde muy pronto, la cumbre del partido. Los Soviets son reducidos, nada más tomarse el poder, a instituciones puramente decorativas (hasta con ver el papel, absolutamente nulo, que juegan en todas las discusiones que precedieron a la paz de Brest-Litovsk, ya a principios de 1918). Si es cierto que la existencia social real de los hombres determina su conciencia, resulta ilusorio por completo pedir al partido bolchevique que actúe de manera distinta a la dada por su propia situación social real, su situación de órgano dirigente que tiene ya sobre su sociedad un punto de vista que no es necesariamente igual al que la sociedad tiene de sí misma.

diano. Sólo las mentes cerradas pueden enlazar de manera esencial a la revolución con ese factor, y con la desilusión posterior de los obreros ante la incapacidad del nuevo régimen para satisfacer sus esperanzas de mejorar económica. La revolución se había iniciado, en cierto modo, pidiendo pan; pero, ya mucho antes de octubre, había superado la cuestión del pan, había absorbido la pasión total de los hombres. Durante más de tres años, los obreros rusos soportaron sin desfallecer las privaciones materiales más extremas, mientras acudían a cubrir los contingentes de tropas que debían derrotar a los ejércitos blancos. Ante ellos estaba la opción de liberarse de la opresión de la clase capitalista y de su Estado. Organizados en Soviets y Comités de fábrica, encontraban inconcebible, ya antes pero sobre todo después de octubre, que no se expulsara a los capitalistas, y por eso mismo se veían abocados a descubrir que tenían que organizar y dirigir la producción por sí mismos. Y así, ellos fueron quienes expropiaron por su cuenta a los capitalistas, enfrentándose a la línea del partido bolchevique (el decreto de nacionalización del verano de 1918 no fue sino la ratificación de un estado de cosas), y quienes volvieron a poner en marcha las fábricas.

Para el partido bolchevique, las cosas eran de otra manera. En lo que su línea se precisa, después de octubre de 1917 (en contra de lo que la mitología propagada conjuntamente por estalinistas y trotskistas pretende, se puede demostrar con facilidad y documentalmente, que antes y después de octubre, el partido bolchevique no tiene ni la más remota idea de lo que pretende hacer después de la toma del poder), trata de instaurar en Rusia una economía «bien organizada», según el modelo capitalista de la época⁶, un «capitalismo de Estado» (ex-

6. Una cita entre cien posibles: «La historia hizo aparecer en 1918 las dos mitades separadas del socialismo viviendo una junto a la otra, como dos pollitos futuros dentro de la cáscara única del capitalismo internacional. Alemania y Rusia fueron la encarnación más llamativa de las condiciones socioeconómicas del socialismo la una, y de sus condiciones políticas la otra». (Lenin, «Infantilismo "de izquierda" y mentalidad pequeño-burguesa», *Selected Works*, vol. VII, p. 365; *Oeuvres choisies*, Moscú, t. 2, p. 831.)

presión que aparece constantemente en los textos de Lenin), al que se superpondrá un poder político «obrero», en tanto en cuanto será ejercido por el partido de los obreros, el partido bolchevique. El «socialismo» (que implica, como escribe Lenin sin el menor titubeo, la «dirección colectiva de la producción»), vendrá después.

Y no se trata solamente de una «línea», de algo que simplemente se dice o se piensa. El partido está imbuido, de arriba abajo, en su mentalidad profunda y en su actitud real, de la convicción indiscutible de que debe *dirigir* en todo el sentido del término. Esa convicción, que existía ya mucho antes de la revolución (como demuestra Trotski al hablar de la mentalidad de los «comisarios» en su biografía de Stalin), era también compartida entonces por todos los socialistas (con unas pocas excepciones, como Rosa Luxemburgo, la tendencia Gorter-Pannekoek en Holanda y los «comunistas de izquierda» en Alemania). Convicción que se vería enormemente reforzada por la toma del poder, la guerra civil, la consolidación del poder del partido, y que Trotski expresará claramente, en aquellos momentos, proclamando los «derechos de primogenitura del Partido».

Mentalidad que no es sólo una mentalidad: se convierte, casi inmediatamente después de la toma del poder, en una *situación social real*. Los miembros del partido asumen individualmente los puestos directivos en todas las esferas de la vida social, en parte, sin duda, porque «no podía hacerse otra cosa», lo que, a su vez, viene a querer decir: porque todo lo que hace el partido hace que no pueda hacerse otra cosa.

La única instancia real de poder, colectivamente, es el partido y, desde muy pronto, la cumbre del partido. Los Soviets son reducidos, nada más tomarse el poder, a instituciones puramente decorativas (hasta con ver el papel, absolutamente nulo, que juegan en todas las discusiones que precedieron a la paz de Brest-Litovsk, ya a principios de 1918). Si es cierto que la existencia social real de los hombres determina su conciencia, resulta ilusorio por completo pedir al partido bolchevique que actúe de manera distinta a la dada por su propia situación social real, su situación de órgano dirigente que tiene ya sobre su sociedad un punto de vista que no es necesariamente igual al que la sociedad tiene de sí misma.

Los obreros no oponen resistencia a esa evolución, o mejor, a esa repentina revelación de la esencia del partido bolchevique. Al menos, no tenemos signos directos de ello. Entre la expulsión de los capitalistas y la puesta de nuevo en funcionamiento de las fábricas, a principios del período revolucionario, y las huelgas de Petrogrado y la rebelión de Kronstadt, a finales (invierno de 1920-21), no tenemos noticia de ninguna manifestación articulada de la actividad autónoma de los obreros (b). La guerra civil y la movilización militar continua del período, la gravedad de las cuestiones prácticas inmediatas (producción, aprovisionamiento, etc.), la oscuridad de los problemas y, sin duda y ante todo, la confianza de los obreros en el partido, lo explican. Hay dos elementos, evidentemente, en la conducta de los obreros al respecto. Por un lado, la aspiración a desembarazarse de toda dominación, a tomar entre sus manos la dirección de sus propios asuntos; por otro lado, la tendencia a delegar el poder en el partido que acababa de demostrar que era el único irreconciliablemente opuesto a los capitalistas y a pelear contra ellos. La oposición, la contradicción entre esos dos elementos no era ni, estamos tentados de decir, podía ser percibida con claridad en aquellos momentos.

Y sin embargo lo fue, en muy alto grado, dentro del propio partido. Desde comienzos de 1918 hasta la prohibición de las fracciones (marzo de 1921), se forman en el partido bolchevique tendencias que expresan con clarividencia y precisión muchas veces sorprendentes una oposición a la línea burocrática del partido y a su rapidísima burocratización. Son primero los «Comunistas de izquierda» (principios de 1918), luego la tendencia del «Centralismo democrático» (1919), y finalmente la «Oposición obrera» (1920-1921). En las *Notas históricas* que publicamos a continuación del texto de Alejandra Kollontai, pueden encontrarse precisiones sobre las ideas y actividades de aquellas tendencias (c). En ellas se expresaban a la vez la reacción de los elementos obreros del

(b) Esta afirmación debe matizarse a partir de estudios más recientes; v. p. ej., Brinton, *loc. cit.*, y las obras a las que allí remite.

(c) Hoy puede verse sobre el tema la obra de Brinton, ya citada.

partido —traduciendo de ese modo las actitudes del medio proletario exterior al partido— contra la línea en pro del «capitalismo de Estado» de la dirección, y lo que podría llamarse «la otra componente» del marxismo, la que apela a la actividad propia de las masas y proclama que la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos.

Pero las tendencias de oposición fueron sucesivamente vencidas, y definitivamente eliminadas en 1921, al mismo tiempo que era aplastada la rebelión de Kronstadt. Los débiles ecos de crítica a la burocracia que se encuentran más adelante en la «Oposición de izquierda» (trotskista), a partir de 1923, ya no tienen el mismo significado. Trotski se opone a la *mala política* de la burocracia, y a sus excesos de poder, pero nunca pone en cuestión su esencia, y los problemas que suscitaban los grupos de oposición de 1918-1921 (en sustancia: quién dirige la producción, y qué tiene que hacer el proletariado durante la «dictadura del proletariado», además de trabajar y seguir las directrices de «su partido»), le resultaron ajenos prácticamente hasta el final.

Nos vemos así llevados a constatar, en contra de la mitología dominante, que la partida fundamental no se jugó, y perdió, en 1927, ni en 1923, ni siquiera en 1921, sino mucho antes, durante el período de 1918-1920. En 1921 hubiera hecho falta ya una revolución en el pleno sentido de la palabra para reorganizar la situación, y, como probaron los propios acontecimientos, una rebelión como la de Kronstadt no era suficiente para modificar nada esencial. La advertencia llevó al partido bolchevique a reparar algunas aberraciones relativas a otros problemas (particularmente tocantes al campesinado y a las relaciones entre economía rural y economía urbana), logrando así atenuar las tensiones producidas por el desastre económico e iniciar una cierta reconstrucción de la producción. Pero la reconstrucción había arrancado ya bien encarrilada en las vías del capitalismo burocrático.

En efecto, entre 1917 y 1920 es cuando el partido bolchevique se instala sólidamente en el poder, hasta el punto de no poder ser arrancado de él más que por la fuerza de las armas. Y ya, desde el comienzo de ese período, desaparecen de su línea las incertidumbres, se suprimen las ambigüedades, se resuelven las contradic-

ciones. En el nuevo Estado, el proletariado tiene que trabajar, nutrir el ejército y, llegado el caso, morir en defensa del nuevo poder: tiene que entregar sus elementos más «conscientes» y «capaces» a «su» Partido, gracias al cual se harán dirigentes de la sociedad; debe ser «activo» y «participar» cada vez que se le pida, pero exclusivamente hasta el punto que el partido le pida; y debe remitirse, sin excepciones, al partido en todo lo esencial. «El obrero» —escribe Trotski por entonces en una obra que tendría enorme difusión en Rusia y en el extranjero—, «no regatea nada al gobierno soviético; está subordinado al Estado, le está sometido en todos los conceptos porque ése es *su* Estado»⁷.

El papel del proletariado en el nuevo Estado no ofrece, pues, ninguna duda: el de ciudadanos pasivos y entusiastas. El papel del proletariado en el trabajo y la producción tampoco ofrece dudas. En resumen, sigue siendo el mismo que antes, bajo el capitalismo, excepto que ahora se seleccionarán los obreros que tengan «carácter y aptitudes»⁸ para sustituir a los directores de fábrica huidos. Lo que preocupa al partido bolchevique durante el período no es cómo puede facilitarse el paso de la gestión de la producción a manos obreras, sino cómo formar con la mayor rapidez posible una capa de directores y administradores de la industria y la economía.

La lectura de los textos oficiales de la época no permite mantener duda alguna al respecto. Desde prácticamente el principio, *la política consciente, honesta y sincera del partido bolchevique, con Lenin y Trotski al frente*, fue la formación de una burocracia como capa que dirigiera la producción (y por tanto que dispondría de privilegios económicos). Política que consideraban, con toda sinceridad y honradez, una política socialista o, más exactamente, una «técnica administrativa» que se ponía al servicio del socialismo, porque la clase de administradores dirigentes de la producción estaría bajo control de la clase obrera «personificada por su partido comunista». La decisión de poner a un director en vez de a un obrero al frente de una fábrica, escribe Trotski, no

7. L. Trotsky, *Terrorisme et Communisme*, Ed. 10/18, París, 1963, p. 252.

8. *Ibidem*, p. 228.

tiene importancia política: «puede ser justa o errónea desde el punto de vista de la técnica administrativa... Confundir la cuestión de la autoridad del proletariado con la de los departamentos obreros que dirigen las fábricas sería la mayor de todas las equivocaciones. La dictadura del proletariado se traduce en la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, en el dominio de la voluntad colectiva de las masas sobre todo el mecanismo soviético, y no en la forma de dirigir las diversas empresas»⁹. La «voluntad colectiva de las masas» es, en esta frase, una expresión metafórica para designar la voluntad del partido bolchevique. Los jefes bolcheviques se expresaban sin hipocresía alguna a este respecto, en contra de lo que hacen algunos de sus «defensores» de hoy. Escribía entonces Trotski: «En esta sustitución del poder de la clase obrera por el poder del Partido no hay nada fortuito, ni siquiera hay, en el fondo, sustitución alguna. Los comunistas expresan los intereses fundamentales de la clase obrera. Es perfectamente natural que en una época en que la Historia saca a primer término la discusión de esos intereses en toda su extensión, los comunistas se conviertan en los representantes declarados de la clase obrera en su totalidad»¹⁰. Pueden encontrarse fácilmente docenas de citas de Lenin que expresen la misma idea.

El poder indiscutido de los directores en las fábricas, bajo el «control» único (¿qué control, en realidad?) del partido. El poder indiscutido del partido sobre la sociedad, sin control alguno. Nadie, desde ese momento, podía evitar la fusión de ambos poderes, la interpenetración recíproca de las dos capas que los encarnaban, la consolidación de una burocracia inamovible que dominaba todos los aspectos de la vida social. El proceso pudo acelerarse y ampliarse con la entrada en el partido de elementos ajenos al proletariado, que corrían a ponerse del lado victorioso; pero ésta sería una *consecuencia* y no una causa de la orientación del partido.

El momento en que la oposición a esa orientación del partido se expresó con más fuerza dentro de él, fue la discusión sobre la «cuestión sindical» (1920-1921) que

9. *Ibid.*, p. 243.

10. *Ibid.*, pp. 170-171.

precedió al Décimo Congreso del partido. En el plano formal, se trataba del papel de los sindicatos en la gestión de la producción y la economía; por la fuerza de las cosas, la discusión fue poniendo sobre el tapete las cuestiones, ya larga y encarnizadamente discutidas durante los dos años anteriores, del «mando de uno solo» en las fábricas y del papel de los «especialistas». El lector encontrará en el texto de Alejandra Kollontai y en las «Notas históricas» que le siguen, la descripción de las diversas posturas que había. Para resumirlo en pocas palabras, la dirección del partido, con Lenin a la cabeza, reafirmaba su postura de que la gestión de la producción debe confiarse a administradores individuales («especialistas» burgueses u obreros seleccionados por sus «aptitudes y capacidad») bajo el control del partido, que los sindicatos debían asumir la tarea de educar a los obreros y defenderlos frente a los directores de la producción y al Estado. Trotski pedía la completa subordinación de los sindicatos al Estado, su transformación en órganos y apéndices del Estado (y del partido), siempre en base a un mismo razonamiento: puesto que somos un Estado obrero, Estado y obreros son una y la misma cosa, y por tanto los obreros no tienen necesidad de un órgano independiente que les defienda de «su» Estado. La Oposición obrera pedía que la gestión de la producción fuera siendo gradualmente confiada a los «colectivos obreros» de las fábricas, tal y como estaban organizados en los sindicatos; que la «dirección de uno solo» se sustituyese por una dirección colegiada; que se redujera el papel de técnicos y especialistas. Subrayaba que el desarrollo de la producción en las condiciones postrevolucionarias era un problema esencialmente social y político, cuya solución dependía de la expansión y la creatividad de las masas trabajadoras, no un problema administrativo y técnico. Denunciaba la creciente burocratización del Estado y del partido (ya en aquella época, todos los puestos de cierta responsabilidad se cubrían por nombramiento desde arriba y no por elección), y la creciente separación entre este último y los obreros.

No hay duda de que, en ciertos puntos, las ideas de la Oposición eran confusas, que la discusión en su conjunto parece haberse desarrollado en un plano formal, y que las respuestas aportadas por una y otra parte eran

respuestas más de forma que de fondo (el fondo, por otra parte, ya había sido decidido en lugar distinto a los Congresos del partido). La Oposición, por ejemplo (como Kollontai en su texto), no distinguía claramente entre el papel (indispensable) de los especialistas y técnicos en tanto que especialistas y técnicos, bajo control obrero, y la transformación de esos especialistas y técnicos en gerentes de la producción, sin control alguno. Desarrollaba su crítica de especialistas y técnicos sin hacer diferencias, siendo así blanco fácil de los ataques de Lenin y Trotski, que se complacían en explicar cómo no puede funcionar una fábrica sin ingenieros, y concluyendo sobrepticiamente con la sorprendente idea de que ésa era razón suficiente para confiar a los ingenieros un poder dictatorial de gestión sobre la totalidad del funcionamiento de la fábrica. Luchaba encarnizadamente a favor del «mando colegiado», en oposición al «mando de un solo», lo que representa un aspecto relativamente formal (el mando colegiado puede ser tan burocrático como el de uno solo) y se olvida del verdadero problema, el de la verdadera procedencia de la autoridad. Así, Trotski podía permitirse decir: «La actividad de los trabajadores no se define ni se mide por el hecho de que la fábrica esté dirigida por tres hombres o por uno solo, sino por factores y hechos de un orden mucho más profundo»¹¹, esquivando de ese modo el verdadero problema, es decir, cuál es la relación de los «tres hombres» o del «hombre solo» con la colectividad de los productores de la empresa. La Oposición daba muestras de un relativo fetichismo sindical, en una época en la que los sindicatos habían caído ya bajo el control, prácticamente total, de la burocracia del partido. «Mantener prolongadamente la “independencia” del movimiento profesional en una época de revolución proletaria es tan imposible como la política de bloques. En una época así, los sindicatos se convierten en los órganos económicos más importante del proletariado en el poder. Y por esa precisa razón, quedan bajo la dirección del partido comunista. No sólo las cuestiones de principios del movimiento profesional, sino incluso los conflictos serios que puedan surgir dentro de esas organizaciones, han de ser resueltos por el Comité Central de

11. *Ibid.*, p. 242.

nuestro Partido»¹². Trotski escribía esto para responder a las acusaciones de Kautsky sobre el carácter antidemocrático del poder bolchevique, por lo que no tenía razón alguna, más bien al contrario, para exagerar el poder del Partido sobre los sindicatos.

A pesar de esas debilidades, a pesar de su relativa confusión, la Oposición obrera planteaba el verdadero problema: ¿quién debe dirigir la producción en el «Estado obrero»?, y lo respondía correctamente: los organismos colectivos de los trabajadores. Lo que la dirección del Partido quería, lo que había impuesto ya —y en este punto no había diferencias entre Lenin y Trotski—, era una jerarquía dirigida desde arriba. Sabemos que triunfó esta concepción. Y sabemos, también, a dónde ha conducido su triunfo.

* * *

En la lucha entre la Oposición obrera y la dirección del partido bolchevique, asistimos a la disociación de los dos elementos contradictorios que coexistieron paradójicamente en el marxismo en general y en su encarnación rusa en particular. La Oposición obrera lanza, por última vez en la historia del movimiento marxista oficial, un llamamiento a la actividad propia de las masas, muestra su confianza en la capacidad creadora del proletariado, su convicción de que con la revolución socialista se inicia una época verdaderamente nueva en la historia de la humanidad, en la que las ideas de la época anterior casi no tienen valor y en la que ha de reconstruirse de cabo a rabo el edificio social. Las tesis de la Oposición obrera son una tentativa de encarnar esas ideas en un programa político que se ocupe del campo fundamental de la producción.

El triunfo de la orientación leninista es el triunfo del otro elemento que, a decir verdad, hace mucho, ya en el propio Marx, se había convertido en el elemento predominante del pensamiento y la actividad socialistas.

12. *Ibid.*, p. 172.

Lo que en los textos y discursos de Lenin de ese período aparece una y otra vez, como una obsesión, es la idea de que Rusia debe ponerse a aprender de los países capitalistas avanzados, que no hay múltiples métodos para desarrollar la producción y la productividad del trabajo si se quiere salir del atraso y del caos, que es preciso adoptar la «racionalización» capitalista, los métodos de dirección capitalistas, los «estímulos» al trabajo del capitalismo. Todo eso no son sino «medios» que podrían, en apariencia, ponerse libremente al servicio de ese objetivo histórico radicalmente opuesto que es la construcción del socialismo. Por eso, Trotski, hablando de los méritos del militarismo, llega a separar por completo el ejército mismo, su estructura y sus métodos, del sistema social al que sirve. Lo criticable en el militarismo burgués, en el ejército burgués, dice en sustancia Trotski, es que está al servicio de la burguesía; si no fuera así, nada habría que objetar. La única diferencia, dice, reside en lo siguiente: «¿quién detenta el poder?»¹³. Lo mismo que la dictadura del proletariado no se traduce «en la forma de dirección de las diversas empresas»¹⁴. La idea de que los mismos medios no puedan ponerse indiferentemente al servicio de fines diferentes, que haya una relación intrínseca entre los instrumentos que se utilizan y el resultado que se obtiene, que, sobre todo, ni el ejército ni las fábricas son simples «medios» o «instrumentos» sino estructuras sociales en las que se organizan formas fundamentales de las relaciones entre los hombres —la producción y la violencia—, que en ellos puede verse condensada la expresión esencial del tipo de relaciones sociales que caracterizan a una época, esta idea, perfectamente trivial para un marxista, es completamente «olvidada». Hay que tratar de incrementar la producción, utilizando los métodos y las estructuras que ya han demostrado su utilidad. El que la principal de esas «pruebas» haya sido el desarrollo del *capitalismo* en cuanto sistema social, que una fábrica produzca no tanto tejidos o acero como proletariado y capital, se dejaba totalmente de lado.

Detrás de ese «olvido» se oculta, evidentemente, algo

13. *Ibid.*, p. 257, subrayado en el texto.

14. *Ibid.*, pág. 243.

distinto. Existía, sin duda, la angustiosa preocupación coyuntural por levantar lo antes posible una economía, una producción que se desplomaban. Pero la preocupación no dicta inexorablemente los «medios» a elegir. Si los dirigentes bolcheviques creen evidente que no hay más medios eficaces que los medios capitalistas, es porque están imbuidos de la convicción de que el capitalismo es el único sistema de *producción* racional y eficaz. En esto son fieles a Marx, y quieren suprimir la propiedad privada, la anarquía del mercado, pero no la organización de la producción llevada a cabo por el capitalismo. Quieren modificar la *economía*, no las relaciones de trabajo, ni el trabajo mismo. Yendo a lo más profundo, aún, su filosofía es la filosofía del desarrollo de las fuerzas productivas, y también en esto son herederos fieles de Marx, o de un cierto Marx, al menos, del Marx que predomina en las obras de madurez. El desarrollo de las fuerzas productivas es, si no el fin último, sí al menos el *medio absoluto*, en el sentido de que todo lo demás tiene que darse por añadidura y estar subordinado a ese desarrollo. ¿Los hombres? También los hombres, naturalmente. «Según la regla general, el hombre se esfuerza por evitar el trabajo... El hombre es un animal perezoso...¹⁵» Para combatir la pereza, es preciso poner en funcionamiento todos los medios que han demostrado ya su eficacia: el trabajo obligatorio, cuyo sentido cambia por completo cuando es impuesto por la «dictadura socialista»¹⁶, y los medios técnicos y económicos: «Bajo el régimen capitalista, el trabajo a destajo y por unidades, la puesta en vigor del sistema Taylor, etc., tenían por finalidad aumentar la explotación de los obreros, y arrebatarles la plusvalía. Después de la socialización de los medios de producción, el trabajo a destajo, por unidades, etc., tiene como finalidad el incremento de la producción socialista y por consiguiente el aumento del bienestar común. Los trabajadores que aportan más que los otros al bienestar común adquieren el derecho a recibir una parte del producto social superior a la de los haraganes, los indolentes y los desorganizadores.» Quien habla no es Stalin en 1939, sino Trotski, en 1919¹⁷.

15. *Ibid.*, p. 202.

16. *Ibid.*, p. 223.

17. *Ibid.*, p. 225.

No cabe duda de que durante el primer período, es inconcebible una organización socialista de la producción sin una «obligación de trabajar» —quien no trabaja, no come— y es probable que la uniformización del esfuerzo aportado por talleres y empresas exija necesariamente el establecimiento de ciertas normas indicativas de trabajo. Pero ninguno de los sofismas de Trotski sobre el hecho de que en la historia no haya existido nunca, ni existirá hasta que haya comunismo integral, el «trabajo libre», nos hará olvidar cuál es la cuestión crucial: ¿quién establece las normas? ¿quién controla y sanciona la obligación de trabajar? ¿Las colectividades organizadas de trabajadores? ¿Ó una categoría social específica, que tendrá entonces por función dirigir el trabajo de los otros? Gestionar, dirigir el trabajo de los otros: he ahí el punto de partida y el punto de llegada de todo el ciclo de la explotación. Y el bolchevismo proclamó, desde los primeros instantes de su llegada al poder, la «necesidad» de una categoría social específica que dirija el trabajo de los otros en la producción, que dirija la actividad de los otros en la política y en la sociedad, de una dirección separada de las empresas, de un partido que domine el Estado, y desde los primeros días trabajó encarnizadamente para imponer su visión. Sabemos bien que lo lograría. Como sabemos también que las ideas juegan un papel en el desarrollo histórico —que es, en un último análisis, un papel gigantesco— y que por tanto, la ideología bolchevique (y, detrás de ella, la ideología marxista) fue un factor decisivo para el nacimiento de la burocracia rusa.

La suspensión de la publicación de
«Socialisme ou Barbarie» *

El primer número de «Socialismo ou Barbarie» apareció en marzo de 1949. El cuarenta, en junio de 1965. En contra de lo que pensábamos al publicarlo, este número cuarenta habrá sido provisionalmente el último.

La suspensión indeterminada de la publicación de la Revista, que hemos decidido¹ tras larga reflexión y no sin pesar, no está motivada por dificultades de naturaleza material. Esas dificultades han existido para nuestro grupo desde el primer día. Nunca han cesado. Después de todo, siempre han sido superadas, y continuarían siéndolo, de haber decidido proseguir la publicación de la revista. Si ahora la suspendemos se debe a que el sentido de nuestro cometido, bajo la forma presente, se nos ha vuelto problemático. Esto es lo que aquí brevemente queremos exponer para los que, suscriptores o lectores de la revista, han seguido desde hace tiempo nuestro esfuerzo.

«Socialisme ou Barbarie» nunca ha sido una revista de pura investigación teórica. Aunque la elaboración de las ideas siempre ha ocupado en ella un lugar central, siempre ha estado guiada por una perspectiva política. El subtítulo de la revista: órgano de crítica y de orientación revolucionaria, indica ya claramente el estatus del trabajo teórico que se ha expresado en ella desde hace dieciocho años. Nutriendose de una actividad revolucionaria individual y colectiva, adquiría su justo valor por lo que era —o podía, previsiblemente, llegar a ser— pertinente para

* Circular dirigida a los suscriptores y lectores de «S. ou B.» en junio de 1967.

1. A excepción de cuatro camaradas del grupo, que por su parte proyectan una publicación apelando a las ideas de «Socialisme ou Barbarie» y harán llegar a los suscriptores y lectores de la revista un texto definiendo sus intenciones.

esa actividad, en tanto que interpretación y elucidación de lo real y de lo posible dentro de una óptica de transformación de la sociedad. La revista sólo tenía sentido para nosotros y en sí misma como momento e instrumento de un proyecto político revolucionario.

Ahora bien, desde ese punto de vista, las condiciones sociales reales —en todo caso, lo que percibimos de ellas— han ido cambiando cada vez más. Ya lo hemos constatado desde 1959 —como puede verse en la serie de textos sobre *El movimiento revolucionario bajo el capitalismo moderno*— y la evolución que ha sufrido ha confirmado ese diagnóstico: en las sociedades del capitalismo, la actividad política propiamente dicha tiende a desaparecer. Los que nos han leído saben que no se trataba de una simple constatación de hecho, sino del producto de un análisis de las características, en nuestra opinión, más profundas de las sociedades modernas.

Lo que nos parecía elemento compensador de ese diagnóstico negativo, lo que equilibraba, en nuestra perspectiva, la privatización creciente de la masa de la población eran las luchas en la producción, materialmente constatadas y analizadas en los casos de la industria inglesa y americana, luchas que cuestionan las relaciones de trabajo bajo el capitalismo y manifiestan, bajo una forma embrionaria, la tendencia gestionaria de los obreros. Pensábamos que esas luchas se desarrollarían igualmente en Francia y, sobre todo, que podrían superar —sin duda no sin una intervención e introducción del verdadero elemento político— las relaciones inmediatas del trabajo y podrían progresar hacia el cuestionamiento explícito de las relaciones sociales generales.

En eso nos equivocábamos. Ese desarrollo no se ha producido en Francia, a no ser a una escala ínfima (las huelgas del último período, rápidamente sindicalizadas, no pueden modificar esta apreciación). En Inglaterra, donde continúan esas luchas (con inevitables alzas y bajas), su carácter no se ha modificado, ni por sí mismo, ni en función de la actividad de nuestros camaradas del grupo «Solidarity».

Sin duda, no debe excluirse una evolución diferente en el futuro —aunque nos parece improbable por las razones que mencionaremos más adelante. Pero la cuestión no es ésa. Creemos haber demostrado suficientemente

que no somos impacientes y nunca hemos pensado, repitámoslo, que la transformación de ese tipo de luchas obreras —o de cualquier otro— podría realizarse sin el desarrollo paralelo de una organización política nueva, que siempre hemos tenido la intención de construir.

Ahora bien, la construcción de una organización política en las condiciones que nos rodean —y de las que sin duda también nosotros formamos parte— ha sido y sigue siendo imposible, en función de una serie de factores que no son en modo alguno accidentales y están estrechamente ligados unos con otros.

En una sociedad en la que el conflicto político radical está cada vez más enmascarado, ahogado, desviado y, en última instancia, es inexistente, una organización política supuestamente construida no podría más que perclitar y degenerar rápidamente. Pues, en primer lugar, ¿dónde y en qué capa podría encontrar ese medio inmediato sin el que no puede vivir una organización política? Hemos pasado por esa experiencia de un modo negativo tanto por lo que respecta a los elementos obreros como por lo que respecta a los elementos intelectuales. Los primeros, incluso cuando ven un grupo político con simpatía y reconocen en su ideas la expresión de su propia experiencia, no están dispuestos a mantener con él un contacto permanente, aún menos una asociación activa, pues sus perspectivas políticas, por cuanto rebasan sus propias preocupaciones inmediatas, les parecen oscuras, gratuitas y desmesuradas. En cuanto a los otros —los intelectuales— en su contacto con un grupo político sobre todo parecen satisfacer la curiosidad y la «necesidad de información». Hemos de decir aquí claramente que nunca hemos tenido, por parte del público de la revista, el tipo de respuesta que esperábamos y que hubiera podido ayudarnos en nuestro trabajo; su actitud, salvo rarísimas excepciones, ha seguido siendo la de consumidores pasivos de ideas. Esa actitud del público, perfectamente compatible con el papel y los objetivos de una revista tradicional, a la larga hace imposible la existencia de una revista como «Socialisme ou Barbarie».

¿Y quién, en esas circunstancias, se unirá con una organización política revolucionaria? Nuestra experiencia nos ha mostrado que los que han venido a nosotros —esencialmente jóvenes— a menudo lo han hecho a

partir, sino de un malentendido, al menos de motivaciones que dependían mucho más de una rebelión afectiva y de la necesidad de romper con el aislamiento al que la sociedad condena hoy día a los individuos que de la adhesión lúcida y firme a un proyecto revolucionario. Esta motivación de partida quizás equivale a otra; lo importante es que las mismas condiciones de ausencia de actividad política propiamente dicha impiden que sea transformada en otra más sólida.

Por último, en este contexto, ¿una organización política, suponiendo que existe, cómo puede controlar lo que dice y lo que se propone hacer, cómo puede desarrollar nuevos medios de organización y de acción, enriquecer, dentro de una dialéctica viva de la praxis con el todo social, lo que saca de su propia sustancia? Sobre todo, ¿cómo, en la presente fase histórica, tras el inmenso y profundo fracaso de los instrumentos, de los métodos y de las prácticas del antiguo movimiento, cómo podría reconstruir, en el total silencio de la sociedad, una nueva praxis política? En el mejor de los casos, podría mantener un discurso teórico abstracto; en el peor, podría producir esas extrañas mezclas de obsesionalidad sectaria, histeria seudoactivista y delirio interpretativo que, encarnan por decenas, los grupos de «extrema izquierda» aún hoy a través del mundo en toda la variedad conceible.

Nada permite confiar en una rápida modificación de esa situación. No es éste el lugar para demostrarlo mediante un amplio análisis cuyos elementos esenciales, por otra parte, ya se encuentran formulados en los últimos diez números de *«Socialisme ou Barbarie»*. Sin embargo, hemos de señalar lo que con enorme fuerza pesa en la realidad y la perspectiva presente: la profunda despolitización y privatización de la sociedad moderna; la acelerada transformación de los obreros en empleados, con las consecuencias que de ello se derivan al nivel de las luchas en la producción; la interferencia de los límites de las clases que hace cada vez más problemática la coincidencia de objetivos económicos y políticos.

Esta situación global también impide en otro terreno —el de la crisis de la cultura y de la vida cotidiana, señalada en la revista desde hace muchos años— que pueda desarrollarse y formarse una reacción colectiva posi-

tiva contra la alienación de la sociedad moderna. Porque en la actualidad resulta imposible una actividad política, incluso embrionaria, esa reacción no logra tomar forma. Está condenada a seguir siendo individual, o bien a derivar rápidamente hacia un folklore delirante que ni siquiera logra ya chocar. El delinquir nunca ha sido revolucionario; en la actualidad ni siquiera es ya delincuencia, sino el complemento negativo indispensable para la publicidad «cultural».

Sabemos que desde hace diez años esos fenómenos, más o menos claramente percibidos y analizados, han empujado a algunos a trasladar sus esperanzas a los países subdesarrollados. Desde hace tiempo hemos señalado en la revista por qué es ilusorio ese traslado: si la parte moderna del mundo estaba irremediablemente podrida, resultaría absurdo pensar que un destino revolucionario de la humanidad podría llevarse a cabo en la otra parte. De hecho, en todos los países subdesarrollados, o bien no llega a constituirse un movimiento social de las masas, o bien no puede hacerlo más que burocratizándose.

Tanto si se trata de su mitad moderna como de su mitad hambrienta, en el mundo contemporáneo sigue pendiente la misma cuestión: ¿se ha modificado en algo desde hace un siglo la inmensa capacidad de los hombres para engañarse sobre lo que son y lo que quieren? Marx pensaba que la realidad obligaría a los hombres a «ver con sentidos sobrios su propia existencia y sus relaciones con sus semejantes». Sabemos que la realidad se ha mostrado inferior a la tarea que así le confiaba el gran pensador. Freud creía que los progresos del saber, y lo que llamaba «nuestro dios logos», permitirían al hombre modificar gradualmente su relación con las fuerzas oscuras que lleva en su seno. Luego hemos aprendido de nuevo que la relación entre el saber y el actuar efectivo de los hombres —individuos y colectividades— lo es todo menos simple, y que los propios saberes marxiano y freudiano han podido convertirse, y cada día se convierten de nuevo, en fuente de nuevas mistificaciones. Desde hace un siglo, la experiencia histórica, y ello a todos los niveles, desde los más abstractos a los más empíricos, impide creer tanto en un automatismo positivo de la historia como en una conquista acumulativa del hombre por sí mismo en función de una sedimenta-

ción del saber. No sacamos de ello ninguna conclusión escéptica o «pesimista». Pero la relación de los hombres con sus creaciones teóricas y prácticas, la existente entre saber, o mejor lucidez, y actividad real, la posibilidad de constituir una sociedad autónoma, la suerte del proyecto revolucionario y su posible arraigo en una sociedad que evoluciona como la nuestra —estas cuestiones, y las otras muchas que éstas determinan, han de ser profundamente pensadas de nuevo. Sólo volverá a ser posible una actividad revolucionaria cuando una reconstrucción ideológica radical pueda encontrarse con un movimiento social real.

Esa reconstrucción —cuyos elementos ya han sido planteados en «Socialisme ou Barbarie»— creíamos que podíamos realizarla con el mismo movimiento que la construcción de una organización política revolucionaria. Esto se ha revelado en la actualidad imposible, y hemos de sacar conclusiones de ello. El trabajo teórico, más necesario que nunca, pero que desde ahora en adelante plantea otras exigencias e implica otro ritmo, no puede ser el eje de existencia de un grupo organizado y de una revista periódica. Seremos los últimos en ignorar los riesgos inmanentes a una empresa teórica separada de la actividad real. Pero las circunstancias presentes sólo nos permitirían mantener de esa actividad, en el mejor de los casos, un simulacro inútil y esterilizador.

Continuaremos, cada uno en su propio campo, reflexionando y actuando en función de las certezas y de los interrogantes que «Socialisme ou Barbarie» nos ha permitido sacar a luz. Si lo hacemos bien, y si las condiciones sociales se presentan, estamos seguros de que un día podremos volver a empezar nuestra empresa sobre bases más seguras, y con una relación diferente con los que han seguido nuestro trabajo².

2. V. I.G., pp. 55-61.

La jerarquía de los salarios y de las rentas *

1. Desde hace algunos años, y sobre todo desde mayo del 68, la idea de la *autogestión*, de la gestión efectiva de la producción por la colectividad de los productores, ha dejado de ser una concepción «utópica» mantenida por algunos individuos y grupúsculos para convertirse en objeto de discusiones públicas frecuentes y apasionadas y en posición programática de una organización sindical importante como la C.F.D.T. Se ha impuesto hasta tal punto que los que hasta ayer eran sus adversarios más encarnizados se han reducido gradualmente a posiciones defensivas («no es posible inmediatamente», o «no del todo», «depende de lo que se entienda por ello», «se podrían intentar algunas experiencias», etc.).

Sin duda, un día será preciso examinar seriamente las razones de ese cambio. Por el momento podemos señalar que nos encontramos en este caso con el destino reservado a las ideas innovadoras en todos los campos, y en particular en el campo social y político. Sus adversarios empiezan por afirmar que son absurdas, continúan diciendo que todo depende del significado que se las dé y acaban por afirmar que siempre habían sido fervorosos partidarios de ellas. Es preciso no perder nunca de vista que esa «aceptación» de palabra de una idea es uno de los mejores medios para hacerle perder su virulencia. Si los que, todavía ayer, eran sus enemigos encarnizados la adoptan y se encargan de «aplicarla», podemos estar seguros que en la mayor parte de los casos, y cualesquiera sean sus intenciones, el resultado será castrar su realización. La sociedad contemporánea, en

* Publicado en C. F. D. T. «Aujourd'hui», n.º 5 (enero-febrero de 1974).

particular, da pruebas de una virtuosidad sin igual en el arte de la recuperación o de la malversación de las ideas.

Sin embargo, en el caso de la autogestión, otros factores importantes han facilitado la acogida «interesada», en los dos sentidos de la palabra, que la idea parece encontrar en medios que nada predestinaba a ello, como ciertos dirigentes de empresa o ciertos personajes políticos. Estos factores están relacionados con la profunda crisis que atraviesa el sistema industrial moderno, la organización del trabajo y la técnica que le corresponde. Por una parte, resulta cada vez más difícil hacer aceptar a los trabajadores tareas parceladas, embrutecedoras, privadas del menor interés. Por otra parte, hace tiempo que la división del trabajo llevada al absurdo, el taylorismo, el intento de fijar de antemano hasta el menor detalle las operaciones del trabajador con el fin de controlarlas mejor, han rebasado el punto óptimo desde el punto de vista de la propia empresa y disminuyen enormemente los beneficios previstos, al mismo tiempo que exacerbaban el conflicto cotidiano en la producción entre los trabajadores y los representantes del sistema que se les impone —conflicto que cada vez más a menudo estalla con toda claridad, por ejemplo, con las huelgas en torno a las «condiciones del trabajo». Las empresas constatan que ya no pueden atenuar ese conflicto otorgando aumentos de salario; y, ante el hundimiento de los sueños de automatización integral, se ven conducidas a considerar la introducción de algunas modificaciones parciales en la organización del trabajo. De ahí los proyectos en torno al «enriquecimiento de las tareas», a la autonomía de los equipos de trabajo, etc. Las opiniones sobre el verdadero sentido y los posibles resultados de esas tentativas pueden ser divergentes. Pero dos cosas son ciertas: por una parte, que un proceso de ese tipo, una vez desencadenado, muy bien podría adquirir una dinámica propia, no siendo del todo seguro que pudiese ser controlada por los dirigentes actuales de las empresas y del Estado. Por otra parte, que la organización actual de la sociedad pone a esas tentativas límites muy precisos; de ningún modo han de herir al poder del aparato dirigente de la empresa, es decir, de la burocracia jerarquizada que en la actualidad realiza, en toda empresa por poco impor-

tante que sea, las funciones reales del patrono; y aún menos han de poder impugnar el poder en la sociedad, sin cuyo cambio toda modificación en el interior de la empresa sólo podría tener un significado muy limitado.

En cualquier caso, por el momento sólo hay un medio de combatir esa recuperación, esa desviación, de la idea de autogestión por el sistema establecido. Consiste en dejarla lo menos posible en la vaguedad, en sacar todas sus consecuencias. Sólo así se puede mostrar la diferencia que separa la idea de una gestión colectiva de la producción por los productores —y de la sociedad por todos los hombres y mujeres— de sus caricaturas vacías y engañosas.

2. Ahora bien, resulta precisamente característico, en todas las discusiones sobre la autogestión, no evocar casi nunca un aspecto fundamental de la organización actual de la empresa y de la sociedad: el de la *jerarquía*, tanto como jerarquía del poder y del mando que como jerarquía económica, de los salarios y las rentas. Sin embargo, desde el momento en que se considera a la autogestión más allá de los límites del equipo de trabajo, la jerarquía del poder y del mando tal como existe ahora en la empresa resulta necesariamente cuestionada, y, por consiguiente, también la jerarquía de los salarios. Pues la idea de que una autogestión efectiva y verdadera de la empresa por la colectividad de los productores podría coexistir con la estructura actual del poder y del mando es una contradicción en los términos. En efecto, ¿qué significado podría darse al término de autogestión de la empresa si continuase existiendo en ella la pirámide actual de los puestos de mando, por la que una minoría de dirigentes, de diferentes grados, *gestiona* el trabajo de la mayoría de los productores, reducidos a simples tareas de ejecución? En qué sentido podrían los trabajadores gestionar efectivamente la producción y la empresa, si un aparato directivo separado de ellos mantuviese en sus manos el poder de decisión? Y sobre todo, ¿cómo podrían manifestar los trabajadores un interés activo por la vida y la marcha de la empresa, sentirse realmente responsables y afectados por todo lo que ocurre en ella y considerar que se trata de cosa suya —sin lo cual todo intento de autogestión está destinado a hundirse desde dentro— si, por una parte, están condena-

dos a la pasividad por el mantenimiento de un aparato directivo que decide sólo en última instancia, y sí, por otra parte, la persistencia de desigualdades económicas les persuade de que finalmente la marcha de la empresa no es cosa suya, puesto que sobre todo beneficia a una pequeña parte del personal?

Asimismo, a una escala más amplia, como la marcha de la empresa depende en gran medida de la marcha del conjunto de la economía y de la sociedad, resulta difícil comprender cómo la autogestión de la empresa puede llegar a tener su verdadero contenido sin que los órganos colectivos de los productores y de la población asuman las funciones de coordinación y de orientación general que ahora están en manos de los diferentes poderes políticos y económicos.

3. Sin duda, la existencia de una jerarquía del mando, de los salarios y de las rentas actualmente se presenta como justificada por una gran cantidad de argumentos. Antes de discutirlos, hay que señalar, por una parte, que muy claramente poseen un carácter *ideológico*: su objetivo es justificar, con una lógica simplemente aparente, una realidad con la que tienen muy poco que ver, y ello a partir de presupuestos que se dejan en la sombra. Por otra parte, sufren los efectos de lo que sucede al conjunto de la ideología oficial de la sociedad desde hace algunos decenios. Esa ideología se descompone, ya no puede presentar un rostro coherente, ya que se atreve a invocar valores que ya nadie acepta y no puede invocar otros. El resultado de todo ello es una multitud de contradicciones: así, por ejemplo, hemos llegado en Francia, en nombre de la «participación» gaullista, a poder absoluto e incontrrollable del presidente de la República. Así, también, los argumentos invocados para justificar la jerarquía se contradicen entre sí, o se apoyan, según los casos, en bases diferentes e incompatibles, o tendrían que conducir, en buena lógica, a conclusiones prácticas diametralmente opuestas a lo que se hace en la realidad.

4. El punto central que la ideología oficial presenta en materia de jerarquía es la justificación de la jerarquía de los salarios y las rentas en base a la jerarquía del mando, que a su vez es defendida por reposar en una jerarquía o una escala del «saber» o de la «cualificación» o de las «capacidades» o de las «responsabilida-

des» o de la penuria de la especialización considerada. Se puede observar inmediatamente que esas escalas no coinciden entre sí y no corresponden, ni lógicamente, ni en la realidad: puede haber (y hay) penuria de basureros y pléthora de profesores; grandes científicos no tienen ninguna «responsabilidad», mientras que algunos trabajadores con muy poco «saber» cotidianamente tienen una responsabilidad de vida o muerte de centenares o miles de personas. En segundo lugar, todo intento de realizar una «síntesis» de esos diferentes criterios, de «ponderarlos», resulta fatal y necesariamente arbitrario. Por último, igual de arbitrario, y sin rastro de posible justificación, es el paso de esa escala, supuestamente establecida, a una diferenciación de los salarios: ¿por qué un año de estudios, o un diploma de más, vale 100 F más al mes y no 10 o 1.000? Pero consideremos esos «argumentos» uno por uno.

5. Se dice que la jerarquía del mando y de las rentas está justificada por y en base a una jerarquía o escala del saber. Pero en la empresa (como en la sociedad) contemporánea, los que poseen más «saber» no son los que mandan y tienen las rentas más elevadas. Ciento es que la parte superior de la jerarquía se recluta sobre todo entre los que tienen «diplomas». Sin embargo, además de que resultaría ridículo identificar saber y diplomas, no son los que poseen «más saber» los que suben en la escala del mando y de los salarios, sino los más hábiles en la competición y la lucha que se desarrolla en el seno de la burocracia que dirige la empresa. Una empresa industrial prácticamente nunca es dirigida por el más «sabio» de sus ingenieros: general se le arrincona en una oficina de estudios e investigación. Y a escala social, de todos es sabido que los sabios o científicos, grandes o no, no poseen ningún poder y sólo cobran una pequeña fracción de lo que cobra el dirigente de una empresa media. Ni en la empresa, ni en la sociedad contemporánea, el poder y las rentas elevadas van a los que «tienen mayor saber»; están en manos de una burocracia, en cuyo seno la promoción no tiene nada que ver con el «saber», o las «capacidades técnicas», sino que está determinada por la capacidad de subsistir en las luchas entre camarillas y clanes (capacidad que no tiene ningún valor económico o social, a no ser para su pro-

pietario) y por los vínculos que se tienen con el gran capital (en los países occidentales) o con el partido político dominante (en los países del Este).

6. Lo que acabamos de decir también muestra lo que hay que pensar del argumento que justifica la jerarquía por las diferencias entre las «capacidades» de la gente. Cuando se consideran las diferencias de salario y de poder realmente importantes —no las existentes entre un peón y un fresador, sino entre el conjunto de los trabajadores manuales, por un lado, y la cumbre del aparato dirigente, por el otro— puede verse que lo «premiado» no es la capacidad de realizar bien un trabajo, sino la capacidad de apostar al caballo bueno. Pero la ideología oficial también pretende que la jerarquía de los salarios corresponde a una capacidad muy específica: una capacidad de «dirigir», de «organizar», o incluso de «concebir y vender un producto». Resulta evidente, sin embargo, que esas «capacidades» sólo tienen sentido respecto al sistema actual y en su contexto. La «capacidad de dirigir», tal como se entiende actualmente, sólo tiene sentido y valor para un sistema que separa y opone a ejecutantes y dirigentes —los que trabajan y los que dirigen los trabajos de los demás. La organización actual de la empresa y de la sociedad provoca una función de «dirección» separada de la colectividad de los productores y opuesta a éstos, a los que necesita. Lo mismo es cierto respecto a la «organización del trabajo». Y lo mismo también es cierto respecto a la «capacidad de vender y concebir un producto»; pues sólo en la medida en que la producción contemporánea se basa cada vez más en la fabricación artificial de «necesidades» y la manipulación de los consumidores esa función, y la «capacidad» correspondiente, adquiere sentido y valor.

En segundo lugar, en la empresa contemporánea ya no son los individuos quienes realizan esas funciones. Son aparatos cada vez más importantes y cada vez más impersonales quienes se encargan de la «organización» del trabajo y de la producción, de la publicidad y de las ventas, e incluso de las decisiones más importantes relativas al funcionamiento y al futuro de la empresa (inversiones, nuevas fabricaciones, etc.). Por otra parte, lo más importante es que en una gran empresa moderna —al igual que en el Estado— *nadie* dirige realmente:

las decisiones se toman al final de un complejo proceso, impersonal y anónimo, de tal modo que la mayoría de las veces resulta imposible decir *quién* y *cuándo* se ha decidido tal o cual cosa. Hay que añadir que en el seno del aparato directivo de la empresa (como de las otras instituciones contemporáneas, y principalmente del Estado) existe una enorme diferencia entre la manera cómo se considera que ocurren las cosas y la manera cómo ocurren efectivamente, entre el procedimiento *formal* y el procedimiento *real* de la toma de decisiones; del mismo modo que en el taller hay una enorme diferencia entre la manera como se supone que los obreros realizan su trabajo y la manera cómo se desenvuelven para realizarlo realmente. Formalmente, por ejemplo, es la reunión de un Consejo de administración la que ha de decidir tal cosa; en la realidad, la decisión ya ha sido tomada entre bastidores antes de la reunión, o bien será modificada a continuación por los que tienen que ejecutarla efectivamente.

7. Los argumentos que justifican la jerarquía a partir de las «responsabilidades» no pesan mucho más. En primer lugar hay que preguntarse: ¿en qué casos la responsabilidad puede ser realmente localizada y, llegado el caso, sancionada? Dado el carácter cada vez más colectivo de la producción y de las actividades en la sociedad moderna, esos casos son rarísimos y no se encuentran, en general, más que en los peldaños más bajos de la jerarquía: se sancionará al guarda-agujas supuestamente responsable de un accidente de ferrocarril, pero no puede sancionarse a los responsables del incendio del C.E.S. Édouard-Pailleron (de hecho, resulta prácticamente imposible encontrarlos): la «responsabilidad», en este último caso, se diluye en los miles de dossiers de la administración. Y ¿quién ha sido «sancionado» por los miles de millones despilfarrados en el asunto de los mataderos de La Villette? Aquí también, no existe ninguna relación entre la lógica del argumento y lo que ocurre efectivamente. Un guarda-agujas o un controlador de la navegación aérea cada día tiene en sus manos la vida de varios centenares de personas, y cobra varias decenas de veces menos que los «P.D.G.» de la S.N.C.F. o de Air France que no tienen en sus manos la vida de nadie.

8. Apenas se puede discutir seriamente el argumen-

to según el cual la jerarquía de los salarios se explica y se justifica por la penuria relativa de las diferentes cualificaciones o tipos de trabajo. Esa penuria, cuando existe, puede alzar en un período, corto o largo, las remuneraciones de una categoría, pero nunca los saca de unos estrechos límites. Cualquiera que sea la «penuria» relativa de mecánicos y la «pléthora» relativa de abogados, los segundos siempre estarán mucho mejor pagados que los primeros.

9. No sólo ninguno de esos argumentos se sostiene lógicamente, y no corresponde con lo que ocurre en la realidad, sino que son incompatibles unos con otros. Si se tomasen en serio, la escala de los salarios correspondiente al «saber» (o más bien a los diplomas) sería totalmente diferente de la que corresponde a las «responsabilidades», y así sucesivamente. Los sistemas de remuneración actuales pretenden realizar una «síntesis» de los supuestos factores de la remuneración, mediante una «evaluación» del trabajo realizado en tal empleo o tal lugar (*job evaluation*). Pero esa síntesis es un burdo engaño: no se puede ni medir realmente cada factor tomado separadamente, ni sumarlos, a no ser de una manera arbitraria (con «ponderaciones» que no corresponden a ningún elemento objetivo). Ya resulta absurdo medir el saber por diplomas (cualquiera que sea su calidad y la del sistema educativo). Resulta imposible comparar entre sí «responsabilidades», a no ser en casos banales y sin interés: hay conductores de trenes de pasajeros y de trenes de mercancías, ¿cuántas toneladas de carbón vale una vida humana? Las peregrinas medidas establecidas para cada uno de los factores a continuación son «sumadas», como cabras y coles, con la ayuda de coeficientes de ponderación que no corresponden a nada, a no ser con la imaginación de los que los inventan.

La mejor ilustración del carácter engañoso de ese sistema lo proporcionan los resultados de su aplicación. Por una parte, era justo prever que, tras dos siglos de fijación «no científica» de las remuneraciones en la industria, la *job evaluation* provocaría un cambio radical de la estructura existente de las remuneraciones: resulta difícil creer, en efecto, que, sin saber por qué, las empresas ya aplicaban escalas de salarios que correspondían milagrosamente con lo que esa nueva «ciencia» iba a descu-

brir. De hecho, las modificaciones resultantes de la aplicación del nuevo método han sido ínfimas —lo que da a entender que el método ha sido ajustado de tal modo que perturbe lo menos posible lo que ya se hacía y proporcione así una justificación seudocientífica. Por otra parte, la introducción de la *job evaluation* no ha disminuido en nada la intensidad de los conflictos sobre las remuneraciones absolutas y relativas que ocupan la vida cotidiana de las empresas.

10. En general, nunca se insistirá demasiado en la duplicidad y la mala fe de todas esas justificaciones, que siempre invocan factores relativos a la naturaleza del trabajo para fundar la diferencia de los salarios y de las rentas —mientras que las diferencias, con mucho, *menos* importantes son las que existen entre trabajadores, y las *más* importantes las que existen entre la masa de los trabajadores, por un lado, y las diferentes categorías de dirigentes, por el otro (tanto si se trata de dirigentes económicos como políticos). Pero la ideología oficial al menos obtiene así un resultado: en contra de sus propios intereses y sin motivo alguno, los propios trabajadores parecen conceder tanta o más importancia a las mínimas diferencias que existen entre ellos que a las enormes diferencias que les separa de las capas superiores de la jerarquía. Más adelante volveremos sobre esta cuestión.

11. Todo eso concierne a lo que hemos llamado la *ideología* de la justificación de la jerarquía. También existe un discurso aparentemente más «respetable», el de la ciencia económica, académica o marxista. No podemos emprender aquí su refutación detallada. Digamos sumariamente que, para la economía académica, el salario se supone que corresponde al «producto marginal del trabajo», es decir, a lo que «añade» al producto la hora de trabajo de un trabajador suplementario (o, lo que viene a ser lo mismo, a lo que se substraería del producto si se quitase un trabajador de la producción). Sin entrar en la discusión teórica de esta concepción en general, se puede demostrar fácilmente que es insostenible, se puede probar inmediatamente que es absurda en el caso que nos interesa, el de la remuneración diferenciada de las diferentes cualificaciones, a partir del momento en que hay división del trabajo e interdependencia de los diferentes trabajos, que es el caso general de la industria

moderna. Si, en una locomotora de carbón, se suprime al conductor, no «se disminuye un poco» el producto (el transporte), se suprime totalmente; y lo mismo es cierto, si se suprime al fogonero. El «producto» de ese equipo indivisible, conductor y fogonero, obedece a una ley del todo o nada, y no existe «producto marginal» de uno que pueda separarse del del otro. Lo mismo ocurre en el caso de un taller y, finalmente, para el conjunto de la fábrica moderna, en la que los trabajos son estrechamente interdependientes.

Para la economía marxista, por otra parte, el salario ha de ser determinado por la «ley del valor trabajo», es decir, de hecho ha de ser equivalente al coste de producción y de reproducción de esa mercancía que es, bajo el capitalismo, la fuerza de trabajo. Por consiguiente, las diferencias de salario entre trabajo no cualificado y trabajo cualificado tendrían que corresponder con las diferencias de los gastos de formación de esas dos categorías (estando lo esencial representado por el mantenimiento del futuro trabajador durante sus años «improductivos» de aprendizaje). Es fácil calcular que, sobre esta base, las diferencias de remuneración difícilmente podrían exceder la proporción de 1 a 2 (entre el trabajo absolutamente privado de toda cualificación y el que exige 10 o 15 años de formación preparatoria). Ahora bien, se está muy por encima de eso en la realidad, tanto en los países occidentales como en los países del Este (en los que la jerarquía de los salarios es prácticamente tan amplia como en los países occidentales).

Además hay que señalar que, incluso si la teoría académica o marxista ofreciesen una *explicación* de las diferencias de salarios, en ningún caso podrían proporcionarnos una *justificación* de ello. Pues, en ambos casos, se acepta como *dato* no discutido e indiscutible la existencia de diferentes cualificaciones, que de hecho es el simple *resultado* del sistema económico y social global y de su continua reproducción. Si el trabajo cualificado «vale» más, se deberá, por ejemplo, en la concepción marxista, a que la familia de ese trabajador ha gastado más para su formación (y, teóricamente, ha de «recuperar sus gastos» —lo que en la práctica significa que el trabajador cualificado a su vez podrá financiar la formación de sus hijos, etc.). Pero, ¿por qué ha podido gastar más,

cosa que otras familias no podían hacer? Porque ya estaba privilegiada desde el punto de vista de las rentas. Por lo tanto, todo lo que esas «explicaciones» dicen, en rigor, es que si existe una diferenciación jerárquica al principio, se perpetuará por ese mecanismo. Añadamos que si, ya no es el propio trabajador o su familia, sino la sociedad la que asume esos gastos de formación (como ocurre cada vez más) no hay razón alguna para que el que ya se ha beneficiado, a expensas de la sociedad, de una formación que le asegura un trabajo más interesante, menos penoso, etc., tenga que sacarle provecho una segunda vez bajo la forma de una renta más elevada.

12. Pero la verdadera dificultad del problema de la jerarquía, tanto del mando como de los salarios, no es alcanzada por esas discusiones, que son más bien una cortina de humo ante el verdadero problema. Concerne a factores sociológicos y psicológicos muy profundos, que determinan la actitud de los individuos frente a la estructura jerárquica. No es un secreto para nadie, y no hay razón alguna para ocultarlo: en muchos trabajadores se encuentra una aceptación e incluso una valorización de la jerarquía tan pronunciada como en las capas privilegiadas. Incluso resulta dudoso que los trabajadores que se encuentran en lo más bajo de la escala jerárquica estén más en contra de la jerarquía que los otros (la situación real global es evidentemente de una gran complejidad y varía con el tiempo). Y hay que interrogarse seriamente sobre este estado de cosas. Ello exige un largo y difícil estudio, que evidentemente tendrá que realizarse con la más amplia participación posible de los propios trabajadores. Aquí simplemente tratamos de consignar algunas reflexiones.

13. Siempre puede decirse que la ideología oficial de la jerarquía a la larga ha penetrado en las clases trabajadoras, y eso es cierto; pero es preciso preguntarse cómo y por qué ha podido lograrlo, puesto que como sabemos en un principio y durante mucho tiempo después, en Francia tanto como en Inglaterra, el movimiento obrero era muy igualitaria. También es cierto que, de todos modos, el sistema capitalista no hubiese podido continuar funcionando, y sobre todo no hubiese podido adquirir su forma burocrática moderna, si la estructura jerárquica no sólo no hubiese sido aceptada, sino «valo-

rizada» e «interiorizada»; es preciso que una parte no desdenable de la población acepte jugar a fondo ese juego, para que el juego sea jugable. ¿Por qué lo juega? En parte, sin duda, porque en el sistema contemporáneo la única «razón de vivir» que la sociedad es capaz de proponer, el único incentivo y cebo que ofrece es un consumo, luego una renta, más elevados. En la medida en que la gente muerde ese cebo —y por el momento parece morderlo casi todo el mundo—, en la medida también en que las ilusiones de la «movilidad» y de la «promoción», como la realidad del crecimiento económico, le hace ver en los escalones más elevados niveles a los que aspiran y esperan lograr llegar, cada vez conceden menos importancia a las diferencias de renta de lo que lo harían en una situación estática. Existe la tentación de relacionar ese factor con lo que habría que llamar la voluntad de ilusionarse sobre la importancia real de las diferencias de salario que parece manifestar la mayoría de la población: algunas encuestas recientes han revelado que la gente subestima en un grado fantástico las diferencias de rentas existentes en Francia.

Pero sin duda también existe un factor más profundo y más difícil de formular que aquí desempeña el principal papel. El triunfo de la gradual burocratización de la sociedad ha sido al mismo tiempo, y necesariamente, el triunfo de una representación imaginaria de la sociedad —en la que todo el mundo más o menos participa— como pirámide o sistema de pirámides jerárquicas. Hablando sin remilgos: al hombre contemporáneo le parece imposible, por así decirlo, el representarse una sociedad en la que los individuos sean realmente *iguales* en derechos y obligaciones, en la que las diferencias entre los individuos correspondiesen a otra cosa que a las diferencias de sus posiciones en una escala de mando y renta. Y ello está ligado al hecho de que cada uno sólo puede representarse a sí mismo, ser algo ante sí mismo (o, como dirían los psicoanalistas, establecer sus puntos de señalización identificatorios), en función del lugar que ocupa en una estructura jerárquica, incluso aunque sea en uno de sus escalones más bajos. En última instancia, podría decirse que ése es el único medio que la sociedad capitalista burocrática contemporánea deja a los hombres para que se sientan *ser* alguien, algo aproximadamente deter-

minado —puesto que todas las demás determinaciones, todos los demás puntos de fijación de la persona, todos los puntos de señalización cada vez están más vaciados de su contenido. En una sociedad en la que el trabajo se ha vuelto absurdo en sus objetivos y en el modo cómo es realizado, en la que ya no existen verdaderas colectividades vivas, en la que la familia se encoge y se desmembra, en la que todo se uniformiza por los *mass media* y la carrera del consumo, el sistema sólo puede ofrecer a los hombres, para enmascarar el vacío de la vida que produce, la irrisoria futilidad del lugar que ocupan en la pirámide jerárquica. Entonces no resulta incomprensible que muchos se apeguen a él y que las rivalidades profesionales y categoriales disten mucho de haber desaparecido.

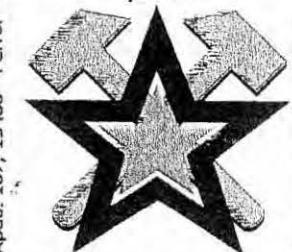
Por lo tanto, habrá que examinar esos factores y esas actitudes si se quiere —como así debe hacerse— sacar adelante una crítica radical de la jerarquía; y es desde esa óptica desde donde habrá que intentar ver en qué medida, ya hoy, esa representación jerárquica de la sociedad empieza a deteriorarse y a ser criticada, en particular por los jóvenes.

Acracia

1. ¿Qué es la propiedad?
Pierre-Joseph Proudhon. Prólogo de Mirko Roberti. Traducción de Rafael García Ormaechea (1903).
2. Historia del movimiento makhnovista
Pedro Archinof. Prólogo de Volin. Traducción de Diego Abad de Santillán
3. El movimiento anarquista en China
Robert A. Scalapino y George T. Yu.
4. «Mujeres Libres» España 1936-1939 (Libertarios)
Edición de Mary Nash.
5. Malatesta, vida e ideas
Vernon Richards.
6. Consultorio psíquico-sexual (Libertarios)
Félix Martí Ibáñez.
7. Los trajes nuevos del presidente Mao. Crónica de la «Revolución Cultural»
Simon Leys.
8. La sociedad burocrática. Vol. I: Las relaciones de producción en Rusia
Cornelius Castoriadis.
9. La anarquía según Bakunin
Edición a cargo de Sam Dolgoff con apuntes biográficos de James Guillaume.
10. La sociedad burocrática. Vol. II: La revolución contra la burocracia
Cornelius Castoriadis.
11. Las escuelas racionalistas en Cataluña (Libertarios)
Pere Solà.
12. Breves apuntes sobre las pasiones humanas (Libertarios)
Ricardo Mella.
13. La Escuela Moderna (Libertarios)
Francisco Ferrer Guardia.
14. Mirando vivir (Libertarios)
Rafael Barrett.
15. Las colectividades campesinas (1936-1939) (Libertarios)
«Los de Siempre».
16. Para la anarquía (Libertarios)
Fernando Savater.

Distribue :

Fundación
pola



Autonomía
Obrera

cooperanet@mixmail.com
Apdo. 107, 15480 - Ferrol - Galiza

prezo de custe: 45.-

prezo de apoio: 50.-

17. La revolución
Gustav Landauer.
18. Folletos revolucionarios I: Anarquismo: su filosofía y su ideal
Pedro Kropotkin.
19. Folletos revolucionarios II: Ley y autoridad
Pedro Kropotkin.
20. Guerra de clases en España 1936-1937 (Libertarios)
Camillo Berneri
21. Entre los campesinos de Aragón (Libertarios)
Agustín Souchy Bauer
22. El terror bajo Lenin
Jacques Baynac. Traducción de Juan Gómez Casas
23. Boletín de la Escuela Moderna (Libertarios)
Edición a cargo de Albert Mayol
24. Revolución y contrarrevolución en Cataluña (1936-1937)
Carlos Semprún-Maura
25. El homosexual ante la sociedad enferma (Libertarios)
Edición a cargo de José Ramón Enríquez
26. Ni Dios, ni amo, ni C.N.T. (Libertarios)
Carlos Semprún-Maura
27. La experiencia del movimiento obrero I:
Cómo luchar
Cornelius Castoriadis
28. Sistema de la agresión
Sade